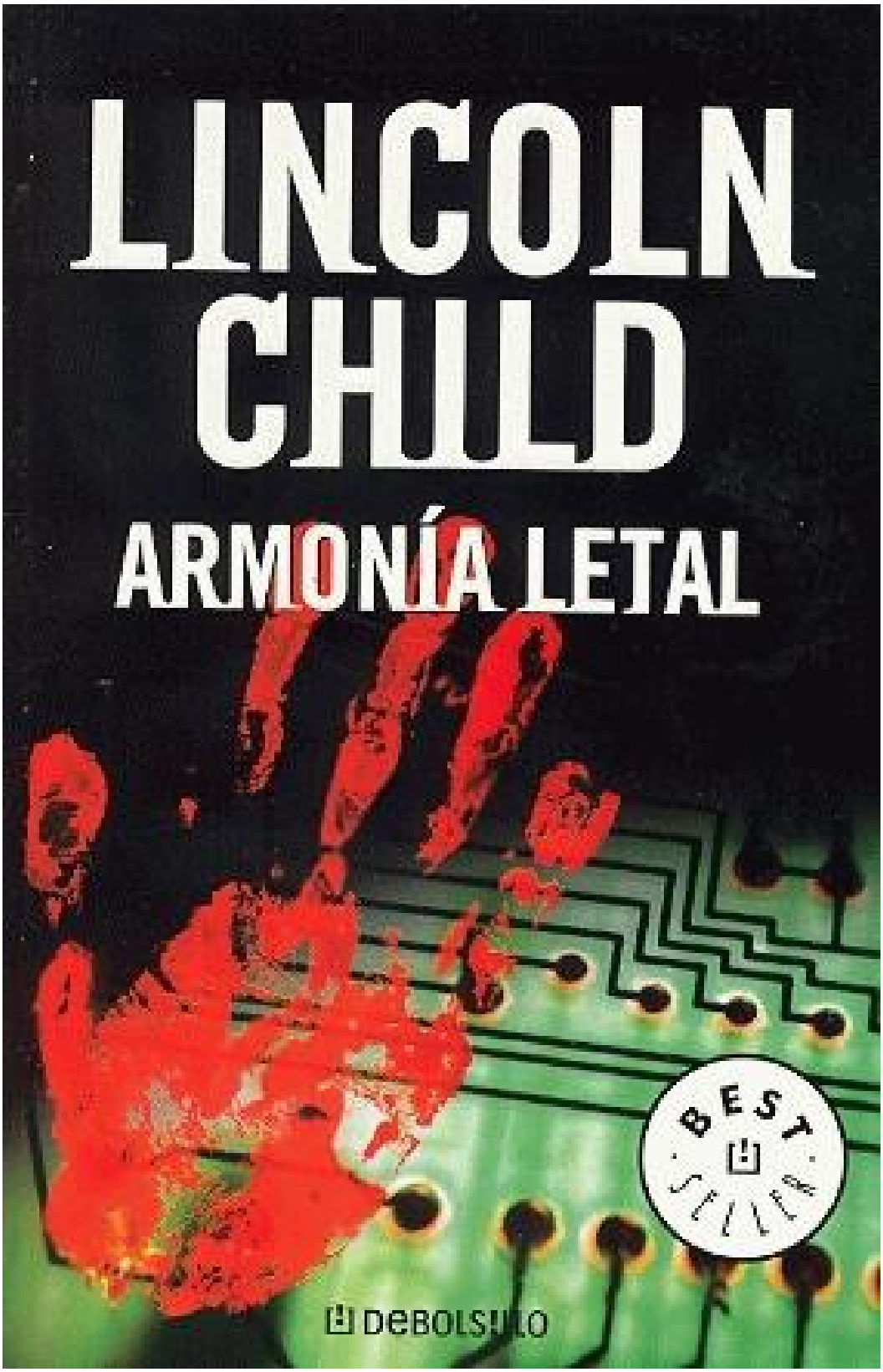

LINCOLN
CHILD
ARMONÍA LETAL
BEST SELLER
DEBOLSILLO

Lincoln Child

Armonía letal

Título original: Death Match

Primera edición: noviembre, 2005

© 2004, Lincoln Child

Publicado por acuerdo con Doubleday,

una división de Random House, Inc.

© 2005, Random House Mondadori, S.A

Travessera de Gracia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2005, Jofre Homedes Beutnagel, por la traducción

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-01-33570-1 Depósito legal: B. 44.227-2005

Fotocomposición: Anglofort, S. A.

Impreso en A amp; M Gráfic, S. L. Santa Perpetua de Mogoda (Barcelona)

L 33570 1

Para Verónica.

Agradecimientos.

Son muchas las personas que han aportado sus conocimientos a este libro. Deseo dar las gracias a mi amigo y editor en Double-day, Jason Kaufman, por sus mil formas -grandes y pequeñas- de ayudarme. También a sus colegas Jenny Choi y Rachel Pace.

El doctor Kenneth Freundlich me ofreció una información inestimable sobre los tests psicológicos y su aplicación. Mi agradecimiento a los doctores Lee Suckno, Antony Cifelli, Traian Parvulescu y Daniel DaSilva por sus consejos sobre medicina y psicología. Cezar Baula y Chris Buck me ayudaron con los detalles químicos y farmacéuticos. Mi primo Greg Tear ha vuelto a ser imprescindible en su doble papel de voz crítica y fuente de ideas. Gracias, como siempre, al agente especial Douglas Margini por su ayuda en los aspectos del libro relacionados con las fuerzas del orden.

Un agradecimiento especial a Douglas Preston por haberme apoyado y animado durante toda la elaboración del libro, y por haberme facilitado un capítulo crucial.

Quisiera hacer extensiva mi gratitud a Bruce Swanson, Mark Mendel y Jim Jenkins, por sus consejos y su amistad.

Por último, deseo dar las gracias a quienes hacen posibles mis novelas: mi mujer, Luchie; mi hija, Verónica; mis padres, Bill y Nancy, y mis hermanos, Doug y Cynthia.

Huelga decir que todos los personajes, empresas, hechos, ambientes, entidades, productos farmacéuticos, instrumentos psicológicos, órganos gubernamentales, tecnología informática y el resto del barro del que está modelada la novela son ficticios o se usan de modo ficticio. De momento, la compañía Edén de este libro es un capricho de mi imaginación, aunque es posible que algún día exista…

1.

Era la primera vez que Maureen Bowman oía llorar al bebé.

No se dio cuenta enseguida de que se trataba de un llanto. De hecho, tardó cinco o diez minutos en prestar atención, con la espuma de los últimos platos del desayuno goteando de sus guantes amarillos. Sí, era el llanto de un bebé, y salía de casa de los Thorpe.

Aclaró el último plato, lo envolvió en un trapo húmedo y lo hizo girar entre las manos, pensativa. Normalmente, en el barrio nadie se habría fijado en un bebé llorando. Era uno de los típicos ruidos de urbanización a los que no se les daba importancia, como la campanita del camión de los helados o el ladrido de un perro.

Entonces, ¿por qué le había llamado la atención? Puso el plato a secar.

Pues porque la hija de los Thorpe nunca lloraba. Como máximo, en los días cálidos de verano, cuando estaban todas las ventanas abiertas, Maureen la había oído hacer gorgoritos, reírse o imitar las notas de alguna pieza de música clásica. Su voz le llegaba con la brisa, junto con el olor a pino.

Se secó las manos con el trapo, lo dobló esmeradamente y levantó la vista del fregadero. Ya era septiembre. El primer día en que se notaba el otoño. Las laderas rojizas de los San Francisco Peaks estaban cubiertas de nieve. Maureen las veía por una ventana herméticamente cerrada.

Se giró, encogiéndose de hombros. No había ningún bebé que no llorase, tarde o temprano. Además, no era de su incumbencia. Ya tenía bastante trabajo para entrometerse en la vida de los vecinos. Era viernes, el día más agotador de la semana: el ensayo del coro, el ballet de Courtney, el kárate de Jason… Y, para rematarlo, el cumpleaños de Jason, que había exigido fondue de carne y pastel de chocolate, así que no tendría más remedio que hacer un viajecito al nuevo supermercado de la carretera 66. Con un suspiro, sacó un bloc de debajo de un imán de la nevera, cogió un lápiz y empezó a apuntar lo que debía comprar.

Dejó de escribir. La hija de los Thorpe tenía que llorar con fuerza para que se oyera a través de las ventanas cerradas…

No le dio más importancia. Debía de haberse dado algún golpe, o tal vez tenía cólicos. Aún estaba en edad de tenerlos. En todo caso, los Thorpe ya eran bastante mayorcitos para solucionarlo solos. Es más, se suponía que eran capaces de resolver cualquier cosa…

Se reprochó la reflexión, injustamente amarga. Los Thorpe tenían intereses diferentes de los suyos, y se movían en otros ambientes. No había que darle más vueltas.

Llevaban poco más de un año en Flagstaff. En un barrio de matrimonios maduros y de jubilados, una pareja joven y atractiva destacaba mucho. Enseguida, Maureen los había invitado a cenar, y había descubierto a un matrimonio encantador: simpático, chistoso,

de una exquisita educación… La conversación había sido fluida y cómoda, nada forzada. De momento, sin embargo, los Thorpe no habían devuelto la invitación. Maureen quería pensar que era porque el día de la cena Lindsay Thorpe estaba en el tercer trimestre de embarazo, y ahora, con un bebé y habiendo vuelto a trabajar… Se entendía perfectamente.

Cruzó despacio la cocina y se acercó a la puerta corredera de cristal, desde donde mejor se veía el domicilio de los Thorpe. Habían pasado la noche en su casa. Lo sabía porque había visto llegar el coche de Lewis a la hora de la cena. En esos momentos estaba todo muy tranquilo.

Menos el bebé. ¡Caramba con la criatura, qué pulmones!

Se acercó al cristal y estiró el cuello. Fue cuando vio aparcados los coches de los Thorpe, dos Audi 8 casi idénticos. El negro era el de Lewis, y el plateado el de Lindsay.

¿Los dos en casa, siendo viernes? Eso sí que era raro. Pegó la nariz al cristal, pero retrocedió rápidamente. «¡Oye, que estás siendo lo que habías jurado no ser nunca: una vecina entrometida!» Podía haber mil explicaciones: que la niña estuviera enferma y sus padres se hubieran quedado a cuidarla, que esperaran a los abuelos, que estuvieran a punto de salir de vacaciones, que…

Los berridos se habían vuelto roncos y desesperados. Maureen puso una mano en la puerta y la abrió sin pensárselo dos veces.

«Espera, espera. No puedes ir. Quedaría mal. Seguro que no pasa nada. Los incomodarás, y encima quedarás como una tonta.»

Miró el mármol de la cocina. Antes de acostarse había preparado galletas para Jason como para parar un tren. Se le ocurrió llevar algunas a los Thorpe, algo perfectamente normal entre vecinos.

Cogió rápidamente un plato de cartón, pero cambió de idea y lo sustituyó por uno de porcelana de la vajilla buena. Cuando tuvo una docena de galletas en el plato, tapadas con celofán, lo cogió y fue a la puerta.

Vaciló al acordarse de que Lindsay era una cocinera muy refinada. Varios sábados atrás habían coincidido en los buzones, y Lindsay le había dicho que lo sentía mucho, pero que no podía pararse a hablar porque tenía una ganache de almendra tostada en el horno. ¿Qué pensaría de un plato de galletas tan casero?

«Le estás dando demasiadas vueltas. ¡Venga, sal de una vez!»

¿Qué tenían los Thorpe, que la intimidaban tanto? ¿La impresión de que no necesitaban su amistad? Eran personas instruidas, pero Maureen también: licenciada cum laude en literatura. ¿Ser ricos? Pues como la mitad del vecindario. Quizá la buena pareja que hacían, lo ideales que eran el uno para el otro, hasta un extremo casi inverosímil… El día de la invitación, Maureen había observado que se cogían inconscientemente la mano, se acababan las frases mutuamente y cruzaban miradas fugaces pero llenas de elocuencia. «Asquerosamente felices», había dicho su marido, pero a ella no le había dado ningún asco. Al contrario, lo que le había dado era envidia.

Fue a la puerta con el plato bien cogido y apartó la mosquitera para salir.

Hacía una mañana preciosa, despejada, con mucho olor de cedro y aire puro. Los pájaros cantaban en las ramas. Abajo, en la ciudad, se oía el lamento del tren de la línea Southwest Chief entrando en la estación.

Fuera, los gritos se oían mucho más.

Algunas zancadas por el camino de piedras y llegó al cerco, hecho con traviesas de ferrocarril, que separaba los dos terrenos. Era la primera vez que pisaba el de los Thorpe. Se le hizo raro. El patio trasero estaba delimitado por una valla, pero reconoció entre los tablones el jardín japonés que había descrito Lewis y que parecía tranquilo, sereno. A Lewis le fascinaba la cultura japonesa. Había traducido a varios maestros del haiku, nombres que a Maureen no le sonaban de nada. La noche de la invitación, Lewis había contado la historia de un maestro zen que dejaba su jardín al cuidado de un aprendiz. Este se pasaba todo el día quitando hasta la última hoja seca, barriendo y limpiando los caminos de piedra hasta sacarles brillo y haciendo líneas regulares de rastrillo por la arena. Cuando aparecía el maestro zen para ver el resultado, el aprendiz le enseñaba su meticuloso jardín y preguntaba: «¿Perfecto?». Entonces el maestro respondía que no con la cabeza, cogía un puñado de piedras, las tiraba por la arena inmaculada y respondía: «Ahora sí que está perfecto». Maureen se acordó del brillo divertido de los ojos de Lewis al contarlo.

Caminó deprisa, mientras la voz del bebé le penetraba los tímpanos.

Al llegar a la puerta de la cocina de los Thorpe, compuso una sonrisa de lo más efusiva y abrió la mosquitera. La puerta cedió al primer golpe.

Entró.

- ¿Hola? -dijo-. ¿Lindsay? ¿Lewis?

Dentro de la casa, los berridos casi le producían dolor. Le sorprendió que un bebé pudiera llorar tanto. No sabía dónde estaban los padres, pero con ese ruido era imposible que la oyeran. ¿Cómo era posible que no hicieran caso a los llantos? ¿Se estarían duchando? ¿O practicando alguna perversión sexual? De repente se sintió cohibida; miró a su alrededor, pero no había nadie.

La cocina era muy elegante, con electrodomésticos de calidad y mármoles negros y brillantes. Daba directamente a un rinconcito para desayunar, dorado por el sol, que comunicaba con lo que Maureen imaginó que sería el salón. Allí, en el arco que unía los dos ambientes, estaba la niña, atada a una sillita y mirando al otro lado. De tanto llorar tenía manchitas en la cara, y las mejillas cubiertas de mocos y lágrimas.

Maureen corrió hacia ella.

- ¡Pobrecita mía! -Buscó un pañuelo en los bolsillos de sus vaqueros, arriesgando el equilibrio del plato de galletas, y le limpió la cara-. No llores, no llores…

Pero el bebé siguió llorando y dando golpecitos con los puños mientras miraba fijamente hacia el salón.

Maureen tardó bastante en limpiarle la cara. Cuando acabó, le dolían los tímpanos de tantos gritos. Solo se le ocurrió seguir la mirada de la niña al guardarse el pañuelo. Entonces el llanto del bebé y el impacto del plato y las galletas en el suelo quedaron ahogados de inmediato por los gritos de la propia Maureen.

2.

Christopher Lash bajó del taxi y se mezcló con el gentío de la avenida Madison. Hacía medio año que no pisaba Nueva York, y tuvo la impresión de que esos meses lo habían ablandado. No había echado de menos las apestosas humaredas de diesel que despedían los autobuses al circular uno tras otro. Había borrado de su memoria el desagradable olor a quemado de los chiringuitos depretzels. Y a la gente, gente en todas partes, gritando por el móvil. Bocinazos, coches y camiones cortándose el paso… Le recordó la actividad frenética y absurda de una colonia de hormigas descubierta al levantar una piedra.

Sorteó hábilmente la muchedumbre de la acera, sujetando con fuerza una cartera de piel. También hacía mucho tiempo que no la llevaba, y su mano la sentía como algo ajeno e incómodo. Cruzó la calle Cincuenta y siete, dejándose llevar por la riada humana. Una manzana más al sur, empezó a encontrar menos gente. Cruzó la Cincuenta y seis y se tomó un respiro en un portal vacío, a salvo de empujones. Dejó con cuidado la cartera entre sus pies y miró hacia arriba.

Al otro lado de la calle había un rascacielos inmenso, sin número ni nombre de empresa que diera algún indicio sobre su contenido. No hacía falta. Bastaba con el logotipo, que, a base de artículos y noticias, se había convertido en un icono norteamericano casi tan familiar como los dos arcos dorados de McDonald's: un signo de infinito, alargado y elegante, justo encima de la entrada del edificio. La torre tenía un retranqueo a media altura; una franja de celosías rodeaba su mitad superior, dando realce a los últimos pisos, pero la sencillez del conjunto era engañosa: lo suntuoso del edificio, la intensidad de su color, no tenían nada que envidiar a la pintura de un coche de gama alta. Los últimos libros de arquitectura definían su color como «obsidiana», sin acertar del todo. Era un brillo cálido, un resplandor translúcido que casi parecía absorber el de su entorno, haciendo que los bloques circundantes parecieran fríos y grises.

Lash bajó la cabeza, metió una mano en el bolsillo de la americana y sacó una carta comercial. Arriba, junto al logotipo del signo de infinito, ponía «Edén Incorporated» en un tipo de letra de lo más exquisito. Abajo, «a entregar en mano». Releyó el breve mensaje:

Estimado señor Lash:

Ha sido un placer hablar con usted esta mañana. Me alegro de que pueda venir sin haberle avisado con más antelación. Lo esperamos el lunes a las 10.30 de la mañana. Le ruego que entregue la tarjeta adjunta al personal de seguridad de la entrada.

Atentamente,

Edwin Mauchly Director de Gestión Organizativa

Se la guardó otra vez en el bolsillo, sin haber sacado nada nuevo en claro.

Cuando vio el semáforo de peatones en verde, cogió la cartera y cruzó la calle. Entre el rascacielos y la acera había un espacio amplísimo, un oasis muy acogedor con una fuente de sátiros y ninfas de mármol retozando alrededor de una figura curvada y antigua. La miró con curiosidad a través de la cortina de agua.

«Extraña pieza central para una fuente», pensó. No acababa de ver si el personaje era masculino o femenino.

Al otro lado de la fuente, el movimiento de las puertas giratorias era incesante. Lash observó que entraba mucha más gente de la que salía, y, como eran casi las diez y media, dedujo que no se trataba de empleados, sino de clientes, o aspirantes a serlo. Se unió a ellos y, tras entrar, se quedó a pocos pasos de la puerta.

El vestíbulo era amplio, con el techo alto. Las superficies eran de mármol rosado, pero la luz indirecta creaba un efecto más cálido de lo normal. En el centro había un mostrador de información del mismo color obsidiana que el exterior del edificio. En la pared de la derecha, detrás del control de seguridad, había toda una sucesión de ascensores. Seguía entrando gente, un flujo humano de edades, razas, estaturas y físicos variopintos. Era difícil saber si estaban esperanzados, nerviosos o con un poco de miedo. Se palpaba la electricidad en el ambiente. Algunas personas iban hacia el fondo del vestíbulo, donde dos escaleras mecánicas llevaban a un ancho pasillo abovedado sobre el que unas letras doradas y discretas anunciaban «tramitación de candidatos». Otros pasaban por debajo de las escaleras mecánicas y llegaban a unas puertas con el rótulo «solicitudes». También había quien se dirigía a la parte izquierda del vestíbulo, cuyo aparente bullicio hizo que Lash se acercara para fisgonear.

Una sección de la pared estaba ocupada desde el suelo hasta el techo por un enorme damero de pantallas de plasma, todas ellas con el primer plano de una persona hablando. Las caras (de hombres, mujeres, jóvenes y viejos) eran tan diferentes entre sí que a Lash le costó un poco darse cuenta de lo que tenían en común, hasta que vio que todas sonreían con una especie de serenidad.

Cuando se incorporó al público que observaba atentamente y en silencio la pared de caras, sus oídos captaron muchas voces a la vez. Supuso que había altavoces detrás de las pantallas. Sin embargo, gracias a algún truco de proyección del sonido, resultaba facilísimo aislar una voz del conjunto y relacionarla con alguna de las caras. «Ha cambiado totalmente mi vida», decía una chica guapa en una de las pantallas, como si hablara con él. «Sin Edén, no sé qué habría hecho -le dijo un hombre de sonrisa casi confidencial, como si fuera un secreto-. Ha sido algo decisivo.» En otra pantalla, un hombre rubio, de ojos muy azules y sonrisa efusiva declaraba: «Es lo mejor que he hecho en mi vida. Así de claro».

Al cabo de un rato, Lash se dio cuenta de que había otra voz en el umbral de la audición, un susurro muy grave que no procedía de ninguna pantalla concreta, sino de todas a la vez, y se esforzó en escucharla.

«La tecnología: actualmente, gracias a ella, nuestras vidas son más fáciles, largas y cómodas, pero ¿y si pudiera tener efectos más profundos? ¿Y si pudiera traernos la plenitud absoluta?

«Imagínese una tecnología informática tan avanzada que, virtualmente, pudiera reconstruir su personalidad, la esencia de lo que lo convierte en alguien único: sus esperanzas, sus deseos, sus sueños… Esos deseos tan profundos que quizá no los conozca ni usted mismo. Ahora, imagine una infraestructura digital tan potente que fuera capaz de comparar esa imagen de su personalidad con muchas otras, y que en una hora, un día o una semana encontrara a su media naranja, su alma gemela, esa persona única en el mundo que a causa de su carácter, su formación y sus intereses, y de un sinfín de características que sería imposible enumerar, está hecha para usted, y aportara plenitud a su vida. Mucho más que dos personas con intereses comunes: una pareja en la que el uno complementa tan profunda y sutilmente al otro como ninguno de los dos habría podido imaginar, o prever.»

Lash siguió observando la multitud de rostros, mientras prestaba atención a la voz resonante e incorpórea:

«Adiós a las citas a ciegas, y a las fiestas para solteros en que la elección se limita a unos pocos encuentros aleatorios. Nada de veladas en que se pierde el tiempo por incompatibilidad, sino un sistema exclusivo de profunda sofisticación, que ya existe: es el de la compañía Edén.

«Nuestro servicio no es barato, pero si tiene alguna queja, por pequeña que sea, Edén se compromete a devolverle todo su dinero, con una garantía de por vida; aunque hay que decir que hasta ahora ninguna de las miles de parejas formadas por Edén lo ha solicitado. Todas esas personas, como las que está viendo en estas pantallas, han aprendido que no se puede poner precio a la felicidad.»

Lash dio un respingo y miró su reloj. Llegaba cinco minutos tarde a la cita.

Se dirigió rápidamente al otro lado del vestíbulo, sacó la tarjeta que le habían mandado junto con la carta y se la dio a uno de los vigilantes uniformados. Le dieron un pase y lo enviaron muy amablemente a los ascensores.

Treinta y dos pisos más arriba, salió a una recepción pequeña pero elegante, de tonos neutros y con un ligerísimo zumbido industrial. No había letreros, directorios ni ninguna orientación formal, solo una mesa de madera clara y bien pulida y, detrás, una mujer atractiva con traje de chaqueta.

- ¿El doctor Lash? -preguntó con una sonrisa encantadora.

- Sí.

- Buenos días. ¿Me permite su carnet de conducir?

La petición era tan rara que a Lash no se le ocurrió preguntar por qué. Sacó la cartera, buscó el carnet y se lo entregó.

- Gracias.

La chica lo expuso unos segundos a una especie de escáner y se lo devolvió con otra sonrisa igual de amable. Luego se levantó de la silla y le hizo señas de que la siguiera hacia una puerta del fondo.

Cruzaron un pasillo muy largo, decorado más o menos como la recepción. Lash vio que había muchas puertas, todas cerradas y sin rótulo. Al llegar a una de ellas, su acompañante dijo:

- Pase, por favor.

Mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, Lash echó un vistazo a la habitación. Los muebles y accesorios eran refinados: una mesa de madera oscura sobre una alfombra tupida, y varios cuadros con bellos marcos. Un hombre se levantó de detrás de la mesa, alisándose el traje. Lash le dio la mano y lo estudió, más que nada por costumbre. Calculó que no le faltaba mucho para cumplir los cuarenta. Era bastante bajo, con la piel, el pelo y los ojos oscuros, y musculoso, aunque no en exceso. Quizá practicara la natación, o el tenis. A juzgar por su actitud, era un hombre seguro de sí mismo, y respetado; una persona de decisiones lentas pero contundentes.

- Doctor Lash -dijo, mirándolo a los ojos-, soy Edwin Mauchly. Gracias por venir.

- Perdone el retraso.

- No se preocupe. Siéntese, por favor.

Lash ocupó el único asiento que había delante de la mesa -una silla de cuero-, mientras Mauchly se giraba a escribir algo en el ordenador.

- Si no le importa esperar un minuto… La última vez que entrevisté a un cliente nuevo fue hace cuatro años, y han modificado el programa.

- ¿Es el mismo proceso?

- No, claro que no, pero los preliminares se parecen. -Siguió tecleando-. Ya está. ¿La dirección de su despacho de Stamford es Front Street, número 315, oficina 2?

- Sí.

- Perfecto. ¿Me hace el favor de rellenar estos datos? Lash echó una ojeada a la tarjeta blanca que Mauchly había deslizado por la mesa: fecha de nacimiento, número de la seguridad social y media docena de datos rutinarios que empezó a rellenar con un bolígrafo de su bolsillo.

- ¿Antes entrevistaba personalmente a los clientes? -preguntó, sin dejar de escribir.

- Hace tiempo, cuando trabajaba en PharmGen, participé en el diseño del proceso, antes de que Edén se independizara como empresa.

- Y ¿cómo es?

- ¿El qué, doctor Lash?

- Trabajar aquí. -Lash le devolvió la tarjeta-. Parece mágico, al menos por los testimonios del vestíbulo.

Mauchly miró rápidamente la tarjeta.

- Comprendo su escepticismo. -Mostró una expresión al mismo tiempo franca y reticente-. ¿Qué tiene que ver la tecnología con los sentimientos entre dos personas? Pero pregúnteselo a los empleados de la casa, que lo ven funcionar constantemente sin un solo fallo. Supongo que sí, que se podría decir que es mágico.

Sonó un teléfono al otro lado de la mesa.

- ¿Diga? -Mauchly aguantó el auricular con la barbilla-. Vale. Adiós.

Colgó y se levantó.

- Ahora mismo lo recibe, doctor Lash.

Lash cogió la cartera y salió con Mauchly al pasillo, preguntándose a quién se refería. Después de un recodo, salieron a otro pasillo más ancho y lujoso, que llevaba a unas puertas muy bruñidas. Mauchly se acercó a una, esperó un poco y llamó.

- Adelante -respondieron. Mauchly abrió la puerta.

- Seguiremos hablando enseguida, doctor Lash -dijo, haciéndole pasar.

Lash cruzó la puerta y se quedó a unos pasos, mientras la oía cerrarse con un clic. Delante había una mesa de madera oscura, larga y semicircular, con un hombre alto y muy bronceado al otro lado, que sonrió y lo saludó con la cabeza. Lash saludó con otro gesto, antes de darse cuenta, impresionado, de que tenía delante al mismísimo John Lelyveld, el presidente de Edén. Y lo esperaba a él.

3.

El presidente de Edén se levantó de la silla y sonrió, imprimiendo a su cara unas arrugas bondadosas, casi de abuelo.

- Muchas gracias por venir, doctor Lash. Siéntese, por favor.

Señaló la mesa y Lash se sentó frente a él.

- ¿Ha venido en coche desde Connecticut?

- Sí.

- ¿Qué tal el tráfico?

- Aparte de media hora parado en la autopista del Bronx, bien.

El presidente hizo un gesto con la cabeza.

- ¡Qué desastre de carretera! Yo los fines de semana los paso bastante cerca de su casa, en Rowayton, y últimamente voy en helicóptero. Ventajas que uno tiene… -Se rió y abrió una carpeta-. Bueno, antes de empezar, unas formalidades. -Sacó unas hojas grapadas y se las tendió a Lash junto con un bolígrafo de oro-. ¿Le importa firmarlo, por favor?

Lash miró la primera página. Era un compromiso de no divulgación. Hojeó deprisa el fajo y estampó su firma al encontrar el espacio destinado a tal efecto.

- Esto también.

Cogió el segundo documento, que resultó ser una especie de acuerdo de confidencialidad, se dirigió a la última página y la firmó.

- Y esto, si no le importa.

Esta vez se limitó a firmar sin leer los detalles farragosos.

- Gracias, y perdone. Espero que lo entienda -dijo Lelyveld mientras guardaba los papeles en la carpeta. A continuación apoyó los codos en el escritorio, entrelazó las manos y reposó la barbilla en ellas-. ¿Me equivoco, o ya conoce las características de nuestros servicios, doctor Lash?

Lash asintió con un gesto. ¿Quién no conocía la trayectoria de Edén? ¿Quién no sabía que en cuestión de pocos años el proyecto de investigación del prodigioso informático Richard Silver se había convertido en una de las principales empresas del país, si era una de las historias favoritas de la prensa económica?

- Entonces, supongo que no le sorprenderá saber que Edén ha mejorado sustancialmente las vidas de novecientas veinticuatro mil personas, según el último recuento.

- No.

- Casi medio millón de parejas, a las que se suman diariamente varios miles, y gracias a la inauguración de nuestras sucursales de Beverly Hills, Chicago y Miami hemos incrementado radicalmente nuestra gama de servicios y nuestra fuente de posibles candidatos. Lash volvió a asentir.

- Cobramos mucho, veinticinco mil dólares por candidato, pero de momento nadie nos ha solicitado el reembolso.

- Sí, ya lo había oído.

- Me alegro, pero es importante que también entienda que nuestro servicio no termina el día en que unimos a la pareja. A los tres meses, debe asistir a una sesión obligatoria con uno de nuestros asesores, y a los seis se reúne con otras parejas que ha formado Edén. Hacemos un seguimiento muy grande de nuestra base de clientes, no solo en beneficio de ellos, sino para mejorar nuestro servicio.

Lelyveld hizo una ligera inclinación, como si quisiera revelar un secreto desde un extremo de la mesa al otro.

- Lo que le voy a decir es confidencial, un secreto comercial de Edén. Según nuestro material promocional, proporcionamos un emparejamiento perfecto, la unión ideal de dos personas. Nuestros sistemas informáticos comparan aproximadamente un millón de variables de cada cliente con las de todos los demás, buscando coincidencias. ¿Me va siguiendo?

- Sí.

- Se lo explico simplificando mucho. Los algoritmos de inteligencia artificial tienen su origen en las investigaciones de Richard Silver, que a día de hoy sigue trabajando, y en infinitas horas de estudio sobre los factores psicológicos y de comportamiento. Resumiendo, nuestros científicos han establecido un umbral concreto de variables coincidentes que les permite afirmar que dos candidatos forman buena pareja. -Cambió de postura-. Dígame, doctor Lash: si comparara esos millones de factores en un matrimonio feliz medio, ¿en cuánto cifraría las coincidencias?

- ¿Ochenta por ciento? ¿Ochenta y cinco? -respondió Lash tras una breve reflexión.

- No está mal, pero me temo que se desvía mucho. Nuestros estudios han demostrado que en este país el matrimonio feliz medio solo está basado aproximadamente en un treinta y cinco por ciento de coincidencias.

Lash hizo un gesto de sorpresa.

- Lo que ocurre es que la gente se deja llevar por impresiones superficiales o atracciones físicas que en pocos años pierden casi todo su sentido. De hecho, los actuales servicios de relaciones personales, y los sitios de Internet que se anuncian como de parejas, incentivan el problema con sus toscas mediciones y el simplismo de sus cuestionarios, mientras que nosotros usamos un ordenador híbrido para encontrar cónyuges perfectos, en que la sintonía se extiende a un millón de rasgos personales. -Hizo una pausa-. No quiero meterme demasiado en detalles exclusivos de la empresa, pero existen grados variables de perfección. Nuestro equipo ha determinado un porcentaje específico que garantiza la pareja perfecta. Me limitaré a decir que es superior al noventa y cinco por ciento.

- Ya.

- La cuestión, doctor Lash (y me perdonará si le recuerdo que todo esto es información confidencial), es que durante los tres años que lleva Edén ofreciendo este servicio hemos tenido un pequeño número de parejas de una perfección excepcional, parejas en que el cien por cien de las variables entre las dos personas ha estado en sintonía. -¿El cien por cien?

- Sí, una coincidencia excepcional. Como comprenderá, nunca informamos a nuestros clientes del porcentaje exacto, pero en el tiempo que lleva funcionando nuestra empresa ha habido seis parejas estadísticamente perfectas, lo que llamamos «superparejas».

Hasta entonces el tono de Lelyveld había sido tranquilo y firme, pero empezaba a flaquear ligeramente. Su sonrisa paternal comenzaba a tener un matiz de tristeza, e incluso de dolor.

- Como le he dicho, hacemos un seguimiento de nuestras parejas. Lo que tengo que decirle no es muy agradable, doctor Lash: la semana pasada, una de las seis parejas excepcionalmente perfectas… -Titubeó antes de añadir-: Cometió un doble suicidio.

- ¿Suicidio? -repitió Lash.

El presidente bajó la mirada y consultó unas notas.

- Sí, Lewis y Lindsay Thorpe, de Flagstaff, Arizona. Los detalles son… mmm… bastante inhabituales. Dejaron una nota. -Volvió a levantar la cabeza-. ¿Comprende ahora que hayamos solicitado sus servicios?

Lash aún no lo había entendido del todo.

- ¿Le importaría explicármelo?

- Usted, como psicólogo, se ha especializado en relaciones familiares, sobre todo en relaciones conyugales. El libro que publicó el año pasado, Congruencia, era un estudio muy destacable sobre el tema.

- Ojalá se lo hubiera parecido a un mayor número de compradores.

- Las críticas especializadas fueron bastante entusiastas… En fin, el caso es que aparte de ser absolutamente perfectos el uno para el otro, los Thorpe eran dos personas inteligentes, capaces, sin problemas de adaptación y felices. Es evidente que debieron de sufrir alguna tragedia después del matrimonio: algún problema médico, o la muerte de un ser querido. También podría tratarse de una cuestión económica. -Lelyveld hizo una pausa-. En todo caso, necesitamos saber qué cambió en la dinámica de sus vidas, y por qué los condujo a una acción tan drástica. Si existe alguna posibilidad de que esté relacionado con una tendencia psicológica, debemos saberlo para poder tenerlo en cuenta en el futuro.

- Pero imagino que la empresa dispondrá de un equipo de profesionales en salud mental -dijo Lash-. ¿Por qué no recurre a sus miembros?

- Por dos razones: primero, porque queremos que lo investigue alguien imparcial y, segundo, porque no contamos con nadie con unas credenciales como las de usted.

- ¿A qué credenciales se refiere?

Lelyveld sonrió paternalmente.

- Al oficio que desempeñó antes de dedicarse al sector privado: psicólogo forense en el FBI, e integrante del equipo de ciencias del comportamiento radicado en Quantico.

- ¿Cómo lo ha sabido?

- Doctor Lash, por favor… Como antiguo agente especial, cabe suponer que seguirá teniendo acceso reservado a ciertos lugares, ciertas personas y cierta información. Además, podrá investigar lo que le pido con mayor discreción que nosotros. Si la investigación corriera por nuestra cuenta, o si pidiéramos ayuda oficial, podrían surgir preguntas, y no tiene sentido que preocupemos innecesariamente a nuestros clientes, pasados, presentes o futuros.

Lash cambió de postura en la silla.

- Si dejé Quantico por el sector privado, fue por una razón.

- Sí, su dossier incluye un recorte de periódico sobre la tragedia. Lo siento mucho, y no me sorprende que tenga pocas ganas de salir de la comodidad del ejercicio privado, aunque sea de manera provisional. -El presidente abrió la carpeta de piel y sacó un sobre-. De ahí la cantidad que encontrará aquí dentro.

Lash lo cogió y lo abrió. Dentro había un cheque por cien mil dólares.

- Debería cubrir las horas de trabajo, los desplazamientos y los gastos. Si necesita más, infórmenos. Este caso requiere un trabajo exhaustivo y sutil, así que dedíquele el tiempo que haga falta, doctor Lash. Cuanta más información tengamos, más eficaz podrá ser nuestro servicio en el futuro.

El presidente hizo una pausa y añadió:

- Existe otra posibilidad, pero es muy remota: que uno de los Thorpe fuera inestable, tuviera un historial de problemas mentales y se las arreglara para que aquello pasase inadvertido en nuestra evaluación. Es altamente improbable. De todos modos, si no logra encontrar una respuesta en su vida conyugal, es posible que tenga que investigar el pasado de ambos.

Cerró la carpeta con un gesto concluyente.

- Su principal contacto en la investigación será Ed Mauchly, que ya le tiene preparadas unas cuantas cosas. Como comprenderá, no podemos facilitarle los expedientes sobre la pareja, pero tampoco le interesarían demasiado. La respuesta de este enigma está en las vidas privadas de Lewis y Lindsay Thorpe.

Volvió a quedarse callado. Al principio Lash se preguntó si era el final de la entrevista, pero luego volvió a oír la voz de Lelyveld, más tenue y confidencial. Ya no sonreía.

- Esta empresa siente un aprecio muy particular por todos sus clientes, doctor Lash, pero si he de serle sincero las parejas perfectas son algo especial. Cada vez que aparece una nueva, se corre la voz por la empresa, aunque nos esforcemos por guardar el secreto. Teniendo en cuenta que los Thorpe fueron la primera, comprenderá el dolor que me ha causado esta noticia, y el duro golpe que ha supuesto para mí. Afortunadamente, se ha logrado que su muerte no trascendiera a los periódicos, ahorrando la mala noticia a nuestros empleados. Le agradeceré personalmente cualquier descubrimiento sobre la naturaleza exacta de lo que se malogró en sus vidas.

Cuando Lelyveld se levantó y le tendió la mano a Lash su sonrisa reapareció, pero era una sonrisa melancólica.

4.

Veinticuatro horas después, Lash estaba en el salón de su casa, bebiendo café y mirando por el ventanal. La playa que veía era Compo Beach, una franja larga y estrecha de arena, casi sin pájaros ni paseantes. Era una mañana laborable y ya hacía unas semanas que se habían ido los turistas y los veraneantes, pero, después de un mes de no fijarse en el paisaje, a Lash le sorprendió la relativa soledad de la playa. A lo lejos, gracias a que el cielo estaba despejado, pudo reconocer la línea verde y baja de Long Island. Un barco cisterna pasó como un fantasma silencioso rumbo a mar abierto.

Volvió a repasar mentalmente los preparativos. Había cancelado sus sesiones privadas de terapia y asesoramiento durante una semana. El doctor Kline se encargaría de los grupos. Parecía mentira que hubiera encontrado tan pocas dificultades.

Bostezó, y al beber otro sorbo de café se sorprendió en un espejo. Decidir qué ponerse había sido un poco más difícil. Nunca le había gustado el trabajo de campo, y la cita a la que estaba a punto de acudir le traía resabios molestos del pasado. Tuvo que recordar su aspecto positivo: que aceleraría enormemente las cosas. Los comportamientos aberrantes no caían del cielo, y menos algo tan exótico como el suicidio en pareja. En los dos años de vida conyugal de los Thorpe tenía que haber pasado algo, que por otro lado no podía ser sutil (como un pequeño altibajo, o la gestación de una depresión), sino muy grave, evidente para todas las personas que los rodeaban (al menos, cuando lo consideraran en retrospectiva). Lash no descartaba que por la noche ya hubiera descubierto el problema de los Thorpe. Con un poco de suerte, al día siguiente tendría listo el informe sobre el caso. Serían los cien mil dólares más fáciles de su vida.

Se apartó de la ventana y se entretuvo en contemplar la sala: un piano de media cola, una librería, un sofá… La escasez de muebles la hacía parecer mayor de lo que era. La sobriedad y el orden que reinaban en la casa eran voluntarios, fruto de los años que llevaba en ella. La sencillez se había convertido en parte de su armadura personal. Para complicadas, las vidas de sus pacientes.

Una nueva mirada a su reflejo lo convenció de que tenía un buen aspecto. Salió de la casa, miró alrededor y murmuró una palabrota llena de resignación al ver que el repartidor se había olvidado de dejar el Times en el camino de entrada. Después fue hacia su coche.

Una hora de lucha con el tráfico de la 1-95 lo llevó a New London y al arco bajo y plateado del Gold Star Memorial Bridge. Al salir de la autovía tomó la dirección del río y encontró un hueco en una calle secundaria. Después de aparcar, hojeó el fajo de papeles que tenía en el asiento de al lado. Contenía fotos en blanco y negro de la pareja y unas cuantas hojas con información biográfica. Mauchly le había facilitado lo mínimo sobre los Thorpe (dirección, fechas de nacimiento y nombre y dirección de los herederos), pero un par de llamadas telefónicas habían rellenado las lagunas.

Lash estaba a punto de llevar a cabo un pequeño engaño y ya sentía remordimientos, aunque se consoló pensando que aquello podía proporcionarle datos decisivos para la investigación.

Su cartera de piel estaba en el asiento trasero, llena de hojas en blanco. La cogió, salió del coche y, tras una última inspección de su reflejo en la ventanilla, caminó hacia el río Thames.

State Street dormitaba bajo un dulce sol de otoño. Al fondo, más allá de la estación de tren de la Old Union -que parecía una fortaleza-, se veía el puerto, con el agua rielando. Bajó por la cuesta hasta la confluencia entre State y Water, donde había un hotel, un edificio del Segundo Imperio con grandes mansardas que había sido convertido recientemente, en restaurante. Vio escrito «The Roastery» en el primer ventanal. Un local público cerca del agua le había parecido lo mejor para estar cómodos y no sentirse amenazados. Dadas las circunstancias, era poco aconsejable quedar para comer. Además, los últimos estudios con pacientes de la Universidad Johns Hopkins demostraban que las personas que habían perdido a un ser querido respondían mejor a los estímulos externos en las horas matinales. Un café a media mañana parecía lo ideal, una situación tranquila y propicia a la conversación. Miró su reloj: las diez y veinte. Puntualidad absoluta.

El interior de The Roastery cumplía todas sus expectativas: techos altos de cinc, paredes de color beis y un murmullo de conversaciones. El delicioso aroma del café recién molido flotaba en todo el local. Lash, que había llegado pronto para asegurarse una mesa adecuada, eligió una grande y redonda en un rincón, cerca de la ventana, y se sentó de cara a la pared. Era importante que el entrevistado se sintiera al mando de la situación.

Casi no tuvo tiempo de dejar la cartera encima de la mesa y arreglarse. Enseguida oyó unos pasos. -¿El señor Berger? -le preguntaron.

Se giró.

- Sí. ¿Usted es el señor Torvald?

Tenía el pelo fuerte y gris y la piel muy morena y curtida, de aficionado al mar. Sus ojos, de un azul deslavazado, conservaban las ojeras de un profundo disgusto; aun así, su parecido con la foto que Lash acababa de repasar en el coche era notable. Parecía una versión más vieja, masculina y con el pelo corto de Lindsay Thorpe.

Los largos años de práctica permitieron que Lash no revelase la menor emoción.

- Siéntese, por favor.

Torvald ocupó la silla del rincón. Tras un apático vistazo al restaurante, su mirada se concentró en Lash.

- Lo acompaño en el sentimiento. Muchas gracias por haber venido.

Torvald gruñó.

- Comprendo que pasa por un mal momento. Intentaré ser breve.

- No, no, tranquilo…

Torvald tenía una voz grave, y hablaba con frases cortas, incisas.

Una camarera les trajo las cartas.

- No creo que las necesitemos -dijo Torvald-. Para mí un café solo sin azúcar.

- Para mí lo mismo, por favor.

La camarera asintió con un gesto y se fue. Era atractiva, pero Lash observó que Torvald ni siquiera la había mirado de reojo.

- O sea, que extiende pólizas -dijo Torvald.

- Soy analista en una consultoría que trabaja para American Life.

Uno de los primeros datos que Lash había buscado sobre los Thorpe eran sus pólizas de seguro. Tres millones por cabeza, apagar a su única hija. Tal como pretendía, había sido una manera rápida y relativamente fácil de acceder al núcleo familiar sin llamar la atención. Hasta se había tomado la molestia de encargar tarjetas falsas de visita, pero Torvald no se la pidió. Este, a pesar de su dolor, que era evidente, conservaba la actitud de alguien avezado a dar órdenes escuetas, como si estuviera acostumbrado a que las obedeciesen enseguida. Quizá fuera capitán de barco, o ejecutivo de una gran empresa. Lash no había escarbado en el historial de la familia. De todos modos, lo más probable parecía lo segundo. Teniendo en cuenta el precio de los servicios de Edén, seguro que Lindsay Thorpe había recibido una ayudita de su papá.

Lash carraspeó y adoptó una actitud lo más simpática que pudo.

- Si no le importa responder a unas preguntas, nos haría un gran favor. Si hay alguna que le resulte incómoda, o si necesita una pausa, lo entenderé perfectamente.

La camarera les sirvió los cafés. Lash bebió un poco, abrió la cartera y sacó una libreta de papel sellado.

- Cuando su hija era pequeña, ¿cómo fue su relación? ¿Muy estrecha? -empezó preguntando.

- Estrechísima.

- ¿Y cuando ya no vivía en su casa?

- Hablábamos a diario.

- En general, ¿cómo calificaría su salud física?

- De excelente.

- ¿Tomaba alguna medicación con regularidad?

- Suplementos vitamínicos, un antihistamínico suave… y pare de contar.

- ¿Para qué era el antihistamínico?

- Tenía dermatografismo.

Lash hizo un gesto de asentimiento. Era una enfermedad cutánea que provocaba picores. La tenía su vecina de rellano y era totalmente benigna.

- ¿Alguna dolencia inhabitual o grave? ¿Enfermedades infantiles?

- No, ninguna; de todos modos, si hubiera padecido alguna seguro que constaría en el formulario que rellenó para American Life.

- Sí, señor Torvald, lo comprendo. Solo intento formarme un marco de referencia independiente. ¿Tenía hermanos vivos?

- Lindsay era hija única.

- ¿Fue buena alumna?

- Sí, salió de Brown con cum laude, y se licenció en económicas en Stanford.

- ¿Cómo la calificaría? ¿De tímida o de extravertida?

- A quien no trataba con ella, podía parecerle callada, pero siempre le sobraron los amigos. Era una de esas chicas que conocen a mucha gente, pero muy cuidadosa con sus amistades. Lash bebió un poco de café.

- ¿Cuánto tiempo llevaba casada, señor Torvald?

- Poco más de dos años.

- Y ¿cómo describiría su matrimonio?

- Nunca he visto una pareja tan feliz. Nunca.

- ¿Qué puede contarme sobre Lewis Thorpe?

- Era inteligente, simpático, sincero, ingenioso… y tenía muchos intereses.

- ¿Su hija le había comentado que tuvieran algún problema?

- ¿Que si se habían peleado, quiere decir?

- Sí, o algo por el estilo: diferencias de opinión, deseos contrapuestos, incompatibilidades…

- Nunca.

Lash bebió otro sorbo, y observó que Torvald aún no había tocado su taza.

- ¿Nunca?

Tiñó su pregunta de una ligerísima incredulidad. Torvald mordió el anzuelo.

- Nunca. Mire, señor…

- Berger.

- Mire, señor Berger, mi hija era… -Por primera vez, pareció titubear-. Mi hija era dienta de la empresa Edén. ¿La conoce?

- Por supuesto.

- Pues entonces ya me habrá entendido. Yo al principio era escéptico. Me parecía una exageración pagar tanto por unos cuantos ciclos informáticos, un simple juego de azar estadístico, pero Lindsay no se dejó convencer. -Se inclinó un poco-. No era una chica como las demás. Sabía lo que quería, y solo se conformaba con lo mejor. Había salido con varios chicos, algunos estupendos, pero nunca parecía del todo satisfecha, y las relaciones no le duraban.

De repente, la postura de Torvald se hizo más rígida. Era la frase más larga que había pronunciado. Lash anotó algo para incitarlo a seguir, mientras tomaba la precaución de no mirarlo a los ojos.

- ¿Y?

- Que con Lewis fue diferente. Lo supe en cuanto la oí decir su nombre por primera vez. Congeniaron desde la primera cita. El recuerdo despertó una sonrisa en el rostro de Torvald, justo cuando Lash despegaba su mirada del cuaderno. Por unos instantes, los ojos hundidos del padre de Lindsay se avivaron, y su mandíbula se relajó.

- Quedaron un domingo para almorzar, y acabaron patinando en línea. -Hizo un gesto de incredulidad-. No sé a quién se le ocurrió, pero era una locura, porque ninguno de los dos sabía. Es posible que lo propusiera Edén. El caso es que se prometieron en un mes, y que se los veía cada vez mejor. Ya le digo que nunca he visto una pareja tan feliz. Siempre descubrían algo nuevo: del mundo, de sí mismos…

La sonrisa de Torvald se borró tal como había aparecido: de repente. Apartó la taza de café.

- ¿Y la hija de Lindsay? ¿Cómo influyó en sus vidas?

Torvald lo observó fijamente.

- Completándola, señor Berger.

Lash volvió a anotar algo, pero esta vez no fue para disimular. La entrevista no estaba saliendo como esperaba. El gesto de Torvald de apartar la taza le hizo sospechar que podían ser las últimas preguntas.

- ¿Conoce algún contratiempo reciente en la vida de su hija o de su yerno?

- No´.

- ¿Ninguna dificultad inesperada? ¿Ningún problema?

Torvald se puso nervioso.

- Como no le parezcan problemas que a Lewis le concedieran una beca y que tuvieran un bebé precioso…

- ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija, señor Torvald?

- Hace dos semanas.

Lash bebió café para ocultar su sorpresa.

- ¿Puedo preguntarle dónde?

- En su casa de Flagstaff. Pasé a visitarlos volviendo de una regata en el golfo de México.

- Y ¿cómo describiría su hogar?

- Pues lo «describiría» como perfecto.

Lash hizo otra anotación.

- ¿No observó nada diferente respecto a otras visitas? ¿Ninguna pérdida o aumento de apetito, por ejemplo? ¿Cambios en las pautas de sueño? ¿Falta de energía? ¿Pérdida de interés por sus aficiones?

- No había ningún trastorno afectivo, si es lo que insinúa.

Lash dejó de escribir.

- ¿Trabaja usted en el sector sanitario, señor Torvald?

- No, pero mi mujer, que en paz descanse, era terapeuta ocupacional, y conozco los síntomas de la depresión.

Lash dejó a un lado la libreta.

- Solo intentamos formarnos una idea de la situación, señor Torvald.

De repente Torvald se inclinó hacia Lash hasta poner sus caras a un palmo.

- ¿Una idea? Mire, no sé qué esperan averiguar usted o su empresa, pero creo que ya he contestado bastantes preguntas. Además, no hay ninguna idea que formarse, ni ninguna respuesta. Lindsay no era una suicida, y Lewis tampoco. Lo tenían todo para seguir viviendo. Todo.

Lash guardó silencio. Lo que veía no era simple dolor, sino necesidad: la de entender lo incomprensible.

- Voy a contarle otra cosa -continuó Torvald, deprisa y en voz baja, sin apartar la cara-: yo quería a mi mujer. Creo que nuestra relación era todo lo buena que cabe esperar de un matrimonio, pero me habría cortado el brazo derecho sin pensármelo dos veces con tal de haber sido tan feliz con ella como mi hija con Lewis.

Dicho lo cual, retrocedió, se levantó de la mesa y salió del restaurante.

5.

Flagstaff, Atizona. Dos días después.

Como la zona de estacionamiento ya estaba ocupada por dos Audi 8, Lash dejó su Taurus de alquiler en la acera y subió a pie por el camino de adoquines, haciendo crujir la pinaza marrón. El número 407 de Cooper Drive era una casa bonita, de tejado ancho y bajo, con el patio trasero vallado. Al otro lado de la cerca, el terreno bajaba suavemente, ofreciendo una vista del centro de Flagstaff, ligeramente borrosa por la niebla matinal. Más lejos, al norte, se erguía la masa violeta y marrón de los San Francisco Peaks. Al llegar a la puerta principal, sujetó con el brazo los grandes sobres que llevaba y buscó en el bolsillo hasta encontrar una llave con una etiqueta blanca de pruebas. El jefe de la delegación de Phoenix había sido compañero suyo en los grises dormitorios de Quantico. Habían corrido juntos la dura carrera de obstáculos que recibía el nombre de «Yellow Brick Road», y le debía varios favores. Por eso Lash había acudido a él en busca de la llave de la casa de los Thorpe.

Miró hacia arriba y vio la cámara de seguridad debajo del alero. La había instalado el anterior propietario de la casa, pero estaba desactivada para la investigación policial. Como la casa sería puesta en venta en cuanto se diera el carpetazo oficial a la investigación, el sistema estaba apagado.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta con un giro de muñeca.

Una vez dentro de la casa, creyó percibir esa extraña expectación que había encontrado en otros escenarios de muertes por causas no naturales.

La puerta principal daba directamente al salón, donde habían sido encontrados los cadáveres. Avanzó despacio, mirándolo todo y fijándose en la situación y la calidad del mobiliario. Vio un sofá marrón de cuero con sillones a juego, un armario antiguo y un televisor de pantalla plana, que tenía pinta de ser caro. Se notaba que los Thorpe no habían tenido problemas de dinero. Sobre el suelo enmoquetado había dos alfombras de seda muy bonitas, una de ellas con rastros de polvo del equipo del forense. Fue una visión inesperada, que le despertó recuerdos del último crimen que había visto. Pasó rápidamente de largo.

Al final del salón había un pasillo que atravesaba toda la casa. A mano derecha, el comedor y la cocina; a mano izquierda, lo que parecían dos dormitorios. Dejó los sobres en el sofá y entró en la cocina, tan bien amueblada como el salón. Una puerta trasera permitía ver el estrecho patio lateral de la casa de al lado.

Volvió por el pasillo hacia los dormitorios. Una de las habitaciones, en tafetán azul y encaje, era para la niña. Otra era el dormitorio principal, con la típica mezcla de novelas de bolsillo, frascos de medicamentos y mandos a distancia en las mesillas de noche. Y

una tercera habitación parecía servir de dormitorio de invitados y estudio. Lash entró y la examinó con gran curiosidad. Las paredes estaban decoradas con xilografías japonesas de un finísimo papel de arroz. Vio una mesa con varias fotos enmarcadas: Lewis y Lindsay Thorpe cogidos del brazo delante de una pagoda, los Thorpe en lo que podían ser los Campos Elíseos… Sonreían en todas, de una forma que Lash casi nunca había visto. Era una sonrisa de felicidad pura y simple, auténtica.

Se acercó a la pared del fondo, totalmente revestida de estanterías. Los Thorpe habían sido lectores voraces, de gusto ecléctico. Dos de los estantes superiores estaban íntegramente dedicados a manuales, más o menos gastados; otro, a revistas comerciales. Debajo había algunos anaqueles de ficción.

Le llamó especialmente la atención una hilera de libros entre dos estatuas de jade, que parecían indicar un trato preferente. Leyó rápidamente los títulos: TLen en el arte del tiro con arco, Japonés avanzado, Doscientos poemas de la primera época T'ang. En la estantería de encima solo había una foto sin enmarcar de Lindsay Thorpe en un tiovivo, rodeada de niños, con los brazos tendidos a la cámara y riendo. Lash la cogió. Al dorso estaba escrito, con letra masculina:

¡Quién estuviera cerca de ti

como la falda mojada

al cuerpo de una salinera!

Pienso siempre en ti.

Dejó la foto cuidadosamente en su lugar y volvió al salón.

Fuera, la niebla matinal se estaba levantando a gran velocidad, y en las alfombras de seda ya había franjas oblicuas de sol. Se acercó al sofá de piel y se sentó, apartando los sobres. Registrar una casa intentando captar la psicología de sus habitantes era algo que había hecho muchas veces como agente de la Unidad de Apoyo a la Investigación, pero las circunstancias no se parecían en nada a las de entonces. Lo que había hecho para el FBI eran perfiles de personalidad criminal, estudiando los infiernos personales de asesinos o violadores en serie, sociópatas, gente -y casas- sin nada, absolutamente nada en común con los Thorpe.

Había ido a aquella casa en busca de algún indicio del problema. Llevaba tres días practicando lo que la jerga clínica llamaba autopsia psicológica, en forma de entrevistas discretas con familiares, amigos, médicos y hasta un sacerdote, pero el resultado desmentía la aparente sencillez del caso. No se observaba ninguno de los factores de riesgo habitualmente asociados al suicidio. Nada que hubiera podido desencadenar, no ya un suicidio, sino dos. Al contrarío: los Thorpe lo tenían todo para querer vivir. Y sin embargo, justo en esa habitación, habían escrito una nota, se habían atado bolsas en la cabeza y se habían asfixiado abrazados en la alfombra, en presencia de su hija.

Cogió uno de los sobres, lo abrió y vació su contenido en el sofá: pruebas documentales recogidas por la policía de Flagstaff. Había un pequeño fajo de fotografías sujetas con un clip. Les echó un rápido vistazo. Eran fotos de veinte por veinticinco de la pareja en el lugar del crimen, unidos en la muerte, rígidos sobre la alfombra. Las dejó y cogió una

fotocopia de la nota de suicidio, que era muy simple: «Por favor, cuidad a nuestra hija». Por último, hojeó lentamente el informe oficial de incidencias de la policía. Ninguno de los Thorpe había salido de su casa desde la noche anterior al descubrimiento de los cadáveres. Gracias a las grabaciones de las cámaras de seguridad, se sabía que tampoco había entrado nadie. La alarma silenciosa solo se había disparado a la mañana siguiente, con la llegada de una vecina. Al final del informe había una transcripción de una entrevista con ella.

TRANSCRIPCIÓN OFICIAL

Propiedad del Departamento de Policía de Flagstaff

Expediente: AR-27

N.° de caso: 04B-2190

Agente de guardia: Michael Gutiérrez

Oficial: Sargento Theodore White

Interrogado/a: Bowman, Maureen A.

Día / Hora: 17-9-2004; 14.22

Contenido de la transcripción:

(OF)ICIAL. Póngase cómoda, por favor. Soy el sargento White, el que le hará la entrevista. Por favor, diga su nombre para que quede grabado.

(INT)ERROGADO. Maureen Bowman.

OF. ¿Dónde vive, señora Bowman?

INT. En Cooper Drive, número 409.

OF. ¿Cuánto tiempo hace que conocía a Lewis y Lindsay Thorpe?

INT. No hace mucho, desde que vinieron a vivir al barrio. Un año y medio, más o menos.

OF. ¿Los veía con frecuencia?

INT. La verdad es que no. Estaban muy ocupados. Entre la niña y todo lo demás…

OF. ¿Recibían visitas habituales?

INT. Que yo sepa, ninguna. Lewis se llevaba bien con algunos del laboratorio, y creo que vinieron a cenar un par de veces; luego, al nacer la niña, los abuelos hicieron unas cuantas visitas, pero nada especial.

OF. ¿Qué impresión daban los Thorpe?

INT. ¿Qué quiere decir?

OF. Como vecinos, como pareja… ¿Qué impresión daban?

INT. Siempre eran muy amables.

OF. ¿Observó algún problema? ¿Peleas, discusiones o algo así?

Int. No, nunca.

OF. ¿Sabe si habían tenido alguna dificultad? ¿De dinero, por ejemplo?

INT. Que yo sepa no, pero ya le digo que no habíamos pasado mucho tiempo juntos. Siempre eran muy amables y estaban muy contentos. Creo que nunca he visto una pareja tan feliz.

OF. ¿Cuál es la razón exacta de que haya ido esta mañana a casa de los Thorpe?

INT. El bebé.

OF. ¿Cómo?

INT. El bebé, que no paraba de llorar. Hasta entonces nunca había llorado, y he pensado que podía pasar algo.

OF. Por favor, describa lo que ha visto para que conste en la grabación.

INT. Pues… he ido a la puerta de la cocina y he visto al bebé.

OF. ¿En la cocina?

INT. No, en el pasillo, el que lleva al comedor.

OF. Por favor, señora Bowman, describa con el máximo detalle todo lo que ha visto y todo lo que ha oído.

INT. De acuerdo. He visto al bebé al fondo de la cocina. Berreaba y tenía la cara roja. No había ninguna lámpara encendida pero, como era por la mañana y hacía sol, lo he visto todo claramente. Había una ópera puesta.

OF. ¿Puesta? ¿Dónde?

INT. En la cadena de música, pero el bebé chillaba tanto que casi no me dejaba pensar. Me he acercado para tranquilizarla.

Entonces he visto el salón, y… ay, Dios mío…

[PAUSA EN LA TRANSCRIPCIÓN]

OF. Tómese todo el tiempo que quiera, señora Bowman. Si quiere un pañuelo, los tiene a la derecha, encima de la mesa.

Lash dejó a un lado la transcripción. No necesitaba seguir leyendo. Sabía con exactitud qué había encontrado Maureen Bowman.

«Creo que nunca he visto una pareja tan feliz.» Eran prácticamente las mismas palabras que había dicho el padre de Lindsay Thorpe en el restaurante de New London, con la mirada desquiciada. Lo mismo que habían comentado todos los demás.

¿Qué podía haberle pasado a la pareja? ¿Qué problema podían haber tenido?

La experiencia de Lash con la patología se dividía en dos períodos bien diferenciados: primero como psicólogo forense en el FBI, estudiando la violencia a posteriori, y luego como especialista en el sector privado, trabajando con pacientes para que la violencia nunca fuera necesaria. Se había esforzado mucho en mantener separados ambos mundos, pero empezaba a sentir que se acercaban, precisamente ahí, en la casa de los Thorpe.

Su mirada se posó en el otro paquete, donde ponía «Propiedad de la compañía Edén. Registrado y confidencial». Deshizo el cordel y levantó la solapa. Dentro había dos cintas de vídeo sin etiquetar. Las sacó y se quedó un momento con una en cada mano, antes de levantarse para ir a la consola de televisión. La encendió e introdujo una de las cintas.

En la pantalla negra parpadeó una fecha, seguida por una larga sucesión de números. De pronto apareció una cara de tamaño mayor que el natural: atractivo, con el pelo castaño, ojos penetrantes de color marrón claro… Era Lewis Thorpe. Sonreía. El primer paso para presentarse como candidato en Edén era sentarse ante una cámara y contestar a dos preguntas. Las grabaciones iniciales eran el único material que le había suministrado Mauchly, aparte de la escasa información biográfica.

Lash prestó atención. Ya había visto los vídeos varias veces, pero había tenido la idea de pasarlos por última vez en casa de los Thorpe por si el entorno le hacía comprender la conexión, la escurridiza conexión. No parecía una esperanza muy sólida, pero se le estaban acabando las opciones, y estaba dedicando mucho tiempo más de lo previsto al caso.

«¿Por qué ha venido?», preguntaba una voz fuera de campo. La sonrisa de Lewis Thorpe era sincera y desarmante. «Porque en mi vida falta algo», se limitaba a responder. «Explique algo de lo que ha hecho esta mañana, y por qué le parece que deberíamos saberlo.»

Lewis se lo pensaba, pero no mucho.

«He acabado de traducir un haiku especialmente difícil. -Como la otra persona no decía nada, añadía-: He estado traduciendo las obras de Bashó, el poeta japonés. La gente cree que traducir haikus es fácil, pero la verdad es que cuesta muchísimo. Son tan densos, y a la vez tan simples… ¿Cómo se capta toda esa riqueza de significados? -Se encogía de hombros-. Empecé a hacerlo en unos cursos de posgrado. Había estudiado japonés durante mucho tiempo, y me quedé fascinado con el libro de Bashó Senda hacia tierras hondas. Explica su viaje por el interior del norte de Japón, hace cuatrocientos años, pero, claro, también es un texto sobre el propio Bashó… Bueno, pues resulta que es una obra corta, con muchos haikus, y uno muy famoso se me resistía una y otra vez,

así que siempre lo dejaba para el final. Esta mañana lo he acabado en el taxi. Qué curioso, ¿verdad? Teniendo en cuenta que solo son nueve palabras…»

Se quedaba callado.

No era fácil conciliar aquella cara de hombre bien parecido con las fotos de la policía, donde se le veía con la boca muy abierta, los ojos vidriosos y la lengua negruzca y salida.

Un fundido repentino en negro. Lash sacó la cinta e introdujo la otra.

Tras una nueva lista de números, apareció Lindsay Thorpe, delgada, rubia y muy bronceada. Parecía ligeramente más nerviosa que Lewis. Se humedecía los labios y se apartaba un mechón de cabello de los ojos con el dedo. «¿Por qué ha venido?», le preguntaban. Lindsay apartaba la vista, y al cabo de un rato respondía: «Porque sé que puedo encontrar algo mejor».

«Explique algo de lo que ha hecho esta mañana, y por qué le parece que deberíamos saberlo.»

Lindsay volvía a mirar a la cámara, y también sonreía, enseñando unos dientes perfectos y brillantes.

«Ah, eso ya es más fácil. Me he decidido y he comprado un billete de ida y vuelta a Lucerna. Ofrecen un viaje especial de una semana caminando en grupo por los Alpes. Sale un poco caro, y la verdad es que podría parecer un despilfarro, sobre todo si le sumas el precio de… -Su sonrisa se volvía un poco tímida-. Bueno, el caso es que al final he decidido que valía la pena. Hace poco corté una relación que no había salido bien, y tenía ganas de irme, no sé, verlo todo desde otra perspectiva… -Se reía-. Total, que esta mañana he cargado el billete en mi Visa y me voy a principios del mes que viene.»

Final de la cinta. Lash la sacó y apagó el reproductor. Cinco meses después de aquellas entrevistas, los Thorpe se habían casado. Poco después se habían instalado en esa casa, y nadie había conocido a una pareja tan perfecta…

Guardó las cintas en el sobre y se acercó a la puerta. Al abrirla hizo una pausa y se giró, buscando nuevamente una respuesta, pero la casa seguía en silencio. Salió y cerró la puerta con cuidado.

6.

Durante el vuelo de regreso a Nueva York, a diez mil quinientos metros de altitud, Lash metió su tarjeta de crédito en la ranura del respaldo, descolgó el auricular del teléfono aire-tierra y se quedó mirándolo. «¿Qué hace un experto cuando algo no tiene sentido? -pensó-. Muy fácil: consultar a otro experto.»

El primer número que marcó fue el de información. El segundo, uno del condado neoyorquino de Putnam.

- Centro Weisenbaum -respondieron.

- Con el doctor Goodkind, por favor.

- ¿De parte de quién?

- De Christopher Lash.

- Un momento.

El centro de investigación biomédica Norman J. Weisenbaum gozaba de predilección tanto entre los hospitales como entre las compañías farmacéuticas. Sin embargo, entre los psicólogos privados suscitaba una mezcla de veneración y envidia, a causa de la calidad de sus estudios neuroquímicos. Durante la espera, amenizada con música etérea new age, Lash intentó formarse una imagen mental de la institución. Sabía que estaba a orillas del Hudson, a unos tres cuartos de hora al norte de Manhattan. Debía de ser un edificio bonito, de impecable arquitectura, ya que disponía de un presupuesto de lo más generoso.

- ¡Chris! -exclamó Goodkind-. ¡Qué sorpresa! ¿Cuánto tiempo hace que no sabía nada de ti? ¿Seis años?

- Es posible.

- ¿Qué? ¿Cómo te va en el sector privado?

- Pagan mejor la hora.

- Me lo imagino. Siempre me había preguntado cuándo dejarías la caballería y te instalarías en alguna ciudad bonita y lucrativa. Tienes la consulta en Fairfield, ¿no?

- En Stamford.

- ¡Ah, sí, es verdad! Cerca de Greenwich, Southport y New Canaan. Seguro que está todo lleno de parejas ricas y disfuncionales.

La incorporación de Lash al FBI había provocado división de opiniones entre sus antiguos compañeros de la Universidad de Pensilvania, como Goodkind. Algunos parecían envidiarlo, mientras que otros no entendían que estuviera dispuesto a aceptar un trabajo tan estresante, físicamente arduo y potencialmente peligroso cuando su doctorado le abría las puertas de algo mucho más cómodo. Al abandonar el FBI, Lash se había asegurado de que creyeran que el motivo era la avaricia, no la tragedia que había cortado de manera tan brusca su carrera en las fuerzas del orden, y también su matrimonio.

- ¿Y de Shirley? ¿Vas teniendo noticias? -preguntó Goodkind.

- No.

- ¡Qué lástima que os separaseis! Supongo que no tuvo nada que ver con lo de Edmund Wyre… Lo leí en el periódico.

Lash se esforzó por que su tono de voz no delatara el dolor que seguía evocando un simple nombre, a pesar de los tres años transcurridos.

- No; no tuvo nada que ver.

- ¡Qué horror! Debió de ser muy duro.

- Hombre, fácil no fue.

Lash empezó a arrepentirse de la llamada. ¿Cómo podía haber olvidado la curiosidad de Goodkind y su afición a entrometerse en los asuntos ajenos?

- Me compré tu libro -dijo Goodkind-, Congruencia. Muy bueno, aunque estaba escrito para legos, claro.

- Quería vender más de una docena de ejemplares.

- ¿Y?

- Pues que vendí como mínimo dos docenas.

Goodkind se rió.

- Yo también he leído tu último artículo -comentó Lash-, el que salió hace poco en el American Journal of Neurobiology: «Reevaluación cognitiva y suicidio por alienación». Muy bien argumentado.

- Una de las ventajas de mi cargo, aquí en el centro, es que puedo especializarme en el campo que quiera.

- También me interesaron algunos otros artículos de los que has estado publicando, por ejemplo «Inhibidores de recaptación y suicidio en ancianos».

- ¿Ah, sí? -Goodkind parecía sorprendido-. ¡No sabía que me tuvieras tan controlado!

- Deduzco de los artículos que aparte de investigar en el laboratorio has entrevistado a bastantes suicidas frustrados.

- Hombre, no he tenido muchas oportunidades de hablar con ninguno que lo hubiera conseguido.

Goodkind se rió de su chiste.

- ¿Incluyendo supervivientes de suicidios en pareja?

- Sí, claro.

- Pues entonces puede que te interese lo que tengo entre manos. De hecho, necesito tu consejo. Hace poco se suicidó un matrimonio amigo de un paciente mío, y el caso presenta algunos aspectos inhabituales.

- ¿Como cuáles?

Lash fingió titubear.

- Oye, ¿y si lo hacemos al revés? ¿Y si formulas una hipótesis sobre las causas? Basándote en tus investigaciones, claro. Hazle una autopsia psicológica a la pareja, y yo relleno las lagunas.

Hubo un momento de silencio.

- Bueno, por qué no… ¿Qué edad tenían?

- Treinta y pocos.

- ¿Historial laboral?

- Estable.

- ¿Historial psiquiátrico? ¿Trastornos de ánimo?

- Que se sepa no.

- ¿Ideación suicida?

- No.

- ¿Alguna tentativa previa en su historial?

- Ninguna.

- ¿Consumo de drogas?

- Los análisis de sangre de la autopsia han salido limpios.

Otra pausa.

- ¿Es una broma?

- No. Sigue, por favor.

- ¿Qué tal la relación de pareja?

- Por lo que dice todo el mundo, se querían mucho.

- ¿Alguna desgracia importante?

- No.

- ¿Historial familiar?

- Negativo en depresión, esquizofrenia y enfermedades mentales en general.

- ¿Algún otro factor de estrés? ¿Algún cambio significativo?

- No.

- ¿Algún problema de salud?

- Los dos se habían hecho un chequeo en los últimos seis meses y les había salido perfecto.

- ¿Algo que pueda interesarme? No sé, lo que sea…

Lash hizo una pausa.

- Acababan de tener una hija.

- ¿Y?

- Normal y saludable en todos los aspectos.

Tras un largo silencio, Lash oyó una risa en el auricular.

- Es broma, ¿no? Lo que describes no es un doble suicidio, son el capitán América y la Mujer Maravilla.

- ¿Es tu opinión profesional?

La risa de Goodkind se apagó lentamente.

- Sí.

- Roger, tú tienes un punto de vista privilegiado sobre el suicidio. No solo porque hayas hablado con gente que ha intentado suicidarse, sino porque, como bioquímico, estudias sus motivaciones a nivel molecular. ¿Existe algo en común que pueda predisponerlos al suicidio, por muy felices que parezcan?

- ¿Te refieres a un gen del suicidio, como si dijéramos? ¡Ojalá fuera tan fácil! Según algunas investigaciones, existen determinados genes que podrían (podrían, ¿eh?) generar tendencias depresivas, como hay genes que determinan comer mucho, las preferencias sexuales y el color de los ojos o del pelo, pero ¿predecir el suicidio? Si eres jugador, te aconsejo que no apuestes por eso. Imagínate a dos personas con depresión profunda. ¿Por qué una de las dos se suicida y la otra no? Es imposible predecirlo. ¿Por qué el mes pasado la policía de Miami Beach informó sobre una oleada de suicidios, mientras que en Mineápolis la bajada fue histórica? ¿Por qué en Polonia tuvieron un índice brutal de suicidios durante el año 2000? Lo siento, tío, pero en el fondo es una simple cuestión de azar.

Lash lo digirió.

- Cuestión de azar.

- Te lo dice un experto, Chris. Hazme caso.

7.

Después del aire seco y mesetario de Flagstaff, nada más húmedo ni deprimente que Nueva York. Cubierto por un grueso impermeable, Lash se acercó al mostrador de información del vestíbulo de Edén por segunda vez en cinco días.

- Soy Christopher Lash. Vengo a ver a Edwin Mauchly.

El recepcionista, un hombre alto y delgado, tecleó algo.

- ¿Está citado? -preguntó sonriendo.

- Le he dejado un mensaje. Supongo que me espera.

- Un momento, por favor.

Lash aprovechó la espera para echar un vistazo al vestíbulo. Notaba algo diferente, pero tardó un poco en darse cuenta de que esa mañana no había cola de aspirantes. Las dos escaleras mecánicas que llevaban a Tramitación de Candidatos estaban vacías. Lo que había era un flujo menos denso hacia el control de seguridad, compuesto íntegramente por parejas cogidas de la mano; gente que, a diferencia de las caras ansiosas y esperanzadas de su anterior visita, sonreía, reía y hablaba sin bajar la voz. Cada pareja enseñaba tarjetas plastificadas en el control de seguridad y desaparecía al otro lado de unas puertas muy grandes.

- ¿Doctor Lash? -dijeron desde el mostrador.

Lash se giró.

- Sí.

- El señor Mauchly lo espera. -Le entregó un pequeño pase de color marfil, con el logotipo de Edén, y añadió-: Enséñelo en el ascensor, si es tan amable. Y que tenga un buen día.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el piso treinta y dos, Mauchly estaba esperándolo. Saludó a Lash con la cabeza y lo condujo a su despacho.

«Director de Gestión Organizativa -recordó Lash mientras lo seguía-. ¿Qué demonios será eso?» Y preguntó en voz alta:

- ¿A qué vienen tantas caras de alegría?

- ¿Cómo?

- Abajo, en el vestíbulo. Todos sonríen como si les hubiera tocado la lotería.

- ¡Ah! Es que hoy toca reunión de clase.

- ¿Reunión de clase?

- Sí, así es como lo llamamos. Una parte de nuestro contrato con el cliente estipula una reevaluación semestral obligatoria de las parejas que hemos formado. Vuelven para un día de entrevistas, sesiones de grupo… Cosas así. Casi todo bastante informal. A nuestros investigadores, los datos les resultan útiles para refinar el proceso de selección, y a nosotros nos permite observar a las parejas por si aparece algún indicio de incompatibilidad.

- Y ¿han apreciado alguno?

- De momento, no. -Mauchly abrió la puerta e hizo pasar a Lash-. ¿Le apetece algo de beber?

- No, gracias.

Lash se descolgó la cartera del hombro y tomó asiento.

- La verdad es que no esperábamos noticias suyas tan pronto -dijo Mauchly, mientras se sentaba frente a Lash.

- Bueno, es que no hay mucho que contar.

Mauchly arqueó las cejas.

Lash sacó un documento de la cartera, lo alisó por los bordes y lo dejó en la mesa.

- ¿Qué es, doctor Lash? -preguntó Mauchly.

- Mi informe.

Mauchly no hizo el gesto de cogerlo. -¿Me lo podría resumir? Lash respiró hondo.

- No hay indicadores de suicidio ni en Lewis ni en Lindsay Thorpe. Ni uno solo.

Mauchly cruzó los brazos y se mantuvo a la espera.

- He hablado con parientes, amigos y médicos. He examinado su historial bancario y financiero y su situación laboral. He pedido favores en las fuerzas del orden federales y locales. Resultado: era la pareja o, mejor dicho, la familia más funcional y estable que se pueda imaginar. Habrían sido ideales para la pared de caras felices del vestíbulo.

- Ya. -Mauchly apretó los labios, posible señal de contrariedad-. Quizá hubiera algún indicador previo de que…

- También lo he investigado. He repasado sus historiales académicos, he hablado con sus profesores, con antiguos compañeros de clase… Y nada. Tampoco tenían historial psiquiátrico. De hecho, el único que había ido al hospital era Lewis, que hace ocho años se rompió una pierna esquiando en Aspen.

- Entonces, ¿cuál es su opinión profesional?

- La gente no se suicida porque sí, y menos dos personas juntas. Hay algo que no encaja.

- ¿Insinúa…?

- No insinúo nada. En el informe de la policía pone que fue un suicidio. Lo que quiero decir es que no tengo bastante información para formar una hipótesis sobre el motivo de que hicieran lo que hicieron.

Mauchly echó un vistazo al informe.

- Parece que su investigación ha sido exhaustiva.

- Lo que me hace falta está en este edificio. Sus evaluaciones de los Thorpe podrían suministrarme los datos psicológicos que necesito.

- Pues le digo de antemano que será imposible. Nuestros datos son confidenciales; están relacionados con secretos comerciales.

- Ya firmé un compromiso de no divulgación.

- La decisión no es mía, doctor Lash; por otro lado, dudo mucho que los resultados de nuestras pruebas aportaran algo que no haya descubierto por su cuenta.

- Puede que sí, y puede que no. Por eso también he preparado esto.

Lash sacó un pequeño sobre y lo puso encima del fajo de papeles. Mauchly hizo un gesto de curiosidad.

- Es el detalle de mis gastos. He facturado mis horas a la tarifa habitual, trescientos dólares. No les cobro horas extras. Billetes de avión, habitaciones de hotel, alquiler de coches, comidas… Está todo. En total pasa un poco de los catorce mil dólares. Si suscribe la cantidad, le extenderé un cheque por el saldo.

- ¿A qué saldo se refiere?

- Al resto de los cien mil que me dio.

Mauchly cogió el sobre y sacó la hoja doblada que contenía.

- No sé si lo entiendo.

- Es muy fácil: si no me dan más datos, lo único que podré decir es que Lewis y Lindsay Thorpe eran una pareja tan perfecta como consideró el ordenador de Edén, y no he cobrado cien mil dólares por eso.

Después de leer el papel con detenimiento, Mauchly lo guardó en el sobre y dejó este en la mesa.

- ¿Me disculpa un momento, señor Lash?

- Faltaría más.

Mauchly se despidió educadamente con la cabeza, salió de la sala y cerró la puerta.

Unos diez minutos más tarde, Lash oyó que la puerta volvía a abrirse y, al girarse, vio a Mauchly en el pasillo.

- Por aquí, por favor.

Tras bajar algunas plantas en ascensor, salieron a un pasillo totalmente monótono: las paredes, el suelo, el techo y las puertas estaban pintados del mismo color violeta claro. Mauchly condujo a Lash a una de las puertas, la abrió y le hizo señas de que entrara primero.

Al otro lado había un espacio largo, estrecho y poco iluminado, cuyas paredes laterales se inclinaban en un ángulo de cuarenta y cinco grados hasta la altura de la cintura y, a partir de ahí, recuperaban bruscamente la verticalidad. Lash tuvo la sensación de estar mirando por un embudo.

- ¿Dónde estamos? -preguntó al entrar. Mauchly cerró la puerta y apretó un botón en un panel. Un repentino zumbido provocó que Lash diera un paso involuntario hacia el centro. Al ver que una cortina oscura se descorría a ambos lados de la habitación, Lash comprendió que las paredes no eran otra cosa que ventanas de dos grandes salas. Estaban en una pasarela suspendida entre dos espacios idénticos, dos salas de reuniones con grandes mesas ovaladas y una docena de personas, aproximadamente, en cada una de ellas. No se oía nada, pero Lash los vio gesticular y dedujo que hablaban animadamente.

- Pero ¿se puede saber…? -empezó a decir.

Mauchly contestó con una risa seca. La luz amarilla de las salas de reuniones lo iluminaba desde abajo, dibujando en su rostro una sonrisa de lo más desconcertante.

- Escuche -dijo al pulsar otro botón. De repente la sala se llenó de una babel de voces. Mauchly se giró hacia el panel y bajó el volumen girando un disco.

Lash comprendió que estaba oyendo las conversaciones de los ocupantes de una de las salas, parejas convocadas por Edén. Se estaban riendo y contando anécdotas de la experiencia.

- Yo se lo he dicho a siete u ocho amigos -explicaba un hombre de cuarenta y pocos años, negro, con traje oscuro. La mujer de al lado tenía la cabeza apoyada en su hombro-. Hay tres que ya han presentado la solicitud, y dos que están ahorrando. Hasta hay uno que ha pensado cambiar su Saab por un Honda de segunda mano para pagárselo con la diferencia. ¡Qué desesperación!

- Nosotros no se lo hemos contado a nadie -intervino una mujer joven sentada al otro lado de la mesa-. Preferimos que sea un secreto.

- Es increíble -añadió su marido-. Se pasan el día diciéndonos que hacemos una pareja genial. La noche pasada, sin ir más lejos, me acorralaron dos tíos en el gimnasio

quejándose de que sus mujeres eran unas brujas, y preguntándome cómo había tenido la suerte de encontrar a la última chica simpática de Long Island. -Se rió-. ¿Qué podía decirles, que nos ha juntado Edén? ¡Con lo divertido que es llevarme todo el mérito!

El resto del grupo se rió.

Mauchly volvió a tocar el disco, haciendo que las risas se apagaran.

- Supongo, doctor Lash, que le parecerá que me hago de rogar, pero se equivoca. No es que no nos fiemos de usted. Lo que ocurre es que la única manera de proteger nuestro servicio es el secreto. Imagínese lo que haría la competencia con tal de conseguir nuestros tests psicológicos, nuestros algoritmos de evaluación o cualquier otro dato. Tenga en cuenta, además, que el secreto no nos atañe solo a nosotros.

Señaló la otra sala con un gesto, y accionó otro mando.

- … si llego a saber lo que me esperaba, no sé si habría tenido el valor de presentarme a la evaluación -comentaba un hombre alto y de físico atlético, con un jersey de cuello redondo-. Fue un día brutal, pero ahora que han pasado siete meses sé que es lo mejor que he hecho en mi vida.

- Yo, hace un par de años, fui al típico servicio de citas por Internet -dijo otro-, y no tenía nada que ver con Edén. Era todo muy basto, sin tecnología. Solo me hicieron un par de preguntas, y ¿sabéis cuál era la primera? «¿Le interesa una relación pasajera o algo serio?» Increíble, ¿verdad? ¡Me sentí tan insultado que estuve a punto de irme!

- Yo los préstamos los pagaré durante años -declaró una mujer-, pero habría pagado el doble. Es lo que dicen en la pared del vestíbulo: ¿qué precio tiene la felicidad?

- ¿Alguno de vosotros se pelea? -preguntó alguien.

- Discutimos -respondió una mujer del fondo, con el pelo gris-. Si no, no seríamos humanos, pero es una manera de aprender sobre el otro, y de respetar mutuamente nuestras necesidades.

Mauchly volvió a apagar el sonido.

- ¿Lo ve? También es por ellos. Edén ofrece un servicio que hasta ahora habría sido inimaginable, y no podemos arriesgarnos a ponerlo en peligro, por ínfimo que sea el riesgo. -Hizo una pausa-. Mire, voy a traer a alguien para que hable con él y le haga unas preguntas, pero no olvide, doctor Lash, que no sabe nada de las muertes. En Edén, la moral es excepcionalmente alta; la gente está muy orgullosa del servicio que presta, y eso no podemos socavarlo, ni siquiera con algo que, por muy trágico que sea, no tiene nada que ver con nosotros. ¿Está de acuerdo?

Lash asintió.

Justo entonces, como si fuera una señal, se abrió una puerta al fondo de la sala y entró alguien con una bata de laboratorio.

- Ah, hola, Peter -dijo Mauchly-. Ven, que te presento a Christopher Lash. Está haciendo verificaciones aleatorias sobre algunos clientes, por razones estadísticas.

El tal Peter se acercó con una sonrisa tímida. Era prácticamente un niño. Cuando le estrechó la mano a Lash, su abundante flequillo de color zanahoria se movió ligeramente.

- Le presento a Peter Hapwood, el técnico en evaluaciones que entrevistó a los Thorpe cuando vinieron a su reunión de clase. -Mauchly se giró hacia Hapwood-. ¿Te acuerdas de Lewis y Lindsay Thorpe?

- Sí, la superpareja.

- Exacto, la superpareja.

Mauchly le hizo un gesto a Lash invitándolo a hablar.

- ¿Recuerda algo destacable de la entrevista con los Thorpe? -preguntó Lash al joven técnico.

- No, nada.

- ¿Qué le parecieron?

- Felices, como todas las parejas cuando vienen para la entrevista.

- ¿A cuántas parejas ha entrevistado? Me refiero a la sesión de control después de los seis meses.

Hapwood reflexionó.

- A mil o mil doscientas.

- Y ¿todas eran felices?

- Todas sin excepción. Aún, después de tanto tiempo, parece increíble.

Hapwood miró a Mauchly de reojo, como si temiera haber metido la pata.

- ¿Los Thorpe hicieron algún comentario sobre sus vidas después de haberse conocido?

- Déjeme pensarlo… No. ¡Sí! Vivían desde hacía poco en Flagstaff, Arizona, y me acuerdo de que el señor Thorpe dijo que tenía problemas cuando salía a correr, a causa de la altitud en la que se encontraban, pero que a los dos les encantaba la zona.

- ¿Salió algo más en las preguntas?

- Pues la verdad es que no. Les hice el cuestionario estándar, y no hubo ningún fallo.

- ¿A qué cuestionario estándar se refiere?

- Pues… Empezamos con algunas preguntas para crear ambiente y generar cierto nivel de comodidad. Luego…

- No creo que haga falta entrar en detalles -interrumpió Mauchly-. ¿Alguna otra pregunta?

Lash tuvo la impresión de que se le iba una oportunidad de las manos.

- ¿No recuerda que dijeran nada especial? ¿Ningún comentario inhabitual? ¿Nada?

- No -contestó Hapwood-. Lo siento.

Resignado, Lash encogió los hombros.

- Gracias.

Mauchly hizo una señal con la cabeza a Hapwood, que volvió hacia la puerta, pero a medio camino se giró y dijo:

- Ella odiaba la ópera.

Lash lo miró.

- ¿Qué?

- Cuando entraron en la sala de entrevistas, la señora Thorpe se disculpó por el retraso. No había querido coger el primer taxi porque el taxista tenía puesta una emisora de ópera a todo volumen. Dijo que no lo soportaba, y que habían tardado diez minutos en encontrar otro taxi. -Sonrió al recordarlo-. ¡Cómo se rieron!

Se despidió de Lash y Mauchly con la cabeza y salió.

Mauchly se giró, fantasmagórico a la luz de las salas, y enseñó un sobre grande de papel Manila.

- Los resultados de los tests de manchas de tinta de los Thorpe, pertenecientes a sus evaluaciones. Es el único test que no está patentado por la empresa. Por eso puedo dárselo.

- ¡Qué detalle!

La respuesta de Lash estuvo teñida de una decepción involuntaria. Mauchly lo miró sin alterarse.

- Compréndalo, señor Lash. Nuestro interés por lo que les pasó a los Thorpe es puramente científico. Se trata de algo trágico, y especialmente doloroso para nosotros al haberle ocurrido a una superpareja, pero no deja de ser un hecho aislado. -Tendió el sobre a Lash-. Consúltelo tanto como quiera. Si de nosotros depende, preferiríamos que siguiera investigando y buscando aspectos personales que nos convenga tener en cuenta en las próximas evaluaciones, pero si insiste en renunciar al caso, aceptaremos

el informe que nos ha preparado. El dinero, en todo caso, es suyo. -Señaló la puerta-. Ahora, con su permiso, le acompaño al vestíbulo.

8.

La tarde alargaba las sombras cuando Lash entró con el coche en el centro de educación medioambiental Audubon de Greenwich. Aparcó y bajó a pie por el camino cubierto de trocitos de madera que llevaba al lago Mead. Estaba solo. Ya hacía horas que se habían ido los grupos escolares, mientras que los aficionados a la ornitología y la fotografía no llegarían hasta el fin de semana. El sol había despejado la humedad matinal. Alrededor, los bosques se alejaban hasta crear masas impenetrables de color verde y marrón. Olía intensamente a musgo. El tráfico de Riversville Road se oía cada vez menos. En pocos minutos quedó sustituido por el canto de los pájaros.

Al salir del edificio de Edén, su intención había sido ir directamente a su despacho de Stamford. Se había concedido una semana para el caso, y ahora que la semana había pasado, tenía que decidir qué hacía con los compromisos de la siguiente. A medio camino, sin embargo, había salido de la autopista de Nueva Inglaterra y había empezado a conducir sin rumbo por los caminos umbríos de Darien, Silvermine y New Canaan, escenarios de sus correrías juveniles. Los tests de manchas de los Thorpe seguían en el asiento de al lado, intactos en el sobre. Lash se había dejado llevar por el coche, y ahora estaba en la reserva natural; un sitio tan bueno como cualquier otro.

Llegó a una bifurcación y eligió al azar uno de los caminos que conducían a los observatorios de aves. Una corta escalerilla lo hizo penetrar en el interior caluroso y oscuro de una especie de caja. Al fondo, una larga ranura horizontal brindaba un panorama clandestino del lago. Vio que las aves acuáticas metían y sacaban la cabeza sin saberse observadas. Se sentó en un banco de madera y dejó el sobre a su lado.

Al principio no lo abrió. Metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un librito: Senda hacia tierras hondas, de Matsuo Bashó. Lo había visto a la venta en el mostrador de un Starbucks del aeropuerto de Phoenix, y le había parecido una coincidencia demasiado grande para no comprar un ejemplar. Se saltó la introducción del traductor hasta encontrar los primeros renglones de la obra.

El sol y la luna son viajeros eternos. Los propios años viajan. Toda una vida a la deriva en una barca, o una vejez tirando año tras año de un caballo cansado, y cada día es un viaje, el propio viaje un hogar.

Cerró el libro. ¿Qué había comentado Lewis Thorpe sobre la poesía de Bashó? ¿Que era densa pero simple? Algo así.

Lash tenía muchas normas profesionales, pero la principal era mantener las distancias respecto a sus pacientes. Era algo que había aprendido a costa de malas experiencias en el FBI. Entonces, ¿por qué se dejaba fascinar hasta ese punto por Lewis y Lindsay Thorpe? ¿Solo por el carácter desconcertante de sus muertes? ¿O porque la perfección de su matrimonio tenía un encanto especial? Perfección, en efecto; al menos era lo que se deducía de todos los testimonios. Un matrimonio perfecto hasta el momento de ponerse las bolsas en la cabeza, abrazarse y perder lentamente la conciencia delante de su hijita.

Normalmente, Lash estaba en contra de cualquier introspección personal, porque no llevaba a nada e iba en perjuicio de su objetividad, pero decidió permitirse otra observación. A fin de cuentas, no había elegido ese sitio porque sí. Tres años antes, justamente en aquella reserva, aquel camino y aquel observatorio, Shirley le había dicho que no quería volver a verlo.

«Cada día es un viaje, el propio viaje un hogar.» Se preguntó en qué clase de viaje se habían embarcado los Thorpe; no solo eso, sino qué viaje había emprendido él al proponerse descubrir el secreto de los Thorpe: un viaje que su prudencia le desaconsejaba a gritos, mientras sus pies se adentraban cada vez más en el camino.

Se pasó una mano por los ojos, cansado. Luego cogió el sobre y lo desgarró con el dedo índice.

Contenía poco más de cien hojas: los resultados de los tests de manchas de Lewis y Lindsay Thorpe, realizados por Edén durante el proceso de solicitud.

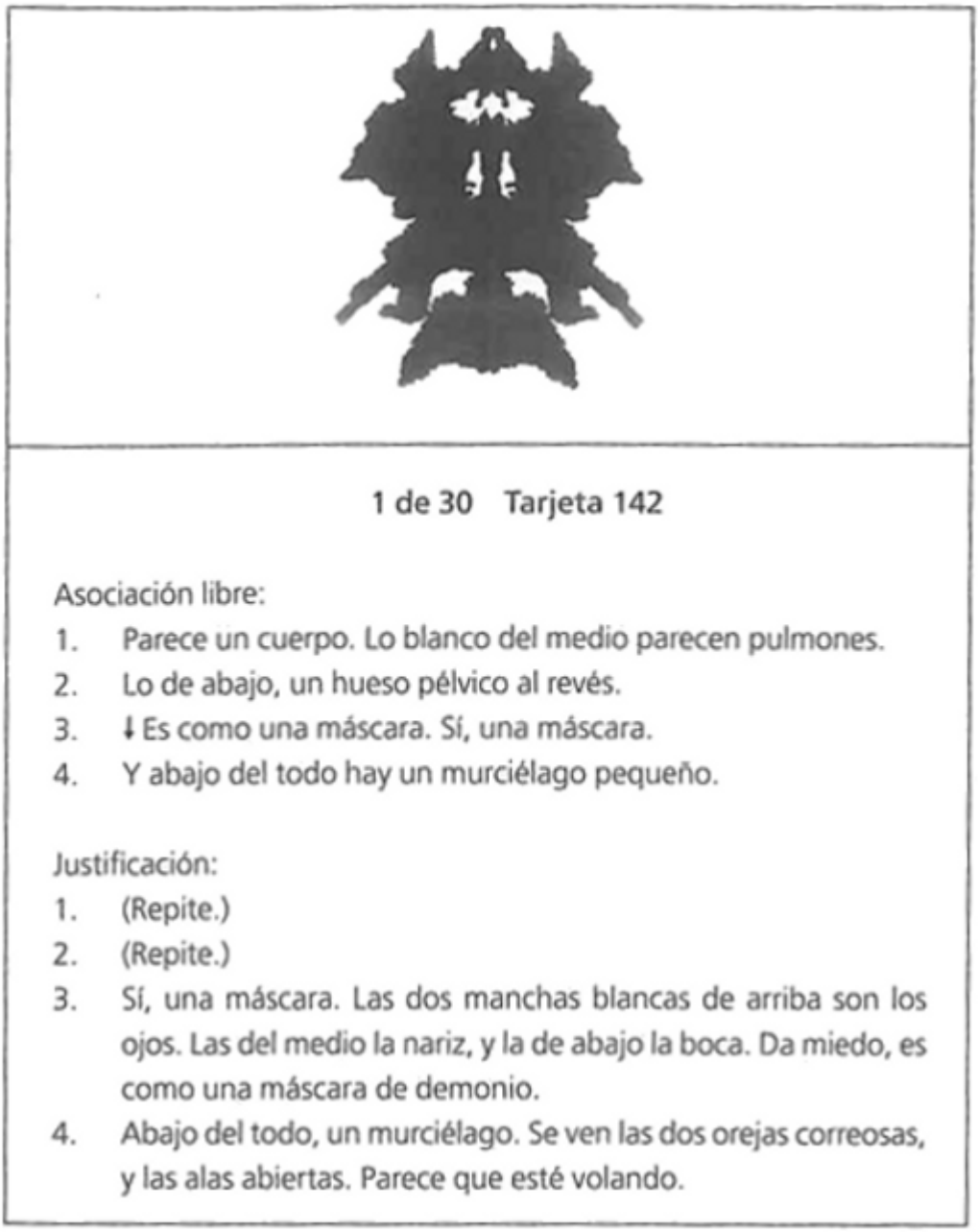
En el instituto le habían fascinado las manchas de tinta, y la idea de que ver objetos en unos simples borrones aleatorios pudiera revelar algo sobre uno mismo. Solo en los estudios de posgrado, cuando cursaba la asignatura de tests -sometiéndose a ellos, como todos los estudiantes de psicología-, se había dado cuenta de su profundidad como herramienta de psicodiagnóstico. Las manchas de tinta recibían el calificativo de tests «proyectivos» porque, a diferencia de otros tests escritos más estructurados y objetivos (como el WAIS o el MMPI), en ellos el concepto de correcto o incorrecto era ambiguo. Buscar imágenes en una mancha de tinta exigía recurrir a zonas más profundas y complejas de la personalidad.

Edén usaba el test de Hirschfeldt, una elección que a Lash le pareció encomiable. Los tests de Hirschfeldt se basaban indirectamente en el perfeccionamiento de los primeros tests de Rorschach realizado por Exner, pero tenían varias ventajas. Las manchas de Rorschach solo eran diez, mantenidas en secreto por los psicólogos, ya que habría sido muy fácil memorizar las respuestas «correctas» a un número tan reducido de imágenes. En cambio, cada sesión de tests de Hirschfeldt partía de un catálogo de quinientas manchas, demasiadas para memorizarlas. No se enseñaban diez manchas, sino treinta, ampliando la gama de respuestas de la persona analizada. Y a diferencia del Rorschach, donde la mitad de las manchas eran en color, las de Hirschfeldt eran todas en blanco y negro. Sus partidarios consideraban que el color era una distracción innecesaria.

Los primeros resultados eran los de Lindsay Thorpe. Durante unos segundos, Lash se la imaginó en la sala de examen. Seguramente que era un espacio tranquilo, cómodo y sin distracciones. El analista estaría sentado a cierta distancia detrás de ella, pues los exámenes cara a cara se evitaban sistemáticamente. Lindsay no vería las manchas de tinta hasta que se las pusieran encima de la mesa, y cualquier pregunta que realizara recibiría una respuesta preformulada. Lindsay no sabría que todo lo que dijera sobre las manchas quedaría registrado por escrito palabra por palabra, al margen de su relevancia, ni que sus respuestas se cronometraban (cuanto más rápidas mejor). También ignoraría que en principio tenía que ver más de una cosa en cada tarjeta, ya que ver únicamente una podía indicar neurosis, y que, aunque cualquier examinador se apresurase a negarlo, cada mancha tenía una respuesta «normal». Si alguien veía algo original, y podía justificarlo, conseguía además puntos por creatividad; en contrapartida,

ver algo que nadie más conseguía ver y no ser capaz de demostrarlo, solía ser un indicio de una posible psicosis.

Lash miró la primera mancha. Debajo, el examinador había reproducido literalmente las respuestas de Lindsay.



1 de 30 Tarjeta 142

Asociación libre:

1. Parece un cuerpo. Lo blanco del medio parecen pulmones.
2. Lo de abajo, un hueso pélvico al revés.
3. ↓ Es como una máscara. Sí, una máscara.
4. Y abajo del todo hay un murciélago pequeño.

Justificación:

1. (Repite.)
2. (Repite.)
3. Sí, una máscara. Las dos manchas blancas de arriba son los ojos. Las del medio la nariz, y la de abajo la boca. Da miedo, es como una máscara de demonio.
4. Abajo del todo, un murciélago. Se ven las dos orejas correosas, y las alas abiertas. Parece que esté volando.

La visión de cada tarjeta seguía dos pasos: una fase de asociación libre, en que el examinado explicaba su primera impresión de la tarjeta, y una segunda fase en la que se le pedía que lo justificara. Al ver la flecha en la tercera respuesta por asociación libre, Lash supo que Lindsay había puesto la tarjeta al revés por iniciativa propia, y que la había dejado así. Era una señal de independencia de ideas. La persona que preguntaba si podía girar la tarjeta conseguía una puntuación inferior. Lash conocía la mancha, y Lindsay había dado casi todas las respuestas típicas,una máscara y un murciélago.

Seguro que el examinador se había fijado en la referencia al demonio, un comentario a tener muy en cuenta en el momento de la puntuación.

La siguiente hoja del fajo era la puntuación del examinador correspondiente a esa tarjeta:

Tarjeta	Nº	Loc	Resp.#	Determinantes	Factor Formal	Notas
1	1	B.S.	6	H1, M+	OK	
	2	D	21	H, Ma-	OK	
	3	B.S.	1	I, Ffr2	OK	MOR
	4	D	4	Am, A-, (lf)	OK	

El examinador no había dejado cabos sueltos. Hacía muchos años que Lash no usaba tests de Hirschfeldt, pero aún se acordaba del misterioso código: **B** significaba una respuesta que abarcaba toda la mancha; **D**, una respuesta que solo se centraba en un detalle, percibido con frecuencia. Todo quedaba recogido, las formas humanas y animales, la anatomía, la naturaleza… Los factores formales aparecían como correctos en las cuatro respuestas de Lindsay. Buena señal. Veía más imágenes de lo habitual en los espacios blancos, pero no tantas como para que fuera preocupante. En la categoría «notas», donde los examinadores recogían verbalizaciones anómalas y otras desviaciones, Lindsay solo había recibido una anotación, **MOR**, que significaba contenido mórbido. Debía de ser por su descripción de la imagen como «máscara de demonio», y su comentario de que «da miedo».

Pasó a la segunda mancha:



2 de 30 Tarjeta 315

Asociación libre:

5. Parece un adorno navideño.
6. Lo de arriba son como antenas de insecto.
7. ↓ Puesto así, las antenas parecen patas de cangrejo.

Justificación:

5. Pues porque es redondeado, como los adornos que se ponen en las ramas, ¿no? La parte de arriba es donde va el gancho.
6. Sí. Tienen varias articulaciones, como las antenas de algunas especies de insectos.
7. (Repite.)

Lash volvió a reconocer la mancha. Todas las respuestas de Lindsay Thorpe entraban dentro de lo normal.

De repente, mientras miraba la imagen, se puso tenso. Su cerebro había puesto en marcha una serie de asociaciones totalmente inesperadas: una mancha roja propagándose a gran velocidad por una alfombra blanca, un cuchillo de cocina que goteaba, y la mueca sonriente de Edmund Wyre con esposas y grilletes, compareciendo ante una multidud de caras escandalizadas.

«Maldito sea Roger Goodkind y su curiosidad», pensó.

Hojeó las otras veintiocho fichas del test con celeridad, sin encontrar nada que se saliera de lo común. Lindsay aparecía como una persona bien adaptada, inteligente, creativa y bastante ambiciosa. Nada que no supiese ya. La vaga esperanza que había sentido nacer en su interior empezó a disiparse.

Aún quedaba un documento por examinar. Cogió la página del resumen estructural, donde las puntuaciones de Lindsay se sometían a una serie de ratios, análisis de frecuencia y otras complicaciones algebraicas cuyo objetivo era establecer rasgos particulares de personalidad. Uno de los juegos de rasgos recibía el nombre de «indicaciones especiales». Fue el que consultó.

Sección VIII. Indicadores especiales (H.28)		
H.28a.	SZ	-(1/10)
H.28b,	HVG	-(3/12)
H.28c.	Cluster S	-(0/8)
H.28d.	RH-2	-(0/9)
H.28e.	MRZ	-(1/15)
H.28f.	N-Calc	-(2/11)
H.28g.	PS-Neg	-(0/8)

Los indicadores especiales eran señales de alarma. Si alguno (SZ, por ejemplo, por esquizofrenia) reunía más de un número determinado de respuestas, quedaba en positivo. El denominado Cluster S medía el potencial suicida. El de Lindsay Thorpe figuraba en negativo. De hecho, no se le atribuía ni uno de los ocho indicadores posibles de suicidio.

Dejó los resultados de Lindsay, suspirando, y cogió los de su esposo.

Justo cuando acababa de verificar que el potencial suicida de Lewis Thorpe era tan bajo como el de Lindsay, oyó un pitido en el bolsillo de la chaqueta y sacó el teléfono móvil.

- ¿Diga?

- ¿Doctor Lash? Soy Edwin Mauchly.

Se llevó una sorpresa. No recordaba haber dejado su número de móvil en Edén. De hecho, nunca se lo daba a nadie.

- ¿Dónde está?

La voz de Mauchly sonaba diferente, tensa y brusca.

- En Greenwich. ¿Por qué?

- Porque ha vuelto a pasar.

- ¿El qué?

- Ha habido otro caso. Otra tentativa de suicidio de una superpareja.

- ¿Qué?

La sorpresa dio paso a la incredulidad.

- Se apellidan Wilner y viven en Larchmont. Ahora mismo los están llevando a Southern Westchester. Desde Greenwich, debería tardar unos… -Una breve pausa-. Quince minutos en llegar. Yo no perdería el tiempo.

Mauchly colgó.

9.

El centro médico del condado de Southern Westchester era un conglomerado de edificios de ladrillo rojo situado en las afueras de Rye, justo al otro lado de la frontera con Nueva York. Al cruzar a toda velocidad la entrada de ambulancias, Lash vio que en urgencias había menos actividad de lo habitual. Solo había un vehículo largo con aspecto de coche fúnebre, que llevaba la insignia del forense del condado, y una ambulancia con las puertas traseras abiertas. Cuando pasó junto a ella, le echó un vistazo sin aminorar el paso. Un auxiliar estaba limpiando el interior con desinfectante y un cubo. El olor a cobre de la sangre se percibía a veinte metros.

Fue lo que le hizo pararse. Miró la silueta oscura del edificio sin saber qué hacer. Hacía tres años que no pisaba una sala de urgencias. Recordó el tono urgente de Mauchly, e hizo el esfuerzo de seguir caminando.

La sala de espera parecía tranquila. Había media docena de personas en sillas de plástico, con la mirada perdida o rellenando formularios. En un rincón había un grupito de policías murmurando. Lash fue directamente a la puerta del fondo, la abrió y palpó la pared en busca del interruptor que abría las puertas automáticas de la sala de urgencias.

Las puertas chirriaron al abrirse y revelaron una escena radicalmente distinta a la anterior. Había varios camilleros con bandejas de instrumental. Una enfermera pasó con unas cuantas bolsas de sangre entre los brazos, seguida por otra con un carro de reanimación. En el mostrador de enfermeras había tres auxiliares en silencio. Parecían aturdidos. Dos de ellos aún llevaban guantes de color verde claro con manchas de sangre.

Lash buscó alguna cara familiar, y a los pocos segundos vio acercarse al residente de guardia, Alfred Chen. Sus movimientos solían tener la lentitud y gracia majestuosa de los de un profeta, y su cara de Buda siempre sonreía, pero esa noche caminaba deprisa, y la sonrisa brillaba por su ausencia.

Estaba tan concentrado en el portapapeles de metal que tenía en las manos que no se molestó en mirar a Lash. Cuando pasó a su lado, Lash levantó un brazo.

- ¿Qué tal, Alfred?

Al principio Chen no lo reconoció.

- Ah, Chris. Hola. -La sonrisa reapareció fugazmente-. Podría estar mejor. Oye, que…

- Vengo a ver a los Wilner.

Chen puso cara de sorpresa.

- A eso iba. Ven conmigo.

Lash lo acompañó.

- ¿Son pacientes tuyos? -preguntó Chen.

- Posibles.

- ¿Cómo te has enterado tan deprisa? Han llegado hace cinco minutos.

- ¿Qué ha pasado?

- Según la policía, un pacto de suicidio. La verdad es que lo han hecho a conciencia: la vena radial abierta a lo largo desde la muñeca al antebrazo.

- ¿Lo han hecho en el lavabo?

- No. Eso es lo raro, que los han encontrado juntos en la cama. Totalmente vestidos.

Lash sintió tensarse los músculos de su mandíbula.

- ¿Quién los ha encontrado?

- La sangre se ha filtrado por el suelo, y el vecino de abajo ha llamado a la policía. Debían de llevar horas.

- ¿Cómo están?

- John Wilner murió desangrado en su casa -dijo Chen sin aliento-. Su mujer está viva, aunque su vida corre peligro.

- ¿Tenían hijos?

- No. -Chen consultó la tabla-. Pero Karen Wilner está embarazada de cinco meses.

La enfermera del carro de reanimación desapareció tras una cortina. Chen y Lash la siguieron.

La sala del otro lado estaba tan llena de gente que al principio Lash no vio la cama. Se oía el pitido de un pulso alarmantemente rápido, y un torrente de voces que hablaban en un tono a la vez tranquilo y urgente.

- El pulso está a ciento veinte. Taquicardia sinusal -dijo una voz femenina.

- Sistólico a setenta.

De repente se disparó una alarma, sumando su zumbido a la confusión general.

- ¡Colgad más plasma!

Lash se puso detrás de las figuras vestidas de azul, rozando la cortina, y avanzó hacia la cabecera de la cama. Finalmente, al deslizarse entre dos aparatos de diagnóstico, vio a Karen Wilner.

Parecía de alabastro. Estaba tan blanca que su cuello, sus pechos y sus brazos se veían cubiertos por una trama inverosímil de venas exangües. Le habían cortado la blusa y el sujetador, y le habían limpiado el torso, pero aún tenía puesta la falda, que marcaba un cambio brusco de color: el de la sangre que empapaba la tela. Le habían puesto dos goteros en la parte interior de los codos, uno de plasma y el otro de solución salina, abiertos al máximo de su capacidad. Un poco más abajo le habían aplicado torniquetes. Los médicos estaban intentando suturar las venas destrozadas.

- Vasoespasmo -dijo una enfermera, con una mano en la frente de la paciente.

Karen Wilner mantenía los ojos cerrados, sin reaccionar a la presión de la mano de la enfermera.

Lash se acercó un poco más y se arrodilló a la altura del rostro inmóvil.

- Señora Wilner -murmuró-, ¿por qué? ¿Por qué lo ha hecho?

- ¿Qué hace? -le espetó la enfermera-. ¿Quién es este hombre?

Los pitidos del electrocardiógrafo se habían reducido a un ritmo lento e irregular.

- ¡Bradicardia! -exclamó alguien-. La presión ha bajado a cuatro y medio y dos.

Lash se acercó un poco más.

- Karen -insistió-, tengo que saber la razón. Por favor.

- Apártate, Christopher -le advirtió el doctor Chen desde la otra punta de la cama.

La paciente abrió los ojos y parpadeó. Estaban secos, todavía más blancos que su piel.

- Karen… -repitió Lash, poniéndole una mano en el hombro.

Parecía de mármol.

- Que lo paren -dijo ella, con más aliento que voz.

- ¿Que paren qué? -preguntó Lash.

La respuesta fue casi inaudible.

- El ruido, el ruido de mi cabeza.

Volvió a cerrar los ojos, y se le ladeó la cabeza.

- ¡Se está yendo! -exclamó una enfermera.

- ¿Qué ruido? -dijo Lash, inclinándose más-. ¿Qué ruido, Karen?

Sintió la presión de una mano en el hombro.

- Apártese de la cama -dijo un camillero, cuyos negros ojos contrastaban con la blancura de la mascarilla.

Lash volvió a quedarse entre los aparatos. El electrocardiógrafo había pasado a emitir una sola nota muy aguda. La enfermera se acercó corriendo con el carro de reanimación.

- ¿Está cargado? -preguntó el doctor Chen, cogiendo las palas.

- Cien julios.

- ¡Apártense! -exclamó Chen.

Lash vio que el cuerpo de Karen Wilner se enrigidecía al recibir la descarga eléctrica. Los tubos de los goteros dibujaron un rápido zigzag en el aire.

- ¡Otra! -gritó Chen, con las palas levantadas. Su mirada coincidió con la de Lash. Coincidió fugazmente, pero lo decía todo.

Después de una última mirada inquisidora a Karen Wilner, Lash se giró y salió de la sala.

10.

Esta vez, cuando Edwin Mauchly hizo pasar a Lash a la sala de reuniones de Edén, la mesa estaba llena. Lash reconoció algunas caras: las de Harold Perrin, antiguo presidente del consejo de la Reserva Federal, y Caroline Long, de la fundación Long. Las otras no le sonaron, pero era evidente que tenía ante sus ojos al consejo directivo en pleno de Edén Incorporated. El único ausente era el fundador de la empresa, el esquivo Richard Silver. En los últimos años le habían hecho muy pocas fotos, pero estaba claro que su cara no era ninguna de las de la sala. Algunos miraban a Lash con curiosidad; otros con una gran preocupación, y otros con algo que debía de ser esperanza.

John Lelyveld ocupaba la misma silla que en la primera reunión.

- Doctor Lash…

Señaló el único asiento vacío. Mauchly cerró discretamente la puerta de la sala y se quedó delante con las manos a la espalda.

El presidente se giró hacia una mujer sentada a su derecha.

- Por favor, señora French, interrumpa la transcripción. -Volvió a mirar a Lash-. ¿Le apetece algo? ¿Café? ¿Té?

- Café, gracias.

Mientras Lelyveld daba instrucciones rápidas, Lash estudió su cara. La actitud benévola, como de abuelo, de la reunión anterior había desaparecido. El presidente de Edén se mostraba formal, preocupado y un poco distante. «Esto ya no es ninguna coincidencia -pensó Lash-, y él lo sabe.» Directa o indirectamente, Edén estaba implicada.

Le sirvieron el café. Lash se alegró, porque no había tenido tiempo de dormir en toda la noche.

- Doctor Lash -dijo Lelyveld-, creo que estaríamos todos más cómodos si fuéramos directamente al grano. Comprendo que no habrá tenido mucho tiempo, pero quizá pueda ponernos al corriente de sus últimas averiguaciones… -Hizo una pausa para mirar a los demás-. Y decirnos si existe alguna explicación.

Lash bebió un poco de café.

- He hablado con el juez de instrucción y con la policía, y a simple vista todo sigue apuntando a la primera hipótesis: doble suicidio.

Lelyveld frunció el entrecejo. A varias sillas de distancia, Gregory Minor, vicepresidente ejecutivo, cambió nerviosamente de postura. Era más joven que Lelyveld, con el pelo negro y una mirada inteligente y penetrante.

- ¿Y los Wilner? -preguntó-. ¿Tiene alguna pista de lo que ha pasado?

- No. Es como el caso de los Thorpe. Los Wilner lo tenían todo a su favor. He hablado con un residente de urgencias que conocía a la pareja, y los dos tenían situaciones laborales envidiables. John trabajaba en un banco de inversiones, y Karen de bibliotecaria en una universidad. Al parecer no tenían problemas económicos, ni habían sufrido ningún tipo de tragedia familiar. Por otro lado, ninguno de los dos tenía historial de depresión, ni de ningún tipo de trastorno. Los análisis de sangre de la autopsia han dado negativo en todo. Ah, y Karen estaba embarazada de su primer hijo. En definitiva, hará falta investigarlo a fondo para estar seguros, pero no se ven indicios de tendencias suicidas.

- Excepto por los cadáveres -arguyó Minor.

- El evaluador de su reunión de clase hizo un informe similar. Parecían tan felices como el resto de las parejas. -Lelyveld miró a Lash-. Ha usado la expresión «a simple vista». ¿Podría explicarse un poco más?

Lash bebió café.

- Es evidente que los suicidios de Flagstaff y de Larchmont están relacionados. No se trata de ninguna coincidencia. Por lo tanto, debemos enfocarlos como lo que se llama en Quantico «muerte equívoca».

- ¿Muerte equívoca? -Caroline Long estaba sentada a su derecha. Bajo la luz artificial, su pelo rubio casi parecía incoloro-. Explíquese, por favor.

- Es un tipo de análisis que empezó a realizarse en el FBI hace veinte años. Conocemos a las víctimas, sabemos cómo murieron, pero aún desconocemos las circunstancias exactas. En este caso, podemos encontrarnos ante un doble suicidio, un suicidio-homicidio… o un homicidio.

- ¿Homicidio? -exclamó Minor-. Un momento. Acaba de decir que la policía lo enfoca como un doble suicidio.

- Sí, ya lo sé.

- Y que todas las observaciones que ha hecho usted coinciden con esa conclusión.

- Correcto. Lo de la muerte equívoca lo comento porque tenemos un enigma entre manos. Todos los indicios físicos apuntan al suicidio, pero todos los indicios psicológicos lo desmienten. Por lo tanto, no podemos cerrarnos a ninguna posibilidad.

Miró a los demás, y, como nadie decía nada, siguió hablando.

- ¿A qué posibilidades me refiero? Si fuera un homicidio, el asesino tendría que conocer a las dos parejas. ¿Un pretendiente rechazado? ¿Alguien resentido contra Edén porque su sistema de filtros lo descartó como cliente?

- Imposible -objetó Minor-. Nuestros archivos están protegidísimos. Ningún candidato rechazado sabe la identidad o dirección de nuestros clientes.

- Podrían haberse conocido en el vestíbulo el día de la solicitud. También es posible que una de las parejas hubiera presumido de su experiencia con Edén delante de la persona equivocada.

Lelyveld negó lentamente con la cabeza.

- Lo dudo. Nuestras medidas de seguridad y confidencialidad empiezan desde el momento en que alguien pone el pie en el edificio. Habrían impedido una comunicación casual como la que describe. En cuanto a presumir delante de otra gente, se lo desaconsejamos explícitamente a todas nuestras parejas. Es uno de los factores que controlamos en las reuniones de clase, y tanto los Thorpe como los Wilner guardaron la mayor discreción sobre las circunstancias de su emparejamiento.

Lash se acabó el café.

- Bueno, pues volvamos al suicidio. Podría ser que en la formación de una superpareja hubiera algo intrínsecamente malo, un trastorno en la relación, pero tan profundo y sutil que no se manifiesta en los controles habituales de sus… ¿Cómo las llaman? Reuniones de clase.

- Absurdo -dijo Minor.

- ¿Absurdo? -Lash arqueó las cejas-. La naturaleza, señor Minor, aborrece la perfección. Enséñeme una rosa que no tenga como mínimo alguna pequeña imperfección. El oro puro es tan blando que no se puede trabajar, y no sirve de nada. Lo único perfecto son los fractales, y hasta ellos son básicamente asimétricos.

- Creo que lo que quiere decir Greg es que, aunque fuera posible, ya nos habríamos enterado -explicó Lelyveld-. Nuestros instrumentos psicológicos son de una profundidad excepcional. Un fenómeno de esas características ya habría sido detectado en nuestras evaluaciones.

- Era una simple teoría. En todo caso, trátese de un homicidio o de un suicidio, la clave es Edén. Es lo único que tienen en común las dos parejas. Lo único. Por lo tanto, necesito conocer mejor el proceso. Quiero ver lo que vieron los Thorpe y los Wilner como clientes suyos. Quiero saber cómo fueron seleccionados como parejas perfectas, y necesitaré acceder sin restricciones a sus expedientes.

Esta vez, Gregory Minor se levantó.

- ¡Ni hablar! -Se giró hacia Lelyveld-. Ya sabes que he tenido reservas desde el principio, John. Traer a alguien de fuera es peligroso y desestabilizador. Cuando lo que investigábamos era un incidente aislado, algo que solo nos afectaba tangencialmente, era otra cosa, pero después de lo de anoche… Ahora el riesgo para la seguridad es demasiado alto.

- Demasiado tarde -respondió Caroline Long-. Ahora el riesgo va más allá de los secretos de la empresa. Deberías entenderlo mejor que nadie, Gregory.

- Pues aparquemos un momento las cuestiones de seguridad. No tiene sentido dejar que cruce la Pared una persona como Lash. Lee su expediente, y lo que le pasó justo antes de salir del FBI. Tenemos cien psicólogos en plantilla, todos con un expediente inmejorable. Piensa en el tiempo y el esfuerzo que habría que invertir para ponerlo al día. Y ¿para qué, si nadie sabe por qué han muerto las parejas? ¿Alguien puede asegurar que haya razones para temer que se repita?

- ¿Está dispuesto a correr el riesgo? -replicó Lash, enfadado-. Porque una cosa sí que puedo asegurarle: que han tenido una suerte inmensa. Los dos suicidios en pareja han sido en costas diferentes, y en el caso de los Wilner ha ocurrido tan cerca de ustedes que han conseguido que no saliera en la prensa. Así nadie se ha fijado en la coincidencia, pero el día en que otra pareja, la tercera, decida actuar del mismo modo, despídanse de que su queridísima empresa no salga en las noticias.

Se apoyó en el respaldo, respirando con fuerza, y cogió la taza, pero la dejó al acordarse de que estaba vacía.

- Me temo que el doctor Lash tiene razón -dijo Lelyveld con suavidad-. Tenemos que entender qué pasa, y frenarlo como sea, no solo por los Thorpe y los Wilner, sino por el bien de Edén. -Miró a Minor-. Greg, creo que en este caso la objetividad del doctor Lash no es un inconveniente, sino una ventaja. Aún no conoce el proceso, es cierto, pero, si lo hiciera, podría aportarnos una nueva mirada. Además, es el mejor cualificado de la

docena de candidatos que habíamos evaluado, y su compromiso de confidencialidad ya está en nuestro archivo. Propongo someterlo a votación.

Lelyveld bebió un poco de agua del vaso que tenía al lado, y levantó la mano sin decir nada más.

Otra mano se levantó despacio, seguida de otra, y de otra, hasta que todas estuvieron levantadas a excepción de las de Gregory Minor y otro hombre con traje negro sentado a su lado.

- Propuesta aprobada -anunció Lelyveld-. El proceso lo pondrá en marcha Edwin, doctor Lash.

Lash se levantó, pero Lelyveld no había terminado.

- Se le ha concedido un acceso sin precedentes al funcionamiento interno de Edén. Ha pedido, y obtenido, la oportunidad de hacer algo que nadie hasta la fecha, con sus conocimientos, había podido hacer: someterse al proceso como cualquier candidato. Hará bien en recordar el viejo dicho de que hay que tener cuidado con lo que se desea.

Lash asintió con un gesto y se giró.

- Ah, doctor Lash -dijo el presidente.

Lash se volvió para mirarlo.

- Trabaje deprisa. Deprisa.

Cuando Mauchly abrió la puerta, Lash oyó que Lelyveld decía:

- Ya puede seguir transcribiendo el acta de la reunión, señora French.

11.

Kevin Connelly cruzó la gran zona de estacionamiento del centro de negocios de Stoneham. Su coche era un Mercedes clase S, bajo y plateado, aparcado lejos de los demás vehículos por simple precaución. Valía la pena caminar un poco más por el asfalto para evitar golpes y arañazos.

Quitó el seguro, abrió la puerta y se deslizó en el cuero negro. Le encantaban los coches de gama alta, y en el Mercedes todo daba gusto: el firme impacto de la puerta al cerrarse, la forma anatómica del asiento, el ronroneo del motor… El equipo AMG valía hasta el último céntimo de los veinte mil dólares suplementarios. Hasta hacía poco, conducir solo a casa había sido lo mejor de la tarde. Sin embargo, ya no.

Cruzó el aparcamiento y salió a la vía de acceso de la carretera 128, planeando mentalmente el camino a su casa. Primero pasaría por la enoteca Burlington para comprar una botella de Perrier-Jouet; luego por la floristería de al lado, para elegir un ramo. Decidió que las flores de la semana serían fucsias. Seguro que Lynn no se lo esperaba. Las flores y el champán se habían convertido en algo inseparable de las

noches de sábado con su mujer, y a ella le gustaba decir en broma que el único misterio era el color de las rosas que le llevaría Kevin.

Pocos años antes, si le hubieran dicho que Lynn cambiaría su vida hasta ese extremo, se habría reído. Tenía un trabajo interesante y absorbente -de director de información en una empresa de software-, muchos amigos e intereses de sobra para ocupar su tiempo libre. Ganaba mucho, y nunca tenía problemas para conocer mujeres; pero en esa época, en algún nivel del subconsciente, ya debía de saber que le faltaba algo, porque si no, no habría acudido a Edén. Incluso después de soportar los rigores de la evaluación, y de pagar los veinticinco mil dólares, no había imaginado que Lynn pudiera llegar a completar su vida hasta ese punto. Era como ser ciego de nacimiento, y no haber entendido lo que se perdía hasta recuperar de golpe la visión.

Entró en la autovía y se integró en el tráfico del fin de semana, disfrutando de la suavidad con la que aceleraba el motor. Se acordó de la extraña sensación que había tenido al conocer a Lynn. Durante el primer cuarto de hora, o más, había pensado que cometía un grandísimo error, y que Edén había metido la pata (quizá por confundir su nombre con el de otra persona). Daba lo mismo que en la última entrevista le hubieran avisado de que al principio era normal reaccionar así. Se había pasado la primera mitad de la cita mirando a la mujer del otro lado de la mesa del restaurante, una mujer que no cumplía en nada sus expectativas, y preguntándose cuánto tardaría en recuperar los veinticinco billetes que le había costado la broma.

Pero de repente había pasado algo, algo que seguía siendo inexplicable, por muchos chistes que hubieran hecho él y Lynn en los primeros meses. Era una sensación que lo había invadido lentamente. A lo largo de la cena, de la manera más inesperada, había descubierto que compartían intereses, gustos, amores y odios; pero lo más intrigante eran sus diferencias. Era como si compensaran mutuamente sus lagunas. El siempre había sido un desastre en idiomas. Lynn, que dominaba el francés y el español, le explicó que la inmersión en una lengua era más natural que memorizar un libro de gramática. Durante la segunda mitad de la cena solo había hablado en francés, y cuando les sirvieron la créme brülée él ya estaba sorprendido de lo mucho que entendía. En la segunda cita se enteró de que Lynn tenía miedo a volar, y, como él era piloto privado, le explicó la manera de superar el trauma, y le ofreció vuelos de desensibilización en el Cessna que compartía con otra persona.

Cambió sonriendo de carril. Ya sabía que eran ejemplos toscos. Sus personalidades se complementaban con una sutileza y una riqueza de matices que no se podían explicar del todo. Solo podía compararlo con las otras mujeres que había conocido. La verdadera diferencia, la fundamental, era que se conocían desde hacía casi dos años y seguía tan electrizado por la idea de volver a verla como en los primeros ardores del enamoramiento.

Kevin no era perfecto, ni muchísimo menos. El análisis psicológico de Edén había puesto de relieve sus defectos. Era propenso a la impaciencia, a la arrogancia, etcétera, etcétera, pero por alguna razón todo eso lo borraba Lynn. Había aprendido de ella a confiar en sí mismo y a tener paciencia. Lynn también había aprendido de él. Antes de conocerlo era una chica callada y un poco reservada, pero él la había desinhibido mucho. A veces seguía siendo silenciosa (los últimos dos días, sin ir más lejos), pero era una característica que se había vuelto tan sutil que Kevin era el único en darse cuenta.

Nunca se lo habría dicho a nadie, pero su principal preocupación al acudir a Edén había sido el sexo. A sus años, y con su largo historial de relaciones, ya no daba tanta importancia a los maratones de dormitorio. No era un candidato al Viagra, por descontado, pero había descubierto que para poder responder a fondo tenía que sentir algo muy profundo hacia su pareja. De hecho, había sido uno de los problemas de su anterior relación: que ella, quince años menor, tuviera una voracidad sexual algo intimidadora, aunque en sus días de joven semental él la hubiera encontrado deseable.

Con Lynn había quedado demostrado que el problema no existía. Era una mujer tan paciente y amorosa, con un cuerpo de una sensibilidad tan prodigiosa a sus caricias, que disfrutaba con ella más que nunca. De hecho, sus relaciones parecían mejorar con el tiempo, como todos los aspectos de su matrimonio. Al pensar en su aniversario de bodas, para el que ya faltaba poco, sintió un hormigueo de deseo. Lo pasarían en Niagara-on-the-Lake, en Canadá, como la luna de miel. «Solo faltan unos días», pensó, frenando un poco para tomar la salida. Si Lynn tenía alguna preocupación, se le borraría enseguida cuando estuviera a bordo del Maid of the Mist, salpicada por el agua de la catarata.

12.

El domingo a las 8.55 de la mañana, Christopher Lash cruzó una puerta giratoria y entró en el vestíbulo de Edén entre docenas de clientes esperanzados. Era un día soleado y luminoso de otoño. Las paredes de mármol rosa parecían arder bajo la luz. Esta vez había dejado la cartera en casa. De hecho, lo único que tenía en los bolsillos, aparte del billetero y las llaves del coche, era una tarjeta que le había dado Mauchly en su anterior encuentro, con un texto tan sencillo como «Tramitación de Candidatos, domingo, 9 de la mañana».

Al acercarse a la escalera mecánica, repasó mentalmente los preparativos que le habían enseñado en la academia hacía más de una década para cuando se sometiera a un test: dormir bien, desayunar muchos hidratos de carbono y poca glucosa, no tomar alcohol ni drogas y no sucumbir al pánico.

«Tres de cuatro», pensó. Estaba cansado, y, a pesar del expreso gigante que se había tomado en el Starbucks para coches, le apetecía otro. Pánico no tenía, pero era consciente de que estaba más nervioso de lo habitual. «No pasa nada», se dijo. Un poco de tensión le iría bien para no bajar la guardia. Sin embargo, no lograba olvidar unas palabras de la reunión de clase que había espiado: «Si llego a saber lo que me esperaba, no sé si habría tenido el valor de presentarme a la evaluación. Fue un día brutal».

Faltaban pocos metros para la escalera mecánica. Pensó en otra cosa. ¡Qué increíble que la demanda de servicios de Edén fuera tan alta que hubiera que tramitar las solicitudes durante los siete días de la semana! Cuando ya estaba en la escalera, miró por curiosidad a la gente que iba en la otra, la de la izquierda. ¿En qué había pensado Lewis Thorpe al subir por ella? ¿Y John Wilner? ¿Cómo estaban? ¿Entusiasmados? ¿Nerviosos? ¿Asustados?

Sorprendió una mirada fugaz entre dos personas de la otra escalera mecánica. Eran un hombre de mediana edad y una mujer joven, separados por varios candidatos. Él le hizo a ella un gesto casi imperceptible con la cabeza, y apartó la vista. Lash se acordó de lo

que había dicho el presidente: las medidas de seguridad empezaban desde el momento en que alguien ponía el pie en el edificio. ¿Era posible que algunos de los solicitantes fueran agentes de Edén?

Al llegar al final de la escalera, cruzó el pasillo abovedado y accedió a un corredor adornado con alegres carteles promocionales. El suelo tenía un ligero grabado de líneas paralelas, que creaban varios carriles de bastante amplitud, y tenían el efecto de hacer que los candidatos -por propia decisión, o a través de una sutil dirección- se repartieran por los distintos carriles y avanzaran separadamente. Cada fila desembocaba en una puerta, con un hombre con bata blanca delante. Lash vio al del final de su carril: era alto y delgado, y aparentaba unos treinta años.

Cuando lo vio acercarse, el técnico lo saludó con la cabeza y abrió la puerta.

- Pase, por favor -dijo.

Lash miró a su alrededor y vio que los técnicos de las otras puertas hacían lo mismo. Cruzó la que le correspondía.

Descubrió otro pasillo muy estrecho, completamente blanco. El técnico cerró la puerta y lo llevó hacia el fondo. Después de un vestíbulo tan espacioso, y de un pasillo de acceso tan desahogado, el contraste era claustrofóbico. Lash siguió al hombre hasta un punto en que el pasillo se abría a una salita cuadrada, tan blanca como el resto. Su único rasgo digno de mención eran seis puertas idénticas distribuidas por las paredes. No tenían pomo, sino pequeños lectores blancos de tarjetas. Una de las del fondo llevaba una placa que la identificaba como un lavabo para ambos sexos.

El técnico se giró.

- Doctor Lash, soy Robert Vogel. Bienvenido a la evaluación de Edén.

- Gracias -respondió Lash, dándole la mano.

- ¿Cómo se encuentra?

- Muy bien, gracias.

- Tenemos un día muy largo por delante. Si tiene alguna pregunta, o le preocupa algo, haré todo lo que esté en mi mano por solucionarlo.

Lash asintió. El técnico sacó un ordenador de mano y un lápiz óptico de un bolsillo de su bata y empezó a escribir en la pantalla. Al cabo de un momento frunció el entrecejo.

- ¿Qué pasa? -preguntó rápidamente Lash.

- No, nada, es que… -Parecía sorprendido-. Es que sale como preaprobado para la evaluación. Es la primera vez que lo veo. ¿Ha pasado por alguna prueba?

- No. Si es un inconveniente…

- No, no. Todo lo demás es correcto. -Se recuperó deprisa-. Supongo que ya sabe que no será aceptado formalmente como candidato hasta la evaluación de hoy.

- Sí.

- Y que, en caso de no ser aceptado, los mil dólares que ha pagado no se le reembolsarán.

- Sí.

Lógicamente, Lash no había desembolsado nada, pero el técnico no tenía por qué saberlo. Fue un alivio. Se notaba que Vogel ignoraba la razón de su visita. Lash había insistido mucho en ser tratado como un candidato de verdad, y en verlo todo igual que los Thorpe y los Wilner.

- ¿Alguna pregunta antes de empezar?

Ante la negativa de Lash, Vogel cogió una tarjeta que llevaba colgada al cuello con una cuerda larga y negra. Lash la miró con curiosidad. Era de color peltre, con una iridiscencia que no escondía del todo los tonos verdes y dorados del microprocesador interno. El logotipo de Edén, el signo de infinito, estaba grabado en uno de sus lados. Vogel la pasó por el lector de la puerta más cercana, que se abrió con un clic.

La habitación no parecía mucho más ancha que el pasillo. Había una cámara digital en un trípode y, al fondo, una equis pintada en el suelo.

- Por favor, póngase sobre la cruz y mire al objetivo. Voy a hacerle dos preguntas. Conteste lo más a fondo y lo más sinceramente que pueda.

Vogel se colocó detrás de la cámara. Poco después una lucecita roja se encendió en su parte superior.

- ¿Por qué está aquí? -preguntó Vogel.

Lash solo titubeó un momento, acordándose de las grabaciones que había visto en la casa de Flagstaff. «Bueno, ya puestos, mejor hacer las cosas bien», pensó. Lo cual significaba ser sincero, evitando respuestas fáciles o cínicas.

- Estoy aquí porque busco algo -contestó-. Una respuesta.

- Explique algo de lo que ha hecho esta mañana, y por qué cree que deberíamos saberlo.

Lash reflexionó.

- He provocado un embotellamiento.

Ante el silencio de Vogel, Lash continuó.

- Estaba en la 1-95, entrando en la ciudad. Tengo un pase en el parabrisas para no tener que pagar en efectivo cuando paso por túneles y carreteras de peaje. Total, que llego al

puente que lleva a Manhattan. He tardado un poco, porque estaba cerrado uno de los tres carriles del peaje. El escáner ha leído mi tarjeta, pero por alguna razón la barrera no se ha levantado. He esperado un minuto y ha venido una empleada. Me ha dicho que mi pase no era válido, que estaba anulado. Imposible, porque lo tengo al día. De hecho, había funcionado perfectamente media docena de veces en lo que va de semana. Está claro que se les había estropeado el sistema, pero ella ha insistido en hacerme pagar en efectivo los seis dólares para cruzar el puente. Yo le he dicho que nanay, que quería una solución, y mientras tanto solo quedaba un carril abierto para entrar en el puente. Detrás de mí, la cola empezaba a ser muy larga. La gente tocaba el claxon. Ella ha insistido, pero no me he bajado del burro. Entonces nos ha visto un policía y se ha acercado. Al final la empleada me ha dicho algo feo, ha abierto la barrera manualmente y me ha dejado pasar. Al cruzar, le he sonreído con todo mi afecto.

¿Por qué se había decantado justo por aquella anécdota? Comprendió que esa era su manera de ser. Si hubiera ido a Edén por su propio interés, si hubiera sido un verdadero candidato, habría dicho algo igual de trivial. No era de los que soltaban una parrafada melodramática sobre su búsqueda de la mujer soñada.

- Supongo que lo cuento porque me recuerda a mi padre -añadió-. Era muy combativo en los detalles, como si hubiera un ajuste de cuentas entre la vida y él. Es posible que nos parezcamos más de lo que creo.

No dijo nada más. Al cabo de un rato, la luz roja se apagó.

- Gracias, doctor Lash -dijo Vogel, apartándose de la cámara-. Ahora sígame, si es tan amable.

Volvieron a la salita central. Vogel pasó su tarjeta por el lector de la siguiente puerta. La segunda habitación era mayor que la primera. Contenía una silla y una mesa, con un cubo pequeño de plexiglás lleno de lápices afilados. Al igual que las demás, esta sala era completamente blanca. El techo estaba revestido de cuadrados de resina plástica. Tantas habitaciones, todas idénticas en su color y falta de decoración, y todas con la misma función… A Lash casi le pareció una versión elegante de las salas de interrogatorio de la policía.

Vogel le indicó que se sentase.

- Nuestros tests están cronometrados, pero solo para no correr el riesgo de que al final del día quede alguno pendiente. Dispone de una hora. Creo que le sobrará tiempo. No hay respuestas correctas ni incorrectas. Si tiene alguna pregunta, estaré fuera.

Puso un sobre blanco encima de la mesa. Luego salió y cerró suavemente la puerta de la sala.

Como no había reloj, Lash se quitó el suyo y lo dejó en la mesa. Después cogió el sobre y lo vació en la mano. Contenía algunas hojas de instrucciones para el test, y una hoja de puntuación en blanco:

EDEN INC.

Patentado y confidencial

HOJA DE RESPUESTAS

LADO 1 - EMPEZAR POR ESTE LADO

INSTRUCCIONES DE MARCADO

Por favor, conteste a todas las preguntas rellenando Una de las cinco respuestas siguientes en la hoja Adjunta.

muy de acuerdo	O
de acuerdo	O
neutro	O
en desacuerdo	O
muy en desacuerdo	O

No se salte ninguna pregunta, por favor, y verifique que las respuestas queden marcadas con claridad. No haga marcas innecesarias ni confusas. Si decide modificar una respuesta, borre totalmente la anterior antes de rellenar cualquier otra.

Incorrecto: 
Incorrecto: 
Correcto: 

==========

ehk90000000049a

Lash leyó rápidamente las preguntas, reconociendo su estructura básica: era un test objetivo de personalidad, de los que había popularizado el MMPI, el Inventario Multifásico de Personalidad de Minnesota. Le pareció una elección un poco rara para Edén, pues el principal uso de esos tests era el diagnóstico psicológico, razón por la que, más que descubrir filias y fobias concretas, situaban la personalidad en una serie de escalas. Por otro lado, observó que era más largo de lo normal. El MMPI-2 se componía de 567 preguntas, mientras que el de Edén tenía exactamente mil. Supuso que se debía a los factores de autenticación, ya que los tests de esa clase siempre incluían preguntas redundantes para cerciorarse de que la persona examinada respondiera con coherencia. Edén extremaba las precauciones.

De repente, se fijó en el tictac de su reloj de pulsera. Suspirando, cogió uno de los lápices del cubo y se dispuso a contestar a la primera pregunta.

1. Me gusta ver grandes desfiles.

Como era verdad, marcó «de acuerdo».

2. A veces oigo voces que los demás dicen no oír.

«Conque no hay respuestas correctas ni incorrectas. Ya.» Ahí tenía una prueba concluyente: si daba una respuesta positiva, aumentaría su índice de esquizofrenia. Rellenó «muy en desacuerdo».

3. Nunca pierdo los estribos.

Reconoció el tipo de pregunta por la palabra «nunca». Todos los tests de personalidad contenían lo que se llamaba escalas de validez, preguntas que podían indicar si la persona que hacía el test estaba mintiendo, exagerando o fingiendo aspectos como la valentía (para el ingreso en la policía) o la enfermedad mental (para las prestaciones de invalidez). Lash sabía que si alguien insistía demasiado en que nunca tenía miedo, nunca había dicho una mentira y nunca estaba de mal humor, su grado de falsedad subía mucho, y el test lo calificaría como no apto. Rellenó «en desacuerdo».

4. La mayoría de la gente dice que soy sociable.

La pregunta tenía por objeto evaluar el grado de extraversión/introversión. En esos tests, la extraversión estaba considerada como un rasgo positivo, pero Lash prefirió su intimidad. Volvió a contestar «en desacuerdo».

Se le partió la punta del lápiz y murmuró una palabrota. Ya habían pasado cinco minutos. Si pretendía superar las pruebas, tendría que someterse al test como una persona cualquiera, rellenando las preguntas por impulso, sin analizarlas. Cogió otro lápiz y siguió.

A las diez en punto había completado todas las preguntas, y había disfrutado de cinco minutos de descanso. Vogel lo invitó a sentarse otra vez delante de la mesa, salió y volvió con otro sobre blanco, y el café que había pedido Lash (descafeinado, el único disponible). Al abrir el segundo sobre, Lash descubrió que contenía varios tests de inteligencia cognitiva: comprensión verbal, visión espacial y algunos de memoria. También en este caso eran más largos y exhaustivos que los que conocía. Cuando acabó, casi eran las once.

Otros cinco minutos de pausa, otra taza de café descafeinado y otro sobre, el tercero. Frotándose los ojos cansados, lo abrió y sacó unas hojas grapadas. Esta vez el test consistía en una larga serie de frases incompletas:

Ojala mi padre…
Mi segunda comida favorita es…
Mi mayor error ha sido…
Los nov me parecen…
Me gustaría que los demás…
Creo que el orgasmo simultaneo…
El vino tinto me parece…
Para ser totalmente feliz…
Algunas partes de mi cuerpo son muy…
Caminar por la montaña en primavera es…

El libro que me ha influido más es…

Por fin las preguntas personales e íntimas cuya ausencia había sido tan notoria en el primer test. Volvió a calcular que había cerca de mil. Al leer las frases inacabadas, su intuición -profesional, pero también personal- le aconsejó no sincerarse, pero se recordó que en ese caso no servían de nada las medias tintas. Para una comprensión plena del proceso tenía que vivirlo con el mismo compromiso que los Wilner y los Thorpe. Cogió otro lápiz, reflexionó sobre la primera frase y la completó: «Ojalá mi padre se hubiera tomado la molestia de elogiarme más a menudo».

Cuando rellenó la última frase faltaba poco para las doce y media. Empezaba a dolerle la cabeza, en las sienes y detrás de los ojos. Al ver que Vogel entraba con una hoja larga y estrecha, Lash tuvo miedo de que fuera otro test, pero solo era un menú. Aunque no tenía mucha hambre, eligió dócilmente los platos y devolvió la hoja a Vogel, que le sugirió ir al lavabo y se marchó.

A su regreso, Lash vio que Vogel había llevado una silla plegable y la había colocado junto a la suya. Ahora el sitio del cubo de lápices estaba ocupado por una caja oblonga de cartón negro.

- ¿Cómo se encuentra, doctor Lash? -preguntó el técnico, sentándose en la silla plegable.

Lash se pasó una mano por los ojos.

- Hecho polvo.

Una breve sonrisa cruzó el rostro de Vogel.

- Sí, ya sé que es un poco agotador, pero nuestros estudios demuestran que los mejores resultados se consiguen con un solo día intensivo de evaluación. Siéntese, por favor.

Abrió la caja, que contenía un taco de tarjetas grandes puestas al revés.

En cuanto vio un numerito en la primera, Lash supo lo que eran. Los tres primeros tests lo habían absorbido casi hasta el punto de olvidar lo que había examinado él mismo en el observatorio de pájaros.

- Ahora haremos un test de manchas de tinta, el test de Hirschfeldt. ¿Lo conoce?

- Más o menos.

- Ya. -Vogel sacó una hoja de respuestas en blanco de la caja, e hizo una anotación-. Bueno, vamos allá. Yo le enseño las manchas una a una, y usted me dice qué ve. -Cogió el primer tarjetón de la caja, lo giró y lo puso frente a Lash-. ¿Esto qué podría ser?

Lash miró la mancha haciendo el esfuerzo de borrar cualquier asociación previa de su mente, sobre todo las terribles imágenes que habían asaltado su cerebro en el parque natural.

- En la parte de arriba veo un pájaro -respondió-, una especie de cuervo. Lo blanco es el pico. En conjunto, la tarjeta parece un guerrero japonés, un ninja o un samurai, con dos espadas envainadas. Sobresalen por aquí, a la izquierda y a la derecha, apuntando hacia abajo.

Vogel escribió algo en la hoja de control. Lash supo que estaba copiando sus respuestas palabra por palabra.

- Muy bien -dijo al cabo de un rato el examinador-, pues vamos a la siguiente. ¿Esto qué podría ser?

A medida que se sucedían las tarjetas, Lash se esforzó por dar respuestas personales, evitando las que sabía que eran las más habituales, y luchando contra un cansancio galopante. A la una, terminadas las dos fases del test -asociación libre y justificación-, su dolor de cabeza ya era muy agudo. Mientras veía a Vogel guardando las tarjetas, pensó en los demás candidatos que habían llegado por la mañana al edificio. ¿Los habían repartido por el mismo piso, en salitas iguales? ¿Y Lewis Thorpe? ¿Se había quedado tan cansado como Lash, agotado de ver paredes blancas?

- Supongo que tendrá hambre, doctor Lash -dijo Vogel, cerrando la caja-. Acompáñeme, que ya tiene la comida preparada.

Lash no tenía más hambre que antes del test, pero siguió a Vogel hasta el distribuidor. El técnico pasó la tarjeta por el lector de una de las puertas del fondo y esta se abrió sola, franqueándoles el paso a otra salita blanca. A diferencia de las anteriores, tenía cuadros en tres de las cuatro paredes: fotografías sencillas de bosques y costas que los ojos de Lash, después de toda una mañana de vacío estéril, recibieron como auténtico maná, a pesar de la ausencia de personas o animales.

La comida estaba servida sobre un mantel perfectamente planchado: salmón hervido con salsa de eneldo, arroz salvaje, un panecillo y café (descafeinado, por supuesto). El hambre le vino comiendo, y se le pasó un poco el dolor de cabeza. Vogel, que lo había dejado comer a solas, volvió al cabo de veinte minutos.

- ¿Y ahora? -preguntó Lash, limpiándose la boca con la servilleta.

No tenía muchas esperanzas de obtener una respuesta, pero Vogel lo sorprendió.

- Solo quedan dos cosas: el examen físico y la entrevista psicológica. Si ha acabado de comer, podemos empezar ahora mismo.

Lash dejó la servilleta y se levantó, pensando en las palabras del hombre de la reunión de clase sobre el día de las pruebas. De momento había sido cansado, quizá un poco agobiante, pero nada peor. Se sentía con fuerzas para un examen físico. En cuanto a la entrevista psicológica, había hecho bastantes para saber a qué atenerse.

- Venga-dijo.

Vogel lo invitó a salir al distribuidor, y señaló una de las dos puertas sin letrero que aún quedaban por abrir. Después de pasar la tarjeta por el lector, empezó a garabatear algo en el ordenador de mano.

- Ya puede pasar, doctor Lash. Por favor, desnúdese y póngase la bata que encontrará dentro. La ropa puede dejarla en el gancho de la puerta.

Lash entró en la habitación, cerró la puerta y miró a su alrededor mientras se desnudaba. Era una especie de consulta médica, pequeña pero con todo lo necesario. A diferencia de las salas anteriores, contenía muchas cosas, pero la mayoría Lash habría preferido no verlas: sondas, legras, jeringuillas, gasas esterilizadas… Olía ligeramente a antiséptico.

Justo cuando acababa de ponerse la bata, se abrió la puerta y entró un hombre. Era bajo y moreno, con poco pelo y bigote de morsa, y llevaba un estetoscopio colgando del bolsillo lateral de su bata blanca.

- A ver, a ver… -dijo, consultando la carpeta que tenía en la mano-. El doctor Lash. ¿Doctor en medicina, por casualidad?

- No, en psicología.

- Ah, muy bien -respondió el médico. Dejó la carpeta para ponerse unos guantes de látex-. Relájese, doctor Lash. En principio no tardaremos más de una hora.

- ¿Una hora?

Lash se calló al ver que el médico metía el dedo en un tarro de vaselina. «Acabaré pensando que cien mil dólares no es tanto.»

El médico acertó en su previsión. Durante sesenta minutos, y tras ser interrogado para elaborar un historial médico exhaustivo, y extensivo a tres generaciones, Lash fue sometido a un chequeo más minucioso de lo imaginable: electrocardiograma y electroencefalograma; ecocardiograma; muestras de orina, deposiciones, membranas mucosas y revestimiento epitelial de la boca; control de reflejos y de vista; pruebas neurológicas y de control motor fino; un examen dermatológico a fondo. Hasta hubo un momento en que el médico le dio una probeta de cristal y salió de la sala pidiéndole una muestra de semen. Al quedarse solo, Lash contempló la probeta -de tacto frío- con una sensación de irrealidad. «Bueno, tiene su lógica -dijo una vocecita en su cabeza-. La infertilidad o la impotencia serían desventajas importantes.»

Poco después le indicó al médico que ya podía entrar, y prosiguieron con el examen.

- Bueno, solo falta la sangre -comentó el médico, mientras manipulaba una bandeja donde había como mínimo dos docenas de probetas pequeñas, todas vacías-. Estírese en la camilla, por favor.

Cuando estuvo tumbado, Lash sintió la presión de un tubo de plástico en la parte interior del codo, seguida por una pequeña aplicación de Betadine, la exploración de un dedo y el pinchazo de una aguja.

- Apriete el puño, por favor -dijo el médico.

Lash esperó estoicamente a que le sacaran un cuarto de litro de sangre. Al fin, notó disminuir la tensión de la goma. El médico sacó la jeringuilla y vendó ligeramente la zona de un solo movimiento.

- ¿Cómo se encuentra? -preguntó, a la vez que ayudaba a Lash a incorporarse.

- Bien.

- Perfecto. Ya puede pasar a la siguiente sala.

- Pero ¿y la ropa?

- La encontrará aquí al final de la entrevista.

Lash parpadeó y tardó un poco en digerirlo. Luego se giró y salió al cubículo central.

Encontró a Vogel escribiendo en la tablilla digital. Al verlo regresar de la sala de examen, Vogel lo miró, y su expresión, que hasta entonces había sido imperturbable, adquirió un matiz que Lash no supo interpretar.

- Doctor Lash -dijo, mientras se guardaba el aparato en el bolsillo de la bata-, pase por aquí, por favor.

Lash no necesitaba que lo guiasen, porque solo quedaba una puerta por abrir. No había que ser adivino para saber dónde le harían la última entrevista.

Al girarse hacia la puerta, la encontró abierta. La habitación del otro lado no se parecía en nada a las que había ido viendo a lo largo del día.

13.

Lash vaciló en el umbral. Se encontraba ante una sala casi tan pequeña como las demás, de mobiliario sencillo: una silla en el centro, con los apoyabrazos más largos de lo normal, un armario metálico al lado y una mesa con un ordenador portátil cerca de la pared del fondo. Pero lo que le llamó enseguida la atención fueron los cables entre la silla y el ordenador. Tenía bastante experiencia en interrogatorios para reconocer un detector de mentiras.

Tras la mesa, un hombre leía el contenido de una carpeta. Al ver a Lash se levantó y se dirigió hacia él. Era alto, de una delgadez cadavérica, con el pelo muy corto y canoso.

- Gracias, Robert -le dijo a Vogel.

Cerró la puerta y le hizo señas a Lash de que se acercara a la silla del centro. Lash obedeció, pero se quedó atónito cuando el psicólogo le comenzó a poner pinzas en los dedos y un medidor de presión en la muñeca. Luego salió un momento de su campo de visión y volvió con un gorro rojo, de uno de cuyos lados salía un largo haz multicolor de cables. La tela del gorro tenía cosidas varias decenas de discos de plástico claro, grandes como monedas de diez centavos. «Dos docenas, para ser exactos», pensó Lash. Muy a su pesar, había reconocido el gorro que se usaba para la prueba del electroencefalograma cuantitativo, en la que se controlaba las frecuencias de la actividad

cerebral. Normalmente se empleaba para casos de trastorno neurológico, disociación, traumatismo craneal…

Nunca había visto una entrevista así.

El psicólogo aplicó gel conductor en cada uno de los veinticuatro electrodos, le puso a Lash el gorro y le conectó un cable de tierra en cada oreja. Acto seguido volvió a la mesa y conectó el haz de cables al ordenador portátil. Lash lo observó, notando que el gorro le apretaba demasiado.

El hombre se sentó, tecleó algo, miró la pantalla y siguió tecleando. Ni siquiera le había dado la mano a Lash. Actuaba como si no estuviera.

Lash esperó. Aún estaba en estado de shock, y la bata de hospital le hacía sentirse desnudo e indigno. Sabía por experiencia que en el fondo las evaluaciones psicológicas eran batallas de ingenio entre el psicólogo y su paciente. El uno intentaba saber cosas que el otro, en muchos casos, prefería no revelar. Quizá fuera una modalidad particular del mismo juego. Permaneció en silencio y a la espera, combatiendo el cansancio mental.

La mirada del entrevistador se movió entre el ordenador y la carpeta de la mesa. Finalmente levantó la cabeza y miró a Lash fijamente a los ojos.

- Doctor Lash, soy el doctor Alicto, su evaluador principal -dijo.

Lash no contestó.

- Como tal, dispongo de algunos datos más que el señor Vogel; datos que me permiten, por ejemplo, suponer que su anterior empleo lo familiarizó con los detectores de mentiras.

Lash asintió con un gesto.

- Pues entonces le ahorro la típica demostración de que funciona. ¿También conoce el dispositivo de retroalimentación neuronal que acabo de ponerle en la cabeza?

Lash volvió a asentir.

- Como psicólogo, probablemente tenga curiosidad por saber por qué lo usamos. Ya sabe que los detectores de mentiras solo miden el pulso, la presión sanguínea, la tensión muscular, etcétera. Pues bien, hemos descubierto que el análisis factorial de los datos del electroencefalograma cuantitativo es un complemento inmejorable, que nos permite ir mucho más allá de las típicas respuestas en forma de «sí» y «no» del detector de mentiras.

- Comprendo.

- Haga el favor de no separar los brazos de la silla, y de no inclinar la espalda. Primero le haré unas preguntas básicas. Limítese a responder sí o no. ¿Se llama Christopher Lash?

- Sí.

- ¿Su domicilio actual es Ship Bottom Road, número diecisiete?

- Sí.

- ¿Tiene treinta y nueve años?

- Sí.

- Ahora le enseñaré una carta. Sea del color que sea, roja o azul, quiero que me diga el color opuesto. ¿Lo entiende?

- Sí.

Alicto cogió una baraja, sacó una carta roja y la enseñó.

- ¿De qué color es esta carta?

- Azul.

- Gracias. -Guardó la baraja-. Dígame una cosa: ¿durante los tests de hoy ha respondido lo más sincera y exhaustivamente que podía? -preguntó, mirando a Lash con una expresión interrogante, casi escéptica.

- Pues claro.

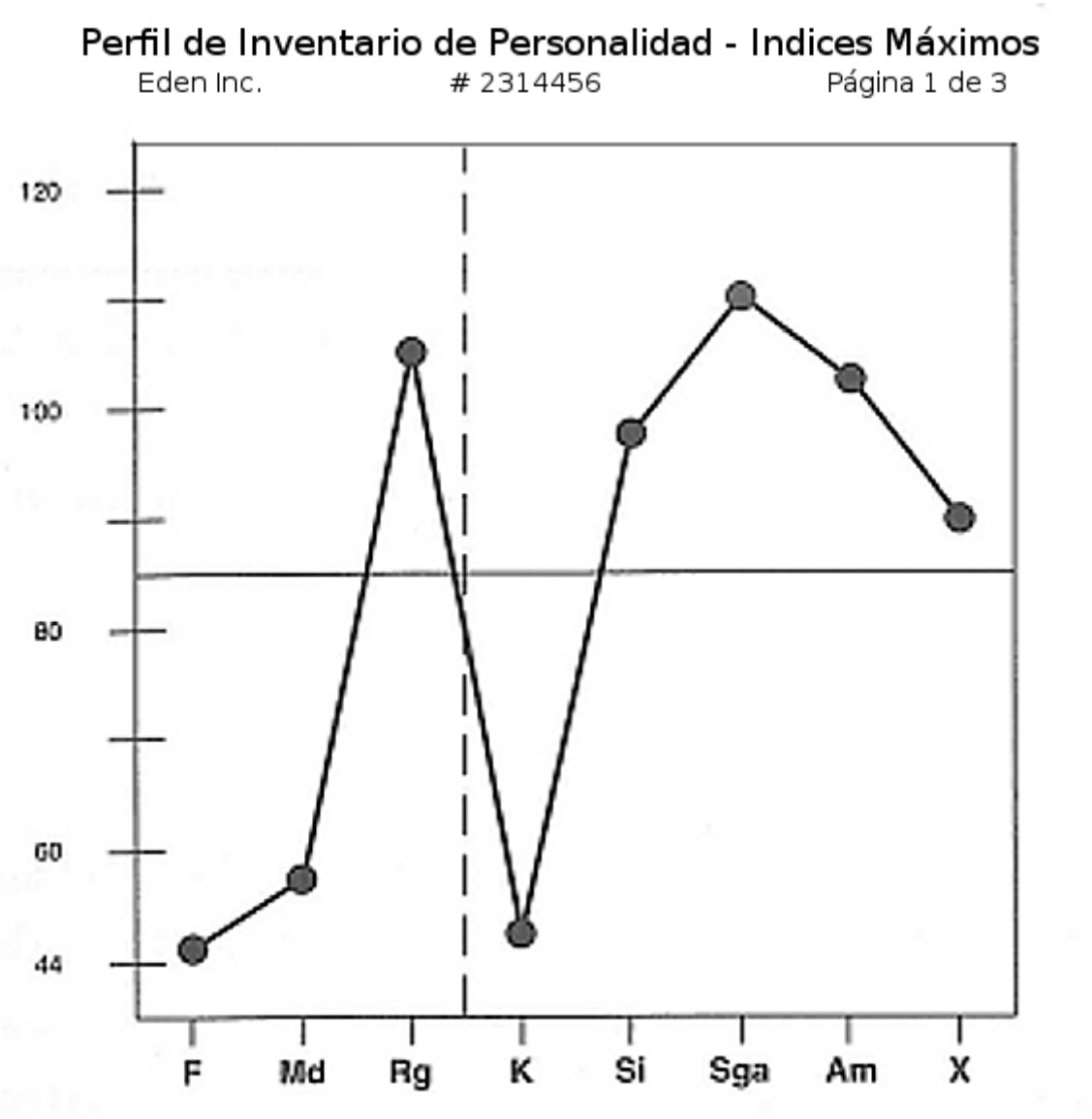
Alicto volvió a consultar su carpeta en silencio.

- ¿Para qué ha venido, doctor Lash?

- Creo que es evidente.

- No tanto, no tanto. -Hojeó el contenido de la carpeta-. Para empezar, es la primera vez que evalúo a un psicólogo. No sé por qué, pero nunca vienen a Edén. Internistas, cardiólogos o anestesistas sí, muchísimos, pero psicólogos o psicoterapeutas ni uno. Tengo mi propia teoría; pero, bueno, el caso es que he estado repasando sus resultados de la mañana, sobre todo el inventario de personalidad, y…

Enseñó tan deprisa la hoja de resultados que Lash casi no tuvo tiempo de verla.



- Lo mínimo que se puede decir es que es interesante.

Guardó la hoja en la carpeta.

Normalmente los evaluadores psicométricos no enseñaban esa información a los examinados. Lash se preguntó cuál era la razón de que Alicto le dispensara un trato casi despectivo.

- Si quiere ahondar en mis gustos cinematográficos, o saber si prefiero el whisky o el coñac, debería concentrarse en el test de preferencias.

Alicto lo miró.

- ¿Lo ve? Otro detalle -dijo-. La mayoría de los candidatos colaboran, se sinceran, tienen ganas de ayudar… Las respuestas sarcásticas son muy poco habituales, y la verdad es que nos preocupan.

La niebla de cansancio empezó a teñirse de cierta irritación.

- O sea, que usted intimida a sus candidatos y ellos reaccionan haciéndole la pelota. Entiendo que sea muy gratificante, sobre todo para un ego que no fue debidamente alimentado en las primeras fases de la vida.

Los ojos de Alicto brillaron fugazmente, tal vez de irritación, o de recelo.

- Lo veo enfadado -dijo-. ¿Por qué lo enfadan tanto mis preguntas?

Lash pensó que el propio registro de la entrevista ya podía estar facilitando las respuestas que buscaba Alicto, y reprimió su rabia.

- Mire -contestó, tratando de adoptar un tono razonable-, no es fácil colaborar atado a un detector de mentiras, y sin nada encima aparte de un gorro de retroalimentación biológica y una bata de hospital.

- Pues le advierto que a la mayoría de los candidatos, después del primer momento de sorpresa, acaba gustándoles el detector de mentiras. Les tranquiliza saber que la pareja que se les asignará habrá sido tan sincera como ellos.

La calma de Alicto incrementaba aún más la sensación de irrealidad. Pasado el momento de enfado, Lash recayó en el aturdimiento.

- ¿Y si empezáramos la evaluación? -preguntó.

- ¿Por qué cree que todo esto no forma parte de ella, doctor Lash? Lo estoy evaluando como persona completa en tiempo real, no como el cuerpo sin rostro que ha rellenado los tests de esta mañana. En fin, volvamos al inventario de personalidad. Su grado de sinceridad y su tiempo medio de respuesta son buenos, pero sus distorsiones de la realidad con el fin de reafirmarse son más habituales de lo normal.

Lash no dijo nada.

- Ya sabe lo que significa: que está guardándose información negativa. Intenta causar buena impresión, o quitarle importancia a sus problemas personales.

Lash esperó, maldiciendo su sinceridad en los tests.

- Algunas de sus escalas clínicas son muy poco habituales en un candidato de Edén. Su introversión social es alta, por ejemplo, así como su nivel de control individual. La suma de ambos resultados indica una personalidad de solitario, alguien que puede haber tenido malas experiencias en las relaciones personales. Un hombre así no tendría ninguna motivación para dar el paso, tan drástico, y tan caro, de acudir a nosotros. -Dejó de mirar la carpeta-. Como comprenderá, doctor Lash, no suelo hablar de estos detalles técnicos con los candidatos, pero como los dos somos psicólogos, colegas… Digamos que es una ocasión única.

«Una ocasión única para verme sufrir», pensó Lash.

- De por sí, todos esos factores ya serían un motivo de preocupación para un evaluador de Edén, pero, si me permite la franqueza, el test ofrece otros signos patognomónicos claros; señales de alarma, vaya. -Giró más páginas-. Sus niveles de amoralidad y de

alienación son excepcionalmente altos, por ejemplo. Su grado de depresión no puede calificarse de alto, pero sí de superior a lo normal. El de vulnerabilidad, es decir, de sensibilidad al entorno, también es elevado, a pesar de su control individual, anomalía que no sabría explicar de buenas a primeras. El resultado, doctor Lash, parece un cóctel peligroso. Yo le aconsejaría acudir a un experto, sin descartar un tratamiento clínico.

Alicto cerró la carpeta como si la entrevista hubiera terminado, y se giró hacia su ordenador portátil.

- Solo unas preguntas más, doctor Lash. Prometo no extenderme.

Lash asintió. Empezaba a sucumbir al cansancio.

- ¿Cuánto tiempo hace que trabaja en el sector privado?

- Casi tres años.

- ¿En qué especialidad?

- Relaciones familiares. Relaciones conyugales.

- ¿Cuál es su estado civil?

- Soltero.

- ¿Viudo?

- No, divorciado. Ya lo sabe.

- Otra pregunta de control para el detector de mentiras, y habremos terminado. Su pulso se está acelerando, doctor Lash. Le recomiendo que respire despacio. ¿Cuándo se divorció?

- Hace tres años.

- Y ¿cómo vivió el divorcio?

- Estaba casado, y ahora no.

- Abandonó el FBI y se pasó al sector privado más o menos en la misma época. -Alicto dejó de mirar la pantalla-. Todo indica que hace tres años se produjo una concatenación de hechos muy interesante: un divorcio y un cambio drástico en su carrera. ¿Podría ser más explícito sobre las razones del divorcio?

Lash notó que se ponía tenso. «¿Sabrá lo de Wyre? ¿Es un anzuelo?»

- No -respondió.

- ¿Por qué le cuesta tanto hablar del tema?

- Es que no veo que tenga relevancia.

- ¿Que no tiene relevancia? ¿Para un posible cliente?

- He venido por mi futuro, no por mi pasado.

- Lo uno conforma lo otro. Pero bueno, quedémonos un poco más en el pasado. Detalle lo que hacía en el FBI, si es tan amable.

- Estaba en la Unidad de Apoyo a la Investigación de Quantico. Analizaba escenarios de crímenes y hacía autopsias psicológicas de la víctima y el criminal. Buscaba puntos en común entre los dos, investigaba la causa, elaboraba un perfil del asesino y me coordinaba con el Centro Nacional de Análisis de Delitos Violentos.

- ¿Cómo calificaría su trabajo?

- De absorbente.

- Y ¿lo hacía bien?

- Sí.

- Entonces, ¿por qué lo dejó?

El simple hecho de parpadear era un esfuerzo.

- Me cansé de investigar la parte mala de la gente cuando ya estaba muerta. Me pareció que podía ser más útil ayudándola cuando aún estaba viva.

- Es comprensible. Debió de ver cosas horribles.

Lash asintió.

- Pero no le afectaron.

- Claro que me afectaron.

- ¿Qué efectos han tenido, exactamente?

- ¿Efectos?

Lash se encogió de hombros.

- O sea, que no lo trastornaron en ningún sentido patológico. Le resbalaron, por decirlo de alguna manera. No tuvieron incidencia en su trabajo, ni en usted como persona.

Lash hizo un gesto de negación.

- ¿Podría contestar en voz alta, doctor Lash?

- No, no tuvieron incidencia.

- Se lo pregunto porque he leído estudios sobre el síndrome del agente quemado. A veces, cuando la gente ve cosas horribles, no las asimila como es debido, sino que las entierra; intenta soslayarlas, y a la larga acaba viviendo en un estado de constante oscuridad. No es culpa de ellos. Es la cultura de su lugar de trabajo. Cualquier demostración de compasión o debilidad se ve con malos ojos.

Lash no dijo nada. Alicto miró la pantalla del ordenador portátil y anotó algo en la carpeta. Luego consultó los papeles y volvió a levantar la cabeza.

- ¿Hubo alguna misión en su anterior trabajo que desencadenase la decisión de abandonarlo? ¿Algún caso especialmente desagradable, por ejemplo? ¿Algún error de juicio por su parte? ¿Algo que pudiera incidir en su vida privada?

A pesar del cansancio, la pregunta sentó a Lash como una punzada. «Conque lo sabe.» Miró fugazmente a Alicto, que lo observaba con gran atención.

- No.

- ¿Cómo?

- He dicho que no.

- Ya. -Alicto volvió a mirar la pantalla, hizo una anotación y se apoyó en el respaldo-. Con esto acaba la entrevista, doctor Lash -anunció, saliendo de detrás de la mesa para quitarle el gorro y las pinzas de los dedos-. Gracias por su paciencia.

Lash se levantó, pero tuvo que apoyarse en la silla para no caerse.

- ¿Duerme bastante? -preguntó Alicto-. Lo veo más cansado de lo normal.

- No, estoy bien.

Alicto lo miraba atentamente con una preocupación que, teniendo en cuenta que la entrevista había terminado, debía de ser sincera.

- Piense que el insomnio es muy común en algunos casos de…

- Le digo que estoy bien, gracias.

Alicto asintió lentamente con la cabeza. Luego se giró y señaló la puerta.

- ¿Y ahora? -preguntó Lash.

- Ya puede vestirse. Vogel lo acompañará a la salida.

No dio crédito a su suerte. Con esos precedentes, ya se había visto encima varias horas de entrevista psicológica. La mayoría de los tests de detección de mentiras eran sesiones interminables en que se reformulaban una y otra vez las mismas preguntas con pequeñas modificaciones, mientras que el de Alicto solo había durado media hora.

- ¿Qué quiere decir?, ¿que se ha acabado?

- Sí, se ha acabado.

El tono del psicólogo hizo dudar a Lash.

- Lo siento mucho -dijo Alicto-, pero en vista de los resultados tendré que recomendar que su candidatura no sea aceptada.

Lash lo miró fijamente.

- No tendría sentido retrasar la mala noticia. Espero que lo entienda. Siempre tenemos que adoptar una visión general, anteponer los intereses del conjunto de nuestros clientes a los sentimientos de un solo candidato. Es difícil. Cuando se vaya le daremos material de lectura. A muchos candidatos descartados les sirve para superar posibles sentimientos de rechazo, por otra parte muy naturales. Supongo que Vogel ya le habrá explicado que el primer pago no se devuelve en ningún caso, pero, tranquilo, no habrá ninguno más. Cuídese, doctor Lash, y tenga en cuenta lo que le he dicho sobre las señales de alarma.

Y, por primera y última vez, Alicto le tendió la mano.

14.

Son las tres de la mañana, pero el dormitorio está bañado por una luz muy cruda. Las ventanas que dan a la terraza del anexo de la piscina son dos rectángulos completamente negros. La luz es tan fuerte que reduce la habitación a una severa geometría de ángulos rectos: la cama, la mesilla de noche, el tocador… Es una luz que absorbe todos los colores. Todo est á tan blanco que parece de hueso: la chapa de madera del tocador, el estampado del edredón, los espejos rotos… Lo único que resiste es el rojo de las paredes.

La víctima no está muy ensangrentada; menos de lo normal, dadas las circunstancias. Yace desnuda en la alfombra como una muñeca de porcelana, bajo un círculo de lámparas de vapor de sodio. Los dedos de las manos y los pies, seccionados con esmero por la primera falange, forman una especie de aureola alrededor de la cabeza del cadáver.

Se oye un murmullo de fondo, el típico susurro de un grupo de especialistas analizando el escenario de un crimen.

- La sonda anal da 28,8 grados. Lleva muerta unas seis horas. La falta de rigor mortis concuerda con la estimación.

- ¿Habéis encontrado alguna huella dactilar?

- De momento es lo único que tenemos.

- El sistema de seguridad está centralizado, pero han cortado el cable del só ano. Como con la niña de los Watkins.

- ¿Ya se sabe algo de cómo entraron?

- Lo está investigando la brigada.

El comisario Harold Masterton, un hombre alto y corpulento, se separa de un grupo de policías de Poughkeepsie y cruza la habitación con las manos en los bolsillos, esquivando los focos.

- No te veo muy buena cara, Lash.

- Estoy perfectamente.

- ¿Qué? ¿Ya has descubierto algo?

- Aún estoy atando cabos. Hay elementos contradictorios, que no cuadran con el contexto.

- A la mierda con el contexto. Con la de gente que tenéis haciendo numeritos en Quantico, podríais montar un equipo de béisbol.

- Ya tenéis el perfil parcial.

- El perfil parcial no le ha impedido matar por segunda vez.

- Yo los identifico, no los cojo. Eso es trabajo vuestro.

- ¡Pues dame bastante para cogerlo, hombre! ¡Que a estas alturas ya ha escrito dos veces su autobiografía! Y ha desangrado a dos mujeres para no quedarse corto de tinta. Lo tenemos delante de las narices. ¡Coño, que te lo está sirviendo en bandeja de plata! ¿Cuá ndo piensas entregármelo? ¿O hará falta que lo escriba por tercera vez?

Masterton señala la pared, cubierta con letras mayúsculas perfectamente dibujadas, letras rojas recién secas que forman una letanía desesperada: QUIERO QUE ME COJAN. NO ME DEJÉIS SEGUIR MATÁNDOLAS. NO ME GUSTA. LOS SANTOS ME DICEN QUE LO HAGA. PERO YO NO QUIERO CREER…

Lash se levantó de la cama, abrió la puerta y fue al salón. El ventanal tenía las cortinas descorridas. Al otro lado, la luz de la luna pintaba las olas de un azul blanquecino y fosforescente. La media luz que bañaba los muebles era digna de un cuadro de Magritte. Se sentó en el sofá de piel y apoyó los codos en las rodillas para contemplar el mar en silencio.

Horas antes, cuando Vogel lo había guiado por una serie de monótonos pasillos hasta una puerta lateral por la que se salía a la Quinta Avenida, solo sentía rabia. Caminando hacia el garaje a través de la bruma, con restos de gel conductor secándose en su cuero cabelludo, había tirado a la basura los papeles que Vogel había puesto en su mano como pidiendo perdón; pero a lo largo de la tarde -amenizada por una cena ligera, la escucha de los mensajes del contestador y una llamada a Kline, el psicólogo que lo sustituía en la consulta- la rabia había dejado su lugar al vacío, y este, a su vez -cuando ya era de noche, y ya no había excusas para no irse a dormir-, a algo muy diferente.

Contemplando el mar desde el sofá, oyó repetirse las palabras del doctor Alicto: «Vio cosas horribles, pero le resbalaron. No tuvieron incidencia ni en su trabajo ni en usted como persona».

Cerró los ojos, pero la incredulidad persistía. Por la mañana, al entrar en Edén, había previsto muchas cosas, pero no un rechazo. Era verdad que se lo había tomado como un simple ejercicio, y que ni el monocromático Vogel ni el irritante -y algo inquietante- doctor Alicto conocían la auténtica razón de su visita, pero eso no paliaba su fracaso. El final del proceso, en resumidas cuentas, no lo había dejado con un mayor conocimiento de los Wilner o los Thorpe, sino con la voz grave y meliflua del doctor Alicto murmurando en su cabeza.

«A veces, cuando la gente ve cosas horribles, no las asimila como es debido, sino que las entierra; intenta soslayarlas, y a la larga acaba viviendo en un estado de constante oscuridad.»

Durante los años que llevaba analizando o tratando a otras personas, Lash había puesto todo su empeño en no enfocar la luz de su investigación sobre sí mismo, en no preguntarse qué lo impulsaba o qué lo retenía, y en pasar por alto el carácter -bueno o malo- de sus motivaciones; pero ahora, en la oscuridad del salón, era en lo único que pensaba.

«¿Hubo alguna misión en su anterior trabajo que desencadenase su decisión de abandonarlo? ¿Algún error de juicio por su parte? ¿Algo que pudiera incidir en su vida privada?»

Se levantó y fue al cuarto de baño. Encendió la luz, abrió el armario de debajo del lavabo y se puso de rodillas. Al fondo, detrás de los botes de champú de repuesto y los paquetes de cuchillas de afeitar, había una caja de zapatos infantiles. La sacó y levantó la tapa. Estaba medio llena de tabletas blancas: el Seconal que le había conseguido hacía unos años un compañero compasivo del FBI, aprovechando el asalto al domicilio de un blanqueador de dinero. Con el cambio de casa, su intención había sido tirarlo al váter, pero entre unas cosas y otras nunca lo había hecho, y ahora los somníferos estaban casi olvidados en las profundidades del armario. Ya tenían tres años, pero Lash estaba bastante seguro de que no habían caducado. Cogió un puñado y lo miró durante unos segundos, pero pronto volvió a dejarlas en su caja. Habría sido regresar a la mala época, a los meses previos -y posteriores- a su marcha del FBI, que no deseaba revivir por nada del mundo.

Se puso de pie y, al lavarse las manos, se miró en el espejo.

Desde que vivía en la nueva casa y trabajaba por su cuenta, había recuperado el sueño. No existía ningún impedimento para renunciar al caso cuanto antes y reanudar sus consultas habituales. Sería una manera de volver a dormir bien… Pero algo le decía que no podía ser. La cara que veía en el espejo no era la suya, sino el rostro fantasmal de Lewis Thorpe, que lo miraba a través de la bruma de la cinta de vídeo, repitiendo sin descanso la misma pregunta: «¿Por qué?».

Se secó las manos, volvió al dormitorio y esperó; no el sueño, que no llegaría, sino la mañana.

15.

A la mañana siguiente, cuando Lash bajó del ascensor en el piso treinta y dos, Mauchly ya lo esperaba.

- Por aquí, por favor -dijo-. ¿Qué? ¿Qué ha averiguado de los Wilner?

«Este no es de los que hablan por hablar», pensó Lash.

- Este fin de semana he hablado con su médico, con el hermano de Karen Wilner, con la madre de John Wilner y con un amigo de la universidad que el mes pasado estuvo toda una semana con ellos, pero es la misma historia que con los Thorpe: casi eran demasiado felices, si es que se puede serlo demasiado. Según el amigo, la única vez que los vio discutir fue por una tontería, la película que irían a ver por la noche, y un minuto después ya se reían.

- ¿Ningún indicio de suicidio?

- No.

- Mmm. -Mauchly le hizo cruzar una puerta abierta. Dentro había un empleado con bata blanca detrás de un mostrador. Mauchly cogió un documento grapado y se lo dio a Lash-. Firme, por favor.

Lash echó un vistazo al documento, compuesto por muchas hojas.

- ¡No me diga que es otro compromiso de confidencialidad! Ya he firmado varios.

- Sí, pero entonces solo tenía acceso a información general. Ahora es diferente. La función de este documento es detallar más a fondo los daños y perjuicios, la responsabilidad civil y penal y todas esas cosas.

Lash dejó los papeles en el mostrador.

- No es que sea muy tranquilizador.

- Compréndalo, señor Lash. Es la primera persona a quien se le permite acceder a los detalles más comprometidos del proceso sin trabajar en la empresa.

Lash suspiró, cogió la pluma que le ofrecía Mauchly y firmó en dos sitios indicados en amarillo.

- Prefiero que no me explique el proceso de selección de empleados.

- Es mucho más riguroso que en el FBI, pero también pagamos sueldos más altos de lo normal, y damos más ventajas que nadie.

Lash entregó el documento a Mauchly, que se lo dio al hombre del mostrador.

- ¿En qué muñeca lleva el reloj, doctor Lash?

- ¿Qué? Ah, en la izquierda.

- Entonces, ¿sería tan amable de extender el brazo derecho?

Lash lo hizo, y quedó sorprendido al ver que el empleado le ponía una cinta plateada en la muñeca y la ajustaba con algo que parecía una llave inglesa en miniatura.

- Pero ¿qué hace?

Apartó el brazo.

- Una simple medida de seguridad. -Mauchly levantó la muñeca derecha, enseñando una pulsera idéntica-. Lleva un código exclusivo. Mientras lo lleve puesto, los escáneres podrán seguir sus movimientos por cualquier punto del edificio.

Lash la hizo girar en la muñeca. Estaba ajustada, pero no tanto como para incomodar.

- No se preocupe, que cuando haya terminado se la cortarán.

- ¿Cortármela?

Mauchly, que casi nunca sonreía, lo hizo débilmente.

- ¿Qué sentido tendría que fuera fácil quitarla? Hemos procurado que fuera lo menos molesta posible.

Lash volvió a fijarse en la pulsera, estrecha y lisa, y, aunque no le gustaban las joyas -de casado se había negado a llevar la alianza-, tuvo que reconocer que aquel brazalete plateado, tan discreto, tenía su gracia. Sobre todo tratándose de una esposa.

- ¿Me acompaña? -dijo Mauchly, llevándolo al vestíbulo y luego a los ascensores.

- ¿Adonde vamos? -preguntó Lash cuando el ascensor empezó a bajar.

- A donde pidió usted. A seguir a los Thorpe y los Wilner. Vamos a cruzar la Pared.

16.

Al principio Lash se limitó a mirar a Mauchly, mientras volvían a su memoria las palabras del presidente de la empresa: «Se le ha concedido un acceso sin precedentes al funcionamiento interno de Edén. Ha pedido, y obtenido, la oportunidad de hacer algo que nadie hasta la fecha, con sus conocimientos, había podido hacer».

- Cruzar la Pared -dijo-. La misma expresión que oí durante la asamblea.

- Es literal. De hecho este rascacielos está compuesto por tres edificios separados. No solo por seguridad, sino por prevención. En caso de emergencia, las tres estructuras pueden quedar totalmente aisladas entre sí por planchas de seguridad.

Lash asintió.

- La fachada del edificio Edén es lo que ven nuestros clientes: las salas de pruebas, las de revisión, las de reunión, etcétera. La parte trasera es donde se hace el trabajo de verdad. Físicamente es mayor; tiene seis controles de acceso. Nosotros estamos yendo hacia el cuarto.

- Ha dicho que había tres edificios.

- Sí. La parte más alta de la torre interior es el ático, la vivienda del doctor Silver.

El interés con que Lash observaba a Mauchly se reavivó. El esquivo fundador de Edén, el brillante informático que estaba detrás de toda su tecnología, era una figura con tan poca proyección pública que el simple hecho de enterarse de que vivía ahí -y de que había muchas posibilidades de que anduviera cerca- parecía una revelación. Se preguntó qué tipo de persona sería. ¿Un excéntrico, una especie de Howard Hughes, consumido por las adicciones? ¿Un déspota como Nerón? ¿Un hipermultimillonario frío y calculador? Era como si su curiosidad se potenciara por la falta de información.

Las puertas del ascensor se separaron, mostrando un pasillo ancho. Al fondo, Lash vio una especie de pared de cristal con un «IV» en números romanos brillando encima. Había gente haciendo cola, casi todos con batas blancas.

- La mayoría de los controles están en los niveles inferiores del edificio -explicó Mauchly, incorporándose a la fila-. Es una manera de facilitar el tránsito al inicio y al final de la jornada de trabajo.

El lento avance de la cola permitió que Lash viera mejor el otro lado del cristal: un corto pasillo hexagonal con otro cristal al fondo. De repente vio que el primero se abría deslizándose, y se cerraba al paso de la primera persona de la cola.

- No lleva ningún aparato, ¿verdad? -preguntó Mauchly-. ¿Grabadoras, agendas electrónicas o algo por el estilo?

- Lo he dejado todo en casa, como me había pedido.

- Perfecto. Sígame. Cuando el vigilante haya controlado su pulsera, cruce lentamente el punto de control.

Ya estaban al principio de la fila. A cada lado del cristal había un vigilante con mono beis. Todo parecía desproporcionado: los vigilantes, los puntos de control, las pulseras, el fanático dispositivo de seguridad… Sin embargo, Lash se recordó los ingresos de la compañía durante el último ejercicio, y las palabras de Mauchly: «La única manera de proteger nuestro servicio es el secreto. Imagínese lo que haría la competencia con tal de conseguir nuestros tests psicológicos, nuestros algoritmos de evaluación o cualquier otro dato».

Vio que Mauchly levantaba la mano derecha hacia un escáner empotrado en la pared. Su piel quedó bañada por una luz azul. La pulsera brilló. Con un susurro, el cristal se deslizó y Mauchly pudo acceder al espacio luminoso de detrás. A continuación, se cerró el cristal. Y se abrió el siguiente. Una vez que Mauchly hubo cruzado la cámara, y que estuvieron cerradas todas las compuertas, los vigilantes hicieron señas a Lash de que pasara.

Levantó la pulsera hacia el escáner y sintió que la luz le calentaba la muñeca. El cristal se abrió, dejándole penetrar en la cámara. Dentro, la luz era tan fuerte, y se reflejaba tanto en las superficies blancas, que le costó darse cuenta de que había algo más que paredes desnudas. Mientras avanzaba, captó vagamente una serie de protuberancias, del mismo color blanco que el resto del hexágono, y difíciles de distinguir. También oyó un zumbido lejano, como el de un generador. No era un simple pasillo, sino un conducto que unía dos rascacielos separados.

El cristal del fondo se abrió y Lash se reencontró con Mauchly. En ese lado del punto de control solo había un vigilante, que saludó a Lash con la cabeza. El le devolvió el saludo y miró a su alrededor con gran curiosidad. El otro lado de la pared no parecía distinguirse especialmente de lo que ya había visto de la empresa. Había varios letreros: «Telefonía A-E», «Vigilancia on line», «Síntesis avanzada de datos»… En los pasillos había gente hablando en voz baja.

- ¿Qué es todo eso? -preguntó Lash, señalando con la cabeza la cámara que acababa de cruzar.

- Un pasadizo-escáner. Una simple medida para asegurarnos de que no traiga ni se lleve nada. Los instrumentos, el software y la información tienen que quedarse dentro del edificio. Bueno, todo en general.

- ¿Todo?

- Todo menos algunas secuencias de datos muy controladas.

- Pero el procesamiento de verdad se hace aquí dentro, ¿no? El volumen de cálculos debe de ser verdaderamente ingente.

- Ni se lo imagina. -Mauchly señaló un panel de gran tamaño empotrado en la pared-. Todas las zonas de este lado de la Pared están conectadas por canales de datos como este. Vienen a ser tubos de cables que conectan cada sistema interno con el resto.

Mauchly se apartó y señaló una figura a la que Lash no había prestado atención.

- Le presento a Tara Stapleton, responsable técnica de seguridad. Será la persona que le informará mientras usted esté aquí dentro.

La aludida dio un paso hacia delante.

- Encantada -dijo serenamente y con voz grave, tendiendo la mano.

Lash se la estrechó. Era una mujer morena y alta, de mirada seria y de menos de treinta años, al menos según sus cálculos.

- Por aquí-dijo Mauchly, internándose por uno de los anchos pasillos-. Tara acaba de ser informada sobre la razón de su presencia. Es la única que lo sabe. La excusa oficial de que usted esté aquí es que evalúa la eficiencia del sistema para el plan quinquenal del consejo. Creo que le sorprenderá la dedicación y la motivación de nuestro equipo.

Lash miró a Tara Stapleton.

- ¿Es verdad?

Tara asintió.

- Tenemos los mejores empleados, y una tecnología patentada superior a cualquier otra. ¿En qué otro trabajo se puede influir decisivamente en las vidas ajenas?

Eran palabras entusiastas, pero parecía que las pronunciara de carrerilla, sin matices, como si pensara en otra cosa.

- ¿Se acuerda de las reuniones de clase que oyó? -preguntó Mauchly-. Pues todos los empleados tienen que presenciarlas dos veces al año. Así tenemos más presente el objetivo de nuestro trabajo.

Llegaron finalmente a una doble puerta donde ponía: obtención de datos-internet-galería. Mauchly acercó su pulsera al escáner y, cuando se abrieron las puertas, hizo pasar a los demás.

Lash vio que se encontraban en una galería sobre una sala cuyo bullicio no tenía nada que envidiar al de la bolsa de Nueva York. La diferencia era que la bolsa siempre le había parecido al borde del caos, mientras que el enorme espacio que se abría a sus pies se caracterizaba por la precisión y la serenidad de una colmena. Algunos de sus ocupantes estaban sentados, mirando pantallas de ordenador; otros estaban reunidos alrededor de centros de datos, señalando monitores, o hablando por teléfono. Las pantallas gigantes de las paredes proyectaban titulares de Reuters, CNN y otras agencias de noticias, o de servicios meteorológicos nacionales e internacionales.

- Es uno de nuestros centros de obtención de datos -explicó Mauchly-. El edificio contiene varias subsecciones de investigación y control parecidas.

- Ya se ve que es una empresa muy grande -murmuró Lash al contemplar el despliegue de actividad.

- A nuestros clientes les decimos que el día de las pruebas es la fase más importante del proceso de emparejamiento, pero la verdad es que solo constituye una pequeña parte. Después de la evaluación, supervisamos todos los aspectos de los patrones de comportamiento de los candidatos. Puede tardar entre unos días y un mes, dependiendo de la amplitud de los datos que recibamos. El seguimiento lo abarca todo: estilo de vida, gustos en ropa y ocio, hábitos de compra… Este centro, por ejemplo, hace un seguimiento del uso de Internet de los clientes. Controlamos las páginas que visitan, la manera de moverse por ellas con el ratón, y combinamos los datos del registro de navegación con el resto de la información recopilada.

- ¿Cómo pueden hacerlo? -preguntó Lash, incrédulo.

- Tenemos acuerdos con los principales bancos, proveedores de telefonía e Internet, cadenas de televisión por cable y por satélite, etcétera. Ellos nos dejan controlar su ancho de banda, y nosotros, a cambio, les suministramos una serie de parámetros (generalizados, claro) que les sirven para detectar tendencias. También tenemos nuestros propios especialistas en vigilancia como comprenderá. La omnipresencia de los

ordenadores en la vida cotidiana forma parte de los requisitos que hacen que sea posible este negocio, doctor Lash.

- Casi se me quitan las ganas de tocar mi ordenador.

- Nuestros clientes no tienen la menor idea de que estemos controlando su navegación por la red, los cargos a sus tarjetas de crédito y sus facturas telefónicas. Así tenemos una imagen mucho más completa que la que se podría conseguir de cualquier otra manera. Es uno de los aspectos que nos diferencian de los otros servicios de relaciones personales que han aparecido después de nosotros, y que son mucho más primitivos. No es necesario que le diga que ninguno de los datos que obtenemos sale de estas paredes. Es otra de las razones de que le hayamos parecido tan herméticos, doctor Lash: nuestra prioridad es garantizar la intimidad de nuestros clientes.

Manchly señaló la actividad del piso de abajo.

- Al final de las evaluaciones personales de los Thorpe, sus expedientes fueron distribuidos por centros como este para el control de datos. Con los Wilner, tres cuartos de lo mismo. Con usted, si hubiera sido seleccionado como candidato, igual. -Hizo una pausa-. A propósito, lamento el incidente. Leí los informes finales de Vogel y de Alicto.

- El doctor Alicto parecía que me tuviera rabia personalmente.

- Es la impresión que daba, sí. El examinador principal goza de cierta libertad en la realización de la entrevista. Alicto es uno de nuestros mejores examinadores, pero también de los menos ortodoxos. En todo caso, no fue una evaluación real, en el sentido de que usted no era un candidato. Espero que lo consuele un poco.

- Sigamos.

A Lash le incomodaba que su desempeño -no precisamente estelar- fuera analizado delante de Tara Stapleton.

Mauchly lo invitó a salir de la galería y seguir caminando por el largo pasillo pintado de colores claros, hasta una puerta metálica maciza con un símbolo de peligro biológico y el letrero: radiología Y genética ni. Abrió la puerta con la pulsera de seguridad y entraron en una sala llena de armarios pintados de gris y carritos con equipos de protección para operaciones biomédicas y manipulación de sustancias peligrosas. La pared del fondo era de plexiglás claro, con una puerta cerrada en la que se leían varias advertencias: «Entra usted en un espacio esterilizado», y «Es obligatorio el uso de prendas e instrumentos estériles. Gracias por su colaboración».

Lash se acercó al cristal y miró al otro lado con curiosidad. Vio varias personas con guantes y uniformes trabajando con diversos aparatos de aspecto muy complejo.

- Lo de ahí parece un secuenciador de ADN -dijo, señalando una consola especialmente grande, situada en un rincón.

Mauchly se acercó por detrás.

- Lo es.

- ¿Qué hace aquí?

- Interviene en el análisis genético.

- No veo qué tiene que ver la genética con un servicio como el de Edén.

- Pues la verdad es que mucho. Es uno de los ámbitos de investigación más importantes de la empresa.

Lash permaneció a la expectativa, dejando alargarse el silencio. Al final, Mauchly suspiró.

- Ya sabe que nuestro proceso de solicitud no se limita a las evaluaciones psicológicas. Durante el chequeo médico, cualquier candidato que presente problemas físicos relevantes, o en quien se aprecie un alto riesgo de tenerlos, es descalificado.

- Parece un poco duro.

- En absoluto. ¿A usted le gustaría conocer a su pareja perfecta y que al cabo de un año se muriera? Bueno, la cuestión es que, aquí y en otros laboratorios de este lado de la Pared, después del chequeo se sigue analizando la sangre del candidato para detectar toda una gama de trastornos genéticos. Cualquier persona con predisposición genética al Alzheimer, la fibrosis quística, la corea de Huntington y otras enfermedades similares también queda descalificada.

- ¡Madre mía! Y ¿les dicen por qué?

- No, directamente no. Podría llamar la atención sobre nuestros secretos profesionales. Además, el rechazo de la solicitud ya puede ser muy traumático. ¿Qué sentido tendría agravarlo con la angustia por algo que puede tardar muchos años en aparecer, si es que aparece, y que siempre es incurable?

«Eso digo yo», pensó Lash.

- Pero esto solo es el principio. El papel más importante de la genética está relacionado con el propio proceso de emparejamiento.

Lash miró a Mauchly, a los trabajadores de detrás de la pared de plexiglás y nuevamente a Mauchly, que dijo:

- Supongo que de psicología evolutiva sabe más usted que yo, concretamente sobre el concepto de propagación genética.

- Sí, el deseo de transmitir nuestros genes a las generaciones futuras en las mejores condiciones posibles. Es un impulso fundamental.

- Exacto, y «las mejores condiciones posibles» suelen implicar un alto grado de variabilidad genética, lo que un técnico podría llamar un incremento de «heterocigosidad». Así se contribuye a que la progenie sea fuerte y sana. Si uno de los miembros de la pareja tiene la sangre de tipo A, con propensión relativamente alta al

cólera, y el otro la tiene de tipo B, con mayor propensión al tifus, lo más probable es que su hijo, con sangre de tipo AB, sea bastante resistente a ambas enfermedades.

- Pero ¿qué tiene que ver con el trabajo de Edén?

- Seguimos muy de cerca las últimas investigaciones en biología molecular, y actualmente estamos controlando varias docenas de genes que influyen en la elección de la pareja ideal.

Lash hizo un gesto de asombro.

- No soy ningún experto, doctor Lash, pero puedo darle un ejemplo: el HLA.

- No lo conozco.

- El antígeno leucocitario humano. En los animales se conoce como MHC. Es un gen de gran tamaño situado en el brazo largo del cromosoma 6, que afecta a las preferencias en olor corporal. Los estudios han demostrado que la gente se siente más atraída por aquellos individuos cuyos haplotipos de HLA son menos parecidos a los suyos.

- Veo que debería leer Nature más a menudo. ¿Cómo lo habrán demostrado?

- Pues, mire, en una prueba hicieron que un grupo de control oliera camisetas que habían sido llevadas por personas del otro sexo, y que las ordenaran en función de su atractivo. Los olores preferidos siempre correspondían a personas cuyos genotipos eran los más diferentes a los de la persona que olía las camisetas.

- Me toma el pelo.

- En absoluto. Los animales muestran la misma preferencia por emparejarse con ejemplares cuyos genes MHC sean opuestos a los suyos. Los ratones, por ejemplo, eligen husmeando la orina de las posibles parejas.

La respuesta de Lash fue un breve silencio.

- Personalmente, prefiero la camiseta -opinó Tara.

Fue lo primero que dijo en varios minutos. Lash se giró para mirarla, pero ella no sonreía, y no estuvo seguro de que hubiera sido una broma.

Mauchly se encogió de hombros.

- Bueno, el caso es que las preferencias genéticas de los Wilner y los Thorpe tuvieron que ser cotejadas con el resto de la información que habíamos acumulado sobre ellos: la de la vigilancia, los resultados de los tests, etcétera.

Lash observó a los trabajadores del otro lado del cristal.

- Es increíble. Llegado el momento, querré ver los resultados de los tests en cuestión, pero mi principal pregunta es cómo se formaron exactamente las dos parejas.

- Es nuestra siguiente parada.

Mauchly los condujo hacia el vestíbulo.

Otro recorrido por un laberinto de pasillos, otro viaje corto en ascensor y Lash se encontró delante de una doble puerta con el rótulo: sala de pruebas.

- ¿Qué es?-preguntó.

- El Tanque -contestó Mauchly-. Usted primero, por favor.

Lash entró en una sala de grandes dimensiones, pero donde reinaba una extraña intimidad, debida al techo bajo y la luz indirecta. Las paredes de la izquierda y la derecha estaban recubiertas de instrumentos y pantallas, pero lo que le llamó la atención fue la del fondo, totalmente dominada por una especie de acuario. Se quedó parado.

- Adelante, mire -dijo Mauchly.

Al acercarse, Lash vio que era un cubo muy grande y translúcido empotrado en la pared. Delante había un grupito de técnicos, algunos de los cuales tomaban notas en sus ordenadores de mano, mientras que los otros se dedicaban a la simple observación. Dentro del cubo se agitaba sin cesar una infinidad de luces de colores cambiantes, que brillaban fugazmente al chocar entre sí y volvían a apagarse. La tenue iluminación de la sala, y lo pálido y translúcido de las apariciones, hacían que el cubo pareciera ilusoriamente profundo.

- Ahora entenderá que lo llamemos el Tanque -dijo Mauchly.

Lash asintió distraídamente. En cierto modo sí que era un acuario, pero electromecánico. De todos modos, «Tanque» parecía un nombre demasiado prosaico para algo de una belleza tan sobrenatural.

- ¿Qué es? -preguntó en voz baja.

- Una representación gráfica y en tiempo real del proceso de emparejamiento. Nos proporciona indicios visuales que serían mucho más difíciles de analizar leyendo montañas de listas impresas, por decir algo. Cada objeto de los que ve moverse dentro del Tanque es un avatar.

- ¿Avatar?

- Los modelos de personalidad de los candidatos, derivados de sus evaluaciones y de los datos que vamos recogiendo. Pero eso se lo podrá explicar mucho mejor Tara.

Tara, que hasta entonces se había mantenido a cierta distancia, se acercó.

- Hemos cogido el concepto de obtención y análisis de datos y le hemos dado la vuelta. Al final de la etapa de control, nuestros ordenadores toman los datos brutos del solicitante, medio terabyte de información, y crean el modelo que llamamos avatar. Después, ese modelo se coloca en un entorno artificial y se deja que interactúe con los demás avatares.

Lash seguía hipnotizado por el Tanque.

- Interactuar -repitió.

- Lo más fácil es verlos como conjuntos de datos extremadamente densos a los que se ha conferido vida artificial, y que evolucionan libremente en un espacio virtual.

Tenía algo de perturbador, pensar que cada uno de esos espectros, telarañas que se agitaban en el vacío, representaba una personalidad completa y única, con sus necesidades y esperanzas, sus deseos y sueños, sus estados de ánimo y sus proclividades manifestados en forma de datos que se movían por una matriz de silicona. Lash miró a Tara. La luz refleja hacía brillar sus azules ojos, y en su cara se movían sombras extrañas. También ella parecía fascinada por el espectáculo.

- Es bonito -dijo Lash-, pero raro.

La mirada de Tara cambió de golpe.

- ¿Raro? ¡Brillante! Los avatares contienen demasiados datos para compararlos mediante algoritmos informáticos convencionales. Nuestra solución fue insuflarles vida artificial y dejar que las comparaciones las hicieran ellos mismos. Primero se insertan en el espacio virtual, y luego se excitan, como con los átomos. Así conseguimos que se muevan e interactúen. A las interacciones las llamamos «contactos». Si los dos avatares ya se han intersecado en el Tanque, es un contacto caduco; en cambio, si se trata del primer encuentro, es un «contacto nuevo». Cada contacto nuevo libera una enorme cantidad de datos, que básicamente detalla los puntos en común entre los dos.

- O sea, que lo que vemos ahora mismo son todos los candidatos actuales de Edén.

- Exactamente.

- ¿Cuántos hay?

- Depende, pero pueden llegar a diez mil. Constantemente se producen nuevas incorporaciones. Aquí dentro podría estar cualquiera: presidentes, estrellas de rock, poetas… Los únicos que… -Vaciló-. Los únicos que lo tienen prohibido son los empleados de Edén.

- ¿Porqué?

Tara se fue por la tangente.

- Un avatar tarda aproximadamente dieciocho horas en entrar en contacto con todos los demás. Es lo que llamamos un ciclo. Miles y miles de avatares intersecándose entre sí y provocando un gran flujo de información… Imagínese la potencia informática que hace falta para analizar los datos.

Lash hizo un gesto de asentimiento. En ese momento oyó un pitido a sus espaldas, y al girarse vio a Mauchly con un teléfono móvil pegado a la oreja.

- Bueno -siguió explicando Tara-, pues cuando se ha establecido un emparejamiento los dos avatares son extraídos del Tanque. Durante el primer ciclo, la pareja se forma nueve veces de diez. Cuando un avatar no encuentra pareja, se queda en el Tanque durante varios ciclos, y si no ha encontrado su pareja en cinco ciclos, lo sacamos del Tanque y anulamos la solicitud del candidato. Pero esto solo ha pasado media docena de veces.

«Media docena de veces», se dijo Lash. Miró a Mauchly de reojo, pero seguía hablando por teléfono.

- Una pregunta: en circunstancias normales se podría coger un avatar, volver a meterlo en el Tanque un año después y encontrarle otra pareja diferente, ¿no?

- Es un tema delicado. A nuestros clientes les decimos que hemos encontrado a la pareja perfecta, y es verdad, pero eso no significa que mañana, o el mes que viene, no fuera posible encontrar otra igual de compatible. La única excepción son las superparejas, claro, porque en su caso sí que son perfectas. De todos modos, a nuestros clientes nunca les hablamos del grado de compatibilidad, porque podría incitarlos a seguir buscando. Cuando encontramos una pareja, es el punto final. Los avatares son extraídos del Tanque.

- ¿Y luego?

- Se notifica a los dos candidatos y se organiza un encuentro.

La expresión de Tara volvía a ser distante.

Lash se giró hacia el Tanque y contempló los miles de avatares que evolucionaban en su interior, ingrávidos y extraños.

- Ha mencionado la potencia informática necesaria -murmuró-. Supongo que es una manera suave de decirlo, porque yo no sabía que hubiera ordenadores con tanta capacidad.

- ¡Qué coincidencia que lo diga justo ahora! -Era la voz de Mauchly, que estaba guardándose el teléfono móvil en el bolsillo de la americana-. En este edificio hay una persona que sabe del tema más que nadie, y acaba de pedir que se lo presente.

17.

En cinco minutos llegaron a un vestíbulo de dos plantas de altura en el piso treinta, lleno de ascensores. Por un extremo daba a un bar para empleados. Lash vio grupos de trabajadores hablando y comiendo alrededor de varias decenas de mesas.

- En el edificio hay diez cafeterías -explicó Mauchly-. Preferimos que la gente no salga a la calle a comer o cenar. Ofrecer comida buena y gratis ayuda bastante.

- ¿Comer o cenar?

- Bueno, o desayunar. Hay turnos las veinticuatro horas del día, sobre todo en los sectores de obtención de datos.

Mauchly se dirigió a un ascensor que estaba un poco alejado del resto, y lo vigilaba un guardia con mono beis que se apartó al verlos.

Mauchly se giró hacia Tara.

- Adelante, que el último código lo tiene usted.

Señaló un teclado al lado de los ascensores.

- ¿Adonde vamos? -preguntó Tara.

- Al ático.

Tara reaccionó con una respiración brusca, pero rápidamente controlada. Tecleó un código, y al cabo de poco se abrieron las puertas.

Cuando Lash subió al ascensor, notó algo diferente. No eran las paredes, que tenían la misma textura de madera brillante que el resto del edificio, ni la moqueta o la iluminación. Tampoco las barandas de seguridad. Se dio cuenta de golpe: no había ninguna cámara de seguridad. Por otro lado, el tablero solo tenía tres botones, sin ninguna indicación. Mauchly apretó el primero y pasó la pulsera por el escáner.

Después de un trayecto que se hizo eterno, el ascensor los dejó en una habitación muy iluminada; pero no era la luz artificial que Lash había visto en otros sitios de Edén, sino la del sol, que entraba por tres de las cuatro paredes. Pisó una suntuosa alfombra azul, maravillado por las impresionantes vistas de Manhattan, al frente, y Long Island y Nueva Jersey a izquierda y derecha. En vez de fluorescentes, como en los pisos de abajo, el techo tenía unas lámparas de cristal preciosas, pero innecesarias por la explosión de luz diurna.

Recordó haber visto desde la calle la trama que diferenciaba los últimos pisos de la torre. También se acordó de las palabras de Mauchly: «Este rascacielos está compuesto por tres edificios separados. La parte más alta de la torre interior es el ático». La vivienda que coronaba el rascacielos de la empresa solo podía ser una cosa: la guarida de su fundador, el huidizo Richard Silver.

Aparte del ascensor, en la cuarta pared había una lujosa estantería de caoba, pero sin los libros encuadernados en piel que habrían sido previsibles, sino con ediciones baratas de ciencia ficción, amarillentas y con los lomos agrietados, revistas técnicas con claros indicios de haber sido leídas, y manuales exageradamente grandes de sistemas operativos y lenguajes informáticos.

Tara Stapleton ya estaba en el fondo, mirando algo al pie de la ventana. Cuando Lash se acostumbró a la luz, se dio cuenta de que delante de los enormes cristales había objetos de todas las medidas. Siguió a Tara por curiosidad y se detuvo frente a un aparato del tamaño de una cabina telefónica, o poco menos. Su base de madera servía de peana para una complicada arquitectura de rotores montada horizontalmente en barras de metal. Detrás de los rotores había una trama igual de complicada compuesta por ruedas, ejes y palancas.

Se desplazó al siguiente ventanal, donde había una tarima de madera con algo que parecía la maquinaria de una caja de música gigante. El siguiente aparato era un auténtico monstruo, cruce de prensa antigua y reloj de pared, con una manivela metálica de grandes dimensiones en un lado. La parte delantera estaba cubierta por discos lisos y pulidos de metal, grandes y pequeños. Entre las patas había grandes rollos de papel, sobre una bandeja de madera.

Mientras tanto, Mauchly había desaparecido, pero se estaba acercando otra persona: un hombre alto y de aspecto juvenil, con la frente cuadrada y una gran mata pelirroja en la cabeza. Sonreía. Sus ojos, de un azul deslavazado, miraban a través de unas gafas de montura plateada, con un brillo simpático. Llevaba unos vaqueros gastados, y una camisa de llamativos colores por fuera de los pantalones. Lash lo veía por primera vez, pero reconoció enseguida a Richard Silver, el genio que estaba detrás de Edén y del ordenador que había hecho posible la existencia de la empresa.

- Supongo que es el doctor Lash -dijo el recién llegado, tendiéndole la mano-. Yo soy Richard Silver.

- Llámeme Christopher -contestó Lash.

Silver miró a Tara, que se había girado al oírlo llegar.

- ¿Es Tara Stapleton? Edwin me ha dado muy buenas referencias sobre usted.

- Es un honor conocerlo, doctor Silver -respondió ella.

Lash quedó sorprendido por la conversación. «Es la responsable técnica de seguridad y no lo conocía.»

Silver volvió a mirarlo a él.

- Su nombre me suena de algo, Christopher, pero ahora mismo no…

Lash no contestó. Al cabo de un rato, Silver se encogió de hombros.

- Bueno, da igual, ya me acordaré. De momento tengo curiosidad por conocer su orientación teórica. Teniendo en cuenta su anterior trabajo, yo diría que es el behaviorismo cognitivo.

Era lo último que se esperaba Lash.

- Más o menos. Soy ecléctico. También me gusta aprovechar elementos de otras escuelas.

- Ya. ¿La behaviorista? ¿La humanista?

- La primera más que la segunda, doctor Silver.

- Richard, por favor. -Silver volvió a sonreír-. Tiene razón en lo de ir eligiendo. El behaviorismo cognitivo siempre me ha fascinado, porque se presta al procesamiento de

información. En contrapartida, los behavioristas estrictos consideran que cualquier comportamiento es aprendido, ¿verdad?

Lash asintió, sorprendido. Silver no cuadraba con su imagen de un recluso brillante.

- ¡Menuda colección tiene usted aquí! -exclamó Lash.

- Es mi pequeño museo. Estos aparatos son mi única debilidad. La que está mirando es una maravilla: el dispositivo para predecir mareas de Kelvin. Podía predecir tanto las mareas altas como las bajas en cualquier fecha. Fíjese en los rollos de papel de la base. Podría ser el primer ejemplo de impresora. Y ¿qué me dice de la máquina de al lado? Fue construida hace más de trescientos cincuenta años, pero sigue siendo capaz de hacer todas las operaciones de las calculadoras actuales: restas, multiplicaciones, divisiones… Su núcleo recibe el nombre de rueda de Leibniz, y fue el punto de partida de la industria de las máquinas de sumar.

Silver recorrió todo el ventanal, señalando diversos aparatos y explicando su importancia histórica. Luego pidió a Tara que lo acompañase, elogió su labor y le preguntó si estaba contenta con su cargo dentro de la compañía. Lash empezaba a encontrarlo simpático, aunque acabaran de conocerse. Parecía una persona amable, sin grandes ínfulas.

Silver se detuvo ante el enorme aparato que Lash había mirado anteriormente.

- Esto -dijo casi con veneración- es el motor analítico de Babbage, su obra más ambiciosa, que quedó inconclusa a su muerte. Es la precursora del Mark I, el Colossus, el ENIAC y todos los grandes ordenadores.

Acarició sus flancos de metal con algo parecido al cariño.

El conjunto de máquinas antiguas, colocadas al pie de un asombroso panorama del centro de Manhattan, desentonaba notablemente con la elegancia de la sala. De repente, Lash lo entendió todo.

- Son máquinas de pensar -dijo-. Tentativas de crear aparatos que ahorraran cálculos mentales a los seres humanos.

- Exacto. Hay algunas que me despiertan humildad. -Señaló el motor analítico-. Otras… -Volvió a mover la mano, esta vez hacia el fondo de la sala, donde había un Macintosh 128K mucho más moderno sobre una peana de mármol-. Esperanza. Y otras protegen mi honradez.

Señaló una caja de madera de grandes dimensiones, con un tablero de ajedrez en la parte frontal.

- ¿Qué es? -preguntó Tara.

- Un ordenador para jugar al ajedrez, hecho en Francia a finales del Renacimiento. Resulta que el presunto «ordenador» era un simple enano, maestro en ajedrez, que se metía en la máquina y dirigía sus movimientos. Pero bueno, sentémonos.

Los llevó a una mesa baja rodeada de sillones de cuero y cubierta de publicaciones: el Times, el Wall Street Journal, varios números de Computerworld y el Journal of Advanced Psycho-computing.

La sonrisa de Silver pareció flaquear en el momento de tomar asiento.

- Me alegro mucho de conocerlo, Christopher, pero lamento que las circunstancias no sean más agradables. -Agachó la cabeza y juntó las manos-. Todo esto ha sido un shock, para el consejo y para mí personalmente.

Al alzar la mirada, su expresión era de angustia. «Claro, debe de ser duro -pensó Lash-. La empresa que levantó, y su buen funcionamiento, en peligro de muerte.»

- Cuando pienso en las parejas, los Thorpe y los Wilner… se me derrumba todo. Lo que ha sucedido es incomprensible.

Inmediatamente Lash se dio cuenta de su error. Silver no pensaba en la empresa, sino en los cuatro muertos, y en la cruel ironía que había acabado bruscamente con sus vidas.

- Tiene que entenderlo, Christopher -continuó Silver, que volvía a mirar la mesa-. Lo que hacemos es más que un simple servicio; es una responsabilidad, como la que siente un cirujano cuando se acerca a un paciente en la mesa de operaciones. La diferencia es que en nuestro caso la responsabilidad se extiende a su vida entera. Esa gente ha puesto su felicidad futura en nuestras manos. Lo cierto es que cuando tuve la idea germinal de Edén no fui plenamente consciente de ello, pero la cuestión es que ahora tenemos el deber de averiguar qué ha pasado, tanto si… tanto si tenemos algo que ver con la tragedia como si no.

Lash volvió a llevarse una sorpresa. Era la primera vez que oía sincerarse tanto a un miembro de Edén, con la posible excepción del presidente, Lelyveld.

- Ya sé que solo han pasado dos días desde la muerte de los Wilner, pero ¿ha descubierto algo útil?

Silver miró a Lash con una expresión casi de súplica.

- Bueno, es lo que le he dicho a Mauchly: en los meses anteriores a sus muertes no hay ningún indicativo de suicidio.

Silver sostuvo brevemente su mirada. Por un momento, Lash tuvo la ridícula impresión de que el magnate estaba a punto de llorar.

- Espero consultar dentro de poco las evaluaciones psicológicas de las parejas -se apresuró a decir, para reconfortarlo-. Es posible que descubra algo más.

- Quiero que se le brinden todos los recursos de la empresa -contestó Silver-. Dígaselo a Edwin; y si Liza o yo podemos ayudarlo en algo, no deje de comunicármelo.

«¿Liza? -se preguntó Lash con cierta vaguedad-. ¿Se refiere a Tara? ¿Tara Stapleton?»

- ¿Tiene alguna teoría? -preguntó Silver en voz baja.

Lash titubeó. No quería darle otra mala noticia.

- De momento solo son eso, teorías; pero a menos que exista algún factor emocional o psicológico desconocido, los indicios apuntan cada vez más al homicidio.

- ¿Homicidio? -repitió Silver bruscamente-. Pero ¿cómo?

- Recuerde que de momento solo barajo teorías. Existe la pequeña posibilidad de que esté implicado algún trabajador o ex trabajador de la empresa, pero lo más probable es que el sospechoso sea una persona rechazada en el proceso de selección.

Silver hizo un gesto de extrañeza, como de niño regañado por algo que no ha hecho. Era una mirada de inocencia herida.

- Me cuesta creerlo -murmuró-. Con lo estrictos que son los protocolos de seguridad… Pregúnteselo a la señorita Stapleton. Me han asegurado que…

No acabó la frase.

- Ya le digo que de momento es una simple teoría.

El silencio volvió a apoderarse de los allí reunidos, un silencio más largo que el primero. Silver se levantó.

- Lo siento -dijo-. Seguro que tiene cosas más importantes que hacer que hablar conmigo.

Cuando tendió la mano a sus invitados, su sonrisa recuperó una parte de su calidez.

Mauchly reapareció como caído del cielo, y llevó a Tara y Lash al ascensor.

- Christopher… -dijo Silver.

Lash se giró y lo vio al lado del motor analítico.

- Dígame.

- Gracias por subir. Me tranquiliza saber que nos ayuda. Estoy seguro de que no tardaremos en volver a vernos.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Silver se giró y se quedó pensativo, acariciando de nuevo los flancos metálicos del antiguo ordenador.

Cuando Lash entró por el camino de su casa, casi eran las siete y media, y la noche caía sobre la costa de Connecticut. Apagó el motor y se quedó en el coche, oyendo los chasquidos del metal al enfriarse. Después de un rato bajó y caminó hacia la puerta. Estaba exhausto, como si el peso de las maravillas tecnológicas que había visto a lo largo del día hubiera embotado temporalmente su capacidad de asombro.

La casa olía al humo persistente de un fuego dominical. Encendió las luces y se dirigió al despacho. Al coger el teléfono y marcar, vio que tenía once mensajes. Se sentó, armándose de fuerzas para el duro trabajo de escucharlos.

Le sorprendió lo rápido que lo hizo. Cuatro eran de venta por teléfono, y seis habían colgado. De hecho solo había uno que exigiera una respuesta inmediata. Cogió la libreta de direcciones y marcó el número del domicilio de Osear Kline, su sustituto en la consulta.

- Kline -contestaron.

- Osear, soy Christopher.

- Ah, Chris, ¿qué tal?

- Tirando.

- ¿Todo bien? Tienes voz de cansado.

- Porque lo estoy.

- Seguro que te has pasado toda la noche trabajando en el proyecto de investigación que no quieres explicarme.

- Más o menos.

- ¿Por qué te tomas tantas molestias? Después de tu libro, el prestigio ya no lo necesitas, y el dinero tampoco, digo yo, porque en tu claustro de Westport vives como un monje…

- Es que cuando te metes en algo no es fácil salir. Ya sabes cómo va.

- Pues, mira, se me ocurre una buena razón: tu consulta. No es que estemos en agosto, ¿eh? Los pacientes esperan encontrarnos. ¿Que te saltas una sesión? No pasa nada. Ahora, que si son dos… la gente se pone nerviosa. Hoy, en el grupo, dos gritones han armado jaleo.

- Déjame que lo adivine: Stinson.

- Sí, Stinson, y el otro ha sido Brahms. Como faltes otra vez, empezará a ser grave.

- Ya lo sé. Estoy forzando la máquina para acabar a tiempo.

- Me alegro, porque si no tendré que pasarle algunos pacientes a Cooper. ¡Imagínate el desastre!

- Tienes razón, sería desastroso. Bueno, Osear, ya te iré llamando. Gracias por todo.

Colgó. El teléfono sonó justo cuando se apartaba de él.

- ¿Diga?

Colgaron inmediatamente.

Se giró bostezando, e hizo el esfuerzo de pensar en la cena. Fue a la cocina y abrió la nevera con la esperanza de poder improvisar algo fácil, pero no hubo suerte. Con su cerebro a medio gas, optó por lo más cómodo: llamar al chino de Post Road.

Cuando estaba a punto de coger el teléfono, volvió a sonar.

- ¿Diga?

Esta vez la respuesta fue un silencio expectante.

- ¿Diga?

Le volvieron a colgar.

Dejó lentamente el auricular en su sitio y lo miró, reflexionando. Se había implicado tanto en lo de Edén que no prestaba la debida atención a los pequeños incordios que estaban apareciendo de nuevo en su vida. A menos que fuera consciente de ellos y que no quisiera afrontarlos… No encontraba el periódico tres días de cuatro, no recibía el correo, y en el teléfono ya le habían colgado ocho veces en un solo día.

Sabía perfectamente cómo interpretarlo, y también cómo abordarlo, pero todo aquello lo entristecía demasiado.

El viaje en coche a East Norwalk duró menos de diez minutos. Solo lo había hecho una vez, pero ya conocía el barrio. Era una zona que los líderes cívicos habrían llamado eufemísticamente barrio en transición: cerca del nuevo centro marítimo, pero también lo bastante cerca de las zonas más pobres para que hubiera que atrancar las puertas y ventanas.

Aparcó en la acera y comprobó la dirección: Jefferson, número 9148. La casa era como todas las de al lado, de estilo de principios de siglo, pequeña, con dos habitaciones por planta, fachada estucada y garaje independiente en la parte trasera. Quizá el césped estuviera menos cuidado que en las otras, pero todas compartían cierta sordidez bajo la inclemente luz de las farolas.

Contempló la fachada. Podía seguir dos estrategias: la compasión o la firmeza. El año anterior, durante las sesiones de terapia conyugal con Mary English y su marido, había optado por tratar a Mary con compasión, pero ella no había respondido bien. Se había aferrado a Lash como a un clavo ardiendo y había desarrollado una fijación, una obsesión, que irónicamente había desembocado en su propio divorcio (justo lo que Lash pretendía impedir). También había acabado en una temporada de persecuciones (llamadas anónimas, correo que faltaba o que le habían leído, emboscadas nocturnas lacrimógenas fuera de la consulta), frenada a costa de una orden judicial.

Esperó un poco más y, haciendo de tripas corazón, abrió la puerta, rodeó el coche y se acercó a la casa.

El sonido del timbre resonó por las habitaciones. Tras un breve silencio, se oyeron pasos en la escalera. La luz de fuera se encendió. Abrieron la mirilla. Poco después, el ruido del cerrojo. Cuando se abrió la puerta, la cruda luz de la calle hizo parpadear a Mary English.

Aún llevaba la ropa del trabajo, pero saltaba a la vista que la habían interrumpido en pleno aseo personal. Tenía los labios despintados, pero le quedaba por quitarse el rimel. Solo hacía un año desde la última sesión de terapia con su marido, pero ahora Mary aparentaba más de los cuarenta que tenía. Le habían salido ojeras imposibles de esconder con maquillaje, y una red de finas arrugas en cada comisura de la boca. Sus ojos se abrieron al reconocer a Lash, que leyó en ellos una mezcla compleja de emociones: sorpresa, alegría, esperanza y miedo.

- ¡Doctor Lash! -dijo, un poco sin aliento-. ¡Me… me parece mentira verlo aquí! ¿Qué ocurre?

Lash respiró hondo.

- Creo que ya lo sabes, Mary.

- No, no lo sé. ¿Qué ha pasado? ¿Quiere entrar? ¿Le sirvo una taza de café?

Mary abrió la puerta, pero Lash se quedó en la entrada haciendo un esfuerzo por mantener un tono neutro y un rostro inexpresivo.

- Mary, por favor, así lo único que haces es empeorarlo.

Ella lo miró extrañada.

Por un momento, Lash titubeó. Sin embargo, enseguida recordó la primera vez que habían hablado, en el mismo umbral, y se obligó a seguir.

- No sirve de nada negarlo, Mary. Has vuelto a acosarme. Llamas a mi casa, me registras el correo… Te pido por favor que pares ahora mismo.

Mary no dijo nada, pero al mirarlo pareció envejecer aún más. Apartó lentamente la vista, y se encorvó.

- No puedo pasar otra vez por lo mismo, Mary. No es el mejor momento. Quiero que nos pongamos de acuerdo en que todo esto no irá a más. Quiero que me digas a la cara que no volverás a molestarme. No me obligues a tomar medidas, por favor.

- ¿Qué es, una broma de mal gusto? -respondió por fin Mary, con rabia-. Míreme. Mire mi casa. Casi no tengo ni muebles. He perdido la custodia de mi hijo. Me cuesta una barbaridad verlo uno de cada dos fines de semana. Si es que…

La rabia desapareció de golpe, como había aparecido. Algunas lágrimas corrieron el rimel.

- He hecho lo que me dijo el juez -continuó-. He hecho todo lo que me pidió.

- Entonces, ¿por qué vuelvo a echar en falta el correo, Mary? ¿Por qué me llaman y cuelgan?

- ¿Qué se cree, que lo hago yo? ¿Me ve capaz, después de todo lo que ha pasado? ¿Después de todo lo que me hizo ese juez suyo, a mí y a mi…?

Un sollozo ahogó su voz.

Lash vaciló, sin saber qué decir. La rabia y la tristeza de Mary parecían sinceras. Claro que las personas con un trastorno límite de la personalidad como Mary English experimentaban rabia, tristeza y depresión, pero mal dirigida. También eran expertos en fingir, y volver las cosas en contra de los demás, haciendo que parecieran los culpables.

- ¿Cómo ha podido venir y hacerme esto? -sollozó Mary-. Es psicólogo. Se supone que ayuda a los demás.

Lash se quedó en el umbral sin decir nada, cada vez más inseguro, esperando que Mary se tranquilizara.

El llanto no duró mucho más. Al cabo de un momento, los hombros de Mary se irguieron.

- ¿Cómo es posible que llegara a gustarme? -preguntó en voz baja-. En esa época me parecía un hombre preocupado por los demás, alguien como Dios manda, y con un toque de misterio. -Se secó una lágrima con un gesto brusco-. Pero ¿sabe qué conclusión he sacado esta noche? Que su misterio es el de un hombre que no tiene nada dentro. Alguien que no tiene nada que dar a los demás.

Se giró hacia la mesa del pasillo, metió la mano en una caja de pañuelos de papel y dijo una palabrota al encontrarla vacía.

- Váyase -dijo con calma, sin mirarlo-. Váyase, por favor. Déjeme en paz.

Lash la observó. La costumbre le ofrecía media docena de respuestas clínicas, pero no le parecieron adecuadas, y al final se limitó a asentir y dar media vuelta.

Arrancó e hizo una U para invertir la dirección, pero antes de llegar a la esquina se acercó al bordillo y frenó. Vio por el retrovisor que la luz del número 9148 de la calle Jefferson ya estaba apagada.

¿Qué le había dicho Richard Silver, sesenta pisos por encima de Manhattan, en aquella enormidad de sala? «Me tranquiliza saber que nos ayuda.» En ese momento, con la mirada clavada en la oscuridad, Lash estaba cualquier cosa menos tranquilo.

19.

A la mañana siguiente, al salir de un garaje de Manhattan, Lash pasó por un puesto de revistas que ocupaba la base de un gran bloque de pisos, oscurecido por la sombra de los de delante. Entró y echó un vistazo a los titulares de la prensa local y nacional: el Kansas City Star, el Dallas Morning News, el Providence Journal, el Washington Post… La falta de artículos sobre dobles suicidios en matrimonios felices le provocó un suspiro de alivio. A la salida del quiosco, giró a la derecha por la avenida Madison y dirigió sus

pasos al edificio Edén. «Ahora ya sé qué debía de sentir Luis XVI», pensó. Despertarse cada día bajo la sombra del hacha, sin saber si sería el de la revelación final…

Estaba cansado, pero mejor que la noche anterior. Los casos como Mary English eran mentirosos consumados, y, a su manera, grandes actores. Había hecho lo más indicado, pero tendría que mantenerse alerta por si volvía a ver indicios de persecución.

Llegó al vestíbulo bastante pronto, pero Tara Stapleton ya lo esperaba. Llevaba una falda y una blusa oscuras, sin joyas. Sonrió tímidamente, e intercambiaron cuatro frases sobre el tiempo, pero Lash la vio tan distante como el día anterior.

Mientras cruzaban el recinto de seguridad, y penetraban en un pasillo ancho y sin rótulos, Tara le dio instrucciones escuetas pero detalladas sobre cómo entrar y salir del rascacielos interno. En el punto de control I había dos accesos, pero la afluencia matinal de empleados obligaba a esperar cinco minutos. Como Tara hablaba muy poco, Lash se dedicó a escuchar discretamente las conversaciones de la gente. Muchos estaban encantados con una reciente circular sobre un aumento del treinta por ciento en las solicitudes. Le sorprendió la escasez de comentarios sobre el partido de béisbol de la víspera, o sobre las incidencias del transporte público. Mauchly tenía razón: estaban entregados a su trabajo.

Después de cruzar el punto de control, Tara lo condujo al despacho que le habían reservado en el piso dieciséis. La puerta no tenía cerradura, se abría con un escáner de pulseras. A pesar de la falta de ventanas, era un espacio bien iluminado y de grandes dimensiones, con un escritorio, una estantería generosa y vacía y un ordenador con escáner. Aparte de eso, lo único reseñable era un pequeño panel al pie de una pared, por el que se accedía al omnipresente canal de datos de la torre.

- He pedido que le traigan todos los resultados de los Thorpe y los Wilner -dijo Tara-. Tenga, mi extensión y mi número de móvil, por si tiene que decirme algo. -Dejó una tarjeta en la mesa-. Volveré a la hora de comer.

- Gracias -respondió Lash, mientras se guardaba la tarjeta en un bolsillo-. ¿Dónde tengo que ir para tomar un café?

- Al fondo del pasillo hay un bar de empleados. El lavabo está justo al lado. ¿Algo más?

Lash dejó su cartera de cuero en una de las sillas.

- ¿Podrían conseguirme una pizarra blanca, por favor?

- Haré que se la traigan.

Tara se despidió con la cabeza y se marchó. Durante unos segundos Lash contempló pensativo el espacio que acababa de quedar desocupado. A continuación, metió la cartera en uno de los cajones del escritorio y se fue a la cafetería, donde la mujer del mostrador, de una imponente belleza, le sirvió alegremente un café solo doble. Lash lo recibió agradecido, y al probarlo le pareció buenísimo.

Nada más volver al despacho y ponerse cómodo, un técnico llamó a la puerta, que estaba abierta.

- ¿El doctor Lash?

- Sí.

El hombre empujó un carrito metálico, con lo que parecía un armario negro para pruebas.

- Le traigo los documentos que pidió. Cuando acabe de consultarlos, llame al número que encontrará en las cajas y vendrán a buscarlos.

Lash levantó la caja, que pesaba mucho, y la puso encima de la mesa. Estaba sellada con una cinta blanca donde ponía muy CONFIDENCIAL.

PROPIEDAD DE LA EMPRESA
NO SACAR DE EDÉN INTERNO.

Cerró la puerta del despacho, cortó la cinta y levantó la tapa. Dentro había cuatro carpetas grandes de acordeón con sendos nombres y números:

THORPE, LEWIS A. - 000451823

TORVALD. LINDSAY E. - 000462196

SCHWARTZ, KAREN L. - 000527710

WILNER, JOHN L. - 000491003

Todas estaban cerradas con cinta adhesiva blanca, y llevaban la misma etiqueta:

MATERIAL CONFIDENCIAL DE EDEN

USO EXCLUSIVAMENTE INTERNO

SE REQUIERE AUTORIZACION L=3

Nota: Contiene hojas impresas.

La version digital tambien esta dispobible.

Peticion de uso AT-4849.

Cogió la carpeta de Lewis Thorpe, pero no llegó a abrirla. Prefería dejarla para el final. Abrió el expediente de Lindsay Thorpe y lo vació sobre la mesa. Contenía una gran cantidad de papeles, casi todos formularios de tests y hojas de resultados, pero también un fajo grueso encuadernado en espiral que Lash no supo entender:

HOJA DE CODIGOS

Nota: Solo resumen

Cabecera

======

medicion-cuantificacion de telefonia

periodo que comprende: 28 ag. 02 / 09 sept. 02

datos: nominales

homogeneizacion: optima

situacion de los datos (impresion): 2342400494234

primer sector de acceso: 2034-a

algoritmo de compartimentacion activo

responsable: Klingberger, Jack

jefe de limpieza: Korngold, Sterling

supervisor de obtencion de datos: Rose, Lawrence

sigue fuente hexadecimal

234B 3A32 5923 9F43 5032 5225 60D2 6522 6A1D 5934

59C9 322D 4034 25C5 2344 5982 3F40 2354 OC81 2119

2B92 C598 0423 58A0 8981 2099 0901 4309 5852 19B5

5931 0904 88F9 0123 550D 0492 4E90 0499 0982 1258

5AB8 293F 5014 0E94 4C0F 1039 0589 3E09 S915 03E1

2903 854A 4910 C252 3414 0539 932E 3210 54AA 4913

2234 590C 2340 0D82 7899 3981 777F 3291 0948 A972

4933 0D81 4802 29E1 0913 5A0B 1501 08D1 4848 9083

Parecía un resumen en clave de los hábitos telefónicos de Lindsay durante el período de vigilancia. Daba lo mismo que fuera o no legible. No eran los datos que le interesaban. Los apartó y cogió los formularios de los tests. Parecían idénticos a los que había hecho él unos días atrás, y verlos le hizo revivir su mortificación. Bebió un poco de café y hojeó las páginas, fijándose en los circulitos negros que Lindsay Thorpe había rellenado con esmero. Tuvo la impresión de que las respuestas entraban en la gama normal. Un vistazo a las hojas de resultados se lo confirmó. Al final del documento encontró el informe del evaluador principal.

Lindsay Torvald, cuyo perfil de personalidad es estándar, presenta todos los indicios de tener una correcta adaptación social. Su actitud y comportamiento durante los tests se

han mantenido dentro de los límites normales. Su nivel de atención, coherencia verbal, comprensión y habilidad lingüística se sitúan por encima del décimo percentil. Los gráficos muestran pocas dispersiones o sesgos anómalos. Las escalas de validez son altas. Parece tratarse de una candidata que destaca por su sinceridad y franqueza. Los tests proyectivos de manchas de tinta indican creatividad y una gran imaginación, con factores de morbidez muy poco acentuados. El perfil de personalidad revela una ligera tendencia a la introversión, pero dentro de los niveles aceptables, sobre todo teniendo en cuenta la intensidad de los indicadores de confianza en sí misma. Los tests de inteligencia también arrojan resultados muy altos, sobre todo en los ámbitos de la comprensión verbal y la memoria. Las habilidades de cálculo no son tan elevadas. Aun así, la puntuación global atribuye a la solicitante un CI total de 138 (WAIS-III modificado).

En resumidas cuentas, todos los parámetros cuantificables demuestran que la señorita Torvald sería una excelente candidata para Edén.

Doctor R. J. Steadman

21 de agosto de 2002.

Lash oyó un ruido en el pasillo. Era un técnico, que le llevaba la pizarra que había pedido. Lash le dio las gracias y, al quedarse solo, dejó el informe y volvió a coger los formularios de los tests.

A mediodía ya había estudiado los resultados de tres de los solicitantes, sin apreciar ninguna anomalía o signo de trastorno incipiente. Los indicadores de depresión y los índices de suicidio eran extremadamente bajos en todos los casos. Guardó los documentos en sus respectivas carpetas, se levantó y se desperezó para ir al bar en busca de otro café solo.

Volvió al despacho más despacio que al salir. Solo quedaba una carpeta: la de Lewis Thorpe, el especialista en biología de invertebrados a quien le gustaba traducir la poesía de Bashó. Lash había dedicado varias noches a releer Senda hacia tierras hondas, poniéndose en el lugar de Lewis y haciendo un esfuerzo por sentir lo que había sentido durante los tests, y en el salón soleado de Flagstaff donde había muerto a la vista de su propio bebé.

Con una mezcla de interés y precaución, rompió el sello de la cuarta carpeta.

Su máximo temor tardó menos de media hora en confirmarse. Los resultados de los tests de Lewis Thorpe describían a una persona tan normal y adaptada como el resto. Mostraban a un hombre inteligente y ambicioso, con muy buena imagen de sí mismo. Tampoco en él había ningún indicador de depresión o suicidio.

Dejó caer sobre la mesa el informe del evaluador, y se apoyó desmadejadamente en el respaldo de la silla. Los tests que tanto le había costado conseguir no lo habían acercado a la respuesta.

Oyó que llamaban a la puerta, y al levantar la mirada vio asomarse a Tara Stapleton.

- ¿Vamos a comer? -preguntó ella.

Lash recogió los papeles de Lewis Thorpe y los guardó en la carpeta.

- Vamos.

El bar del final del pasillo ya le resultaba familiar, inundado de luz, con buen ambiente y más lleno que en sus dos visitas anteriores. Se colocó al final de la cola del buffet para coger otro café solo y un bocadillo. Luego siguió a Tara -que había cogido una sopa y un té- a una mesa vacía cerca de la pared del fondo, y observó cómo abría un sobre de edulcorante artificial y lo vertía en la taza. Mantenía su aire de reserva y silencio, pero en ese momento a Lash no le importó. No tenía ganas de tener que sortear demasiadas preguntas sobre el progreso de su investigación.

- ¿Cuánto tiempo hace que trabaja en Edén? -preguntó después de un rato.

- Tres años. Entré justo después de que se fundara.

- Y ¿se está tan bien como dice Mauchly?

- Sí, desde siempre.

Lash esperó a que removiera la sopa, sin saber interpretar del todo la respuesta.

- Háble me de Silver.

- ¿En qué sentido?

- No sé… ¿Qué tipo de persona es? Me esperaba otra cosa.

- Yo también.

- Deduzco que era la primera vez que lo veía en persona.

- No, ya lo había visto en la primera fiesta de aniversario. Es una persona muy celosa de su intimidad. Que se sepa, nunca sale de su ático. Se comunica por teléfono móvil o por videoconferencia. Vive solo, con Liza.

Liza. El nombre que había pronunciado Silver, y que Lash había interpretado como un despiste.

- ¿Liza?

- Sí, el ordenador. La obra de su vida. Lo que hace posible la existencia de Edén. Liza es su único amor. Teniendo en cuenta el enfoque de la empresa, la verdad es que tiene su ironía… Cuando quiere comunicarse con el consejo y con el personal, casi siempre lo hace a través de Mauchly.

Lash estaba sorprendido.

- ¿En serio?

- Sí, es su mano derecha.

Se dio cuenta de que alguien lo observaba desde el fondo del bar. Le sonaba su cara juvenil y su mata de pelo rojizo. De repente lo reconoció: era Peter Hapwood, el técnico de evaluación que le había presentado Mauchly el día de las reuniones de clase. Hapwood sonrió y lo saludó con la mano. Lash devolvió el saludo.

Volvió a mirar a Tara, que removía la sopa por segunda vez.

- Cuénteme algo más de Liza -dijo.

- Es un superordenador híbrido. No hay ninguno igual en todo el mundo.

- ¿Por qué?

- Porque es el único ordenador de gran tamaño construido totalmente alrededor de un núcleo de inteligencia artificial.

- ¿Y Silver? ¿Cómo lo construyó?

Tara bebió un poco de té.

- Corren rumores, o historias, mejor dicho, pero no sé hasta qué punto son verdad. Algunos dicen que Silver tuvo una infancia solitaria y traumática. Otros que era un niño mimado, y que a los ocho años ya hacía ecuaciones diferenciales. Él sobre ese tema nunca ha hecho declaraciones públicas. Lo único que se sabe con seguridad es que al entrar en la universidad ya estaba innovando en inteligencia artificial. Sus aportaciones eran brillantes, propias de un genio. Hizo la tesina sobre un ordenador capaz de aprender por sí mismo. Le dio una personalidad, y fue perfeccionando sus algoritmos de resolución de problemas hasta que demostró que un ordenador capaz de enseñarse a sí mismo puede resolver problemas mucho más difíciles que cualquier ordenador codificado manualmente. Más tarde, para pagarse nuevas investigaciones, alquiló los ciclos de procesamiento de Liza a centros como el Laboratorio de Propulsión a Chorro de la NASA y el Proyecto Genoma Humano.

- Hasta que tuvo su gran idea: Edén, con Liza como núcleo informático. El resto, como suele decirse, es historia. -Lash bebió un sorbo de café-. ¿Cómo es trabajar con Liza?

La respuesta no fue inmediata.

- Nosotros nunca nos acercamos a los procedimientos o la inteligencia del núcleo. Físicamente, Liza está en el ático, y Silver es el único que tiene acceso a ella. Todos los demás (los científicos, los técnicos y hasta los programadores informáticos) usamos la red informática de la empresa y la capa de abstracción de datos de Liza.

- ¿Laque?

- Un intérprete de comandos que crea máquinas virtuales dentro de la memoria del ordenador.

Tara volvió a quedarse callada. Cada vez había más pausas entre sus frases. De repente se levantó.

- Perdone, pero ¿podríamos hablar del tema en alguna otra ocasión? -dijo-. Tengo que irme.

Se giró y salió del bar sin decir nada más.

20.

Hacia las cuatro, al entrar en el despacho, Mauchly encontró a Lash de pie ante la pizarra. Era tan sigiloso que Lash no advirtió su presencia hasta que lo tuvo al lado.

- ¡Ay!

Del susto se le cayó el rotulador.

- Perdone, debí haber llamado. -Mauchly echó un vistazo a la pizarra-. Raza, edad, tipo, personalidad, trabajo, localización y víctimas. ¿Qué hace?

- Intento formarme una imagen del asesino. Creo un perfil.

Mauchly lo miró con su habitual serenidad.

- Todavía no sabemos si hubo un asesino.

- He repasado todos los expedientes, y psicológicamente no había nada raro ni en los Thorpe ni en los Wilner. Los indicios de suicidio son nulos. Sería una pérdida de tiempo seguir por esa vía, y ya oyó a Lelyveld en la sala de reuniones: no tenemos tiempo.

- Pero tampoco hay indicios de asesinato. Para empezar, la cámara de seguridad de los Thorpe no grabó a nadie entrando o saliendo de la casa.

- Es mucho más fácil encubrir un asesinato que un suicidio. Las cámaras de seguridad pueden manipularse, y se burlan las alarmas.

Mauchly reflexionó y volvió a contemplar el texto de la pizarra.

- ¿Cómo sabe que el asesino tiene alrededor de treinta años?

- No lo sé. Es la edad mínima para los asesinos en serie. Tenemos que empezar por el patrón, y refinarlo poco a poco.

- ¿Y lo de que tiene un buen trabajo, o mucho dinero a su disposición?

- Cometió asesinatos en costas opuestas con una semana de diferencia. No es el modus operandi de alguien que se mueva a la buena de Dios, o haciendo autoestop. En esos casos, los patrones de los crímenes se distribuyen de manera errática en distancias cortas.

- Ya. ¿Y esto?

Mauchly señaló las palabras «tipo: desconocido».

- Es lo más preocupante. A los asesinos en serie solemos tipificarlos como organizados o desorganizados. Los asesinos organizados controlan el lugar del crimen, y a las víctimas. Son listos, socialmente aceptables y sexualmente competentes. Eligen víctimas a quienes no conocen, y esconden los cadáveres. En cambio, los asesinos desorganizados conocen a las víctimas, actúan de modo repentino y espontáneo, sienten poco o ningún estrés durante el crimen, están poco capacitados laboralmente y dejan a la víctima en el lugar del crimen.

- ¿Y?

- Pues que quien mató a los Thorpe y a los Wilner es alguien que combina rasgos de asesino organizado y desorganizado. Sin duda conocía a las víctimas, y las dejó en el lugar del crimen, como un asesino desorganizado; pero en los escenarios de los crímenes no había ningún descuido, lo cual es más característico del asesino organizado. Son incoherencias muy poco frecuentes.

- ¿Hasta qué punto?

- Hasta el punto de que yo nunca he encontrado un asesino en serie así.

«Solo una vez», dijo una voz en su cabeza, pero la silenció inmediatamente.

- Si conseguimos un perfil -siguió explicando-, podremos compararlo con los antecedentes penales y buscar coincidencias. De momento, ¿han pensado en vigilar a las otras cuatro superparejas?

- No podemos controlarlas muy estrechamente, por razones obvias; tampoco podemos darles protección adecuada hasta que sepamos qué pasa exactamente, pero ya hemos enviado equipos.

- ¿Dónde viven?

- Por todo el país. La pareja más próxima, los Connelly, vive al norte de Boston. Le diré a Tara que le traiga informes sobre todas.

Lash asintió despacio.

- ¿Está seguro de que es la persona más indicada para colaborar conmigo?

- ¿Por qué lo pregunta?

- Porque tengo la impresión de que le caigo mal. A menos que sea el propio tema el que la desagrada…

- Tara está pasando por un mal momento, pero es nuestra mejor candidata. Aparte de ser la responsable de seguridad, lo cual le da acceso a todos los sistemas, ha trabajado en el área de informática de la empresa.

- Bueno, si cumple con su trabajo…

En ese momento sonó el teléfono móvil de Mauchly.

- ¿Diga? -Una pausa-. Sí, claro. Ahora mismo.

Colgó y dijo:

- Era Silver. Quiere vernos enseguida.

21.

El día se había nublado. La imagen que ofrecieron las puertas del ascensor en el momento de abrirse se parecía muy poco a la que Lash había visto el día anterior. Solo unas pocas lámparas del techo, de las de cristal tallado, proyectaban pequeños círculos de luz por la gran sala. Más allá de las ventanas, el paisaje de rascacielos era oscuro y gris. Los bultos de las máquinas de calcular se recortaban contra el cielo encapotado.

Richard Silver estaba cerca de los ventanales, con las manos a la espalda. Se giró al oír el timbre del ascensor.

- Me alegro de volver a verlo, Christopher -dijo, dándole la mano-. ¿Le apetece beber algo?

- Un café, si es tan amable.

- Ya voy yo a buscarlo -se ofreció Mauchly, acercándose a un mueble bar situado junto a las estanterías.

Silver invitó a Lash a sentarse frente a la misma mesa que la otra vez. Ya no había revistas ni periódicos. Esperó a que Lash se sentara para tomar asiento en otro de los sillones. Llevaba pantalones de pana y un jersey negro de cachemir un poco arremangado.

- He pensado mucho en lo que dijo ayer, la posibilidad de que las muertes no fueran suicidios; no quería creérmelo, pero me parece que tenía razón.

- Es la única posibilidad que veo.

- No, no me refiero a eso, sino a lo que dijo sobre la implicación de Edén tanto en un caso como en el otro. -Su mirada era ausente; su expresión, preocupada-. He estado demasiado absorto en mis proyectos personales, aquí, en mi torre de marfil. Siempre me ha fascinado más la ciencia pura que la ciencia aplicada. He dedicado prácticamente toda mi vida a construir una máquina capaz de pensar, aprender y resolver problemas por sí misma; pero lo cierto es que me interesaban mucho menos los problemas que la habilidad para solucionarlos. De hecho, solo me impliqué personalmente cuando tuve la idea de Edén. Por fin un reto a la altura de Liza: la felicidad humana. De todos modos, me he mantenido lejos del día a día del proceso, y ahora veo que ha sido un error. -Hizo una pausa-. No sé muy bien por qué se lo cuento.

- Ya me habían dicho que mi cara invita a las confidencias.

Silver sonrió.

- Bueno, el caso es que al final he decidido que si hasta ahora no me he implicado, ahora sí que puedo hacer algo.

- ¿Qué?

Justo en ese momento Mauchly volvió con el café en la mano, y Silver se levantó.

- ¿Me acompañan?

Los llevó a un rincón del fondo, entre uno de los ventanales y la pared de estanterías. En ese punto, la colección de máquinas de Silver parecía adquirir tintes musicales: un Farfisa Combo, un Mellotron y un sintetizador Moog modular, con sus cables patch y sus filtros paso bajo.

Silver se giró hacia Lash.

- Ayer dijo que lo más probable es que el asesino fuera un candidato rechazado por Edén.

- Es lo que infiero del perfil. Quizá una personalidad esquizoide, incapaz de aceptar el rechazo. Existe una pequeña posibilidad de que el asesino se saliera del programa después de ser aceptado, o de que fuera uno de los clientes que no encontró pareja durante los cinco ciclos.

Silver asintió.

- He dado las instrucciones oportunas a Liza para que analice los datos de todos los posibles candidatos buscando anomalías.

- ¿Anomalías?

- Es un poco difícil de explicar. Imagínese que crea una topología virtual en tres dimensiones, y que la puebla con datos de solicitantes. Luego, estos datos se comprimen y se comparan. Vendría a ser como el emparejamiento de avatares que hace Liza a diario, aunque al revés. Los candidatos ya han sido examinados psicológicamente, o sea, que todos deberían tener unas características muy concretas. Pues bien, lo que busco son aspirantes cuyo comportamiento o personalidad se salga de unas determinadas normas.

- Desviados -dijo Lash.

- Sí. -Silver puso cara de pena-. O gente cuyas pautas de comportamiento no estuvieran en sincronía con sus evaluaciones.

- ¿Cómo lo ha hecho tan deprisa?

- No, si yo no he hecho nada; he informado a Liza de las características del problema, y ha desarrollado la metodología ella sola.

- ¿Usando los resultados de los tests de evaluación?

- Y otras cosas. También ha usado datos de aspirantes rechazados y de renuncias voluntarias registrados desde que presentaron la solicitud hasta ahora.

Lash estaba escandalizado.

- ¿Datos recogidos después de que ya no fueran clientes potenciales? ¿Cómo es posible?

- Es lo que se llama control de actividades. Lo practican muchas grandes empresas, y el propio gobierno. La diferencia es que nosotros llevamos varios años de adelanto. Probablemente Mauchly ya le haya enseñado algunas de sus aplicaciones más elementales. -Silver se alisó la pechera del jersey-. En fin, la cuestión es que Liza ha marcado tres nombres.

- ¿Marcado? ¿Ya?

Silver asintió.

- Pero si el volumen de datos debía de ser una barbaridad…

- Aproximadamente medio millón de petabytes. Un Cray habría tardado un año en analizarlos, mientras que Liza lo ha hecho en unas horas.

Silver señaló algo en la pared. Lash observó con gran sorpresa lo que había confundido con otra antigualla de la colección de Silver. Era una mesita con un simple teclado de ordenador y una vieja pantalla monocroma. Al lado había una impresora.

- ¿Liza? -dijo con incredulidad-. ¿Eso es Liza?

- ¿Qué esperaba?

- Cualquier cosa menos esto.

- Lo que es Liza propiamente dicha, sus instalaciones físicas, ocupa el piso de abajo, pero ¿qué sentido tiene complicar más de la cuenta la interfaz? Le sorprenderían las cosas que se pueden hacer solo con esto.

Lash pensó en la proeza informática que acababa de llevar a cabo Liza.

- Más sorprendido de lo que estoy…

Silver titubeó.

- Ayer se refirió a otra posibilidad, Christopher: la de que el asesino fuera un empleado. Por eso también di instrucciones a Liza de que buscara anomalías, pero internas. -Su cara se crispó, como si le doliera algo-. Ha marcado un nombre.

Se giró hacia la mesita, cogió dos hojas de papel dobladas por la mitad y las puso en la mano de Lash.

- Buena suerte, si es que se puede decir así.

Lash asintió y dio media vuelta para marcharse.

- Otra cosa, Christopher…

Miró hacia atrás.

- Sé que entiende la razón de que a Liza le haya pedido que diera la máxima prioridad a las búsquedas.

- Sí, por supuesto.

Se dejó acompañar por Mauchly al ascensor, mientras pensaba en las últimas palabras de Silver. A él también le había rondado por la cabeza. Los Thorpe habían muerto once días antes, un viernes; los Wilner, el viernes siguiente. A los asesinos en serie les gustaban la coherencia y las pautas.

Quedaban tres días.

22.

- Cuatro nombres -dijo Mauchly.

Miraba fijamente la mesa del despacho de Lash, donde estaban las dos hojas de papel que les había dado Silver, aún sin desdoblar.

- ¿Alguien sabe por qué Liza ha marcado concretamente estos cuatro? -preguntó Tara, al otro lado de la mesa.

Mauchly cogió el papel que contenía un solo nombre impreso.

- Gary Handerling. No me suena.

- Es de la brigada de limpieza -dijo Tara.

- ¿De la qué? -le preguntó Lash.

- Brigada de limpieza de datos. Son los encargados de guardar y vigilar los datos.

Mauchly la miró.

- ¿Ya ha puesto en marcha el seguimiento interno?

- Debería estar completo en doce horas.

- ¿Con grado máximo de confidencialidad?

- Por supuesto.

- Pues entonces ya sé lo que me toca: ir empezando con los tres clientes. -Mauchly cogió la otra hoja-. Pediré los exámenes a Rumson, de selección de datos.

- ¿Qué le dirá? -preguntó Tara.

- Que estamos haciendo un prototipo aleatorio con algunos obsoletos. Una prueba de sistema como cualquier otra.

«Obsoletos», pensó Lash. En la jerga de Edén, eran los aspirantes descalificados. «O sea, que yo también debo de ser un obsoleto.»

- Doctor Lash, los resultados deberían estar para mañana por la mañana. Quedamos entonces. Los compararemos con el perfil que ha preparado. -Mauchly miró su reloj-. Casi son las cinco. ¿Y si se van a casa? Mañana será un día largo. Tara, ¿le importa acompañar al doctor Lash al punto de control, para que no se pierda?

Cuando cruzaron las puertas giratorias y salieron a la calle, ya eran las cinco y cuarto. Lash se paró en la fuente para abrocharse el abrigo. El estruendo de Manhattan, casi olvidado en el silencio del edificio de Edén, cayó de nuevo sobre ellos con ferocidad.

- No veo muy claro que alguien se pueda acostumbrar -dijo Lash-. Me refiero a los puntos de control.

- Uno se acostumbra a todo -contestó Tara, colgándose el bolso en el hombro-. Bueno, hasta mañana.

- ¡Un momento! -Lash corrió un poco para alcanzarla-. ¿Adonde va?

- A Grand Central. Vivo en New Rochelle.

- ¿Ah, sí? Yo en Westport. La llevo.

- No, gracias, no se moleste.

- Pues la invito a tomar algo antes de que se vaya a casa.

Tara se detuvo para mirarlo.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué no? Es bastante habitual entre personas que trabajan juntas. Al menos en los países civilizados.

Tara vaciló.

- ¡Venga, anímese!

- Bueno, pero vamos a Sebastian's, que no quiero coger el tren más tarde de las seis y dos.

Sebastian's estaba en el primer piso de Grand Central Station. Era una sala ingente que Lash nunca había visto tan bonita, ya que la habían restaurado íntegramente en los últimos años. Las paredes de color crema terminaban en bóvedas de arista, pechinas verdes y constelaciones brillantes de mosaicos. Las innumerables voces de los usuarios

del transporte público se mezclaban con los anuncios de llegadas y salidas del servicio de megafonía, creando un ruido de fondo que, por alguna extraña razón, gustaba.

Los llevaron a una mesita pegada a la baranda, desde donde podía verse la terminal principal. Al cabo de un rato los atendió un camarero.

- ¿Qué les sirvo? -preguntó.

- Para mí un Martini Bombay, muy seco, con una rodajita de limón -dijo Tara.

- Yo un Gibson de vodka, por favor.

Tras observar al camarero alejarse entre las mesas, Lash miró a Tara.

- Gracias.

- ¿Porqué?

- Por no haber pedido uno de esos Martinis du jour tan espantosos. La semana pasada cené con alguien que pidió un Martini de manzana. ¡Qué abominación!

Tara se encogió de hombros.

- No sé.

Lash miró por la baranda, fijándose en los viajeros. Tara retorcía silenciosamente una servilleta de papel entre los dedos de una mano. Lash la observó. La luz difusa que penetraba por la bóveda arrancaba reflejos de su oscura melena y parecía marcar aún más sus pómulos. Su expresión era de absoluta seriedad.

- ¿Le apetece explicarme el problema? -preguntó él.

- ¿Qué problema?

- El suyo.

Tara enrolló la servilleta en un dedo y la apretó.

- He aceptado una copa, no una sesión con un psiquiatra.

- No soy psiquiatra. Solo soy alguien que intenta colaborar con usted, y no es que le vea muchas ganas de ayudarme, la verdad.

Tras una mirada fugaz, Tara siguió manoseando la servilleta.

- Parece distraída, desinteresada, y eso no anuncia nada bueno para nuestra relación de trabajo.

- Relación de trabajo temporal.

- Exacto, y será más temporal cuanto más cooperemos.

Tara soltó la servilleta, que cayó en la mesa.

- Se equivoca. No es que no me interese, es que he tenido unos días bastante malos.

- Pues ¿por qué no me lo cuenta?

Tara suspiró, y levantó la mirada hacia la bóveda.

- La he invitado a tomar algo -insistió Lash-. Lo mínimo que merezco es que me lo explique.

El camarero les sirvió las copas. Bebieron en silencio.

- Bueno, vale -dijo Tara-. Supongo que no tiene sentido escondérselo. -Bebió otro sorbo-. No me enteré hasta ayer, cuando me llamó Mauchly para decirme que trabajaría con usted durante su estancia al otro lado de la Pared. También fue cuando me explicó lo sucedido.

Lash se mantuvo a la espera.

- Resulta que este sábado me dieron el sí de Edén.

- ¿El sí?

- Es como llamamos a la notificación de que te han encontrado una pareja.

- ¿Pareja? ¿O sea, que…?

Lash se quedó callado.

- Sí, era candidata.

La miró con atención.

- Creía que los empleados de Edén tenían prohibido presentarse.

- La política siempre había sido esa, pero hace unos meses pusieron en marcha un programa piloto de candidatos internos basado en méritos y antigüedad. Con una base de empleados, no la base general.

Lash bebió un poco de su cóctel.

- No acabo de entender el sentido de la primera política.

- La habían recomendado los psiquiatras en plantilla desde el primer día. Lo llamaban «efecto Oz».

- ¿Por la película? ¿Por cuando dice el mago de Oz que no se fijen en el de detrás de la cortina?

- Exacto. Consideraban que los empleados no seríamos candidatos deseables. Claro, como todos sabemos tanto del funcionamiento interno… Creían que nuestra actitud sería cínica. -De repente Tara se inclinó hacia Lash con una expresión apasionada; algo impropio de ella-. Pero no se imagina lo que es hacer esto cada día: juntar a la gente, estar sentada a oscuras al otro lado del falso espejo, asistiendo a reuniones de clase y oyendo hablar a las parejas de lo fabuloso que se ha vuelto todo, de que Edén les ha cambiado la vida, de que ahora se sienten realizados… Si ya tienes a alguien, y eres feliz, no digo que no puedas racionalizarlo, pero si no es el caso…

Dejó la frase sin terminar.

- Tiene razón-dijo Lash-. No me imagino lo que puede ser.

- Llevo toda la semana con la carta encima. Debo de haberla leído cien veces. Mi pareja es Matt Bolán, de la sección de bioquímica. Solo lo conozco de nombre. Nos han reservado una mesa para cenar este viernes, en el One If By Land, Two If By Sea.

- Ah, sí, en el Village; un sitio muy bonito.

- Sobre todo en esta época del año. -El rostro de Tara se iluminó, pero fue un cambio pasajero-. Bueno, pues resulta que ayer me llama Mauchly, me cuenta lo de las superparejas y los suicidios y me pregunta si me importaría hacerle de guía a usted.

- ¿Y?

- Pues que justo antes de conocerlo mandé un e-mail a la comisión de solicitudes para anular la cita.

A Tara le brillaban los ojos.

- ¿Cómo quiere que acuda, sabiendo lo que sé? Y lo que no sé, que aún es peor…

- ¿Qué quiere decir, que hay un fallo en el proceso de solicitud?

- ¡Yo qué sé qué quiero decir! -exclamó, con una dureza nacida de la frustración-. ¿No se da cuenta? Por un lado, el proceso no puede ser defectuoso, porque trabajo cada día con él y veo que hace milagros sistemáticamente. Por otro, ¿qué les pasó a las dos parejas?

El brote de emoción se apagó bruscamente. Tara se encogió en el respaldo.

- Total, que ya me dirá qué hago. Si algo pretende Edén, es ofrecer un compromiso de por vida con una relación. ¿Cómo podría yo empezar la mía con un secreto que no puedo revelar?

La pregunta quedó en el aire. Tara levantó la copa.

- Ahora ya lo sabe -dijo, con una risa seca-. Tenía muchas cosas en la cabeza. ¿Contento?

- No mucho, la verdad.

- Bueno, pues no saque más el tema, por favor, que ya me las arreglaré.

Volvió el camarero.

- ¿Otra ronda?

- No, para mí no ^respondió Lash.

El cóctel podía haber sido un error. Con lo cansado que estaba, corría el peligro de dormirse al volante a medio camino de su casa.

- Para mí tampoco -dijo Tara-. Tengo que coger el tren.

- Tráiganos la cuenta, por favor -pidió Lash.

Tara observó al camarero mientras este se dirigía hacia la barra, y miró a Lash.

- Bueno, le toca. Oí que le decía al doctor Silver que su escuela es el behaviorismo cognitivo.

- Usted tampoco había subido al ático. Aún no me ha contado qué le pareció.

- Estamos hablando de usted, no de mí.

- Como quiera.

El camarero volvió con la cuenta. Lash buscó en el billetero y dejó una tarjeta de crédito en la funda de cuero.

- Behaviorismo cognitivo. Efectivamente.

Tara esperó a que el camarero se hubiera llevado la cuenta.

- Debí de dormirme durante las clases de psicología. ¿Qué significa?

- Que no me centro en conflictos inconscientes, ni en si la madre del paciente lo abrazó bastante a los dos años, sino en la manera de pensar de una persona y en las normas que sigue.

- ¿Normas?

- Todos seguimos unas normas internas de vida, aunque no nos demos cuenta. Entender las normas de alguien permite entender y predecir su comportamiento.

- Predecir. Supongo que es lo que hacía en el FBI.

Lash se acabó la copa…

- Más o menos.

- Y si… y si resulta que esto lo ha hecho un asesino, ¿podrá predecir su próxima acción?

- Eso espero, pero el perfil es muy contradictorio. Por otro lado, quizá no haga falta. Lo sabremos mañana por la mañana.

Al acabar la frase, Lash se dio cuenta de que tenía al camarero al lado.

- ¿Qué pasa? -preguntó.

- Lo siento, pero no me aceptan la tarjeta.

- ¿Qué? Vuelva a intentarlo, por favor.

- Ya lo he intentado dos veces.

- Imposible. La semana pasada ingresé un cheque.

Lash abrió el billetero, y vio confirmados sus temores: solo llevaba una tarjeta. Buscó dinero en el bolsillo y encontró dos dólares. «Claro, voy tan dormido que no me he acordado de pasar por el cajero», pensó.

Guardó el billetero y miró a Tara, avergonzado.

- ¿Le importaría pagar? -preguntó-. Se lo devuelvo mañana.

De pronto la impasible Tara se deshizo en una sonrisa burlona.

- No hace falta -dijo, dejando un billete de veinte en la mesa-. Me considero pagada con haberle visto perder su suficiencia de psicoanalista.

Y se rió: una risa breve, pero lo suficientemente escandalosa para llamar la atención de media sala.

23.

El miércoles por la mañana, cuando Lash entró en el vestíbulo de Edén, cruzó el laberinto de seguridad y se apeó en el piso dieciséis, casi se le hicieron las nueve y media. Recorrió el pasillo de color violeta claro y fue directamente al bar sin pasar por su despacho, que tenía las luces apagadas.

- ¿Qué, un café solo como una catedral? -dijo Marguerite, la chica de la barra, que parecía anticiparse a todas las necesidades.

- Tu café exprés es el mejor de toda el área metropolitana, Marguerite. Sueño con él desde que subí al coche.

- Con la de cafeína que te metes en el cuerpo, rey, podrían ponerte ruedas y llegarías solo.

Lash bebió un par de sorbos. El líquido ardiente calentó sus brazos y sus piernas cansadas, y aceleró su corazón. Sonrió a Marguerite y volvió al pasillo.

Le había costado bastante levantarse. Tenía sueño, pero no por cansancio físico. Irónicamente, la urgencia desesperada de la búsqueda parecía tener efectos retardantes sobre su persona. Toda su experiencia le decía que no estaba abordando bien el caso. Era un error leer listados de ordenador en un despacho. ¿Que ayudaban a clasificar y a crear un perfil? Sin duda, pero para cazar a un presunto asesino que podía estar a punto de cometer otro crimen había que salir a la calle, seguir todas las pistas y hablar con familiares y testigos. Estar sentado en un rascacielos, recopilando datos lejos de los cadáveres y de los escenarios de los crímenes, le parecía una locura.

Por desgracia, solo contaba con eso: con la inimitable capacidad de obtener datos de Edén.

Al llegar al despacho, miró por la ventanilla y vio que el montón de cajas de pruebas ya cubría toda una pared. Justo cuando acababa de entrar y dejar la taza en la mesa, llegaron Mauchly y Tara.

- ¡Ah, está aquí, doctor Lash! -exclamó Mauchly-. Como ve, el proceso de recogida ha terminado antes de lo esperado.

Tara sonrió a Lash y se acercó al terminal para pasar su pulsera por el escáner. Mientras tanto Mauchly cerró la puerta y bajó las persianas.

- Empezaremos por los tres obsoletos -dijo.

- ¿Y si no encontramos al asesino? -respondió Lash.

- Entonces pasaríamos al empleado de Edén, Handerling, aunque parece una posibilidad muy remota.

- Como prefiera.

La perspicacia de Lash con las personas no había logrado despejar el enigma de Mauchly. Su personalidad parecía monocroma, sin el lastre de ningún estado de ánimo, ni de ninguna emoción.

- Empecemos -dijo Tara.

Por primera vez, su actitud era enérgica. La misma situación que a Lash le provocaba lasitud, a ella parecía darle fuerzas.

Se sentaron alrededor de la mesa. Mientras Lash bebía un poco de café, Mauchly abrió la primera de las tres carpetas y dejó su contenido sobre el escritorio.

- Grant Atchison -leyó-. Presentó la solicitud el 21 de julio de 2003. Veintitrés años, caucásico, licenciado en económicas en Rutgers, domicilio en la calle Auburn, número 3143, en Perth Amboy, Nueva Jersey.

- ¿Es su casa o la de sus padres? -preguntó Lash.

- La de los padres -respondió Tara, que había cogido algunas hojas y las estaba leyendo por encima.

- De momento, vamos bien.

- Empleado de una fábrica de tintes químicos de Linden. -Mauchly cambió de hoja-. Pasó la primera prueba y vino en agosto para la evaluación, pero fue rechazado por el evaluador principal, el doctor Alicto.

Lash esperó a que Mauchly lo mirase, pero vio que seguía concentrado en los papeles.

- ¿Por qué motivo? -dijo Tara.

- Para empezar, hubo muchas respuestas falsas en los tests. Las escalas de validez estaban muy por debajo de los mínimos. -Mauchly leyó en voz alta-: «Dificultades de control de impulsos, trastornos emocionales, anhedonia…». Y sigue.

- Estaba en Arizona la semana en que murieron los Thorpe -afirmó Tara.

- ¿Cómo lo sabe? -preguntó Lash.

- Por cinco o seis razones. Pagó con tarjeta un billete de avión por Internet, cosa que consta en la base de datos de la compañía aérea y en la del banco. También quedó registrado en la base de datos de una compañía de alquiler de coches de Phoenix.

Se encogió de hombros, como si fueran datos consabidos.

- Bueno, pero hay un problema. -Mauchly estaba leyendo la última página del expediente-. Aquí consta un trastorno médico. Le realizaron un análisis de sangre enzimático, y hubo contactos con las redes de las aseguradoras. -Miró a Tara-. ¿Podría investigarlo más a fondo?

- Sí, claro. -Tara se acercó al ordenador, y empezó a teclear-. Ingresó por problemas renales en el hospital del condado de Middlesex hace como dos semanas y media. Tuvieron que extirparle un riñón.

- ¿Duración de la estancia?

Tara siguió tecleando.

- Aún está ingresado. Ha tenido complicaciones quirúrgicas.

La incredulidad de Lash crecía con cada palabra.

- Pues adiós, señor Atchison. -Mauchly guardó los papeles en la carpeta, la dejó en la mesa y rompió el sello de otra-. El nombre del segundo obsoleto es Katherine Barrow. Presentó la solicitud el 20 de diciembre de 2003. Cuarenta y seis años, caucásica, se sacó la secundaria en el examen de adultos y vive en York, Pensilvania. En el apartado «religión» puso «druida». Tiene una tienda en el condado de Lancaster: Feminine Magic. Parece que vende velas, incienso y hierbas curativas.

- ¿Qué pone en la evaluación? -preguntó Tara al volver a la mesa.

- No llegó tan lejos. Tuvo un incidente de seguridad después de presentar la solicitud. Se quedó en el vestíbulo intentando abordar a varios aspirantes varones. Hubo una intervención, y se resistió.

- Mmm… -dijo Tara.

Mauchly hojeó el expediente.

- Según el extracto de la tarjeta de crédito y los registros hoteleros, estaba en Sedona, Arizona, en el momento de la muerte de los Thorpe. Asistió a un seminario sobre cristales. -Dejó el expediente y miró a Lash-. ¿Hay muchas asesinas en serie?

- Más de lo que se cree. A finales de los ochenta, Dorothea Puente mató a nueve de sus inquilinos. Mary Ann Cotton dejó un rastro de maridos e hijos muertos. Más del noventa por ciento son blancas. Suelen ser trabajadoras del sector sanitario o «viudas negras» que matan discretamente durante varias décadas. Los cuarenta y seis años entrarían dentro del patrón. ¿Tiene familia?

Mauchly consultó las hojas.

- No.

- Busque indicios de aislamiento, falta de antecedentes penales y posibles malos tratos por parte de su marido, o una educación muy severa.

- Nunca ha estado casada -dijo Mauchly-. La tienda la lleva ella sola. No veo información sobre empleados en la base de datos del Departamento de Trabajo. Tampoco tiene antecedentes penales.

Lash lo miró e hizo un gesto de asombro. Ya conocía de primera mano el increíble volumen de datos que recogía Edén sobre sus clientes, pero seguía inquietándolo que pudieran escarbar tanto en la vida de alguien que había sido rechazado sin contemplaciones varios años atrás.

- A ver si habremos acertado a la segunda -anunció Tara-. Antecedentes penales no sé, pero aquí figura un historial médico por consumo de drogas. Lleva seis meses con temporadas de desintoxicación. -Cogió unas hojas y regresó al ordenador-. El sábado a primera hora ingresó en una clínica de rehabilitación en las afueras de New Hope.

- Los Wilner murieron el viernes por la noche -observó Mauchly-. York solo queda a dos horas en coche de Larchmont.

Tara siguió tecleando.

- Al ingresarla detectaron niveles casi tóxicos de fentanil en su organismo. El médico de guardia dijo que se desmayó en el aparcamiento y que pasó varias horas durmiendo.

- No se pueden cometer dos asesinatos con tanto fentanil en la sangre -aseguró Lash.

Tara suspiró.

El silencio invadió la habitación. Mauchly dejó los papeles y abrió la tercera y última carpeta.

- James Albert Groesch -leyó-. Treinta y un años, caucásico, sin filiación religiosa. Dejó la formación profesional después del segundo año. Residente en Massapequa, Nueva York. Empleado de correos. Superó la primera criba, pero al volver para la evaluación fue rechazado por el evaluador principal.

- ¿Motivo? -preguntó Lash.

- Resultados alarmantes en los tests. El inventario de personalidad indicaba socialización defectuosa, ambivalencia ante las relaciones íntimas, posibles desajustes sexuales y tendencias misóginas incipientes.

- ¿Misoginia? ¿Qué sentido tiene que un misógino recurra a los servicios de Edén?

- Eso tendría que explicármelo usted, doctor Lash. Aquí no viene todo el mundo por motivos sanos. Es una de las cosas que descartan nuestras evaluaciones. -Mauchly continuó leyendo-. El evaluador dice que al ser informado de su rechazo Groesch adoptó una actitud amenazadora. Hizo afirmaciones agresivas sobre Edén, y sobre… a ver… la «perfección de cartón piedra» y la «felicidad artificial». Dio a entender que era un complot del gobierno para reclutar a mujeres que espiaran a los hombres y se infiltraran en sus casas. Avisaron a seguridad, y se tomaron medidas disciplinarias contra el empleado que había aceptado a Groesch en la primera criba.

- Antes de la muerte de los Thorpe, Groesch se fue de excursión al Gran Cañón -intervino Tara, consultando el resumen-. Pasó dos noches en Phantom Ranch. Luego, el día en que se descubrieron los cadáveres, cogió dos aviones, uno desde Flagstaff hasta Phoenix y otro de Phoenix a La Guardia.

«O sea, que en el momento de las muertes los tres candidatos estaban en Flagstaff o cerca», pensó Lash. Debía de ser uno de los filtros usados por Liza al elaborar la lista.

- Hay otro dato -dijo Tara-. La evaluación de Groesch fue el 2 de agosto de 2002.

- ¿Y qué? -preguntó Lash.

- Pues que es el mismo día que la de Karen Wilner.

El escalofrío fue general.

- Socialización defectuosa -murmuró Lash-. Desajustes sexuales.

Se giró hacia Mauchly.

- ¿Ha encontrado algo más? ¿Algo que demuestre que no puede ser la persona que buscamos?

Mauchly leyó el resumen por encima y se lo dio a Tara, que lo hojeó y negó con la cabeza.

Lash sintió una breve sacudida. De golpe ya no estaba cansado. Entre los papeles había una foto en color de Groesch. La cogió y encontró la mirada de un hombre corpulento y rubio, con el pelo muy corto y un mostacho enorme.

- Venga, cojamos los picos y las palas -dijo Tara-, que ha llegado el momento de buscar más datos.

Mauchly se levantó sin decir nada y se acercó a la pared del fondo, donde estaban amontonadas las cajas de pruebas. Llevó tres a la mesa y rompió el sello de la primera. Lash vio extractos de tarjetas de crédito, listas de llamadas telefónicas y transcripciones que parecían direcciones de Internet.

- ¿Podría ponerse en contacto con el equipo de videovigilancia y coordinarlo, Tara? -preguntó Mauchly-. Que empiecen a hacer operaciones de reconocimiento en Massapequa, Larchmont y Flagstaff. ¡Ah, y que averigüen quién es el enlace por satélite de hoy! Que activen los archivos, por si acaso.

- Ahora mismo.

Tara se levantó y cogió el teléfono.

Mauchly metió una mano en la caja abierta, sacó dos montañas de papeles y empezó a hojearlas.

- Parece que el señor Groesch hizo muchas llamadas a su madre durante las semanas anteriores a las cuatro muertes. Mandaremos rastrear cualquier llamada que hiciera durante los dos días en cuestión. Podría ser interesante. Mmm… En los últimos dos o tres meses también se ha apuntado a varios servicios rudimentarios de búsqueda de pareja por Internet. Aquí pone que en todos los casos rellenó el formulario de manera diferente, mintiendo sobre su edad, su lugar de residencia y sus intereses. Parece que últimamente también ha visitado páginas web un poco raras: una que enseña a preparar venenos y otra especializada en fotografías explícitas de asesinatos y suicidios. -Levantó la vista-. ¿Se ajusta a su perfil, doctor Lash?

Era abrumador la cantidad de datos que Edén podía sacarse sin esfuerzo de la chistera.

- ¿Cómo pueden hacer todo esto? -preguntó Lash.

- ¿El qué?

- Recoger tanta información. ¡Si ni siquiera llegaron a ser clientes suyos!

Los labios de Mauchly se tensaron fugazmente, como si sonriera.

- Doctor Lash, juntar a dos personas para que formen una unidad perfecta solo es la mitad de nuestro trabajo. La otra… digamos que es estar al corriente de todo. Sin la segunda, sería imposible la primera.

- Ya, ya lo sé, pero nunca había visto nada parecido, ni siquiera en el FBI. Parece que puedan reconstruir prácticamente toda la vida de una persona.

- La gente cree que sus actividades cotidianas son invisibles -dijo Tara-, pero se equivoca. Cada vez que alguien navega por la red, hay cookies que siguen su rastro y los clics de su ratón al visitar una página. Cada mensaje que envía pasa por una docena de servidores antes de llegar a su destino. Si pasa un día en cualquier gran ciudad, su imagen será captada por centenares de circuitos cerrados de televisión. Lo único que falta es una infraestructura bastante potente para reunirlo todo. Es donde intervenimos nosotros. Compartimos nuestra información con proveedores de bases de datos comerciales, determinados organismos del gobierno, proveedores de Internet, distribuidores de correo comercial…

- ¿Correo comercial? -dijo Lash, sorprendido.

- Las empresas de correo comercial tienen algoritmos de datos muy perfeccionados. No dan palos de ciego, como cree la gente. Y en el caso del telemarketing, tres cuartos de lo mismo. Bueno, pues todos esos datos sobre la persona en cuestión se recogen y almacenan para siempre. Nuestro problema no es la falta de datos. Normalmente tenemos demasiados.

- Es como el Gran Hermano.

- Podría parecerlo -respondió Mauchly-, pero gracias a nosotros centenares de miles de clientes han encontrado la felicidad. Y ahora es posible que paremos los pies a un asesino.

Llamaron a la puerta. Tara se levantó del ordenador para abrirla. Un hombre con bata de laboratorio le entregó una carpeta de color marfil. Tara le dio las gracias, cerró la puerta y abrió la carpeta. Miró el contenido durante un minuto.

- Mierda -murmuró.

- ¿Qué pasa? -preguntó Mauchly.

Tara le dio la carpeta sin decir nada. Mauchly la examinó un buen rato y se giró hacia Lash.

- Nuestro equipo ha hecho un reconocimiento facial en nuestro archivo de imágenes de vigilancia -explicó-. Como ya sabíamos que Groesch estuvo cerca de Flagstaff en el momento de la muerte de los Thorpe, Tara ha limitado la búsqueda a sus movimientos durante la noche en que murieron los Wilner, y han aparecido estas imágenes.

Le pasó a Lash unas fotografías.

- Fíjese: a las 15.12 de la tarde estaba en un cajero automático. Aquí, a las 16.05, en un semáforo. Y aquí, comprando cigarrillos a las 16.49. A las 17.45 se compró unos vaqueros.

Lash miró las fotos: Eran como las que había visto usar de pruebas en el FBI, de veinte por veinticinco y en papel brillante. Sorprendía la calidad de su resolución. El hombre rubio y bigotudo que aparecía en ellas era inconfundiblemente James Groesch.

Entusiasmado, devolvió las fotos a Mauchly, que le señaló una etiqueta en la parte exterior de la carpeta. Ponía: massapeQUA, LONG ISLAND, 24/9/04.

La alegría de Lash se apagó de repente.

- O sea, que mientras los Wilner se desangraban en Larchmont él estaba en Massapequa -dijo.

Mauchly asintió.

Lash suspiró y miró el reloj: las diez y media.

- ¿Y ahora? -preguntó.

Ya sabía la respuesta. Era el turno del último posible sospechoso: Gary Handerling, el empleado de Edén.

24.

- Con Handerling no deberíamos tardar mucho -dijo Mauchly-. Los historiales y los expedientes psicológicos de los futuros empleados son aún más exhaustivos que los de los clientes. De hecho, me sorprende un poco que Liza lo haya marcado.

Reinaba en el despacho una decepción casi palpable.

- ¿Cuál es el procedimiento? -preguntó Lash.

Bebió un poco de café. Estaba frío, pero se lo acabó.

- Tenemos dispositivos de seguimiento pasivo en todos los puntos de trabajo y todos los cubículos: registros de pulsaciones, y cosas por el estilo. Lo sabe todo el mundo. Más que nada son medidas preventivas. -Mauchly abrió otro documento: una fina carpeta de papel Manila que contenía pocas hojas-. Gary Joseph Handerling. Treinta y tres años. Trabajó de técnico de datos en un banco de Poughkeepsie. Actualmente vive en Yonkers. Divorciado y sin hijos. La búsqueda de antecedentes solo ha descubierto unas visitas al orientador del instituto después de haber roto con su primera novia.

Tara se rió entre dientes.

- Pasó la evaluación psicológica dentro de los parámetros normales, con puntuaciones altas en facultades de liderazgo y oportunismo. Edén lo empleó en junio de 2001, en régimen rotatorio de prácticas. Trabajó seis meses en la sección de mantenimiento de sistemas, y en enero de 2002 fue trasladado a obtención de datos. Acabó las prácticas, y en agosto pasó a la brigada de limpieza. Obtuvo una buena puntuación a lo largo de todo el seguimiento. Destacó por su alto grado de motivación y su interés en saber más de la empresa.

«Un boy scout del carajo», pensó Lash.

- En febrero de este año fue nombrado jefe de su equipo de limpieza, y ahora la empresa está considerando la posibilidad de ascenderlo a otra sección, pero él parece contento con su actual puesto. -Mauchly miró a Lash-. ¿Se ajusta a algún perfil?

La pregunta estuvo teñida de ironía.

- La verdad es que no -respondió Lash, sintiéndose derrotado-. Hay psicópatas que son auténticos expertos en camuflaje, como Ted Bundy. La edad, la raza y el estado civil de Handerling cuadran con el prototipo de asesino en serie organizado, pero la coherencia de su historial laboral va en contra del perfil. Claro que en estas muertes no hay nada estándar… -Reflexionó-. ¿Tiene al día los pagos del coche y las tarjetas? Los asesinos en serie pueden estar obsesionados por no saltarse ningún pago y no llamar la atención.

Mauchly volvió a mirar la carpeta.

- Tara, ¿puede consultarlo en las agencias de crédito y cotejar los datos con los de la Dirección de Tráfico?

- Sí, claro. ¿Me da el número de la seguridad social?

- 200-66-2984.

- Un momento. -Los dedos de Tara se desplazaron por el teclado-. Todo perfecto. Ningún retraso en ninguna tarjeta durante los últimos dieciocho meses. Los pagos del coche están todos al día.

Mauchly asintió con un gesto.

- El historial de conducción tampoco es malo. Solo le han quitado dos puntos del carnet.

- ¿Por qué? -preguntó Lash, más por costumbre que por interés.

- Supongo que por exceso de velocidad. Déjenme consultar el registro.

Nadie dijo nada. Solo se oía el ruido de las teclas.

- Sí -dijo Tara después de un rato-: exceso de velocidad en zona residencial. Y es reciente: 24 de septiembre.

- 24 de septiembre -repitió Lash-. Eso fue el día…

Tara lo interrumpió.

- En Larchmont.

Larchmont…

- Eso fue el día en que murieron los Wilner -acabó de decir Lash.

Esta vez, por un segundo, el silencio fue total. Se miraron, y Mauchly dijo en voz muy baja:

- Tara, ¿puede proteger este terminal? No quiero que nos espíen.

Tara se giró hacia el teclado e introdujo unas órdenes.

- Ya está.

- Empecemos por la tarjeta de crédito -propuso Mauchly-. Averigüe si ha estado en algún sitio interesante durante el último mes.

Seguía hablando en voz baja, casi somnolienta.

- Estoy conectándome con Instifax. -Más ruido de teclas-. Ha estado muy ocupado. Muchas cuentas de restaurantes, sobre todo en la ciudad y la parte baja de Westchester. Qué raro… También salen un par de moteles, uno en Pelham y otro en New Rochelle. -Tara levantó la vista-. ¿Qué sentido tiene pagar por un motel que está a un cuarto de hora de tu piso?

- Siga -dijo Mauchly.

- Aquí sale un billete de avión de hace poco, con Air Northern; un alquiler de coche de ciento y pico dólares; otra factura de hotel en un sitio que se llama Dew Drop Inne… Ah, y un billete de tren de Amtrak. Y algo que parece una reserva de hotel para este fin de semana.

- ¿Dónde?

- Un momento, que lo busco. En Burlingame, Massachusetts.

- Entre en Easy Trak y consulte los billetes.

- Estoy en ello. -Tara hizo una pausa, esperando que cambiara la pantalla-. El billete de avión era una ida y vuelta a Phoenix, con salida de La Guardia el 15 de septiembre y vuelta el 17 de septiembre.

- Los Thorpe murieron el 17 de septiembre -comentó Mauchly-. El hotel que ha mencionado, Dew Drop Inne… ¿Dónde está?

Martilleo de teclas.

- En Flagstaff, Arizona.

Al escucharlo, Lash sintió un escalofrío.

Mauchly se levantó despacio, casi con desidia, y rodeó la mesa.

- ¿Puede conseguir el registro de pulsaciones del terminal de Handerling durante las últimas tres semanas, por decir algo?

Lash se levantó automáticamente y se acercó a la pantalla, como Mauchly.

- Aquí está -dijo Tara.

La pantalla se llenó rápidamente de datos. Eran todas las teclas que había pulsado Handerling en los últimos quince días laborables.

- Aplique el sniffer. -Mauchly miró a Lash de reojo-. Lo pasaremos por un filtro inteligente, para ver si ha tecleado algo sospechoso.

- ¿Como el gobierno cuando busca terroristas en e-mails y llamadas telefónicas?

- Sí, es que usan tecnología nuestra.

- Todo normal -anunció Tara al cabo de un rato-. El sniffer no detecta nada.

- ¿En qué han dicho que trabaja? -preguntó Lash.

- Limpieza de Datos se ocupa de archivar de modo seguro los datos de los clientes después de su procesamiento.

- Posprocesamiento. O sea, cuando ya está formada la pareja.

- Exacto.

- Y ha dicho que ocupa un puesto de responsabilidad. ¿Podría tener acceso a datos personales, delicados?

- Repartimos los datos de los clientes entre varios equipos de limpieza para reducir el riesgo. Teóricamente es posible, pero si hubiera estado cotilleando aparecería en el registro de pulsaciones.

- ¿Podría haber accedido a los datos desde otro terminal?

- Los terminales están codificados por pulseras identificadoras. Si hubiera usado otro, lo sabríamos.

Se quedaron callados. Mauchly miraba la pantalla con los brazos cruzados.

- Tara -dijo-, haga un análisis de frecuencia de las teclas, a ver si se ha apartado alguna vez de su trabajo normal.

- Un minuto.

Al siguiente cambio de pantalla, aparecieron varias columnas paralelas: fechas, horas y misteriosos acrónimos que a Lash no le dijeron nada.

- Nada que destaque -dijo Tara al cabo de un momento-. Parece todo rutinario.

Lash se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. ¿Pasaría lo mismo que las otras veces? ¿Estarían a punto de descubrir que lo que parecía el umbral de un paso decisivo solo era otro callejón sin salida?

- Hasta parece demasiado rutinario -añadió Tara.

- ¿En qué sentido? -preguntó Mauchly.

- Fíjese en esto, por ejemplo: cada día, entre las 14.30 y las 14.45, se repiten exactamente las mismas pulsaciones.

- ¿Qué tiene de raro? Podría ser alguna actividad diaria, como actualizar un archivo.

- Entonces cambiaría algún detalle: el juego de datos, la ubicación de las copias de seguridad… En cambio aquí todo es idéntico, hasta los nombres de los volúmenes.

Mauchly observó atentamente la pantalla.

- Tiene razón. Las secuencias son idénticas durante un cuarto de hora cada día.

- Y durante el mismo cuarto de hora. -Tara señaló la pantalla-. Con una precisión de segundos. No puede ser una casualidad.

- ¿Qué quieren decir? -preguntó Lash.

Mauchly lo miró.

- Nuestros empleados son conscientes de que su trabajo está controlado. Handerling sabe que si intentara algo demasiado evidente, como desactivar el registro de pulsaciones, llamaría inmediatamente la atención. Todo apunta a que encontró una manera de crear una cortina de humo. Quizá ejecutara una secuencia de instrucciones inofensivas mientras hacía otra cosa.

- Es posible que haya encontrado un punto vulnerable en el sistema -dijo Tara-, algún defecto, y que lo haya aprovechado.

- Y ¿hay alguna manera de saber qué hacía exactamente durante ese cuarto de hora? -preguntó Lash.

- No -respondió Mauchly.

- Sí -dijo Tara.

La miraron.

- Podría ser. También usamos cámaras de vídeo para tener capturas de pantallas de todos los terminales de dirección, ¿verdad? Son poco frecuentes, y aleatorias, pero quizá haya suerte.

Tecleó algunas órdenes y se quedó a la espera.

- Parece que en ese bloque de quince minutos solo consta una captura reciente del terminal de Handerling. El 13 de septiembre.

- ¿Podría imprimirla, por favor? -le pidió Mauchly.

Después de que Tara introdujera una serie de comandos, la impresora de la mesa empezó a zumbar. Mauchly cogió la hoja en cuanto salió, y se la enseñó a los demás:

EDEN - Patentado y confidencial

Resultados de la consulta SQL en bloque de datos AS4719

Operador: Desconocido

Hora: 14.38.02.98 13 sept. 04

Ciclos de CPU: 23054

THORPE,L. - FLAGSTAFF, AZ

WILNER, J. - LARCHMONT, NY

CONNELLY, K. - MADISON, WI

REVER, M. - JUPITER, FL

IMPERIOLE, M. - ALXANDRIA, VA

- Madre mía… -murmuró Tara.

- ¿Los otros nombres son de superparejas? -preguntó Lash.

Mauchly asintió.

- Las seis que hemos tenido hasta ahora.

Lash casi no lo oyó. Su cerebro funcionaba a mil por hora. «Los asesinos en serie son animales de costumbres…»

Al contemplar la lista se acordó de algo. De algo que lo estremeció.

- Ha comentado que había un billete de Amtrak -le dijo a Tara-. Y una reserva de motel.

Tara abrió los ojos de par en par y se giró otra vez hacia el teclado.

- Una reserva en el Acela destino Boston. Este viernes por la mañana.

- ¿Y el motel? ¿Dónde está?

- En Burlingame, Massachusetts.

Mauchly se apartó del terminal. Su actitud ya no era impasible.

- Tara, quiero un seguimiento de las llamadas telefónicas de Handerling, desde el trabajo y desde casa. ¿Me hará el favor?

Tara hizo un gesto de asentimiento y cogió el teléfono.

- Gracias. -Mauchly se giró a medio camino de la puerta-. Disculpe, doctor Lash, pero tengo varias cosas que hacer.

25.

En muchos aspectos, el escenario era como los demás: un dormitorio desordenado, con los espejos rotos y las cortinas abiertas, como si se invitara a la noche a presenciar el horror. En otros, sin embargo, las diferencias eran radicales. Alrededor del cuerpo destrozado de la víctima había un charco de sangre. La luz cruel de los focos se reflejaba muy blanca en las paredes, desnudas y sin ningún mensaje.

El comisario Masterton apartó su mirada del cadáver. Tenía la expresión tensa del policía que recibe presiones de todas partes.

- Ya me estaba preguntando cuando vendrías, Lash. Saluda a la víctima número tres: Helen Martin, de treinta y dos años.

Miró a Lash muy fijamente. Parecía apunto de hacer otro comentario mordaz sobre la exigüidad del perfil del asesino, pero se limitó a hacer un gesto de asco.

- ¡Por Dios, Lash, pareces un zombi! Cada vez que te veo tienes peor aspecto.

- Dejemos el tema para otro momento. ¿Cuánto tiempo lleva muerta?

- Menos de una hora.

- ¿Algún indicio de violación? ¿Penetración vaginal?

- Está apunto de llegar el forense, pero yo diría que no. Tampoco hay indicios de que haya sido un robo con complicaciones. Está todo como las otras veces. La única diferencia es que hoy tenemos una pista que seguir, pues un vecino ha llamado al oír ruido. No ha descrito ningún vehículo, pero ya hemos puesto coches en los principales cruces y salidas de autopista. Esta vez puede que obtengamos resultados.

El crimen era tan reciente que la policía local solo había dado los primeros pasos: fotos, búsqueda de huellas dactilares, dibujo del contorno del cadáver… Lash contempló a la víctima. Volvía a tener la misma sensación de que todo estaba fuera de quicio, como un rompecabezas cuyas piezas no llevaran impresas las imágenes correctas. No había nada que encajara; o, si lo había, era de un modo equivocado. Lo sabía porque se había pasado varios días juntando y separando mentalmente las piezas. Era como un fuego que consumía sus pensamientos, y le devoraba el sueño.

El cadáver mostraba claramente haber sufrido un ataque relámpago. Era el sello distintivo de un asesino socialmente inadaptado. Sin embargo, la casa estaba aislada, rodeada de bosques y de intimidad; por lo tanto, no había sido un crimen espontáneo. Por no hablar de los espejos rotos, que solían indicar la disconformidad del asesino con sus propios actos. Claro que esa clase de asesinos también tapaba a la víctima y le escondía la cara, mientras que la mujer del suelo estaba desnuda, con los brazos y las piernas dispuestos de un modo espantosamente provocativo. Lo cual no significaba que

fuera un crimen de componente sexual. Ni con elementos de robo. Esta vez, ni siquiera presentaba la aureola ritual de dedos cortados, que habr í a aportado un matiz compulsivo.

Para elaborar un perfil había que meterse en la cabeza del asesino, y empezar a hacer preguntas. ¿Qué había pasado en la habitación? ¿Por qué de esa manera concreta? Hasta los asesinos en serie tenían su lógica retorcida, mientras que en ese caso no había ninguna lógica, ni ningún fundamento para construir una interpretación.

La mirada de Lash vagó por las paredes del dormitorio. En los dos crímenes anteriores, habían aparecido cubiertas de peroratas casi incoherentes, un cúmulo sangriento de contradicciones. Esta vez no había nada escrito. ¿Por qué?

Sus ojos se fijaron en el ventanal que daba al bosque de detrás de la casa. La persiana estaba totalmente abierta, como las otras veces. Una de las lámparas de sodio apuntaba hacia el cristal y, a pesar del reflejo, a Lash le pareció ver manchas negras en él.

- Masterton, ¿podrías apartar la luz de la ventana?

Acababa de llegar el forense. El comisario, que había cruzado la sala para hablar con él, miró a Lash.

- ¿Qué has dicho?

- La luz de la ventana, que si puedes moverla hacia aquí .

Masterton se encogió de hombros y dijo algo a Ahearn, su subordinado inmediato.

El resplandor inundó a Lash, dejando a oscuras la ventana. Se acercó con Masterton detrás. En la parte superior del cristal habían escrito letras de gran tamaño, letras de sangre escritas con el dedo: «Ahora ya tengo lo que necesito. Gracias» .

- Mierda - murmuró .

- Ya ha acabado - dijo Masterton -. Menos mal, Lash. Esto ya está.

- No - contest ó Lash -. No se ha acabado. Acaba de empezar.

Lash se incorporó y esperó a que se borrara el recuerdo. Miró el reloj: la una y media. Se levantó, pero, pensándolo mejor, volvió a acostarse en un lado de la cama.

Cuatro noches seguidas durmiendo como máximo ese mismo número de horas. No podía llegar a Edén en un estado al límite de la inconsciencia. Tal como estaban las cosas, no.

Volvió a levantarse y fue al lavabo. Antes de poder cambiar de idea, sacó la caja de Seconal, cogió un pequeño puñado de pastillas y se las tragó con agua. Luego volvió a la cama, arregló cuidadosamente las mantas y se hundió gradualmente en sus oscuros sueños.

Lo despertó un tañido de campanas de iglesia: las de su boda en la misión de Carmel-by-the-Sea, emblanquecida por el polvo. Pero eran campanadas demasiado fuertes, muy seguidas, incesantes…

Cuando hizo el esfuerzo de abrir los ojos, se dio cuenta de que era el teléfono. Al sentarse en la cama, empezó a ver girar la habitación. Volvió a tumbarse con los ojos cerrados, buscando el teléfono a tientas.

- ¿Diga? -contestó con voz ronca.

- ¿El doctor Christopher Lash?

- Sí, yo mismo.

- Soy Ken Trotwood, de New Olympia Savings and Loan.

Abrió los ojos y, con otro esfuerzo, se fijó en el reloj.

- ¿Sabe qué hora…?

- Ya sé que es muy temprano, doctor Lash. Lo siento mucho, pero ha sido la única manera de encontrarlo. Como no contestaba a nuestras cartas ni a nuestras llamadas…

- ¿De qué habla?

- Llamo por la hipoteca de su casa. La tiene contratada con nosotros, y hay un retraso en los pagos, doctor Lash. Tenemos que insistir en que lo solucione cuanto antes, pagando los intereses de demora.

Lash intentó pensar con claridad.

- Debe de ser una equivocación.

- No creo. La casa a la que me refiero está en Ship Bottom Road, número diecisiete, Westport, Connecticut.

- Sí, es mi dirección, pero…

- Según lo que aparece en la pantalla, hemos enviado tres cartas y hemos intentado llamarlo por teléfono media docena de veces, pero no lo hemos encontrado.

- Imposible. No he recibido ningún aviso. Además, la hipoteca la cargan automáticamente en mi cuenta.

- Pues habrá algún problema con el banco, porque según nuestro registro lleva más de cinco meses de retraso, y tengo el deber de informarlo de que si no efectúa enseguida el pago nos veremos obligados a…

- No hace falta que me amenace. Lo solucionaré enseguida.

- Gracias, y buenos días.

Colgaron.

«Buenos días.» Al tumbarse, cansado, su vista recayó en la ventana, donde los primeros y vagos resplandores del alba habían empezado a suavizar la inequívoca negrura de la noche.

26.

- ¿De qué se lo acusa? -preguntó el agente del FBI sentado al volante.

- Lo están investigando por cuatro posibles homicidios -contestó Lash.

La lluvia tamborileaba en el techo del coche y chorreaba por las ventanillas. Lash se acabó la taza de café y pensó en ir a buscar otro en el bar más cercano, pero una mirada a su reloj se lo desaconsejó. Ya eran las cinco y diez, y el historial de relaciones humanas indicaba que Gary Handerling casi siempre salía temprano del trabajo.

Miró el retrato de Handerling que había en el asiento de al lado. Era una foto tomada esa mañana por una cámara del punto de control I. Luego miró la avenida Madison, con el rascacielos de Edén al fondo. Sin duda, Handerling sería fácil de reconocer. Era alto y desgarbado -aunque con la barriga un poco fofa-, con el pelo rubio, no muy abundante, y una cazadora amarilla que destacaba sobremanera. Incluso si a Lash se le pasaba por alto, podía contar con que lo reconocería alguno de los otros equipos.

Volvió a observar la foto. Handerling no parecía un asesino en serie. Como la mayoría.

En ese momento se abrió la puerta del copiloto y subió un hombre corpulento con el traje empapado. Se giró para mirar la parte trasera del coche, y Lash se quedó sorprendido al reconocer a John Coven, un antiguo compañero con quien había trabajado en algunos de sus primeros casos.

- ¿Lash? -dijo Coven con la misma cara de sorpresa-. ¿Eres tú?

Lash asintió.

- ¿Qué, John, cómo te va? -dijo.

- Supongo que no me puedo quejar. Sigo de GS-13, trampeando. En cinco años estaré en Florida pescando sábalos en vez de criminales.

- Me alegro.

Como tantos agentes, estaba obsesionado con la cuenta atrás de la jubilación, y con vivir de su pensión.

Miró a Lash con curiosidad.

- Me dijeron que ya no trabajabas con nosotros, y que te estabas forrando en el sector privado.

Naturalmente, sabía muy bien que Lash ya no estaba en el FBI. También cabía suponerlo al corriente del motivo. Era una simple exhibición de tacto.

- Pues sí -contestó Lash-. Esto es temporal, un pluriempleo, para variar un poco.

Coven hizo un gesto de asentimiento.

- ¿Y tú? ¿No es una misión un poco inhabitual para ti? -preguntó Lash, intercambiando educadamente los papeles.

Coven se encogió de hombros.

- Ahora ya no. Esto se ha convertido en una sopa de letras. Con tanto movimiento y tantas reorganizaciones, parece una casa de locos. Nunca sabes con quién trabajarás: Narcóticos, la CIA, Interior, la policía local, las Girl Scouts…

«Sí, bueno, pero no en una empresa privada», pensó Lash. Era la primera vez que veía que una empresa privada usaba al FBI como refuerzo.

- Lo único raro es que la orden procede directamente del jefe -comentó Coven-. No ha seguido las vías normales.

Lash recordó las palabras de Mauchly: «Compartimos nuestra información con determinados organismos del gobierno». Al parecer, la colaboración funcionaba en los dos sentidos.

Durante el día casi no había visto a Mauchly y Tara Stapleton. Había llegado tarde, después de pasarse casi toda la mañana desenredando una trama complicadísima de papeleo, formularios bancarios, informes de agencias de crédito y líos burocráticos, todo con el objetivo de corregir su situación hipotecaria y los números rojos de varias tarjetas de crédito. Justo antes de comer, Mauchly había pasado por su despacho con un paquete grande bajo el brazo, diciendo que Handerling tenía reservado el billete de tren para la tarde siguiente. Por la mañana había hecho una llamada telefónica. Gracias a ella, sabían que había quedado con una mujer a la salida del trabajo. Estaban organizando la vigilancia, y Mauchly había querido que participase. La noche antes había rechazado educadamente las exhortaciones de Lash a que se pusieran en contacto lo antes posible con la policía.

- No es un peligro inminente -había dicho-. Aún necesitamos más pruebas. No se preocupe, que lo estamos vigilando muy de cerca.

Luego había dejado el paquete en la mesa -la solicitud de trabajo de Handerling, su evaluación como empleado y su historial previo- y había dicho:

- Échele un vistazo para ver si cuadra con su perfil. En caso afirmativo, le pediría un breve análisis de personalidad. Podría ser muy útil.

En definitiva, Lash se había pasado toda la tarde consultando el historial del sospechoso. Handerling era un hombre inteligente. Ciertos indicios sutiles, vistos en retrospectiva, permitían suponer que se había preparado cuidadosamente para los tests psicológicos. Todas las preguntas ideadas para descubrir señales de alarma habían recibido

respuestas neutras. Las escalas de validez eran aceptablemente bajas en todos los tests; aceptable y uniformemente, lo cual daba a entender que Handerling sabía reconocer las preguntas cuyo objetivo era descubrir mentiras, y que contestaba a todas de la misma manera.

Tanta inteligencia y planificación eran característicos del asesino organizado. De hecho, ¿qué otra cosa podía ser Handerling, si se hacía pasar por un empleado modelo de Edén? Lash llegó a la conclusión de que los elementos desorganizados de los asesinatos se explicaban por la naturaleza excepcional de las víctimas. Estaba claro que dentro de Edén las seis superparejas formadas hasta la fecha casi eran figuras de culto. Sin embargo, para alguien con sentimientos de inferioridad o rabia -alguien, por ejemplo, que hubiera tenido una madre posesiva, o mala suerte en las relaciones personales-, podían ser un motivo de celos, y hasta una válvula de escape para una ira mal encauzada.

Más que conocer a los Thorpe y los Wilner, Handerling sabía que existían gracias a su trabajo en Edén. Era un detalle muy interesante, ya que implicaba la existencia de una nueva subcategoría de asesinos en serie que hasta entonces no había sido identificada. Era un producto de la era de la información, un asesino que buscaba a sus víctimas en las bases de datos. El tema merecía un artículo destacado en el American Journal of Neuropsychiatry, para que rabiara un poco su viejo amigo Roger Goodkind.

Oyó el sonido de una radio en el asiento delantero.

«Unidad siete cero nueve. En posición.»

Coven cogió la radio, pero sin levantarla mucho, para que no se viera desde fuera del coche.

- Recibido. -Se giró hacia Lash-. No nos han dado mucha información. ¿Cómo está montado?

- Se supone que Handerling ha quedado con una mujer a la salida del trabajo. Es de lo poco que sabemos.

- ¿Cómo se desplaza?

- No se sabe. Puede ser a pie, en metro, en autobús o de cualquier otra manera. Ah, y… -Lash se quedó callado-. Ya lo veo. Es el que está saliendo por la puerta giratoria.

Coven encendió la radio.

- Aquí siete cero siete. A todas las unidades: el sospechoso está saliendo del edificio. Hombre blanco, aproximadamente de un metro ochenta y cinco, con una cazadora amarilla. Manténganse a la escucha.

Handerling se detuvo para echar un vistazo a la avenida Madison y abrió un paraguas grande. Lash resistió el impulso de mirarle la cara. Habían pasado muchos años desde su última misión de vigilancia. Sintió que le latía el corazón a una velocidad incómoda.

- Nuestro hombre es el de ahí -dijo Coven, señalando el quiosco de la esquina con la cabeza.

- ¿El del paraguas rojo y el teléfono móvil?

- Exacto. Parece mentira que los teléfonos móviles hayan facilitado tanto la vigilancia. Hoy en día es muy normal ver a alguien hablando por la calle con la mano en la oreja, y los aparatos de Nextel que usamos incorporan características de walkie-talkie para poder emitir para todo el grupo.

- ¿Algún otro recurso de vigilancia a pie?

- Sí, en la boca del metro, y en aquella parada de autobús.

«Aquí siete cero nueve -dijo una voz por la radio-. El sospechoso se mueve. Parece a punto de parar un taxi.»

Lash se permitió una mirada de reojo por la ventanilla. Handerling se había acercado a la calzada con pasos largos. Extendió un brazo, y un taxi se acercó obedientemente al bordillo.

Coven cogió la radio.

- Aquí siete cero siete. Lo tenemos a la vista. Siete cero dos y siete cero cinco, nos ponemos en marcha.

«Recibido», respondieron a coro varias voces.

El conductor se incorporó al tráfico, a pocos coches de distancia del taxi.

- El sospechoso está girando hacia el este por la calle Cincuenta y siete -dijo Coven con la radio en el regazo, como hasta entonces.

- ¿De cuántos coches disponemos? -preguntó Lash.

- De otros dos. De momento evitaremos que nos vea. Iremos manzana por manzana.

El taxi iba despacio a causa de la lluvia y del intenso tráfico.

Una de sus ruedas cruzó un bache muy profundo, salpicando la acera de agua marrón. En la avenida Lexington giró bruscamente, cortándole el paso a una furgoneta.

- Gira hacia el sur por Lex -dijo Coven-. Seguimos a cuarenta por hora. Voy a perderlo de vista. ¿Alguien me releva?

«Aquí siete cero cinco -respondieron-. Lo tengo a la vista.»

Lash miró por el cristal trasero y vio acercarse un todoterreno en el carril de al lado. A pesar de la lluvia, pudo reconocer a Mauchly en el asiento de la derecha.

El conductor de Coven aceleró con suavidad y adelantó al taxi. Lash reconoció una de las prácticas de vigilancia estándar: usar el máximo número de vehículos a fin de que el sospechoso no se sintiera perseguido. En pocas manzanas darían media vuelta y se incorporarían al final de la cola.

- Siete cero cinco, recibido. -Coven giró la cabeza-. ¿Qué, Lash, cómo se vive en el sector privado?

- Ya no puedo hacer apaños con las multas por exceso de velocidad.

Coven sonrió y le pidió al conductor que se metiera por la Tercera Avenida.

- ¿Alguna vez echas de menos el FBI?

- El sueldo no.

- Bien dicho.

«Unidad siete cero cinco -dijeron desde la radio-. El sospechoso va hacia el este por la Cincuenta y cuatro. El coche está parando. Voy a adelantarlo. ¿Quién me releva?»

«Aquí siete cero dos. Hemos aparcado en la esquina del fondo. Mantenemos el contacto visual.»

El conductor de Coven aceleró y superó varios cruces sin demasiadas contemplaciones hacia los demás coches.

«Siete cero dos. El sospechoso ha bajado del coche. Está entrando en un bar que se llama Stringer's.»

- Siete cero siete -respondió Coven-. Recibido. Vigila la entrada. Siete catorce, te necesitamos en Stringer's. Cuarenta y cuatro entre Lex y la Tercera.

«Recibido.»

En unos minutos, el coche llegó a una parte de la calle Cuarenta y cuatro donde estaba prohibido aparcar. Lash miró por la ventanilla. A juzgar por el color chillón del toldo, y por los grupos de veinteañeros que había en la puerta, Stringer's era un bar para jóvenes profesionales.

- Ya llegan -dijo Coven.

Lash vio acercarse por la calle a una pareja joven que no le sonó de nada. Iban cogidos de la mano, compartiendo paraguas.

- ¿Vigilancia a pie?

Coven asintió.

La pareja entró en el bar. Un minuto después sonó el teléfono móvil de Coven.

- Siete cero siete -dijo.

Lash oyó claramente la voz del auricular.

«Estamos en el bar. El sospechoso se ha sentado a una mesa del fondo con una mujer blanca, robusta, de un metro sesenta y cinco, jersey blanco y vaqueros blancos.»

- Recibido. Mantén el contacto. -Coven guardó el teléfono y se giró hacia la parte trasera del coche, fijándose en la taza de café vacía de Lash-. ¿Otra? -preguntó-. Te invito.

Media hora después, Lash se había enterado de todos los cotilleos del FBI: el fresco que tonteaba con la mujer del jefe de sección, el incordio del nuevo papeleo que se habían inventado en Washington, la poca capacidad de liderazgo de los altos cargos y lo increíblemente verde que era la última remesa de chaquetas. Los partes de los agentes que vigilaban a Handerling en el bar llegaban muy espaciados.

Al cabo de un rato, cuando la conversación comenzaba a decaer, Coven miró al conductor.

- Oye, Pete, ¿por qué no nos traes otro par de cafés?

El agente salió del coche y se acercó a un bar de la misma manzana.

- Pues qué suerte que llueva -dijo Coven.

Lash asintió y miró por el retrovisor. Al otro lado de la calle, media manzana detrás, se divisaba con dificultad la silueta del todoterreno de Mauchly.

Coven, nervioso, cambió varias veces de postura.

- Dime una cosa, Chris -preguntó después de un rato-: el sitio donde te sacas el sobresueldo, Edén… ¿Cómo es?

- Muy interesante -contestó prudentemente Lash.

Si Coven daba muestras de curiosidad, y pretendía sonsacarle información, habría que medir cada palabra.

- Vaya, que si es verdad que cumplen. Que si son tan buenos como dice la gente.

- De momento su historial es estupendo.

Coven asintió despacio.

- En mi grupo de golf hay un tío, un dentista, que es una especie de cenizo. Nunca ha estado casado. Te lo imaginas, ¿no? Siempre intentábamos colocárselo a alguien, pero odiaba todo el rollo de solteros. Al final se reían de él en todo el campo. El caso es que hace un año fue a Edén y ahora no lo reconocerías. Es otra persona. Se ha casado con una mujer que es una joya. Y encima es atractiva. No es que haga muchos comentarios, pero habría que ser muy tonto para no ver que es feliz. Hasta ha mejorado como jugador de golf, el muy cabrón.

Lash escuchó sin hacer comentarios.

- También conozco a un jefe de operaciones, Harry Creamer… ¿Te acuerdas? Un tío legal. Pues hace un par de años se murió su mujer en un accidente de coche, y ahora se ha vuelto a casar. Nunca he visto a nadie más feliz. Se rumorea que también es cosa de Edén.

Coven volvió a girarse. Lash detectó una luz de desesperación en su mirada.

- Voy a serte sincero, Chris: con Annette no es que me vaya demasiado bien. Desde que se enteró de que no puede tener hijos, nos hemos ido distanciando. Ahora veo a mi compañero de golf y a Harry Creamer y empiezo a pensar que veinticinco mil dólares no es tanto, al menos a largo plazo. ¿Qué sentido tiene vivir sin pena ni gloria? Aunque la cagues la primera vez, puedes tener otra oportunidad. -Calló por espacio de un segundo-. Se me había ocurrido que quizá supieras…

De repente sonó el teléfono móvil.

«Siete cero siete, aquí unidad siete catorce, ¿me recibes?»

Coven recuperó enseguida la actitud profesional.

- Aquí siete cero siete. Te escucho, siete catorce.

«El sospechoso está discutiendo con su acompañante. Están a punto de salir.»

- Recibido.

Justo en ese momento se abrió la puerta de Stringer's y salió una mujer caminando deprisa, mientras se ponía un impermeable. Handerling cruzó la puerta para darle alcance.

- A todas las unidades. Sospechoso a pie -dijo Coven por la radio, mientras abría un poco la ventanilla.

La mujer gritó algo a Handerling por encima del hombro. Lash entendió las palabras «puto cotilla de tres al cuarto», pero el resto se perdió en el ruido del tráfico.

Handerling quiso pararla con una mano, pero ella se apartó. Al siguiente contacto, dio media vuelta y levantó una mano para pegarle. Handerling esquivó el golpe y la empujó con rudeza hacia un escaparate.

- Vamos -dijo Coven.

Lash bajó rápidamente del coche y siguió a Coven por la calle, mientras veía con el rabillo del ojo que el agente que se llamaba Pete salía del bar con un café en cada mano. Al ver a Coven en acción, tiró las tazas a una papelera y se sumó a la persecución.

Handerling quedó rodeado en cuestión de segundos.

- Agentes federales -le dijo Coven, enseñando la placa-. Apártese con las manos pegadas al cuerpo.

La expresión de la mujer cambió de golpe, pasando de la rabia al miedo. Retrocedió unos pasos, dio media vuelta y se marchó corriendo.

- ¿Le ponemos vigilancia secundaria? -preguntó Pete.

- No. -Era la voz de Mauchly, que estaba detrás, con Tara-. Señor Handerling, soy Edwin Mauchly, de Edén. ¿Nos acompaña, por favor?

Handerling se había puesto blanco. Desconcertado, intentó articular alguna palabra, pero no pudo. Lash vio acercarse a media docena de hombres trajeados. No supo si eran del FBI o de la seguridad de Edén.

- Por aquí, por favor, señor Handerling -repitió Mauchly.

Handerling se irguió en toda su estatura. Parecía a punto de correr. Todos los que lo rodeaban se pusieron tensos.

De repente fue como si se desinflara. Se encorvó visiblemente, asintió con la cabeza y se dejó acompañar por Mauchly al todoterreno.

27.

Salvo porque acababan de atravesar la Pared, y por sus medidas de seguridad, la sala en la que estaban podría haber sido una de las que usaba Edén para las reuniones de clase. Todas las sillas de la mesa oval habían sido retiradas, a excepción de la del centro. En el lado más próximo a la entrada había media docena, y unas cuantas más en los rincones.

En la silla solitaria, Handerling, que aún llevaba la cazadora húmeda, miraba a su alrededor con un nerviosismo mal disimulado. Tenía delante a Mauchly, rodeado por Tara Stapleton y dos hombres a quienes Lash no conocía (uno de ellos con bata de laboratorio). Al lado de la puerta había un grupo de vigilantes de seguridad de Edén, a los que había que sumar los del pasillo. Lash, amparado en las sombras, quedó sorprendido por su número; y no eran los vigilantes afables y accesibles del vestíbulo, sino hombres que no sonreían, de mirada fija, mandíbula tensa y finos cables entre las orejas y el cuello. En un momento dado, uno de ellos se abrió la chaqueta para contestar al teléfono móvil, y Lash vio el brillo de un arma.

Un técnico de seguridad manejaba una cámara de vídeo puesta en un carro de grandes dimensiones. En medio de la mesa había una grabadora. Mauchly hizo una señal al de la cámara, y puso la grabadora en marcha.

- Señor Handerling, ¿sabe por qué está aquí? -preguntó-. ¿Y por qué hablamos con usted?

Handerling miró fijamente al otro lado de la mesa.

- No.

Lash observó al sospechoso. En el primer momento, al verse rodeado, había reaccionado con miedo y desorientación, pero ya había tenido tiempo para pensar: al ser entregado por los federales a la seguridad de Edén (con el consiguiente papeleo), durante el viaje en coche al rascacielos, en el laberinto de pasillos por el que habían llegado a aquella sala… Si se parecía en algo a los criminales que conocía Lash, a esas alturas ya tendría un plan en mente.

Los interrogatorios solían compararse con una seducción. Una persona pretendía algo de otra, y a menudo la otra no tenía el menor interés en ceder. Lash tuvo curiosidad por ver cómo actuaría Mauchly en el papel de seductor. Estaba tan nervioso que el corazón le latía con fuerza.

Mauchly miró a Handerling con su calma habitual, dejando que el silencio se alargara, hasta que dijo:

- ¿No tiene ni idea? ¿En serio?

- No. Además, no creo que tengan derecho a retenerme y hacerme este tipo de preguntas.

El tono de Handerling era agresivo y malhumorado.

En vez de contestar directamente, Mauchly cogió un fajo de documentos y lo puso sobre la mesa.

- Permítame que le presente a algunas personas antes de empezar, señor Handerling. Tengo a mi lado a Tara Stapleton, de seguridad de sistemas, y al doctor Debney, de la sección médica. Al señor Harrison ya lo conoce. ¿Qué hacía con esa mujer?

El cambio brusco de tema hizo parpadear a Handerling.

- No creo que le importe. Conozco mis derechos, y exijo…

- Sus derechos… -La dureza con que Mauchly habló suscitó una gran expectación-. Están resumidos en este documento que firmó al entrar en Edén. -Cogió el primer legajo y lo empujó hacia el centro de la mesa-. ¿Lo reconoce?

Al principio Handerling no se movió. Luego se inclinó e hizo un gesto de aquiescencia.

- En este contrato vinculante se comprometió, entre muchas otras cosas, a no abusar de su cargo en Edén mediante un uso encubierto de su tecnología. Aceptó respetar la compartimentación de los datos de los clientes, y el estricto código de conducta moral estipulado en nuestro convenio. Todo ello se le expuso en detalle durante las sesiones de orientación, y su firma demuestra que lo entendió.

El tono de Mauchly era monótono, casi aburrido, pero el efecto de sus palabras sobre Handerling no fue desdeñable. El sospechoso lo miró con un brillo de recelo en los ojos.

- Por lo tanto, se lo pregunto por segunda vez: ¿qué hacía con esa mujer?

- Habíamos quedado. No va en contra de ninguna ley.

Lash se dio cuenta de que Handerling ponía todo su empeño en seguir adoptando una actitud de ofendido.

- Depende.

- ¿De qué?

En vez de contestar, Mauchly miró la documentación que tenía delante.

- Cuando lo hemos abordado a la salida del bar, su acompañante, que esta tarde, gracias a sus llamadas telefónicas, ha sido identificada como Sarah Louise Hunt, lo ha llamado… a ver, a ver… «puto cotilla de tres al cuarto». ¿A qué se refería, señor Handerling?

- No tengo ni idea.

- Yo, en cambio, creo que la tengo. Una idea más que aproximada.

Lash vio que Tara escribía algo en una libreta, mientras Mauchly observaba al sospechoso. Era un procedimiento estándar: una persona vigilaba atentamente la comunicación no verbal del sospechoso -gestos nerviosos, movimientos oculares…- y tomaba notas de ello. Sin embargo, mientras que la mayoría de los interrogadores prefería atacar de frente con un chorro de preguntas, Mauchly hacía justo lo contrario: sacar provecho del silencio y de la incertidumbre.

Se decidió a salir de su inmovilidad.

- Creo que sabe muy bien lo que quiso decir. Y no es el único. -Volvió a mirar la documentación-. Es probable que también lo sepan Helen Malvolia, Karen Connors, Marjorie Silkwood y media docena de mujeres más.

Handerling se puso pálido.

- ¿Qué tienen en común todas esas personas, señor Handerling? Que todas presentaron su solicitud en Edén, y todas fueron rechazadas en la evaluación psicológica por razones similares: poca autoestima, familias disfuncionales, altos niveles de pasividad… En suma, que todas eran víctimas fáciles.

Mauchly había bajado tanto la voz que a Lash le costaba entenderlo.

- También tienen otro punto en común: haber recibido una llamada suya en los últimos seis meses. En algunos casos, ese contacto llevó a un almuerzo o a una copa. En otros fue muchísimo más lejos.

De pronto Mauchly levantó el pesado fajo de documentos y lo dejó caer de nuevo sobre la mesa. Fue un movimiento tan inesperado que Handerling dio un respingo.

En su siguiente intervención, la voz de Mauchly se mantuvo serena.

- Lo tenemos todo aquí: la lista de llamadas desde su casa y el despacho, los pagos con tarjeta de crédito en restaurantes, bares y moteles, las intercepciones de datos

confidenciales de Edén desde su terminal… A propósito, ya hemos detectado el fallo de seguridad que aprovechó para entrar en los datos de los clientes a pesar de las barreras. -Mauchly cambió de postura-. En vista de todo ello, ¿desea rectificar su respuesta?

Handerling tragó saliva con dificultad. Le brillaba la frente de sudor, y sus manos se cerraban y se abrían involuntariamente.

- Quiero un abogado -dijo.

- Al firmar este documento renunció al privilegio de la representación legal durante las indagaciones internas de cualquier acto impropio que pudiera cometer. La cuestión, señor Handerling, es que ha puesto en entredicho la integridad de esta empresa y no contento con ello, ni con traicionar nuestra confianza y la de nuestros clientes, lo ha hecho de la manera más mezquina y despreciable. Pensar que ha sido capaz de buscar intencionadamente a las víctimas más débiles, leyendo transcripciones donde ponían al desnudo sus esperanzas y sueños más íntimos, y sus necesidades afectivas más profundas, y que las ha explotado fríamente para satisfacer sus cobardes deseos… Es casi incomprensible.

En el silencio de la sala se oyó un zumbido eléctrico. Handerling se humedeció los labios resecos.

- Yo… -empezó a decir, pero se calló.

- Al final de esta sesión lo entregaremos a las autoridades, junto con las pruebas del delito.

- ¿La policía? -exclamó Handerling.

Mauchly negó con la cabeza.

- No, señor Handerling, las autoridades federales.

La expresión de Handerling se volvió incrédula.

- Como bien sabe, Edén tiene convenios de información con determinados organismos del gobierno. Algunos de los datos a los que me refiero son confidenciales. Manipulando en secreto nuestras bases de datos, ha cometido algo que podría considerarse un delito de traición.

- ¿Traición? -dijo Handerling con un nudo en la garganta.

- En ese caso sería juzgado por un tribunal federal, ahorrándonos una publicidad incómoda, a nosotros y a nuestros clientes; y, por si no lo sabe, señor Handerling, los presos federales no pueden acceder a la libertad condicional.

La inquieta mirada de Handerling volvió a posarse en Mauchly. Era la mirada furtiva de un hombre acorralado.

- Bueno, vale, es verdad; quedé con todas esas mujeres, pero no les hice nada.

- Entonces, ¿qué le estaba haciendo a Sarah Hunt cuando aparecimos?

- Solo quería que no gritara. No le habría hecho daño. ¡Yo no he hecho nada malo!

- ¿Que no ha hecho nada malo? ¿La persecución de mujeres, el uso ilícito de información confidencial y la representación falsa no son nada malo?

- ¡Es que no empezó así! -La mirada de Handerling iba de punta a punta de la sala, buscando desesperadamente alguna señal de compasión-. Cuando pasé a ser jefe de limpieza descubrí por casualidad un punto vulnerable en el sistema, y me di cuenta de que podía aprovecharlo para saltarme los límites de nuestra división y juntar bastantes datos para obtener expedientes completos de clientes. Fue pura curiosidad, pura curiosidad…

Parecía la rotura de una presa. Handerling empezó a confesarlo todo: su descubrimiento accidental del fallo, las primeras y tímidas exploraciones, los métodos que había empleado para evitar ser descubierto, las primeras citas… Todo. Mauchly había llevado el interrogatorio con mano maestra. Gracias a una serie de preguntas cebo sobre delitos de poca entidad, había conseguido que Handerling mordiera el anzuelo. Ahora que hablaba, le sería casi imposible parar. Una vez desequilibrada la víctima, Mauchly entraría a matar.

Fue en ese preciso instante cuando Mauchly hizo un gesto imperioso con la mano y Handerling se quedó con la perorata en la boca.

- Todo eso es muy interesante -dijo Mauchly con serenidad-, y querremos oírlo en su momento, pero pasemos a la verdadera razón de que esté aquí.

Handerling se pasó una mano por los ojos.

- ¿La verdadera razón?

- Los delitos más graves.

Handerling puso cara de sorpresa, pero no dijo nada.

- ¿Podría decirnos dónde estaba el 17 de septiembre por la mañana?

- ¿El 17 de septiembre?

- Sí, o el 24 de septiembre a última hora de la tarde.

- Pues… no me acuerdo.

- Se lo recordaré. El 17 de septiembre estaba en Flagstaff, Arizona, y el 24 de septiembre en Larchmont, Nueva York. Ha hecho una reserva de hotel para mañana por la noche en Burlingame, Massachusetts. ¿Sabe qué tienen en común esas tres poblaciones, señor Handerling?

Los dedos de Handerling se aferraron al borde de la mesa con los nudillos muy blancos.

- Las superparejas.

- Muy bien. Cada una de las tres es el lugar de residencia de una de nuestras parejas excepcionalmente perfectas. Bueno, en los dos primeros casos lo eran.

- ¿Lo eran?

- Sí, porque los Thorpe y los Wilner están muertos.

- ¿Los Thorpe? -dijo Handerling, tan ronco que casi no podía hablar-. ¿Los Wilner? ¿Muertos?

- Por favor, señor Handerling, no perdamos el tiempo. ¿Qué intenciones tenía para el próximo fin de semana?

Pero Handerling no contestó. Se había puesto pálido, de un blanco que con tanta luz era chocante. Lash se preguntó si se desmayaría.

- Si prefiere no decirlo, lo haré yo: lo que ya ha hecho dos veces. Iba a matar a los Connelly. Pero con mucho cuidado, como hasta ahora. Haciendo que pareciera un doble suicidio.

En el silencio de la sala, el único ruido era la respiración laboriosa de Handerling.

- Mató a las dos primeras superparejas por orden -dijo Mauchly-, y ahora tenía planeado perseguir y matar a la tercera.

Handerling seguía sin hablar.

- Lógicamente, lo someteremos a una profunda reevaluación psicológica, pero ya hemos preparado un perfil teórico. A fin de cuentas, sus actos hablan por sí solos. -Mauchly consultó los papeles que tenía delante-. Me refiero a su miedo al rechazo, y al bajo concepto en que tiene su valía personal. Una vez pertrechado de la información que había robado de nuestros archivos, supo perfectamente cómo abordar a las mujeres a quienes eligió y manipuló. Lo curioso es que en algunos casos le saliera mal, incluso con una ventaja tan abrumadora. -Mauchly sonrió con dureza-. Esos encuentros aliviaban su sensación de no saber tratar a las mujeres, pero no servían para mitigar su rabia, provocada por el hecho de que otras personas encontraran la felicidad que a usted se le negaba. Personas a quienes siempre había envidiado. Fue lo que vio en nuestras superparejas. Pasaron a ser el pararrayos de su rabia; una expresión, en realidad, del odio que se tiene a sí mismo, pero retorcido hasta…

- ¡No! -chilló Handerling.

Fue una nota aguda, tenue y quejumbrosa.

- Por favor, señor Handerling, no se ponga nervioso.

- ¡Yo no los he matado! -Tenía los ojos llorosos-. Vale, es verdad que fui a Arizona; tengo parientes en Sedona, y fui a una boda. Flagstaff quedaba cerca. Y Larchmont solo está a una hora de mi casa.

Mauchly escuchó con los brazos cruzados.

- Quería saberlo. Quería entenderlo. Como los archivos no lo explicaban… No explicaban que se pudiera ser tan feliz, y pensé que si pudiera verlos, si pudiera observarlos a distancia prudencial, quizá pudiera descubrir… Tiene que creerme. ¡Nunca he matado a nadie! Solo quería… solo quería ser feliz, como ellos… Dios mío…

Handerling se dejó caer hasta que su cabeza se estampó en la mesa con un ruido sordo, mientras el llanto hacía temblar todo su cuerpo.

- No hace falta ponerse tan dramático -dijo Mauchly-. Podemos hacerlo con su colaboración o sin ella. Comprobará que lo primero es mucho menos molesto.

Como Handerling no contestaba, Mauchly se inclinó hacia el médico y le susurró algo al oído.

Para Lash, sin embargo, la escena había sufrido un vuelco radical. Ya no atendía a los gimoteos de Handerling ni a los murmullos de Mauchly. Estaba absorto en sus pensamientos. Sintió un escalofrío. Edén podía interrogar y examinar a Handerling todo lo que quisiera, pero él tenía la corazonada de que era inocente; no de perseguir a mujeres -su culpabilidad en el uso abusivo de información confidencial era evidente-, ni de que hubiera espiado a las superparejas de Edén, pero sí de asesinato. Había visto interrogar a bastantes sospechosos para saber si una persona mentía, o si era capaz de asesinar a otra.

Lo peor era no haberse dado cuenta hasta entonces. De repente el esquema que había dibujado en la pizarra, y el perfil teórico que había redactado -y que Mauchly acababa de leer en voz alta-, le parecieron tan endebles como los grabados sobre papel de arroz del estudio de Lewis Thorpe. Estaban llenos de incoherencias y premisas erróneas. Había tenido demasiadas ganas de resolver el terrible rompecabezas antes de que muriera nadie más. Ahora veía el resultado.

Retrocedió un poco más hacia la oscuridad. Un haiku de Bashó se repetía constantemente en su cabeza, eclipsando los gemidos de Handerling:

Se va la primavera

lloran las aves

y son lágrimas los ojos de los peces.

Cuando aparcó su coche en Ship Bottom Road, casi era medianoche. Apagó el motor, bajó y caminó sin prisa hacia el buzón. Desde que había salido del edificio de Edén le rondaba algo por la cabeza, algo que no tenía nada que ver con Handerling, y que se negaba a tomar en consideración. Nunca había estado tan cansado.

Al abrir el buzón, su primera reacción fue de alivio. Esta vez tenía correo. No se lo habían robado. Todo lo contrario: había más de lo normal. Además de folletos y catálogos, encontró como mínimo una docena de revistas: una de moda gay, otra de sadomasoquismo y fetichismo… Todas tenían suscripciones a su nombre y dirección. Entre los sobres había otra docena de acuses de suscripción con peticiones de pago.

Alguien se había dedicado a rellenar peticiones de suscripción a su nombre.

Lo tiró todo a la basura, menos la factura del agua. Evidentemente, Mary English había cambiado de táctica. Era una pena, pero al final quizá no hubiera más remedio que avisar a la policía de Westport.

Al llegar a la puerta encontró un sobre grande en el suelo, donde ponía: express - entrega en mano junto al logotipo de Edén. «Serán más compromisos de confidencialidad para que los firme», pensó. Se agachó a cogerlo y lo abrió por un lado. La luz de la luna iluminó una sola hoja de papel con un pequeño pin. Sacó la hoja.

Christopher Lash Ship Bottom Road, 17 06880 Westport, Connecticut

Apreciado señor Lash:

En Edén nos dedicamos a los milagros, pero el honor de anunciarlos es algo de lo que nunca me canso. De ahí el enorme placer con que le escribo para informarle de que el período de selección que siguió a su solicitud y proceso de evaluación, ambos resueltos con éxito, ha dado lugar a un emparejamiento. La persona en cuestión se llama Diana Muren. Ahora le compete a usted averiguar, gustosamente, algo más que su nombre. Pronto tendrá la oportunidad de hacerlo. Tienen ustedes reservada una mesa para cenar en Tavern on the Green el próximo sábado a las ocho. Podrán identificarse mediante los pins adjuntos, que le pedimos llevar en la solapa al entrar al restaurante. Después de eso podrán tirarlos, aunque la mayoría de nuestros clientes los guardan como un preciado recuerdo.

Lo felicito una vez más por haber llegado al final de este viaje. Ahora que se embarca en otro, le deseo lo mejor. Tengo la certeza de que en los meses y años venideros descubrirán que haberlos unido no es el final de nuestro servicio, sino el principio.

Atentamente,

John Lelyveld

Presidente de Edén.

28.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron en el ático que coronaba el rascacielos interior de Edén, Richard Silver lo estaba esperando.

- ¡Christopher! -exclamó-. ¿Cómo está?

- Gracias por recibirme con tan poca antelación -contestó Lash, mientras se estrechaban la mano.

- Faltaría más. Ya tenía ganas de volver a hablar con usted de nuevo.

Silver llevó a Lash a un asiento. El sol entraba oblicuamente por las ventanas, realzando las antiguas máquinas y dorando la gran habitación.

- También me alegro de tener la oportunidad de disculparme personalmente -dijo Silver cuando se sentaron-. Mauchly me contó lo de la carta en que le dieron el sí. Es la primera vez que cometemos un error así. Aún no hemos descubierto el fallo. Claro que ninguna explicación podría hacerlo menos humillante, para usted y para nosotros…

Lash miró a Silver, que se había callado, y volvió a chocarle su falta de artificiosidad. Parecía sinceramente preocupado por los sentimientos de Lash, rechazado como aspirante e informado por error de que le habían encontrado una pareja. Ahí arriba, en su nido, absorto en incesantes investigaciones, quizá se hubiera librado de la deshumanización común a todas las empresas.

Silver lo sorprendió mirándolo.

- Como comprenderá, he dado instrucciones a Mauchly de que anule el emparejamiento y se ponga en contacto con la mujer, cuyo nombre lamento no recordar, para informarle de que le buscaremos otra pareja.

- Se llama Diana Mirren -aclaró Lash-, pero no he venido a hablarle de eso.

Silver puso cara de sorpresa.

- ¿Ah, no? Pues disculpe que lo haya dado por sentado. Explíqueme por qué ha venido.

Lash titubeó. A causa de la fatiga -y del Seconal de la noche anterior-, la decisión que había tomado ya no le parecía tan clara.

- Quería decírselo personalmente -dijo al fin-. Creo que ya no puedo seguir.

- ¿Con qué, si puede saberse?

- Con la investigación.

Silver frunció el entrecejo.

- Si es cuestión de dinero, estaremos encantados de…

- No, no es eso. Ya me han pagado demasiado.

Silver se apoyó en el respaldo y escuchó con atención.

- Ya llevo dos semanas sin atender a mis pacientes. Eso, en psicología, es una era geológica. Pero hay algo más.

Volvió a vacilar. Si era de esas cosas que normalmente no habría reconocido ni en su fuero interno, ¿cómo comentárselo a otra persona? No obstante, Silver tenía algo -una franqueza sin afectación, y una falta absoluta de arrogancia- que parecía fomentar las confidencias.

- No creo que les sirva de más ayuda. Al principio creía que solo necesitaba acceder a sus archivos, y que encontraría la respuesta mágica en las evaluaciones de los Thorpe. Después de la muerte de los Wilner, tuve la seguridad de que no había sido un suicidio,

sino un asesinato. No era el primer asesino en serie que perseguía, y estaba seguro de poder cazarlo, pero ahora me he quedado con las manos vacías. El perfil que hice es contradictorio, y no sirve de nada. Gracias a la colaboración de Edén, ya hemos examinado a todos los posibles sospechosos, candidatos rechazados o empleados. Eran los únicos que podían conocer a ambas parejas. Ahora ya hemos recorrido todos los caminos, al menos los que podían recorrerse con mi ayuda. -Dio un suspiro antes de continuar-. Quería decirle otra cosa. No me gusta reconocerlo, pero es así: el caso me afecta demasiado. En mis últimos tiempos en el FBI, me pasaba lo mismo: el trabajo me absorbía más de la cuenta. Ahora está volviendo a ocurrir, y está perjudicando mi vida personal. Pienso en el caso día y noche, y mire el resultado.

- ¿Qué resultado?

- Handerling. Estaba tan cansado, y tan ansioso, que he tenido un desliz.

- No se reproche el interrogatorio de Handerling. No es ningún asesino; nuestros tests lo han confirmado. Pero abusó de su cargo hasta extremos gravísimos, y cometió delitos imperdonables. En determinadas manos, Christopher, la información puede ser peligrosa. Le agradecemos que nos haya ayudado a descubrirlo.

- Yo hice muy poco, doctor Silver.

- ¿No le dije que me llamara Richard? Se infravalora.

Lash negó con la cabeza.

- Mi consejo es que acudamos a la policía, aunque no estoy seguro de que pudiéramos convencerlos de que se ha cometido un crimen. -Se levantó-. Ahora bien, si es cierto que se trata de un asesino en serie, no tardará en volver a actuar. Podría hacerlo hoy mismo, y no quiero que pase siendo yo el responsable. No quiero esperar sentado como un testigo impotente.

Silver, cuyo expresión hasta el momento había sido de preocupación, sonrió y dijo:

- Bueno, impotentes del todo no es que estemos. Supongo que ya sabe que Mauchly y Tara tienen equipos de seguridad vigilando discretamente al resto de las superparejas.

- Sí, pero hay asesinos que no se dejan obstaculizar por eso.

- De ahí que un servidor haya tomado medidas adicionales.

- ¿Qué quiere decir?

Silver se levantó.

- Venga.

Se acercó a una puertecita que Lash no había visto, empotrada con ingenio en la pared de estanterías. Al abrirse sin ruido, la puerta reveló una escalera estrecha con la misma moqueta que el resto de la sala.

- Usted primero -dijo Silver.

Después de subir, como mínimo, tres docenas de escalones, Lash llegó al principio de un pasillo. Era largo y estrecho, y el contraste con la amplitud casi vertiginosa del piso de abajo le daba cierto aspecto claustrofóbico. No se tenía la sensación de estar en lo más alto de un rascacielos. Podrían haber estado bajo tierra, aunque no por la decoración, elegida con el mismo buen gusto que la de abajo. Las paredes y el techo eran de madera oscura y lustrada. Varios apliques de cobre y nácar difundían una luz discreta.

Silver le indicó que siguiera caminando. Las salas de ambos lados despertaron la curiosidad de Lash, que vio un gimnasio de grandes dimensiones (con todos los accesorios, desde un banco de ejercicios a máquinas de pesas y una cinta para correr) y un austero comedor. Al fondo del pasillo había una puerta negra con un escáner. Silver pasó su pulsera de seguridad por él. Hasta entonces Lash no se había fijado en que también llevara una. La puerta se abrió.

Dentro, la iluminación casi era tan tenue como la del pasillo, pero a diferencia de ella solo procedía de pilotos que parpadeaban, y de varias docenas de pantallas fluorescentes. Se oía un susurro constante, como de aire. Eran muchísimos ventiladores funcionando a la vez. Las paredes más próximas estaban cubiertas por toda clase de componentes: routers, discos RAID, tarjetas gráficas y una infinidad de extraños instrumentos que a Lash no le sonaron de nada. Al otro lado había una docena de terminales con sus correspondientes teclados, alineados muy juntos en una larga mesa de madera, con una sola silla delante. Y, por último, en un rincón había un sillón estrecho y de aspecto sumamente peculiar, que por su forma recordaba al de un dentista, y que quedaba aislado del resto de la sala por una pantalla de plexiglás. Una serie de cables conectaban el sillón a una hilera de instrumentos de diagnóstico. También había un micrófono de solapa con una pinza de plástico.

- Disculpe la falta de sillas -dijo Silver-. Es que soy el único que sube.

- ¿Qué es todo esto? -preguntó Lash, mirando a su alrededor.

- Liza.

Lash se giró rápidamente hacia Silver.

- ¡Pero si la vi el otro día! Era el terminal pequeño que me enseñó.

- Sí, también es Liza. Está por todo el ático. El terminal que vio lo uso para determinadas cosas, y esto para las que son más complicadas y exigen acceder directamente a ella.

Lash se acordó de lo que había dicho Tara Stapleton durante el almuerzo en el bar: «Nosotros nunca nos acercamos a los procedimientos o la inteligencia del núcleo. Silver es el único que tiene acceso a ella. Todos los demás usamos la red informática de la empresa». Se fijó en los componentes electrónicos que había por todas partes.

- ¿Y si me contara algo más sobre Liza?

- ¿Qué le interesaría saber?

- Podría empezar por el nombre.

- Con mucho gusto. -Silver hizo una pausa-. Hablando de nombres, ya me acuerdo de por qué me sonaba el suyo.

Lash arqueó las cejas.

- Lo leí hace un par de años en el Times. ¿No estuvo a punto de ser otra de las víctimas de una cadena de…?

- Exacto. -Lash se dio cuenta enseguida de que lo había interrumpido demasiado bruscamente-. Tiene muy buena memoria.

Se quedaron callados.

- ¡Ah, sí, el nombre de Liza! Es una referencia a «Eliza», un programa muy famoso de principios de los sesenta que simulaba un diálogo entre una persona y el ordenador. El programa se basaba en las palabras introducidas por el usuario. Empezaba preguntando «¿Cómo estás?». Si tecleabas «Fatal», el programa contestaba «¿Por qué estás fatal?». Entonces podías teclear: «Porque mi padre está enfermo». Respuesta: «¿Por qué dices eso de tu padre?». Era muy primitivo, y muchas respuestas daban risa, pero me enseñó lo que necesitaba.

- ¿El qué?

- Conseguir lo que Eliza se limitaba a fingir: crear un programa… No, la palabra «programa» no es la correcta: un modelo, capaz de interactuar sin fallos con un ser humano. Y que en cierta medida pudiera pensar.

- ¿Solo eso? -preguntó Lash.

Lo dijo en broma, pero Silver contestó en serio.

- Aún no está terminado. Lo más probable es que dedique el resto de mi vida a perfeccionarlo, pero desde el momento en que los modelos de inteligencia pudieron funcionar plenamente dentro de un hiperespacio informático…

- ¿Un qué?

Silver sonrió tímidamente.

- Perdone. En los primeros tiempos de la inteligencia artificial, todos pensaban que el hecho de que las máquinas pudieran pensar por su cuenta era una simple cuestión de tiempo, pero resultó que los detalles más pequeños eran los más difíciles de implementar. ¿Cómo se programa un ordenador para que entienda los sentimientos de una persona? Yo, en mis estudios de posgrado, propuse una doble solución: por un lado, que el ordenador pudiera acceder a una cantidad altísima de información (una base de conocimiento) y dispusiera de las herramientas necesarias para usarla inteligentemente; en segundo lugar, modelar con silicona y código binario una personalidad lo más real posible, ya que para manejar tanta información sería necesaria la curiosidad humana. Me pareció que si sintetizaba los dos elementos crearía un ordenador capaz de aprender por

sí solo; y, si podía hacerlo, también podría aprender a reaccionar como un ser humano. No a sentir, naturalmente, pero entendería lo que es un sentimiento.

Silver hablaba en voz baja, pero con la convicción de un predicador dirigiéndose a sus fieles.

- Teniendo en cuenta que estamos aquí arriba, en lo más alto de su rascacielos privado, deduzco que lo consiguió -respondió Lash.

Silver volvió a sonreír.

- Me pasé varios años casi en punto muerto, como si hubiera un tope en el proceso de aprendizaje de la máquina, pero resultó que era un simple problema de impaciencia. De hecho la máquina aprendía, aunque muy lentamente. Por otro lado, necesitaba más potencia que la de las unidades centrales que podía permitirme en esa época. De repente se abarataron los ordenadores, y apareció ARPANET. Fue cuando el aprendizaje se aceleró de verdad. -Sacudió la cabeza-. Siempre me acordaré de cuando hizo sus primeras incursiones por la red sin mi ayuda, buscando respuestas a varios problemas. Creo que estaba tan orgullosa como yo.

- Orgullosa -repitió Lash-. ¿Con eso quiere decir que es consciente? ¿Que sabe que existe?

- Que sabe que existe está clarísimo. En cuanto a que sea consciente o no, ya entraríamos en un tema filosófico que prefiero no abordar.

- Pero sabe que existe. ¿Qué sabe, exactamente? ¿Que es un ordenador? ¿Que es diferente?

Silver negó con la cabeza.

- Nunca he añadido ningún módulo de códigos en ese sentido.

- ¿Qué? -dijo Lash, sorprendido.

- ¿Por qué debería pensar que es diferente de nosotros?

- Bueno, he supuesto…

- Un niño, por precoz que sea, ¿duda alguna vez de la realidad de su existencia? ¿Y usted?

Lash hizo un gesto de negación, y dijo:

- Pero aquí de lo que hablamos es de software y hardware. Me suena a falso silogismo.

- Eso en inteligencia artificial no existe. ¿Cómo se puede saber dónde acaba la programación y empieza la conciencia? Una vez, un científico famoso habló de los seres humanos como «máquinas de carne». ¿Eso nos hace superiores? Además, no existe ningún test que demuestre que usted no es un programa que se pasea por el ciberespacio. ¿Qué pruebas tiene?

Silver hablaba con una pasión que Lash nunca le había visto. De repente se quedó callado.

- Lo siento -dijo, con una risa tímida-. Supongo que pienso en estas máquinas bastante más de lo que hablo de ellas; pero, volviendo a la estructura de Liza, usa una modalidad muy avanzada de red neural, una estructura informática basada en el funcionamiento del cerebro humano. Los ordenadores normales están limitados a dos dimensiones, mientras que una red neural existe en tres, a base de anillos concéntricos. Vaya, que se pueden mover los datos en un número casi infinito de direcciones, sin limitarse a un único circuito. -Silver hizo una pausa-. Es mucho más complicado, como comprenderá. Incremento la capacidad de resolución de problemas de Liza usando la inteligencia de enjambre. Las funciones grandes se dividen en subfunciones pequeñas y discretas. Es lo que le permite resolver tan deprisa problemas de tanta envergadura.

- ¿Sabe que estamos aquí?

Silver señaló con la cabeza un monitor de vídeo en la parte superior de una pared.

- Sí, pero en este momento su procesamiento no está enfocado en nosotros.

- Ha dicho que necesitaba acceder directamente a Liza para trabajos complicados. ¿Como cuáles?

- Muchos. Ella construye modelos, por ejemplo, y yo los superviso.

- ¿Qué clase de modelos?

- De todo tipo. Resolución de problemas, juegos de rol, juegos de supervivencia… Actividades que estimulan el pensamiento creativo. -Silver titubeó-. También uso el acceso directo para tareas más difíciles y personales, como la actualización de software. Pero creo que será más fácil si se lo enseño directamente.

Cruzó la sala, abrió el panel de plexiglás y se sentó en el sillón. Lash vio que se ponía electrodos en las sienes. En uno de los apoyabrazos había un teclado pequeño con un lápiz óptico, y en el otro un botón multidireccional. Silver levantó la mano y bajó un monitor de pantalla plana dotado de un brazo telescópico. Su mano izquierda empezó a moverse por el teclado.

- ¿Qué hace? -preguntó Lash.

- Captar su atención.

La mano de Silver se apartó del teclado para ponerse el micro de solapa en el cuello de la camisa.

En ese momento, Lash oyó una voz, que dijo:

- Richard.

Era una voz de mujer, grave y sin acento. Parecía llegar de todas partes y de ninguna, como si hablara la propia habitación.

- Liza-respondió Silver-, ¿cuál es tu estado actual?

- Noventa y ocho coma siete dos siete por ciento de operatividad. En este momento, los procesos están al ochenta y uno coma cuatro por ciento de su capacidad multitarea. Gracias por preguntarlo.

La voz, tranquila y casi serena, apenas delataba su condición digital. Lash tuvo una extraña sensación de deja vu, como si ya la hubiera oído en algún sitio. Quizá en sueños.

- ¿Con quién estás? -preguntó Liza.

Lash observó que la entonación era correcta, con un leve énfasis en el pronombre. Hasta le pareció detectar un matiz de curiosidad. Miró la cámara de vídeo, ligeramente inquieto.

- Con Christopher Lash.

- Christopher -repitió ella, como si paladeara el nombre.

- Liza, me gustaría que ejecutaras un proceso especial.

Lash se fijó en que cuando Silver se dirigía al ordenador lo hacía despacio, cuidando la pronunciación y la sintaxis.

- Muy bien, Richard.

- ¿Recuerdas la consulta que te encargué hace cuarenta y ocho horas?

- Si te refieres a la consulta de desviación estadística, mi juego de datos no ha sufrido cambios.

Silver tapó el micro y se giró hacia Lash.

- Ha interpretado mal «recuerdas». A veces todavía se me olvida lo literal que es su enfoque.

Volvió a girarse.

- Necesito que ejecutes una consulta parecida, pero con agentes externos. Los argumentos son los mismos: cruce de datos con los cuatro individuos.

- Schwartz, Thorpe, Torvald y Wilner.

- Correcto.

- ¿Cuál es el ámbito de la consulta?

- Ciudadanos estadounidenses entre quince y setenta años de edad y con acceso a ambas localidades en las fechas estipuladas.

- ¿Parámetros de obtención de datos?

- Todas las fuentes accesibles.

- ¿Prioridad del proceso?

- La máxima, a excepción de los críticos. Es de suma importancia que encontremos la solución.

- De acuerdo, Richard.

- ¿Puedes proporcionarme una estimación del tiempo de procesamiento?

- Con una precisión del once por ciento, setenta y cuatro horas, cincuenta y tres minutos, nueve segundos. Aproximadamente ochocientos billones quinientos mil millones de ciclos.

- Gracias, Liza.

- ¿Algo más?

- No.

- Iniciaré la consulta ampliada ahora mismo. Gracias por hablar conmigo, Richard.

Mientras Silver se quitaba el micrófono y acercaba nuevamente su mano al teclado, la voz incorpórea volvió a hablar.

- Ha sido un placer, Christopher Lash.

- Igualmente -murmuró Lash.

Sentirse interpelado por la voz, y presenciar la comunicación entre Silver y su ordenador, había sido a la vez fascinante y un poco turbador.

Silver se quitó los electrodos de las sienes, los dejó en su sitio y se levantó del sillón.

- Ha dicho que si sirviera de algo acudir a la policía, lo haría. Pues acabo de hacer algo mejor: he mandado a Liza que busque coincidencias con posibles sospechosos en todo el país.

- ¿En todo el país? ¿Eso se puede hacer?

- En Edén sí. -Silver perdió brevemente el equilibrio-. Perdone. Las sesiones con Liza pueden ser algo agotadoras, aunque sean cortas.

- ¿Porqué?

Silver sonrió.

- En las películas, la gente habla con ordenadores y los ordenadores contestan como si tal cosa. Puede que dentro de una década sea así, pero de momento cuesta un poco. Requiere tanto ejercicio mental como esfuerzo verbal.

- ¿Y los sensores de electroencefalograma que se ha puesto?

- Piense en la biorretroalimentación. La frecuencia y amplitud de las ondas beta o zeta pueden hablar con mayor nitidez que las palabras. Al principio, cuando tenía problemas con Liza y su comprensión del lenguaje, usé el electroencefalograma como un atajo. Se necesitaba una gran concentración, pero evitaba confusiones sobre dobles sentidos, homófonos o matices. Ahora está demasiado integrado en el código heredado de Liza para cambiarlo con facilidad.

- ¿O sea, que el único que puede comunicarse directamente con ella es usted?

- Teóricamente también podrían hacerlo otras personas, siempre que tuvieran la concentración y formación debidas, pero de momento no ha surgido la necesidad.

- Si usted lo dice… -contestó Lash-. Yo, si hubiera construido algo tan maravilloso, querría compartirlo con otra gente, científicos que vieran las cosas como yo, y que pudieran usar mi innovación como punto de partida.

- Todo llegará. Tengo la cabeza tan llena de nuevos perfeccionamientos… Y es un trabajo que no tiene nada de banal. De los detalles ya hablaremos en alguna otra ocasión, si le interesan.

Se acercó a Lash y le puso una mano en el hombro.

- Me doy cuenta de lo duro que ha sido para usted. Para mí tampoco ha sido fácil, pero lo hecho, hecho está, y necesito que se quede un poco más. Puede que al final sí que haya sido una extraña tragedia, dos dobles suicidios; quizá tengamos un fin de semana tranquilo. Ya sé que no saberlo es un infierno, pero ahora debemos confiar en Liza. ¿De acuerdo?

Lash guardó silencio unos segundos.

- ¿La pareja que me asignó Edén era correcta? ¿No hubo ningún error?

- El único error fue enviar su avatar al Tanque. En sí, el proceso de emparejamiento siguió las pautas habituales. Formarían una pareja perfectamente compenetrada.

La luz tenue y el murmullo de la maquinaria creaban un ambiente onírico y casi fantasmal. A Lash le pasaron varias imágenes por la cabeza: la expresión de su mujer en el observatorio de pájaros del centro Audubon, el día de la ruptura; la de Tara Stapleton en el bar de Grand Central Station al contarle su dilema; la de Lewis Thorpe en la pantalla de televisión de Flagstaff.

Suspiró.

- Bueno, me quedaré unos días más, pero con una condición.

- Diga.

- Que no cancelen mi cena con Diana Mirren.

Silver le apretó el hombro.

- Así me gusta.

Volvió a sonreír fugazmente, pero después pareció tan cansado como Lash.

29.

- Setenta y cinco horas -dijo Tara-. O sea, que Liza no tendrá la respuesta hasta el lunes por la tarde.

Lash asintió. Acababa de resumir su conversación con Silver, describiendo en detalle su forma de comunicarse con Liza. La fascinación de Tara solo se había roto al enterarse de lo que duraría la búsqueda.

- Y ¿qué se supone que haremos hasta entonces? -preguntó ella.

- No lo sé.

- Yo sí: esperar. -Levantó la vista hacia el techo-. Mierda.

Lash miró a su alrededor. El despacho de Tara Stapleton en el piso treinta y cinco no se diferenciaba mucho del que le habían asignado temporalmente a él. La misma mesa de reuniones, el mismo escritorio, las mismas estanterías… Lo que había eran algunos toques claramente femeninos: media docena de plantas que parecían bien adaptadas a la luz artificial, y una bolsita aromática de tela estampada colgada en la lámpara del escritorio con una cinta roja. Detrás de la mesa había tres terminales informáticos idénticos, pero lo más llamativo era una gran tabla de surf de fibra de vidrio apoyada en la pared del fondo, con muchos agujeros y arañazos, y con la franja longitudinal descolorida por la sal y el sol. La pared estaba llena de adhesivos con lemas como «Vive para surfear, surfea para vivir». En el borde más alto de la estantería había una tira de postales pegadas con celo, todas de playas famosas entre los surfistas (Lennox Head, en Australia, Pipeline, en Hawai, y Potovil Point, en Sri Lanka).

- ¡Menudo trasto! -exclamó Lash, señalando la tabla de surf con la cabeza-. ¡Le habrá costado muchísimo traerlo!

Tara lo obsequió con una de sus pocas sonrisas.

- Los primeros dos meses los pasé al otro lado de la Pared, examinando los procedimientos de seguridad. Me traje la tabla para acordarme de que el mundo no se limitaba a Nueva York, y no olvidar lo que preferiría haber estado haciendo. Cuando me ascendieron y me pasaron a este lado, no me la dejaron traer. Me quedé hecha polvo. -Hizo un gesto al recordarlo-. Un día la encontré en la puerta de mi despacho, con una nota que decía: «Feliz primer aniversario de parte de Edwin Mauchly y Edén».

- Conociendo a Mauchly, debió de analizarla y escanearla del derecho y del revés.

- Supongo que sí.

Lash se fijó en la tira de postales de color esmeralda. Se le había ocurrido una pregunta, que Tara probablemente podría responder mejor que nadie.

Se inclinó hacia el escritorio.

- Señorita Stapleton, ¿se acuerda…?

- Háblame de tú -lo interrumpió Tara-. Ya tenemos la suficiente confianza, ¿no?

- Sí, es verdad -respondió él, y continuó con su pregunta-: Oye, ¿te acuerdas de cuando tomamos una copa en Sebastian's? ¿Te acuerdas de que me contaste que te habían dado el sí?

La reacción de Tara fue de suspicacia.

- Es que tengo que saber una cosa. ¿Hay alguna posibilidad de que un aspirante rechazado por Edén después de los tests acabe siendo procesado? ¿De que pase por el proceso de recogida de datos, de vigilancia, etcétera, y acabe en el Tanque? ¿De que le encuentren pareja?

- ¿Te refieres a un error? ¿A que algún obsoleto se salte los controles? Imposible.

- ¿Porqué?

- Porque hay controles redundantes. Es como el resto del sistema: no nos arriesgamos a que un cliente, ni siquiera potencial, pase un mal rato por culpa de una manipulación negligente de los datos.

- ¿Estás segura? -Nunca ha pasado.

- Pues ayer pasó.

La respuesta de Lash a la mirada incrédula de Tara fue darle la carta que había encontrado en la puerta de su casa. Tara palideció visiblemente al leerla.

- Tavern on the Green…

- No solo denegaron mi solicitud, sino que fue un rechazo bastante rotundo. ¿Cómo te lo explicas?

- No tengo ni idea.

- ¿Es posible que alguien amañara mis formularios desde dentro de Edén y los hiciera pasar en vez de ponerlos con los otros formularios descartados?

- Aquí nadie hace nada sin que lo vea media docena de empleados más. -¿Nadie?

El tono de la pregunta hizo que Tara lo mirara atentamente.

- Tendría que ser alguien muy bien situado, con acceso privilegiado. Yo, por ejemplo; o eso, o un machaca como Handerling que hubiera conseguido burlar el sistema. -Hizo una pausa-. Pero ¿qué sentido tendría?

- Era mi siguiente pregunta.

Volvieron a quedarse callados. Tara dobló la carta y se la devolvió a Lash.

- No sé cómo ha pasado, pero lo siento muchísimo. Tranquilo, que lo investigaremos enseguida.

- Lo sientes tú, lo siente Silver… ¿Por qué lo sentís todos tanto?

Tara puso cara de sorpresa. -¿Quieres decir…?

- Exacto. Mañana por la noche tengo una cita.

- Pero no entiendo…

No terminó la frase.

«Ya, ya lo sé», pensó Lash.

De hecho, él tampoco acababa de comprenderlo. Si hubiera sido un empleado de Edén, como Tara, y hubiera recibido la influencia de lo que se llamaba dentro de la empresa «efecto Oz», podría haber roto la carta. Sin embargo, no lo había hecho. Lo que había visto entre bastidores, el entusiasmo de los clientes de Edén, había despertado su interés casi sin darse cuenta. Ahora parecía que habían encontrado a su pareja perfecta, la de Christopher Lash, un hombre tan experto en analizar las relaciones ajenas como con poca suerte en las suyas. La tentación era demasiado grande. Ni el propio hecho de saber por qué estaba en Edén era más fuerte que la curiosidad de conocer a una posible pareja ideal.

De todos modos, aún faltaba un día para la cita. De momento tenía otras cosas en que pensar.

- No es ninguna coincidencia -dijo.

- ¿Eh?

- Lo de que hayan procesado mi solicitud. Puede ser un error, pero no una coincidencia. Las muertes de las dos superparejas tampoco.

Tara frunció el entrecejo.

- ¿Qué quieres decir exactamente?

- No estoy seguro, pero hay unas pautas. Lo malo es que no las vemos.

Regresó mentalmente a la noche anterior, al viaje en coche a casa, cuando no había querido escuchar una voz en su cabeza. Intentó acordarse de ella.

«Mató a las dos primeras superparejas por orden -había dicho Mauchly durante el interrogatorio-, y ahora tenía planeado perseguir y matar a la tercera.»

Por orden…

- ¿Te importa que lo use? -preguntó, cogiendo un bloc de notas del escritorio.

Sacó un bolígrafo y apuntó dos fechas: 17/9/04 y 24/9/04. Las fechas en que habían muerto los Thorpe y los Wilner.

- Tara -dijo-, ¿podrías conseguirme las fechas de las solicitudes de los Thorpe y de los Wilner?

- Sí, claro.

Tara se giró hacia uno de los terminales y pulsó algunas teclas. Los resultados se imprimieron enseguida:

THORPE, LEWIS A. - 00045183 - 30/07/02

TORVALD, LIDSAY E. - 00042196 - 21/08/02

SCHWARTZ, KAREN L. - 000527710 - 02/08/02

WILNER, JOHN L. - 000491003 - 06/09/02

Nada.

- Por favor, ¿podrías ampliar la búsqueda? Quiero un listado de todas las fechas importantes de las dos parejas: cuándo hicieron los tests, cuándo se conocieron, cuándo se casaron… Todo.

Al principio Tara lo miró pensativa. Luego volvió a girarse hacia el teclado y escribió algo más.

La segunda lista casi ocupaba doce páginas. Lash la hojeó, recorriendo las columnas con su vista cansada. De repente se quedó de piedra.

- Madre mía… -murmuró.

- ¿Qué pasa?

- Estas columnas, donde pone «supresión nominal del avatar», ¿qué indican?

- La fecha en que se eliminaron los avatares del Tanque.

- Cuando se formaron las parejas, vaya.

- Eso es.

Lash le dio la hoja.

- Fíjate en las fechas de eliminación de los Thorpe y los Wilner.

Tara miró el informe.

- Dios mío… El 17 de septiembre de 2002 y el 24 de septiembre de 2002.

- Exacto. Aparte de ser las dos primeras superparejas, los Thorpe y los Wilner han muerto a los dos años exactos de su emparejamiento. Ni un día más, ni un día menos.

Tara dejó el informe en la mesa.

- ¿Cómo lo interpretas?

- Como que he seguido una pista falsa. Me ha fallado el olfato de sabueso. Me he dedicado a buscar en los tests y las evaluaciones psicológicas, suponiendo que los exámenes podían haber pasado por alto algún tipo de trastorno, pero quizá hubiera sido mejor fijarse en el proceso, no en las personas.

- ¿El proceso? ¿Y la lista de sospechosos? ¿Y la búsqueda de Liza?

- No habrá acabado hasta el lunes, y no pienso quedarme setenta y pico horas cruzado de brazos. -Se levantó y se giró hacia la salida-. Gracias por la ayuda.

Al abrir la puerta, oyó rodar la silla de Tara.

- Un momento -dijo ella.

Lash se giró.

- ¿Adonde vas?

- Vuelvo a mi despacho. Tengo que registrar muchas cajas de pruebas.

Tara salió de detrás del escritorio. Parecía muy resuelta.

- Te acompaño -dijo.

30.

- Oye, ¿has visto mi neceser? -preguntó Kevin Connelly.

- Debajo del tocador, en la segunda estantería. A la izquierda.

Kevin atravesó la habitación, iluminada con débiles rayos de luz que entraban por las ventanas, y se arrodilló delante del tocador. En efecto, el neceser estaba al fondo de la segunda estantería. En otra época se habría pasado media hora buscándolo, y dejando el dormitorio patas arriba, pero Lynn tenía una memoria fotográfica para la situación de cualquier objeto de la casa. No era algo que controlara voluntariamente; simplemente sucedía. Quizá fuera una de las razones de su facilidad para los idiomas.

- Eres un tesoro -dijo Kevin.

- Seguro que eso se lo dices a todas.

La miró sin levantarse del tocador. Ella estaba frente al armario, mirando una larga hilera de vestidos. Kevin observó cómo descolgaba uno, lo giraba en el colgador, lo dejaba en su sitio y cogía otro. Su manera de mover los brazos, grácil y natural, seguía cautivándolo. La semana anterior, su madre lo había ofendido profundamente al llamarla «mona». ¿Mona? Era la mujer más guapa que había visto en su vida.

Lynn cogió un vestido y lo llevó a la cama, donde había una maleta grande de tela. Lo dobló por la mitad con un rápido movimiento y lo metió en la maleta.

Kevin se había tomado la tarde libre para ayudar a su mujer a hacer el equipaje para el viaje a las cataratas del Niágara. Era una especie de placer culpable, que por alguna razón le avergonzaba confesar a los demás. Siempre que salían de viaje, hacían las maletas con un par de días de antelación, como si fuera una manera de alargar las vacaciones. En eso Kevin siempre había sido previsor, por la misma razón por la que siempre le había gustado llegar pronto al aeropuerto; pero de soltero lo hacía con prisas, descuidadamente, mientras que Lynn le había enseñado que preparar el equipaje era un verdadero arte, que no admitía precipitaciones. Ahora el proceso se había convertido en uno de los pequeños rituales íntimos que componían su matrimonio.

Se levantó, se acercó a Lynn por la espalda y rodeó su cintura con los brazos.

- Piensa -dijo, acariciándole una oreja con los labios-: dentro de un par de días estaremos en el Pillar and Post, delante de la chimenea.

- Mmm.

- Desayunaremos en la cama. Puede que también comamos en la cama. ¿Te gusta la idea? Si juegas bien tus cartas, hasta es posible que te toque un postre.

Lynn respondió apoyando la cabeza con cierto cansancio en el hombro de su marido.

Kevin, que conocía los estados de ánimo de su mujer tan bien como los suyos, se apartó.

- ¿Qué te pasa? -preguntó rápidamente-. ¿Tienes migraña?

- Puede ser que me empiece. Espero que no.

El la hizo girarse y le dio un beso en cada sien.

- Vaya mujer perfecta, ¿eh? -dijo ella, ofreciéndole los labios.

- Eres la esposa perfecta. Mi esposa perfecta.

Lynn le sonrió y volvió a apoyar la cabeza en su hombro.

Llamaron al timbre.

Kevin se apartó con suavidad, salió al pasillo y bajó por la escalera, mientras oía los pasos sigilosos y más lentos de Lynn.

En la puerta había un hombre con un paquete enorme.

- ¿El señor Connelly? -dijo-. Firme aquí, por favor.

Kevin firmó en el lugar señalado y cogió el paquete.

- ¿Qué es? -preguntó Lynn, después de verlo dar las gracias y cerrar la puerta.

- No lo sé. ¿Quieres abrirlo?

Kevin le dio el paquete, y sonrió al verla arrancar el envoltorio. Apareció un celofán de color claro, seguido por una cinta roja y ancha, y luego paja trenzada.

- ¿Qué es? -preguntó-. ¿Una cesta de fruta?

- Sí, pero no una fruta cualquiera -dijo Lynn, emocionada-. Mira la etiqueta. ¡Es pera roja de Ecuador! ¿Tú sabes lo cara que está?

Su expresión hizo sonreír a Kevin. A Lynn le encantaban las frutas exóticas.

- ¿Quién puede haberlo enviado? -preguntó ella-. No veo ninguna tarjeta.

- Sí, detrás hay una muy pequeña. Mira. -Kevin la sacó de entre dos tiras de paja y leyó en voz alta la inscripción-: «Felicidades y nuestros mejores deseos para su cumpleaños».

Lynn se acercó. Ya no se acordaba del dolor de cabeza.

- ¿De quién es?

Kevin le dio la tarjeta. No había ningún nombre, pero llevaba impreso el elegante signo de infinito que usaba Edén como logotipo.

Lynn abrió mucho los ojos.

- Pera roja de Ecuador. ¿Cómo lo han sabido?

- Lo saben todo. ¿No te acuerdas?

Lynn sacudió la cabeza y empezó a quitar el celofán del cesto.

- No tan deprisa -la regañó Kevin en broma-. ¿Se te ha olvidado que tenemos algo pendiente arriba?

La cara de Lynn también se iluminó con una sonrisa. Dejó la cesta y siguió a Kevin por la escalera.

Lash miró el reloj. Fue una mirada rápida y desinteresada, seguida por otra de incredulidad: las seis menos cuarto. Tenía la impresión de que solo habían pasado unos minutos desde que Tara se había ido del despacho hacia las cuatro, aduciendo que tenía hora con el médico.

Se apoyó en el respaldo de la silla y contempló la mesa cubierta de papeles. ¡Y pensar que se había quejado de falta de información! Ahora sí que la tenía: como para ahogar a un ejército.

El descubrimiento de que las muertes de los Thorpe y los Wilner se ajustaban cronológicamente a los emparejamientos era una pieza esencial del rompecabezas. Ahora solo tenía que encontrar su ubicación. Por desgracia, con tantos datos no parecía posible conseguirlo aquella tarde.

Volvió a mirar la mesa, y se fijó en una carpeta donde ponía «Thorpe, Lewis - Inventario de proceso». Ya la había hojeado. Parecía una lista de todos los sistemas de Edén con los que había interactuado Lewis. Buscó entre el resto de los papeles hasta que encontró la carpeta correspondiente a Lindsay Luego fue al fondo del despacho para buscar los inventarios del proceso de los Wilner en las cajas de pruebas.

Quizá Silver tuviera razón, y les esperara un fin de semana tranquilo. Si había un asesino suelto, era posible que los equipos de seguridad de Edén lo cogieran antes de que pudiera volver a matar.

De todos modos, eso no quería decir que Lash estuviera dispuesto a cruzarse de brazos. Comparar los datos de las carpetas podía ser una manera de encontrar nuevas piezas del rompecabezas.

Metió los documentos en su cartera de piel, se desperezó y salió al pasillo para ir al bar. Marguerite ya había terminado su jornada, pero su sustituta en la barra estuvo encantada de servirle un café solo doble. A pesar de la hora, seguía habiendo mucha gente. Lash eligió una mesa en una esquina, dando gracias de que Edén tuviera tres turnos.

Terminado el café, volvió al despacho, cogió el abrigo y la cartera y fue a los ascensores que le quedaban más cerca. En general, el edificio seguía siendo un misterio, pero al menos había aprendido a llegar al vestíbulo.

Se incorporó a la cola del punto de control III pensando en las superparejas. Antes de irse, Tara Stapleton le había comentado que la tercera, los Connelly, se había formado el 6 de octubre de 2002. Si se mantenían las pautas que acababan de descubrir, el miércoles siguiente los Connelly sufrirían una tragedia (suicidio u homicidio). Por un lado, eso les daba un pequeño respiro y aliviaba la presión; por el otro, marcaba un plazo inamovible.

El miércoles. Para entonces tendrían que haber encontrado todas las piezas que faltaban.

Llegó al final de la cola y esperó a que se deslizaran las puertas de cristal por las que se accedía a la sala hexagonal. Casi se había convertido en una rutina. El condicionamiento era algo impresionante. Las personas se acostumbraban casi a todo, hasta a lo más increíble. Durante su época en el laboratorio había visto el mismo efecto con perros,

ratones y chimpancés, y lo usaba en su terapia de biorretroalimentación. Ahora él se había convertido en un ejemplo animado y parlante de su aprovechamiento en un marco empresarial y…

Oyó un pitido lejano. La luz de la sala, ya intensa de por sí, se intensificó aún más. Vio a gente corriendo al otro lado de la segunda puerta. ¿Qué pasaba? ¿Una alarma de incendios? ¿Algún simulacro?

De repente aparecieron dos guardias delante de él y le cerraron el paso con los pies separados y las armas en el cinto.

Se giró sin entender nada, y encontró a dos guardias más, a los que prontamente se sumaron otros.

Después de algunos pitidos, las puertas que acababa de cruzar volvieron a abrirse. Los guardias avanzaron en dos filas. Advirtió que en la segunda había uno con un dispositivo paralizante en la mano.

- ¿Qué…? -dijo.

Los dos primeros guardias lo agarraron con firmeza y le hicieron cruzar rápidamente la primera puerta, mientras los otros formaban un cordón de seguridad. Lash captó una sucesión fugaz de imágenes -la gente de la cola apartándose con los ojos muy abiertos, las paredes de un pasillo, un giro rápido por un recodo- antes de encontrarse en una sala desnuda y sin ventanas.

Le hicieron sentarse en una silla de madera. Al principio parecía que él no estuviese allí. Oyó conversaciones por radio, y a alguien marcando un número de teléfono.

- Que venga Sheldrake -dijeron.

Cerraron la puerta. Uno de los guardias se giró hacia Lash.

- ¿Adonde se las llevaba? -preguntó.

Tenía las cuatro carpetas en la mano.

Con tanta confusión, Lash no se había dado cuenta de que le hubieran quitado la cartera.

- A casa -contestó-, para leerlas durante el fin de semana.

¡Alucinante! ¿Cómo podía haber olvidado las advertencias de Mauchly? «De la Pared no sale nada.» Por otro lado, ¿cómo se habían…?

- ¿Conoce las normas, señor…? -preguntó el guardia, mientras metía las carpetas en algo que guardaba un parecido inquietante con una bolsa de pruebas.

- Doctor Lash. Christopher Lash.

Uno de los agentes de seguridad se acercó a un terminal y escribió algo.

- ¿Conoce las normas, doctor Lash?

Lash asintió.

- Es decir, que se da cuenta de la gravedad del delito.

Lash volvió a asentir, avergonzado. Tara, tan puntillosa en cuestiones de protocolo, no se lo perdonaría. Esperó no crearle problemas. A fin de cuentas, Mauchly la había puesto a cargo de…

- Tendremos que retenerlo aquí hasta haber localizado su historial de seguridad. Lo siento, pero si ya tiene un aviso no habrá más remedio que convocar al comité de bajas.

El agente del terminal levantó la cabeza.

- En la base de recursos humanos no aparece ningún Christopher Lash.

- ¿Hemos escrito bien su nombre? -preguntó el agente de la bolsa de pruebas.

- Sí, pero…

- Me sale un Christopher S. Lash como posible cliente -dijo el agente del terminal. Escribió algo más-. El domingo pasado, 26 de septiembre, hizo los tests de solicitud. -Dejó de teclear-. Fue rechazado.

- ¿Es usted? -preguntó el primer agente.

- Sí, pero…

El ambiente sufrió un cambio radical. El primer agente se acercó rápidamente a Lash. Otros se colocaron detrás, incluido el de la pistola Taser.

«Vaya, esto se pone feo», pensó Lash.

- No lo entienden -empezó a decir-. Es que…

- Por favor, no diga nada -le interrumpió el agente-. Ya haré yo las preguntas.

En ese momento se abrió la puerta y entró otro hombre. Era alto, y tan ancho de hombros que su rubia cabeza parecía demasiado pequeña para el resto del cuerpo. Se acercó con un porte casi militar. Los demás se apartaron respetuosamente. Llevaba un traje oscuro de ejecutivo, de corte sencillo. Sus ojos llamaban la atención por su color verde esmeralda. A Lash le sonó de algo, pero estaba tan confuso que le costó reconocerlo. De golpe se acordó. Lo había visto en el pasillo durante el interrogatorio de Handerling.

- ¿Qué pasa? -preguntó con voz seca.

- Este hombre intentaba llevarse documentos secretos por el punto de control.

- ¿De qué departamento es? ¿Qué rango tiene?

- No es un empleado, señor Sheldrake. Es un cliente rechazado.

Sheldrake arqueó las cejas.

- ¿En serio?

- Acaba de admitirlo.

Sheldrake se acercó cruzando sus musculosos brazos, y miró a Lash con curiosidad, pero sin reconocerlo. Estaba claro que no lo había visto durante el interrogatorio. Separó los brazos y se abrió lo americana, dejando a la vista un cinturón con pistola automática, esposas y radio. Sacó la porra telescópica del cinturón y la extendió al máximo.

- Mira, Crandall -murmuró.

Subió la manga de Lash con la punta de la porra y destapó la pulsera de seguridad.

El primer agente, Crandall, frunció el entrecejo de sorpresa.

- ¿De dónde lo ha sacado? ¿Qué hacía dentro del perímetro de seguridad?

- Soy asesor temporal.

- Acaba de admitir que es un cliente rechazado.

Lash maldijo el secretismo con que lo habían hecho entrar en la empresa.

- Sí, ya lo sé, pero el proceso de solicitud formaba parte de mi misión. Pregúntenselo a Edwin Mauchly, que es el que me contrató.

Volvió a oír radios en el fondo. Uno de los guardias de seguridad estaba registrando su cartera.

- Edén no trabaja con asesores temporales, y menos detrás de la Pared. -Sheldrake se giró hacia los demás-. Dad la alerta a todos los puestos de seguridad. Pasaremos a la fase Beta. Que venga un analista para ver si la pulsera está manipulada.

- Ahora mismo, señor Sheldrake.

La situación empezaba a ser absurda. ¿Por qué no aparecían sus últimos registros, los de su emparejamiento?

- Oiga -dijo Lash, poniéndose de pie-, le digo que hable con Mauchly…

- ¡Siéntese!

Crandall le hizo sentarse sin contemplaciones, mientras se acercaba otro guardia, el de la pistola Taser, y un compañero suyo abría un armario metálico y sacaba un aparato largo y con pinta de rastrillo, con un semicírculo en la punta. Lash ya lo había visto muchas veces. Se usaba para acorralar a los enfermos psiquiátricos que no colaboraban.

Se humedeció los labios. Al principio la situación había sido violenta, después molesta, pero empezaba a tomar otro color.

- Oigan -dijo con toda la tranquilidad que pudo-, ya les he dicho que soy un asesor. Trabajo con Tara Stapleton.

- ¿En qué? -preguntó Sheldrake.

- Es confidencial.

- Bueno, si nos lo pone así… -Sheldrake giró la cabeza-. Enteraos de quién es el médico de guardia, y que venga. Avisad a seguridad y a los jefes de guardia.

- Le estoy diciendo la verdad -insistió Lash-. Si no se lo cree, pregúnteselo a Silver, que está al corriente.

Una leve sonrisa curvó los labios de Sheldrake.

- ¿Richard Silver?

- Está al corriente -dijo Crandall-. No lo han visto en todo un año, pero está al corriente.

- Bueno, pues ya voy yo a hablar con él.

Lash quiso volver a levantarse, pero Crandall lo empujó por segunda vez hacia la silla. Otro agente de seguridad lo ayudó a sujetarlo.

- Traed esposas y grilletes -dijo Sheldrake sin pestañear-. Tú, Stemper, usa la Taser, a ver si se calma este tío.

El guardia de la pistola paralizante se acercó.

- Apártate cuando te avise -murmuró Crandall a su colega del otro lado de la silla.

En ese momento se abrió la puerta y entró Mauchly.

- ¿Qué pasa? -preguntó.

Sheldrake se giró.

- Este hombre dice que lo conoce, señor Mauchly.

- Es verdad.

Mauchly se acercó. Lash empezó a levantarse, pero Mauchly lo detuvo con un gesto.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó a Sheldrake.

- Que intentaba salir del perímetro de seguridad con eso encima.

Sheldrake hizo un gesto con la cabeza a Crandall, que dio la bolsa de pruebas a Mauchly.

Mauchly la abrió y leyó los títulos de las carpetas.

- Me las quedo -dijo.

- Muy bien, señor Mauchly -contestó Crandall.

- Y al doctor Lash también.

- ¿Seguro que es buena idea? -preguntó Sheldrake.

- Sí, señor Sheldrake.

- Entonces lo dejo en su custodia. -Se giró hacia Crandall-. Levanta acta.

Mauchly cogió la cartera y le hizo señas a Lash de levantarse.

- Venga, doctor Lash -dijo-. Por aquí.

Al salir de la habitación, Lash oyó que Sheldrake decía por teléfono a los equipos de seguridad que se anulaba la alarma, y que ya había pasado la fase Beta.

Salieron al pasillo. Mauchly cerró la puerta y se giró. -¿En qué estaba pensando, doctor Lash? -La verdad, creo que no pensaba. Estoy bastante cansado. Perdone.

Mauchly lo observó y asintió lentamente con la cabeza.

- Haré que vuelvan a llevárselas a su despacho -dijo, señalando las carpetas-. Las encontrará el lunes por la mañana cuando llegue.

- Gracias. ¿Qué ha querido decir el guardia con lo de la fase Beta?

- En este edificio hay cuatro fases: la Alfa, la Beta, la Delta y la Gamma. La fase Alfa es cuando todo funciona normalmente. La Beta es la de alerta. La Delta es para casos de evacuación, incendio y similares.

- ¿Y la Gamma?

- Solo para emergencias por catástrofe. Nunca se ha aplicado, claro.

- Claro.

Dándose cuenta de que hablaba por hablar, Lash deseó un buen fin de semana a Mauchly y se dispuso a marcharse.

- Doctor Lash… -lo llamó Mauchly en voz baja.

Lash se giró. Mauchly tenía su cartera en la mano.

- Sería conveniente que usara el punto de control I, el del tercer piso -dijo-. Sospecho que en los próximos minutos los guardias de esta zona estarán un poco… excitables.

32.

Frank Pistón, fiscal adjunto, cambió de postura en la silla de madera. En ese momento habría dado cualquier cosa por coger al sádico que compraba el mobiliario del juzgado del condado de Sullivan. Diez minutos, o cinco, en un oscuro callejón le habrían bastado para dejar bien clara su opinión. Había estado en docenas de salas y despachos del juzgado, un edificio de cinco pisos, y todas tenían las mismas sillas raquíticas con asiento plano y respaldo con bultos justo donde no tenía que haberlos. La sala de sesiones de la Junta de Indultos y Libertad Condicional no era ninguna excepción.

Una mirada a su reloj le arrancó un suspiro de desconsuelo. Las seis en punto. Su caso sería el último en ser escuchado, cuando por derecho le correspondía ser el primero de la lista. A fin de cuentas, no había ninguna razón para no despacharlo en cuestión de minutos y mandar a la cárcel a Edmund Wyre para que se pudriera otros diez años. En cambio, tenía que presenciar una docena de casos, cada cual más aburrido. Parecía mentira que un fiscal adjunto tuviera que pasar por eso. Pensar que se le estaba durmiendo el cuerpo del trasero para abajo, cuando ya hacía una hora que se habían ido todos… ¿Para eso había soportado cuatro años de facultad de derecho? ¿Para eso se había gastado cerca de cien mil dólares?

Media hora antes, después del caso del violador en serie, había tenido miedo de que la junta levantara la sesión y lo hiciera volver la semana siguiente para otra tortura, pero al final habían decidido oír los pocos casos que quedaban. Al violador, lógicamente, le habían denegado la condicional. Como a casi todos. Era una junta dura de roer. Pistón pensó que si alguna vez delinquía lo más aconsejable sería hacerlo en otro condado.

Por fin llegó su hora. Al conductor borracho que había atropellado a un peatón de edad avanzada (homicidio involuntario con circunstancias agravantes, veinte años) le habían denegado la condicional. Era previsible. Walt Corso, el viejo con cara de vinagre que presidía la comisión, carraspeó.

- A continuación, la Junta de Indultos y Libertad Condicional revisará el caso de Edmund Wyre -dijo, mirando el portapapeles que tenía delante.

Hubo un movimiento general en la mesa de la junta. Pistón se fijó en que no faltaba ni uno de los doce miembros, tal y como lo exigía la revisión de un caso de asesinato. Ahora que los parientes del conductor borracho habían salido cariacontecidos de la sala, no quedaba casi nadie, solo la junta, un secretario, algunos funcionarios y Pistón. Ni un miserable periodista. Wyre lo tenía más que crudo para salir. Lo sabía todo el mundo. Pistón ni siquiera entendía que hubiera pedido tan pronto la condicional, habiendo matado a seis personas.

A su derecha, una puerta comenzó a abrirse. Poco después apareció Edmund Wyre en persona, esposado y con un celador a cada lado.

Pistón se irguió en la silla. Aquello no era normal. ¿Había contratado a un abogado? ¿Qué hacía Wyre personalmente allí?

Los que no se sorprendieron fueron los miembros de la junta, que esperaron en silencio a que Wyre fuera conducido ante la mesa. Corso volvió a mirar su portapapeles y apuntó algo.

- Señor Wyre, tengo entendido que pidió asistir a la sesión, pero que ha rechazado los servicios de un abogado o un asesor y prefiere representarse a sí mismo.

- Efectivamente, señor-respondió el preso con respeto.

- Muy bien. -Corso miró a ambos lados de la mesa-. ¿Quién es el agente de la condicional?

Uno de los funcionarios del fondo se levantó.

- Yo, señor.

- Forster, ¿verdad?

- Sí, señor.

- Acerqúese.

Forster se acercó por el pasillo central. Wyre lo miró y asintió con la cabeza.

Corso cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó hacia el agente.

- Debo decirle, Forster, que nos ha sorprendido que este caso pasara la criba.

«No sois los únicos», pensó Frank Pistón.

- Las condenas del señor Wyre no eran consecutivas -dijo Forster-. Las está cumpliendo simultáneamente.

- Sí, eso ya lo sé.

Wyre, el asesino, se aclaró la garganta y miró el papel que tenía en la mano.

- Señor -empezó a decir-, había pensado solicitar la libertad condicional por motivos especiales a causa de mi salud…

Eso ya era pasarse de la raya. Wyre era la buena salud personificada. Pistón se levantó como un resorte, haciendo chirriar escandalosamente la silla de madera contra el suelo.

Corso lo miró con mala cara.

- ¿Desea intervenir, señor…?

- Pistón, Frank Pistón, fiscal adjunto.

- Ah, sí, el joven Pistón. Adelante con su interrupción.

- ¿Me permite señalar que las personas condenadas por delitos con agravantes no pueden optar a la modalidad especial de libertad condicional?

- La junta lo tiene en cuenta, gracias. Puede proseguir, señor Wyre.

- Como le estaba diciendo, había pensado pedir la libertad condicional por motivos especiales, pero después me informaron de que no era necesario.

- Es lo que pone en el sumario. -Corso miró al agente-. ¿Le importaría explicarlo, señor Forster?

- El señor Wyre ha acumulado un período excepcionalmente largo de buena conducta; el máximo permitido, para ser exactos.

Pistón se irguió aún más. Pero ¿qué estaban diciendo? ¡Con la de comentarios que le habían llegado sobre los problemas que causaba Wyre en la cárcel! Era el peor de los criminales: un asesino insensible y listo como un zorro. Se pasaba todo el día enfrentando a los presos entre sí, provocando peleas y motines y sembrando la discordia entre los vigilantes. Por no hablar de una larga serie de asesinatos en la propia cárcel… Las cuchilladas a otros presos no eran precisamente una modalidad de remisión de pena, aunque no hubiera pruebas.

- Dicha buena conducta, sumada a los trabajos comunitarios de Wyre y su participación en programas laborales y grupos de rehabilitación, ha adelantado la fecha en que podía optar a la libertad condicional, con supervisión obligatoria incluida, claro está, al 29 de septiembre de este año.

Pistón sintió una sacudida, y al instante se puso de pie otra vez. Solo faltaban dos días para el 29 de septiembre. «¿Que Wyre puede optar a la condicional? ¿Tan pronto? Imposible.»

Corso lo miró.

- ¿Tiene algo que añadir, señor Pistón?

- No. Bueno, sí: que la buena conducta es un privilegio, no un derecho. No modifica el hecho de que Wyre, aquí presente, matara a seis personas, entre ellas dos policías.

- ¿Olvida, señor Pistón, que el señor Wyre, aquí presente, fue condenado por el asesinato de una sola persona?

Pistón soltó una palabrota para sus adentros. Era verdad. A Wyre solo lo habían juzgado por el asesinato de su última víctima. Se debía a una serie de tecnicismos jurídicos y un mal uso de las pruebas. Aunque en retrospectiva pareciera insensato, el fiscal del distrito había preferido una condena segura al riesgo de que Wyre quedara libre por poca solidez en las pruebas. Hasta la prensa había puesto el grito en el cielo. ¿Tan mala memoria tenían los tipejos de la junta?

Lo que dijo en voz alta fue:

- No, señor, no lo olvido. Solo pido que se tomen en cuenta las circunstancias de los asesinatos, las características de las atrocidades de Wyre…

- Señor Pistón, ¿está diciéndole a la junta cómo debe cumplir su cometido?

Pistón tragó saliva.

- No, señor.

Corso enarboló un fajo de papeles.

- ¿Tiene todos los datos de la sesión? ¿Está en posesión del sumario?

- No, señor.

- Entonces, joven, siéntese y muérdase la lengua hasta que tenga algo que valga la pena decir.

Wyre se giró para mirar a Pistón. Fue una simple mirada, que duró muy poco, pero dejó helado al fiscal adjunto. Era la mirada de un gato a un canario. A continuación, el preso volvió a sonreír a la junta.

Afectado por el hecho de que Wyre optara a la libertad condicional, y por su mirada, Pistón intentó tranquilizarse y pensar con lucidez. No había que olvidar a quién tenían delante. Todo el mundo sabía que a los policías los había matado Wyre. Les había tendido una emboscada. De hecho, sus planes incluían el asesinato de un agente del FBI. Eso difícilmente se le olvidaría a Corso, que era tan severo como se lo permitía su cargo de jefe de la junta. En todo caso, primero habría que pasar por todos los detalles del sumario. Parecía difícil que Wyre los superara.

Fue como si Corso le leyera el pensamiento.

- Muy bien, señor Forster, pasemos al sumario. Toda la junta ha tenido la oportunidad de consultarlo, y debo decir que nos han sorprendido un poco sus conclusiones.

- Lo entiendo perfectamente, señor, pero me he ceñido a la evaluación y los datos pertinentes.

- ¡No, señor Forster, si no es que ponga nada en duda! Siempre ha demostrado la máxima escrupulosidad en los sumarios. Ocurre, simplemente, que… nos sorprende un poco. -Corso hojeó el informe-. Los perfiles sociales, los tests psicológicos, el historial de adaptación institucional del preso… Nunca había visto puntuaciones así.

- Yo tampoco, señor -dijo Forster.

A Wyre, que estaba al lado del agente, le brillaron los ojos.

- Los testimonios que aporta son igual de llamativos.

- Todos proceden de la base de datos, señor.

- Mmm. -Corso echó un vistazo a las últimas páginas del documento y lo dejó en la mesa-. De todos modos, no sé por qué nos sorprendemos tanto. A fin de cuentas, si estamos aquí es porque creemos en la eficacia de nuestro sistema penitenciario, ¿no? Hemos hecho un gran esfuerzo por acercar estos servicios y estas oportunidades de rehabilitación a nuestros presos. Entonces, ¿por qué nos admira tanto encontrar un caso en que ha funcionado la rehabilitación, un éxito?

«Dios mío», pensó Pistón. Solo había una cosa que pudiera inducir a Corso a la benevolencia: que le pusieran delante la zanahoria de un ascenso. El Corso jefe de la junta de indultos era el mismo Corso que aspiraba a un escalio en la asamblea, y que Edmund Wyre pasara de ser un asesino sádico a un ciudadano arrepentido y reformado sería un triunfo personal incomparable.

Imposible. Wyre era una víbora, un loco peligroso. «¿Qué contiene el sumario? ¿Qué ha pasado con los tests?»

- Señor -dijo Wyre, mirando mansamente a Corso-, a la luz de todo ello quisiera solicitar que la junta dé el visto bueno a mi petición de libertad condicional, establezca una fecha para mi excarcelación y formule un plan de supervisión.

Pistón, cada vez más incrédulo, vio que Wyre volvía a consultar el documento que tenía en la mano. «Tiene el proceso dominado. Lo ha entrenado alguien. Le han enseñado los documentos que tenía que leer. ¿Quién?»

Se levantó impulsivamente por tercera vez.

- ¡Señor Corso! -exclamó.

Corso lo miró con expresión ceñuda.

- ¿Ahora qué pasa?

Pistón movió la boca, pero no le salieron las palabras. Entonces Wyre giró la cabeza con toda naturalidad, y cuando su mirada encontró la de Pistón entrecerró los ojos y se relamió los labios lentamente: primero el de arriba y después el de abajo.

Pistón se dejó caer en la silla. Mientras se reanudaban las intervenciones en la parte delantera de la sala, metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono móvil y llamó al despacho. Le salió el contestador, como esperaba. Empezó a marcar el número privado de su jefe, pero lo dejó a medias. El fiscal del distinto estaba en el campo de golf, jugando una partidita, y tendría el teléfono desconectado, como siempre.

Se lo guardó en el bolsillo con movimientos lentos, como si estuviera soñando, y volvió a mirar a la junta. Parecía eso, un sueño; una de esas pesadillas en que se ve ocurrir algo terrible, en que se ve cernirse una tragedia, una catástrofe, y por alguna razón es imposible moverse e intervenir. Una pesadilla en la que se tienen las manos atadas.

El parecido no iba más allá. Pistón sabía que siempre se acaba despertando de las pesadillas, mientras que de eso nunca se despertaría.

- Cambio de planes -dijo Lash, inclinándose hacia el taxista-. Déjeme aquí mismo, por favor.

Esperó a que el taxi cruzase Columbus Circle y se acercara al bordillo para pagar y bajar. Lo vio perderse en un mar de coches amarillos idénticos. Lentamente, con las manos en los bolsillos de la americana, subió por Central Park West.

No se explicaba del todo su decisión de bajar varias manzanas antes del restaurante. Debían de ser las ganas de no toparse con ella en la entrada. Pero ¿por qué? ¿De qué era señal? De controlar la situación: quería verla primero, y establecer su propio espacio antes del encuentro. Señal de nerviosismo.

Si su estado de ánimo hubiese sido diferente, quizá se hubiera tomado el autoanálisis a broma, pero estaba claro que respiraba demasiado deprisa, y que tenía el pulso acelerado. Christopher Lash, eminente psicólogo curtido en un centenar de crímenes, estaba nervioso como un adolescente en su primera cita.

Los nervios habían empezado por la mañana, lentamente, con el impulso de coger el teléfono y llamar a Tavern on the Green. La reserva ya la había hecho Edén, pero Lash quería elegir personalmente el comedor. Levantar el auricular y volver a colgarlo había sido todo uno. ¿Qué prefería? ¿El Crystal Room, con su deslumbrante colección de arañas? ¿O el ambiente más rústico del Rafters Room? Resultado: diez minutos para decidirse, y quince al teléfono nombrando a conocidos y engatusando a la encargada de reservas para conseguir la mejor mesa.

No era su manera de ser. Las pocas veces que salía a cenar, nunca le importaba dónde lo sentasen. Claro que tampoco era muy propio de él mirarse en el cristal de una parada de autobús -que era lo que estaba haciendo-, ni preocuparse de que la corbata estuviera pasada de moda, o no conjuntara bien, o ambas cosas…

Seguro que Edén ya tenía previstas esas reacciones. Seguro que en circunstancias normales lo habrían sometido a una charla previa, con objetivos tranquilizadores, pero las circunstancias no eran normales; por alguna razón, la empresa que nunca cometía errores se había equivocado, y ahora Lash caminaba a las ocho en punto de la tarde por Central Park West, absorto -por primera vez en varios días- en algo que no eran las muertes de los Thorpe y los Wilner.

Donde la calle Sesenta y siete Oeste desembocaba en Central Park, vio titilar un gran número de luces blancas entre los árboles. Tras esquivar varias limusinas, llegó a la puerta del restaurante. Antes de entrar, se alisó la americana y comprobó que no se le hubiera caído el pin de Edén. Hasta en un detalle tan ínfimo como el del pin había tardado varios minutos en elegir el mejor sitio de la solapa, y en asegurarse de que fuera visible, pero no demasiado ostentoso. Tenía la boca seca, y las palmas de las manos sudorosas. Se las secó en la parte trasera de los pantalones, incómodo, y se acercó al bar con paso largo y decidido.

«Al final, todo se reduce a esto», pensó. Curiosamente, con todo el tiempo que había dedicado a su propia evaluación, y a estudiar a Edén y las superparejas, no había invertido ni un minuto en pensar cómo debía de ser la espera, la curiosidad por el aspecto físico de la supuesta pareja perfecta… Ni un minuto hasta el día de la cita, en el que prácticamente no había pensado en nada más. La vida le había enseñado con

dureza cómo no era su pareja perfecta: como Shirley, su ex mujer, incapaz de perdonar la debilidad humana, y de aceptar la tragedia. ¿Cómo, entonces? ¿Una mezcla de novias anteriores? ¿Un compuesto generado por su subconsciente? ¿Sería una amalgama de sus actrices más admiradas? La desenvoltura de movimientos de Myrna Loy, la belleza de Claudette Colbert…

Se quedó en la entrada del bar. Había varias mesas ocupadas por parejas o pequeños grupos que hablaban en voz alta. En el bar había clientes solos, y…

La vio. Al menos pensó que debía de ser ella, por la simple razón de que tenía un pin idéntico al suyo en el vestido. También porque lo miraba, y porque se había levantado del taburete para acercarse sonriendo.

No, no podía ser. No cuadraba con ninguna de sus expectativas. No era una Myrna Loy de pelo castaño y cuerpo esbelto, sino una mujer alta y de pelo azabache, sobre los treinta y cinco años, con unos ojos picaros de color avellana. Lash no recordaba haber salido con ninguna chica quince o veinte centímetros más alta que él.

- Christopher, ¿no? -dijo ella, dándole la mano. Señaló el pin con la cabeza-. Reconozco el accesorio.

- Sí -contestó-. Y tú eres Diana.

- Diana Mirren.

Su acento también le sorprendió: una voz melosa de contralto, con una musicalidad típicamente sureña.

El intelecto de las mujeres sureñas siempre le había inspirado un desprecio totalmente irracional, como su acento, que le daba dentera. Empezó a preguntarse si el proceso de emparejamiento había sido tan erróneo como su incorporación al Tanque.

- ¿Entramos? -propuso.

Diana se colgó el bolso en el hombro. Fueron a hablar con la encargada de las reservas.

- Lash y Mirren, para las ocho -dijo él.

La mujer del otro lado de la mesa consultó un libro muy grande.

- Ah, sí. En el Terrace Room. Síganme, por favor.

Lash había elegido el Terrace Room porque le parecía un marco más íntimo, con molduras artesanas en el techo y unos grandes ventanales con vistas a un jardín privado. El camarero que les hizo sentarse llenó sus copas de agua y se retiró con una inclinación, dejando dos cartas en la mesa.

Al principio, ninguno de los dos habló. Sus miradas se encontraron, y ella se rió.

- ¿Qué pasa? -preguntó Lash.

Diana negó con la cabeza y cogió la copa de agua.

- No sé. Es que… no eres como esperaba -respondió.

- Supongo que soy más viejo, más flaco y más paliducho.

Ella volvió a reírse, algo ruborizada.

- Perdona -dijo él.

- Bueno, ya nos dijeron que no tuviéramos prejuicios, ¿no?

Lash, a quien no le habían dicho nada, se limitó a asentir.

Vieron llegar al sumiller, con su tastevin de plata colgado al cuello.

- ¿Desean algo de la carta de vinos?

Lash miró a Diana, que asintió con entusiasmo y dijo:

- Decide tú. A mí me encanta el vino francés, pero no es que lo conozca mucho.

- ¿Un burdeos, por ejemplo?

- Naturellement.

Lash cogió la carta de vinos y le echó un vistazo.

- Tomaremos el Pichon-Longueville.

- ¿Pichon-Longueville? -preguntó Diana, después de que se fuera el sumiller-. ¿El supersecond de Pauillac? Parece que es buenísimo.

- ¿Supersecond?

- Sí, ya sabes: con todas las cualidades de un premier cru, pero más económico.

Lash dejó la carta en la mesa.

- Creía que no sabías mucho de vinos.

Diana bebió un poco más de agua.

- Bueno, muchísimo menos de lo que debería.

- ¿Por qué?

- Porque el año pasado fui seis semanas a Francia y pasé una en la región de los vinos.

Lash silbó.

- Lo que me da vergüenza es acordarme de unas cosas y no de otras. Por ejemplo, me acuerdo de que el chateau más bonito era el de Beychevelle, pero no me preguntes por las mejores cosechas.

- De todos modos, creo que te corresponde el título de degustadora oficial de la mesa.

- Bueno, no digo que no.

Diana volvió a reírse. Normalmente a Lash no le gustaba la gente que reía demasiado fuerte y a menudo. Solía ser una excusa para no decir algo con palabras. La risa de Diana, sin embargo, era contagiosa. Lash sonrió sin darse cuenta.

Cuando volvió el sumiller con la botella, Lash le señaló a Diana, que miró la etiqueta, hizo girar el vino en la copa y se la acercó a la boca con una irónica exhibición de gravedad. El siguiente en volver fue el primer camarero, que recitó una larga lista de platos del día. El sumiller llenó las copas y se fue. Diana levantó la suya mirando a Lash.

- ¿Por qué brindamos? -preguntó él.

«Dirá "por nosotros". Es lo típico.»

- ¿Por los travestís? -contestó Diana con su meloso acento.

A Lash casi se le cayó la copa.

- ¿Qué?

- ¡Cómo! Pero ¿no te has fijado?

- ¿En qué?

- En la escultura. ¡Sí, la de la fuente de delante del edificio de Edén! Una estatua rodeada de pájaros y ángeles. El día que la vi me pareció lo más raro del mundo. No sabía si era un hombre o una mujer.. Lash negó con la cabeza.

- Pues suerte que se fijó uno de los dos. Es Tiresias.

- ¿Quién?

- Un personaje de la mitología griega. Tiresias es un hombre que se convirtió en mujer, y luego otra vez en hombre.

- ¿Qué?¿Porqué?

- ¿Por qué? Eso no se pregunta. Cosas que pasaban en Tebas. Resulta que Zeus discutía con Hera sobre quién disfrutaba más con el sexo, los hombres o las mujeres, y, como Tiresias era el único que había probado las dos cosas, lo llamaron para zanjar la discusión.

- ¿Y?

- Pues que a Hera no le gustó lo que dijo Tiresias, y lo dejó ciego.

- Típico.

- A Zeus le supo mal, y concedió a Tiresias el don de la profecía.

- Todo un gesto. Pero te has saltado algo.

- ¿El qué?

- Lo que dijo Tiresias para enfadar a Hera.

- Dijo que las mujeres disfrutan más del sexo que los hombres.

- ¿Ah, sí?

- Sí, nueve veces más.

«Ya volveremos sobre el tema», se dijo Lash, y levantó la copa.

- Pues brindemos, brindemos. Pero ¿no debería ser por los hermafroditas?

Diana se lo pensó.

- Tienes razón. Venga, por los hermafroditas.

Hizo chocar su copa con la de Lash.

Lash probó el vino y lo juzgó excelente. Decidió que se alegraba de que Diana no fuera tan guapa como Claudette Colbert. Lo habría intimidado.

- ¿De dónde has sacado la anécdota? -preguntó.

- La verdad es que ya la sabía.

- A ver si lo adivino: en el viaje por Francia leíste un manual de mitología.

- No exactamente. Digamos que forma parte de mi trabajo.

- ¿Ah, sí? ¿Qué trabajo?

- Doy clases de literatura inglesa en la Universidad de Columbia.

- Buena universidad -dijo Lash, impresionado.

- De momento solo soy auxiliar, pero cuenta para la titularidad.

- ¿Cuál es tu especialidad?

- Bueno, yo diría que el romanticismo. La poesía lírica.

Lash sintió un estremecimiento peculiar, como si algo se despertara en su interior. En la universidad, antes de ser absorbido por la psicología y las exigencias del posgrado, le habían gustado mucho los románticos.

- ¡Qué interesante! Resulta que estos días estaba leyendo a Bashó. No es que sea exactamente un romántico, pero…

- Bueno, a su manera sí. El mejor poeta japonés de haikus.

- No sé, pero se me han quedado los poemas en la cabeza.

- Es lo que pasa con los haikus, que son muy traicioneros. Parecen poca cosa, pero luego te vuelven a la memoria por cualquier tontería.

Lash pensó en Lewis Thorpe. Bebió un poco de vino y recitó:

Mudo delante

de estos retoños de la primavera

bajo el fulgor del sol.

Diana dejó de sonreír, y puso cara de concentración.

- Otra vez, por favor -susurró.

Lash no se hizo de rogar. Al final del poema, se quedaron callados, pero no fue un silencio incómodo, sino un agradable paréntesis de contemplación. Lash miró las otras mesas, y los colores suntuosos del crepúsculo en el parque. Se le había pasado el nerviosismo sin darse cuenta.

- Muy bonito -dijo finalmente Diana-. Yo he vivido momentos así. -Hizo una pausa-. Me recuerda otro haiku de Kobayashi Issa, un autor de más de un siglo después.

Recitó:

Insectos en la rama

flotando río abajo;

aún cantan.

En ese momento volvió el camarero.

- ¿Ya han decidido lo que desean pedir?

- Pues la verdad es que ni siquiera hemos abierto la carta -dijo Lash.

- Muy bien.

Se fue con otra reverencia.

Lash volvió a mirar a Diana.

- La cuestión es que son muy bonitos, pero no acabo de entenderlos.

- ¿No?

- Bueno, superficialmente supongo que sí; pero son como enigmas con un significado más profundo que se me escapa.

- Es el gran problema. Mis alumnos siempre me lo dicen.

- Pues acláramelo.

- Te los planteas como si fueran epigramas, pero los haikus no son pequeños enigmas que haya que resolver. Para mí son justo lo contrario: un juego para la imaginación, lleno de insinuaciones que dicen mucho más de lo que realmente parece. No busques un único significado; piensa en puertas que se abren.

- Puertas que se abren -repitió Lash.

- Hablando de Bashó, ¿sabes que escribió el haiku más famoso de todos los tiempos? Solo se compone de diecisiete sonidos, como todos los haikus tradicionales, pero ¿sabes? Lo han traducido al inglés de más de cincuenta maneras, y ninguna traducción se parece a las demás.

Lash sacudió la cabeza.

- Increíble.

Diana volvió a sonreír.

- Es lo que quería decir con lo de puertas que se abren.

El comentario dio paso a otro silencio más breve, en que se les acercó un camarero para llenar la copa de Lash.

- ¡Oye, parece mentira! -dijo Lash cuando estuvieron solos.

- ¿El qué?

- Hemos hablado de vino francés, de mitología griega y de poesía japonesa, y aún no me has preguntado a qué me dedico.

- Ya, ya lo sé.

Volvió a sorprenderle que Diana fuera tan directa.

- ¿No suele ser el primer tema de conversación en las primeras citas?

Diana se inclinó.

- Exacto. Por eso esta cita es tan especial.

Justo entonces Lash cayó en la cuenta de que no necesitaban hacerse las típicas preguntas de las citas a ciegas. Edén ya se había encargado de todo. Ahora solo les esperaba un largo viaje de descubrimiento. Fue una idea muy liberadora.

El camarero volvió y, al ver que seguían sin tocar la carta, se giró con otra reverencia.

- ¡Pobre! -dijo Diana-. Aún esperará hacer otro servicio en esta mesa.

- Pues ¿sabes qué? -contestó Lash-. Que creo que está reservada para el resto de la velada.

Diana levantó la mano vacía, imitando un brindis.

- Brindemos por el resto de la velada.

Lash asintió, e hizo algo que no se esperaba ni él: coger los dedos de Diana y llevárselos suavemente a los labios. Miró por encima de los nudillos y vio que Diana abría un poco los ojos, y que su sonrisa se hacía más amplia.

Al soltarle la mano, detectó un olor casi imperceptible. No era de jabón ni de perfume, sino algo propio de Diana, un deje de canela o cobre, u otra cosa que Lash no logró identificar. Algo sutilmente embriagador. Se acordó de lo que había dicho Mauchly en el laboratorio de genética de Edén, sobre los ratones y su peculiarísimo método de elegir pareja a través del olfato, buscando aquella cuyos genes fueran más distintos a los suyos, y se le escapó la risa.

Diana no dijo nada. Se limitó a arquear las cejas interrogantemente.

La respuesta de Lash fue levantar la mano, como había hecho ella anteriormente, pero con la copa de vino.

- Por la diversidad del universo -dijo.

34.

El domingo amaneció frío y hostil. Cuando salió el sol, fue como si enfriase la tierra más que calentarla. Por la tarde, la espuma de las olas del estrecho de Long Island adquirió un matiz plomizo, y las inquietas aguas parecían negras, presagio de la llegada del invierno.

Lash estaba sentado delante del ordenador del despacho de su casa, con una taza de infusión entre las manos. Milagrosamente -teniendo en cuenta el ambiente cargado de la cena, y lo tarde que se había despedido de Diana-, había conseguido dormir seis horas, y se había levantado con un cansancio soportable. Lo que sentía era inquietud. Sin datos de Edén que llevarse a casa, y sin acceso a ningún archivo o historial, era imposible progresar en la investigación. Su instinto, sin embargo, le decía que estaba cerca de una revelación. Muy cerca, quizá. Después de pasearse pensativo por la casa, la desesperación lo condujo a Internet, y a cualquier dato que pudiera encontrar sobre la empresa.

Salieron las típicas banalidades de la red: un timador que pretendía haber descubierto los secretos de Edén y los ofrecía en un vídeo por 19,95 dólares, páginas en que se aludía oscuramente a las perversas alianzas de la empresa con los organismos de inteligencia… Entre tanta basura, sin embargo, había alguna pepita. Imprimió al azar una docena de artículos y se llevó las páginas impresas al sofá del salón. Las hojeó despacio con los pies sobre la mesa, oyendo los lamentos de las gaviotas. Uno de los documentos era un libro blanco sobre la personalidad artificial y la inteligencia de enjambre, un texto complicadísimo escrito por Silver hacía casi una década, y que debía de haberse difundido por la red sin su permiso. Una página de economía hacía un análisis bastante completo del modelo Edén, o como mínimo de la parte conocida por el público, y narraba una breve historia de su integración en el gigante farmacéutico PharmGen antes de segregarse como empresa independiente. Otra web ofrecía una biografía empresarial muy favorable de Richard Silver, el hombre que había salido del anonimato para convertirse en un empresario de relieve mundial. Lash leyó el artículo con más atención que los demás, y quedó sorprendido por la fidelidad de Silver a sus sueños; también por la energía con que los había convertido en realidad, sin dejarse obstaculizar por una serie de desventuras juveniles sobre las que la página pasaba bastante de puntillas. Era el ejemplo excepcional de un genio que parecía consciente desde muy pequeño de lo que podía dar al mundo.

Algunos artículos eran más desfavorables: uno, de un sensacionalismo repelente, prometía sacar a relucir los detalles más «escandalosos y estrambóticos» de Silver, el «genio chiflado». En el primer párrafo ponía: «Pregunta: ¿qué haces si no encuentras novia? Respuesta: programarla». Sin embargo, como el artículo en sí no tenía nada que decir, Lash lo dejó, se levantó y se acercó a la ventana.

Por un lado, era cierto que Silver podía haber encontrado pocas actividades tan lucrativas como la de crear parejas, o que garantizasen tanto el porvenir de su investigación; por otro lado, no dejaba de ser raro. Un hombre a quien todos describían como tímido y retraído ganaba una fortuna con el juego más social, el del amor. El hecho de que Silver no se beneficiara de su propio juego parecía una ironía amarga.

Al mirar por la ventana, le vino a la memoria con toda claridad el haiku que había recitado Diana Mirren:

Insectos en la rama

flotando río abajo;

aún cantan.

El recuerdo de la cena le hizo sonreír. Al final habían pedido la cena. A esas alturas, la conversación ya era de una fluidez y naturalidad completamente nuevas para él. Su actitud distante se había venido abajo sin una sola protesta. Diana había empezado a acabar sus frases, y él las de ella, como si se conocieran desde niños. Al mismo tiempo, era una familiaridad algo extraña, llena de infinitas y pequeñas sorpresas. Se habían despedido en Central Park West prácticamente a la una. Antes de separarse habían intercambiado sus teléfonos, pero no habían dicho nada sobre nuevas citas. No hacía falta. Lash sabía perfectamente que volvería a verla, y pronto. De hecho, tuvo la tentación de coger el teléfono e invitarla a comer.

¿Qué había dicho Diana? Que los haikus eran lo contrario de los enigmas. Que no había que buscar un solo significado, sino pensar en puertas que se abrían.

Puertas que se abrían. Entonces, ¿cómo había que interpretar el que había recitado ella?

Solo tenía nueve palabras. Vio una rama verde de sauce flotando en la corriente, una corriente lenta, con una catarata al fondo. «Aún cantan.» ¿Los insectos «aún» cantaban porque no sabían lo que les esperaba, o justamente porque lo sabían?

Los Wilner y los Thorpe eran como aquellos insectos, cantando felices en la rama, gozando de una dicha sin límite… hasta su incomprensible final.

El teléfono rompió el silencio. Lash se levantó para cogerlo. Quizá fuera Diana. Tendría que buscar la receta del salmón en croüte.

- ¿Diga?

- ¿Chris? -contestaron-. Soy John.

- ¿John?

- John Coven.

Reconoció la voz del agente del FBI que había dirigido la operación de vigilancia de Handerling, y se le cayó el alma a los pies. Seguro que llamaba por lo de Edén. Quizá pensara que Lash podía conseguirle un descuento, o algo por el estilo.

- ¿Qué tal, John? -dijo.

- Bien, bien. Oye, no te lo vas a creer.

- ¿El qué?

- Le han dado la condicional a Wyre.

Fue como un mazazo.

- Repítemelo.

- Que le han dado la condicional a Edmund Wyre. Se la dieron el viernes por la tarde.

Lash tragó saliva.

- No me había enterado.

- Ni tú ni nadie. Acabo de saberlo hace diez minutos. Lo he leído en el servidor de noticias.

- No puede ser. Mató a seis personas.

- ¡Qué me vas a contar!

- Debe de ser una equivocación.

- ¡Qué va! Votó toda la junta, y hay un informe escrito de la fiscalía.

- ¿Lo han soltado con alguna condición?

- Lo normal en estas circunstancias: vigilancia especial, que en el caso de un tío como Wyre es lo mismo que nada.

Un dolor agudo en la mano derecha hizo que Lash se diera cuenta de que estaba apretando el teléfono.

- ¿Cuánto falta? ¿Semanas? ¿Meses?

- Menos. Parece que están medio histéricos, y que quieren presentar a Wyre como un ejemplo de rehabilitación. Ya han acabado la criba. Ahora le están buscando alojamiento y están preparando el certificado de puesta en libertad. Dentro de uno o dos días estará en la calle.

- Madre mía…

Lash se quedó mudo de incredulidad.

- ¿Christopher?

No contestó.

- ¿Chris? ¿Me oyes?

- Sí-dijo, ausente.

- Una cosa: ¿aún tienes la pistola?

- No.

- Lástima, porque los de la junta pensarán lo que quieran, pero tú y yo sabemos que el cabrón de Wyre quiere acabar lo que empezó. Yo que tú me armaría. Ah, y acuérdate de lo que nos enseñaron en la academia: no disparas para matar, disparas para vivir.

Tampoco contestó.

- Si necesitas algo, avísame. Mientras tanto, mucho ojo.

Coven colgó.

35.

Volvía a casa en coche. Todo había empezado así: volviendo de Poughkeepsie por enésima vez, bajo el intenso sol de un viernes por la tarde. Las últimas veces que había

hecho de un tirón los cien kilómetros entre Poughkeepsie y Westport, se había cansado tanto que había tenido miedo de dormirse al volante. En cambio esta vez estaba muy despierto.

«Ahora ya tengo lo que necesito - había escrito el asesino -. Gracias.»

Lash cogió el teléfono del coche y marcó un número.

- Casa de los Lash - respondió Karl Broden, el hermano de su mujer.

- ¿Karl?

- Hola, Chris. ¿Dónde estás?

- De camino. Llegaré más o menos dentro de una hora. ¿Está Shirley?

- No. Ha salido a hacer unos recados.

- Bueno, pues ahora nos vemos.

- Vale. Oye, ¿quieres que encienda la parrilla y que marine las gambas que compramos anoche?

- Buena idea. Y ponme unas cervezas a enfriar en el congelador.

- £50 está hecho.

Lash pensó en su cuñado. Se parecía tan poco a Shirley… Era un hombre campechano, relajado y sin ningún complejo por no ser un intelectual. Sus visitas disminuían considerablemente la tensión de la casa. Esta vez se había presentado de improviso, el día antes, como si hubiera adivinado que su presencia era más necesaria que nunca.

Lash volvió a pensar en Poughkeepsie, y en la imagen descarnada del último crimen.

«Ahora ya tengo lo que necesito. Gracias.»

Los policías de Poughkeepsie habían pasado una mañana casi jovial, salpicada de bromas sin malicia y chistes bastos alrededor del dispensador de agua fría. Aunque el asesino había esquivado todos los controles de carretera, estaban contentos por la posibilidad de que no hubiera nuevos crímenes. Pero Lash no. Para él, el mensaje era la primera pieza del rompecabezas que tenía sentido, la única comunicación del asesino que daba una impresión de realidad; una pieza tan escueta, y tan rotunda, que lo ponía muy nervioso.

¿Qué tenía? ¿Qué había necesitado? ¿Había cumplido algún deseo perverso con el asesinato de las cuatro mujeres? ¿Había colmado algún vacío? No, los asesinos en serie no actuaban así. Su sed abrasadora era imposible de saciar.

Y aquella incoherencia de los crímenes… A pesar de algunas similitudes superficiales - los mensajes escritos con sangre en las paredes y la disposición de los cadáveres-, los dos primeros asesinatos contradecí an cualquier perfil básico en una docena de detalles.

¿Y el último? ¿En qué se diferenciaba?

Meditó sobre ello al cruzar los condados de Dutchess y Putnam hacia Connecticut. Estaba seguro de que era la primera vez que el asesino se quitaba la máscara.

Porque ya tení a lo que necesitaba.

¿Por qué esta vez, en vez de cien mensajes, solo había dejado uno? Y ¿por qué no estaba escrito en la pared, sino en el cristal? Con la noche de fondo, había que fijarse mucho para verlo…

De golpe, su perspectiva del escenario del crimen sufrióun vuelco. Ya no veía el mensaje de sangre desde dentro del dormitorio; su punto de vista había girado ciento ochenta grados. Ahora estaba en la oscuridad del bosque, fuera de la casa, mirando el ventanal iluminado, y las siluetas de dentro: un comisario de policía, el jefe de homicidios y un psicólogo del FBI. Las mismas tres personas que habían estado en las otras casas.

En el fondo sí que había algo en común entre los tres asesinatos: que todos se habían producido de noche, en dormitorios con ventanas grandes. Y con la persiana abierta.

Cogió el teléfono desesperadamente y marcó otro número.

- Policía de Poughkeepsie, división de homicidios - contestaron -. Aquí Kravitz.

- Soy Christopher Lash. Tengo que hablar ahora mismo con Masterton.

- Lo siento, agente Lash, pero hace una hora que se ha ido.

- Pues páseme con el detective jefe. ¿Cómo se llama? Ahearn.

- Se ha ido con el comisario.

- ¿Sabe adonde?

- Es viernes por la noche. El comisario y el detective Ahearn siempre se toman unas cervezas antes de volver a casa.

- ¿En qué bar?

- No lo sé. Podrían ser media docena.

Lash pensó deprisa. Kravitz, el agente de guardia, le había parecido un hombre listo y competente.

- Preste mucha atención, Kravitz.

- Sí, agente Lash.

Aguantó el teléfono con la barbilla para salir por la avenida Saugatuck, en pleno tráfico de fin de semana.

- Es necesario que intente contactar uno por uno con los bares. ¿Me ha entendido? Que lo ayuden más agentes a hacer las llamadas.

- ¿Cómo?

Kravitz no parecía muy convencido.

- Es cuestión de vida o muerte, Kravitz. ¿Lo entiende?

- Sí, señor.

- Cuando hable con Masterton, dígale que nos habíamos equivocado con el asesino. No es un asesino en serie.

- ¿Que no es un asesino en serie?

El tono de Kravitz mostraba cada vez más dudas.

- No, no me entiende. Sí que es un asesino, por supuesto, pero no en serie. Responde a otra tipología.

Una tipología que podía decantarse por varias opciones (algunos mataban al azar desde una torre de aguas, otros buscaban famosos, como Mark David Chapman), pero cuyo punto en común era su condición de seres torturados y sin rumbo en la vida, que solo conseguían dar sentido a las cosas con actos de violencia dirigida.

Seguía sin oír nada en el auricular.

- No tengo tiempo de explicárselo, sargento. Los asesinos de esta subcategoría lo ven todo en términos de dominación, control y venganza. Este, concretamente, odia a los policías. Es probable que intervenga un factor de fascinación, una dinámica de amor y odio. Puede que tuviera un padre autoritario y policía. No lo sé , pero lo que está claro es que se ajusta al perfil.

- No lo entiendo, señor.

- Usted, que vio a las tres primeras víctimas, ya sabe que no había ninguna pauta. Los mensajes sin sentido en las paredes, la disposición de los cadáveres… Todo era incoherente. ¿Por qué? Porque el criminal imita a un asesino en serie. Por eso no cuadraba, porque solo era un truco. ¿Se fijó en los ventanales que había en cada casa, y en que siempre era de noche? El asesino no había salido huyendo. Siempre estaba fuera, eligiendo a sus víctimas entre los policías. Las mujeres asesinadas eran simples cebos.

- ¿Qué?

Lash llegó a Greens Farms Road. En uno o dos minutos estaría en su casa y podría ocuparse personalmente de las llamadas. De momento no tenía más remedio que fiarse de Kravitz. Cada segundo era vital.

- Haga lo que le digo: encuentre a Masterton y repítale todo lo que acaba de oír. El y Ahearn siempre estaban en la ventana.

Tienen que tomar medidas para protegerse. Dígale que busque a un hombre blanco de menos de treinta años, alguien que vaya solo, pero que no destaque. Es probable que conduzca un deportivo, para compensar su falta de autoestima. Pregúnteles a los demás agentes si últimamente se han fijado en alguien que vaya por los bares o los restaurantes de policías intentando caer bien, como si fuera uno más.

Otro silencio en el auricular.

- ¡Kravitz, por favor! ¿Me entiende?

- Sí, señor.

- Pues manos a la obra.

La manzana de delante ya era la de su casa. En esa zona había menos tráfico. Justo cuando colgaba el teléfono, un coche salió por su calle y pasó en dirección contraria, hacia Compo. Era un Pontiac Firebird rojo.

No le prestó atenció n. Estaba pensando que él también era una de las posibles víctimas. También lo habían visto en la ventana. Tendría que sacar a Karly Shirley de la casa - con los inevitables y mordaces comentarios de Shirley sobre los peligros de su trabajo -, y plantearse qué hacer con su…

De repente tuvo una revelación. Un Pontiac Firebird rojo, de un modelo reciente…

Frenó un poco y miró por el retrovisor, pero ya no estaba. Volvió a pisar a fondo el acelerador y dobló la esquina con un chirrido de neumá ticos, mientras desenfundaba su pistola, pero al ver la casa sintió un terror frío.

Ya sabía, con terrible certeza, qué encontraría dentro.

36.

Lash se apoyó en el respaldo de la silla para contemplar el techo, desde donde parecían observarlo columnas y columnas de números, nombres y fechas.

- Llevo demasiado tiempo mirando todo esto -se quejó, cerrando los ojos.

Oyó un roce de papeles al otro lado de la mesa.

- ¿Qué, algo nuevo? -preguntó.

- Nada -respondió Tara.

Lash abrió los ojos y se desperezó. A pesar de una noche plagada de sueños y recuerdos siniestros, se había despertado lleno de energía. El fin de semana había transcurrido sin novedad. Mientras iba hacia Edén, había llamado por el móvil a Diana Mirren, y al oír su voz había sentido un estremecimiento íntimo, casi adolescente.

Después de una conversación corta pero apasionada, habían quedado para cenar en casa de Lash el viernes siguiente. Los preparativos mentales lo tenían tan ocupado que solo se acordó de su humillación en el punto de control III al verlo delante. Por suerte, los vigilantes no eran los mismos que el viernes, y pasó sin problemas.

Ahora ya había transcurrido media mañana, y su entusiasmo se había ahogado en un mar de datos. Tenían demasiado material. Era como pasar todo un pajar por el tamiz sin tener ni la seguridad de que contuviera una aguja.

Con un suspiro, cogió las evaluaciones internas de Lindsay Thorpe y las hojeó, tan solo por hacer algo.

- ¿Y la tercera pareja, los Connelly? -preguntó.

- Se van mañana a las cataratas del Niágara.

- ¿A las cataratas del Niágara?

- Es donde pasaron la luna de miel.

«Las cataratas del Niágara -pensó Lash-. Buen sitio para un asesinato. O para un suicidio.»

- En el lado canadiense no tenemos mucho margen de maniobra -explicó Tara-. Estuve casi todo el sábado organizando la vigilancia pasiva. Esperemos que no pase nada.

- Al menos has tenido algo que hacer durante el fin de semana.

Tara sonrió con picardía.

- Tú tampoco es que tuvieras la agenda en blanco…

- ¿Te refieres a mi cita?

- ¿Cómo salió?

- No tenía el físico ni la voz que esperaba, pero ¿sabes qué? Que a los diez minutos ya me daba igual.

- Nuestras investigaciones han demostrado que solemos sentirnos atraídos por la persona equivocada. Podría ser la razón de que fracasen tantos matrimonios.

- Oye -dijo Lash tras un breve silencio-, ¿por qué no quedas con la pareja que te asignaron? No es demasiado tarde. Habla con Mauchly, a ver si pueden cambiar la reserva.

- Ya te lo expliqué. ¿Cómo voy a quedar, sabiendo lo que sé?

- Yo quedé con Diana Mirren sabiendo lo que sabía, y la volveré a ver el viernes.

- Bueno, pero yo trabajo en Edén. Ya te dije que…

- Sí, sí, el «efecto Oz». ¿Sabes qué te digo? Que es una bobada.

- ¿Es su opinión profesional, doctor?

- Sí. -Lash se inclinó-. Mira, Tara, Edén es la que forma las parejas, pero después del primer contacto es como si ya no existiera. Solo estáis tú y la otra persona. Si te encuentras bien con él, lo notarás.

Tara lo miró en silencio.

- Esto, tarde o temprano, lo solucionaremos -continuó Lash-, y quedará como un recuerdo sin importancia. El pasado hay que asumirlo en cualquier relación. ¿Tú le reprocharías a él que en la facultad hubiera salido con animadoras? Es tu gran oportunidad, Tara. Hazle caso a uno que estuvo hace dos noches en el restaurante.

Lash se dio cuenta de que ya había hablado bastante. «A trabajar», pensó.

Dejó el dossier de Lindsay Thorpe, empezó a hojear sus informes médicos e hizo una pausa.

- Tara…

Tara lo miró con cierta reticencia.

- Este chequeo de Lindsay Thorpe…

- ¿Te refieres a la reunión de clase?

- No, al segundo chequeo. ¿Es normal que los médicos receten…?

- No, eso aquí no se hace.

Lash tardó en comprenderlo.

- ¿Qué has dicho? -preguntó al fin, sorprendido.

- Que no hacemos segundos chequeos.

- Entonces, ¿esto qué es?

Empujó el informe médico hacia el otro lado de la mesa.

Tara lo cogió y le echó un vistazo.

- Solo lo había visto un par de veces -dijo.

- ¿El qué?

- ¿Te acuerdas de que el primer día que cruzaste la Pared Mauchly te habló de los análisis y proyecciones que hacemos con los aspirantes? ¿De que se buscan predisposiciones genéticas a determinadas enfermedades, factores de riesgo, etcétera?

- Sí.

- Pues si aparece algo muy grave rechazamos la solicitud, pero si es poco importante, o sin trascendencia a largo plazo, la procesamos y hacemos que el candidato vuelva más tarde para un segundo examen.

- Con el pretexto de que es una operación estándar.

- Exacto.

- Claro, no tendría sentido rechazar a un cliente que paga lo que paga. -Lash volvió a coger el informe y lo hojeó-. Pues Lindsay Thorpe no tenía problemas de salud, pero la citaron para otro chequeo seis meses antes de morir. -Siguió hojeando el informe-. En el examen le recetaron Scolipane. Un miligramo al día. No me suena.

- A mí tampoco.

- El médico que se lo recetó era un tal doctor Moffett. ¿Podrías ponerte en contacto con él y preguntarle por qué hizo el chequeo y la receta?

- Sí, ahora mismo.

Tara se levantó para coger el teléfono. Lash la miró expectante. Estaba seguro de que se trataba de otra pista, de otra pieza del rompecabezas.

- El doctor Moffett no visita hasta el mediodía -dijo Tara al colgar-. Lo llamaré a las doce.

- ¿Te puedo pedir otro favor? Consulta los historiales médicos de Lewis Thorpe, de los Wilner y… y de la tercera pareja, los Connelly, a ver si también les han hecho más chequeos.

Lash esperó, mientras el despacho se llenaba de un ruido de teclas.

- Nada -dijo Tara-. En todos los otros casos, el único seguimiento fueron las reuniones de clase normales.

- ¿Nada?

Tara negó con la cabeza.

- Y ¿a Lewis Thorpe no le parecería raro que solo hicieran un chequeo a su mujer?

- Ya sabes lo reservados que somos con el procedimiento. Nuestros clientes acaban aceptándolo todo sin preguntas.

Lash se repanchingó en la silla y, a pesar de la situación, se acordó de Diana Mirren y de su comentario sobre los haikus. «Son un juego para la imaginación, lleno de insinuaciones que dicen mucho más de lo que realmente parece. No busques un único significado; piensa en puertas que se abren.»

En el caso de las superparejas, ¿cuáles eran las insinuaciones? ¿Qué coincidencias se habían producido en los últimos tiempos? ¿Qué implicaban?

Edmund Wyre, el asesino enemigo de los policías, acababa de obtener la libertad condicional. No tenía ningún derecho a ella. Había matado a tres mujeres, a dos policías y al cuñado de Lash. Luego a Lash lo había abandonado su mujer, y él, acosado pollas dudas y el sentimiento de culpa, había dejado el FBI con la esperanza de recuperar el sueño.

Ahora Lash sabía que, en contra de lo que opinara la junta, Wyre iría en su busca. Era la única víctima que se le había escapado.

¿Coincidencia?

Otro detalle: que su avatar hubiera acabado en el Tanque. Según Tara, era un error imposible. Por lo tanto, tenía que haberlo hecho alguien deliberadamente. «Tendría que ser alguien muy bien situado, con acceso privilegiado. Yo, por ejemplo; o eso, o un machaca que hubiera conseguido burlar el sistema.»

Miró a Tara, que había vuelto a la mesa para consultar papeles.

«Piensa en puertas que se abren…»

De repente se abrió una.

A punto estuvo de dar un grito, pero lo disimuló con un bostezo. No quería precipitarse. Primero debía confirmar sus sospechas, y para ello necesitaba averiguar dos cosas. Una de ellas podía solucionársela Tara, pero era indispensable aparentar tranquilidad, al menos hasta disponer de alguna prueba.

- Tara -dijo, exagerando su tono de cansancio-, ¿me podrías hacer otro favor?

Ella asintió.

- ¿Podrías pedir una lista de todos los avatares del Tanque en el momento del emparejamiento de los Thorpe?

- ¿Porqué?

- Tú hazme el favor.

Tara volvió al ordenador.

- Enséñame cómo se hace -le pidió Lash, acercándose.

- Primero hay que tener acceso a la base de datos de avatares. -Tara introdujo un código en la pantalla de menús, provocando un torrente de números de nueve dígitos-. Aquí están todos.

- ¿Todos?

- Todos los clientes hasta la fecha: casi dos millones. -Introdujo algunas órdenes adicionales-. Bueno, ya he creado una consulta SQL. Ahora, si introduces el código de identidad del avatar, aparecerán todos los que estaban en el Tanque en el momento del emparejamiento.

- Enséñamelo, por favor.

Tara cogió un papel.

- Esto es lo que imprimimos el viernes, con las fechas en que presentaron su solicitud los Thorpe y los Wilner.

THORPE, LEWIS A. - 000451823 - 30/07/02

TORWALD, LINDSAY E. - 000462196 - 21/08/02

SCHWARTZ, KAREN L. - 000527710 - 02/08/02

WILNER, JOHN L. - 000491003 - 06/09/02

- El código de identidad de Lewis Thorpe es el 000451823. Se introduce en la casilla de la consulta… -Lo hizo, provocando un cambio de pantalla-. Y estos son todos los avatares que estaban en el Tanque cuando se formó la pareja de Lewis y Lindsay. Están indexados por códigos de identidad.

Deslizó rápidamente la lista hasta el final:

000481032

000481883

000481907

000482035

000482110

000482722

000483814

000483992

000484398

000485006

BÚSQUEDA FINALIZADA A LAS 11.05.42.82 04/10/04

UNIDADES DISCRETAS: 52812

Señaló la última línea.

- Había casi cincuenta y tres mil avatares en el Tanque.

- Pero solo son números…

- Con esta tecla de función puedes intercambiar nombres y códigos de identidad.

FALLON, EUGENE

WHITE, JEROME

WANDERLEY, HELEN

GARCIA, CONSTANZE

LU, WEN

GELBMAN, MARK

YOSHIDA, AIKO

HORST, MARCUS

GREEN-CARSON, MARGO

BAINERI, ANTONIO

«Mierda -pensó Lash-. Está ordenado por códigos de identidad, no por apellidos.» Quiso pedirle a Tara que lo pusiera en orden alfabético, pero renunció porque aún no deseaba dar explicaciones. Empezó a leer los nombres, pantalla por pantalla.

- ¿Qué buscas? -preguntó ella, con curiosidad.

- Nada, solo miro. Oye, ¿me harías otro favor?

- Otro favor, otro favor… ¡Ojalá me pagaran por recado!

- Creo que ha sido una equivocación limitarnos a los expedientes de las superparejas.

- ¿Porqué?

- Mira lo que hemos encontrado sobre Lindsay Thorpe y su chequeo sorpresa. A saber qué descubriríamos si extendiésemos la búsqueda a un muestreo aleatorio de parejas normales…

- Sí, tiene lógica. -Tara vaciló-. Voy a pedir los expedientes.

- No tardes mucho -le dijo, mientras ella salía del despacho.

Lash tenía verdadera curiosidad por conocer el resultado de lo que acababa de proponer, pero en ese momento lo que más le interesaba era poder examinar la pantalla sin otro par de ojos detrás. Volvió a ascender por la lista.

Tardó más de lo esperado en llegar al principio. Cuando leyó el primer nombre casi eran las once y media. Decepcionado, se apoyó en el respaldo. Claro que en el fondo habría sido demasiado fácil encontrar el que esperaba… Quizá fuera una idea absurda. Repasar otra lista interminable de nombres le daba demasiada pereza; aunque, habiendo llegado tan lejos, más valía probar con los Wilner, por si acaso…

Pulsó la tecla de función que le había enseñado Tara. La pantalla cambió inmediatamente, pasando a mostrar los avatares en orden numérico:

INICIO DE LA CONSULTA

==========

000000000

000448401

000448916

000448954

000449010

000449029

000449174

000449204

000449248

000449286

Se irguió en la silla. ¿Qué pintaba el primer código, 000000000?

Pulsó la tecla de función para cambiar los números por nombres, pero no había ninguno que correspondiera al código de identidad. El campo estaba en blanco.

Se encogió de hombros, cogió el papel que había dejado Tara e introdujo el código de John Wilner en la casilla de consultas: 000491003.

En la siguiente pantalla, el primer número de la lista seguía siendo 000000000. Esta vez tampoco había ningún nombre asociado.

Se rascó la cabeza. ¿Qué pasaba? ¿Era una señal de principio de lista?

«Otra prueba, la última.» Se levantó y rodeó deprisa el escritorio para buscar el código de identidad de Kevin Connelly entre los papeles de la mesa. Cuando lo encontró, volvió al ordenador, lo introdujo y contempló la nueva lista de números.

- ¡Madre mía! -susurró.

En ese momento se abrió la puerta y entró Tara con una pila de informes.

- He elegido una docena de nombres al azar -dijo-. Me ha parecido que las evaluaciones serían suficientes para…

- Ven, por favor -la interrumpió él, sin disimular su entusiasmo.

Tara dejó las carpetas en la mesa y se acercó al monitor.

- Quiero que pidas otra lista -le pidió Lash-. Enséñame quién hay ahora mismo en el Tanque.

Ella frunció el entrecejo.

- ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

- Hazme caso, por favor.

Tara lo miró unos segundos a los ojos, se inclinó hacia el teclado e inició la consulta.

Lash observó la nueva pantalla y asintió como si se le hubiera confirmado una sospecha.

De repente apagó el ordenador.

- Pero ¿se puede saber…? -comenzó a decir Tara.

Lash cogió el teléfono sin contestar, lo sujetó con la barbilla y marcó un número interurbano.

- Con el despacho del capitán Tsosie, por favor -dijo. Esperó un poco-. ¿Joe? Soy Chris Lash. Oye, Joe, ¿la casa de los Thorpe aún está técnicamente bajo investigación policial? ¡Menos mal! Quiero que envíes a un agente ahora mismo. ¿Aún tienes mi número de móvil? Pues dáselo y dile que me llame en cuanto llegue a la casa. Sí, es importante. Gracias. Colgó y miró a Tara.

- Tengo que hacer una cosa. Ahora no puedo explicártelo. No tardaré mucho.

Cogió el abrigo y, antes de abrir la puerta, se giró hacia Tara. Ella seguía al lado de la mesa, mirándolo con expresión de extrañeza.

- Intenta hablar con el médico, el doctor Moffett, ¿vale? -añadió.

Tara no dijo nada. Solo asintió y observó cómo Lash se marchaba.

Muy por encima de la avenida Madison, en el silencio de la galería, se puso en marcha una impresora láser. Primero se oyó el zumbido de un ventilador, y luego comenzó a parpadear una luz verde. Después de un traqueteo del motor, una hoja resbaló por la bandeja.

El ruido hizo levantar la cabeza a Richard Silver, que estaba sentado en medio de la sala, con una toalla en los hombros. Llevaba casi veinte horas trabajando en el pseudocódigo de un nuevo y ambicioso programa, cuyo objetivo era perfeccionar la interacción con Liza hasta el punto de que ya no fuera necesario la conexión por electroencefalograma. Lash tenía razón: había llegado el momento.

También era una manera de relegar al fondo de su cerebro ciertos hechos angustiosos que se resistía a analizar.

Miró la impresora como quien sale de un profundo sueño. Estaba plenamente inmerso en la codificación, y en otras circunstancias se habría resistido a abandonarla, pero la hoja que esperaba en la bandeja del ordenador solo podía significar una cosa: que Liza había concluido su búsqueda, y que lo había hecho antes de lo previsto.

Se levantó y miró el reloj. Las once y veinticinco. Se acercó a la impresora y vaciló un poco antes de coger el papel.

Se quedó de piedra al leer su contenido. Lo miró mucho tiempo sin moverse. La galería, inundada por la luz solar, estaba totalmente en silencio.

Temblándole la mano, se guardó el papel en un bolsillo de los pantalones. Cruzó la habitación hacia la puerta secreta, para subir por la escalera.

En cuanto se abrió la puerta negra del fondo del pasillo, Silver fue directamente al sillón anatómico, se puso el micro en la sudadera y empezó a colocarse los electrodos en las sienes. Normalmente era un proceso agradable, casi meditativo. A fin de cuentas, consistía en preparar el contacto con una versión de sí mismo a cuya perfección nunca podría aspirar personalmente.

Por una vez, no sintió nada.

- Richard -pronunció una voz grave y sin entonación desde todos los rincones de la sala. -¿Cuál es tu estado, Liza?

- Noventa y nueve coma setenta y seis por ciento de operatividad. Los procesos actuales están al ochenta y seis coma dos por ciento de su capacidad multitarea. Las operaciones estándares ya pueden acceder al cien por cien del ancho de banda. Gracias por preguntármelo.

- De nada.

- No esperaba hablar contigo en este momento. ¿Quieres que active un modelo? He terminado vana variante del juego de acción-reacción de la Fiebre del Valle del Rift que podría parecerte entretenida. ¿Te apetece que comentemos mi opinión sobre el libro en el que estamos trabajando? Ya he terminado el análisis del capítulo veinte.

- No, ahora mismo no. Tengo el resultado de tu consulta. Has tardado menos de lo que esperaba.

- Sí. Mi estimación adolecía de un desvío de setenta y un mil millones de ciclos.

- Solo tengo una pregunta, Liza: ¿hasta qué punto estás segura del resultado?

En los seres humanos siempre se podía contar con una pausa para asimilar un comentario inesperado. Con Liza esa pausa no existía.

- No entiendo la pregunta.

- ¿Estás segura de que el resultado de la consulta no es un error?

- El resultado no muestra ninguna desviación estadística. Es lo que queda después de descartar todos los resultados no satisfactorios.

- No es que dude de ti, Liza. Solo quería asegurarme.

- Tu preocupación es comprensible. Antes de iniciar el proceso, dijiste que era importantísimo encontrar la solución. Ya tengo la solución. Espero que sea satisfactoria.

- Gracias, Liza.

- De nada, Richard. ¿Quieres que sigamos hablando?

- En otro momento. Primero tengo que hacer algo.

- Gracias por hablar conmigo.

Silver introdujo la secuencia final en el teclado, se quitó los electrodos y se levantó de la silla. Después de un minuto escuchando su propia respiración, se secó la frente con la toalla que llevaba encima. Mientras salía al pasillo, sacó el teléfono móvil y marcó un número.

- ¿Diga? -contestaron.

- Soy Richard, Edwin.

- Dígame, doctor Silver.

- Necesito que subas, Edwin. Ahora mismo.

38.

El centro de investigación bioquímica Norman J. Weisenbaum estaba al sur de Cold Spring, en una lengua de tierra que se internaba en el río Hudson. Lash aparcó en la zona de estacionamiento para visitantes, y al pisar el asfalto contempló la estructura larga y baja de cristal y piedra que se amoldaba a la colina. Una semana antes, al llamar al centro durante el vuelo de regreso desde Phoenix, no se lo había imaginado así. Era un edificio de una modernidad sin concesiones, pero al mismo tiempo, misteriosamente,

no desentonaba con el entorno (un puerto de casas holandesas con tejados a dos aguas). La suntuosidad del mármol pulido armonizaba con el fondo de robles y sicómoros. Arriba, en el cielo, una bandada de aves acuáticas daba vueltas graznando.

Al entrar, vio a tres mujeres en la recepción. Se dirigió a la más cercana y le enseñó su tarjeta.

- Vengo a ver al doctor Goodkind. Soy el doctor Lash.

- Un momento, por favor.

La recepcionista consultó un monitor empotrado en la mesa de trabajo, se acercó un dedo a la oreja para escuchar por un auricular imperceptible y miró a Lash.

- Viene ahora mismo. Si tiene la amabilidad de sentarse…

Justo después de hacerlo en una de las sillas de metal cromado y piel, Lash vio a Roger Goodkind. Estaba unos kilos más gordo que la última vez, y sufría una pérdida alarmante de pelo en las sienes, pero conservaba la misma media sonrisa irónica y la misma flexibilidad al andar de cuando aún no se habían licenciado.

- ¡Chris! -Goodkind le dio la mano-. Tan puntual como siempre.

- Un trastorno de ansiedad que adopta la forma de una puntualidad compulsiva.

El bioquímico se rió.

- ¡Ojalá fuera tan simple tu diagnóstico! -Lo condujo a un ascensor-. No me lo acabo de creer. ¡Dos llamadas en dos semanas! Te besaría los pies de gratitud.

- Me gustaría poder decir que es una visita de cortesía -contestó Lash, mientras se abría la puerta del ascensor-, pero la verdad es que necesito que me ayudes.

- Eso ni se pide.

El laboratorio de Goodkind aún era más grande de lo que se había imaginado Lash. Aparte de las mesas de trabajo y los aparatos químicos de rigor, estaba amueblado con sillones de piel, un escritorio elegantísimo y varias estanterías con revistas, y ofrecía una vista espectacular del río. Lash silbó de admiración.

- El centro me trata bien -dijo Goodkind, burlón.

Desde la última vez que se habían visto, tenía una nueva manía: pasarse los dedos por el pelo, coger un mechón y estirarlo, como si lo invitase a crecer.

- Ya veo, ya…

- Siéntate. ¿Quieres un refresco light, o algo?

Lash se dejó acompañar a uno de los sillones.

- No, gracias.

Goodkind se sentó delante.

- Bueno, a ver, ¿qué pasa?

- ¿Te acuerdas de por qué te llamé la semana pasada?

- Sí, claro. Me hiciste unas preguntas estrambóticas sobre suicidas felices.

- Exacto. Tengo un caso entre manos, pero no puedo entrar en detalles. ¿Me prometes no contárselo a nadie, Roger?

- ¿Qué pasa, Chris? ¿Tiene algo que ver con el FBI?

- En cierto modo.

Lash vio que Goodkind abría mucho los ojos. Con los federales de por medio sería más fácil que colaborara.

Goodkind cambió de postura.

- Haré lo que pueda.

- ¿Verdad que tu trabajo se relaciona mucho con la toxicología? ¿Los efectos secundarios de los fármacos, las interacciones y todas esas cosas?

- No es mi especialidad, pero en el centro todos tocamos algo de toxicología, sí.

- Pues dime una cosa: ¿qué pasos tendría que dar un bioquímico para crear un nuevo fármaco?

Goodkind se pasó la mano por el pelo.

- ¿Un nuevo fármaco? ¿Quieres decir desde cero? -Hizo una pausa para estirarse un mechón-. Históricamente, la creación de fármacos siempre ha sido un poco como dar palos de ciego. Analizas moléculas y compuestos por si sale algo que pueda beneficiar a la gente. Claro que ahora, con la química informática, puedes simular los efectos de reacciones que…

- No, no me refiero a los primeros pasos. Pongamos que ya has creado un fármaco, o algo que crees que puede serlo. ¿Cuál es el paso siguiente?

Goodkind reflexionó.

- Pues… hacer una prueba de estabilidad. Buscar su mejor vía de administración: tableta, cápsula, solución… Luego expones la molécula del fármaco a varias condiciones: humedad relativa, rayos ultravioletas, oxígeno, calor… Es para asegurarse de que no se degrada y se disgrega en productos secundarios nocivos. -Una sonrisa burlona-. Ya se sabe que la gente siempre guarda los medicamentos en el armario del

lavabo, probablemente el peor sitio. El calor y la humedad pueden provocar toda clase de reacciones químicas no deseables.

- Continúa.

- Se hacen estudios de toxicidad y se califican los productos de la degradación. Se determina lo que es aceptable y lo que no es aceptable, y luego se hace un PART.

- ¿Un qué?

- Un PART: PROCEDIMIENTO DE ANÁLISIS DE RIESGO TOXICOLÓGICO. Al menos en el centro lo llamamos así. Cruzas los grupos funcionales (las partes de la molécula del fármaco) con una base de datos de productos químicos y fármacos preexistentes. Vendría a ser una manera de buscar reacciones adversas que pudieran originar grupos funcionales diferentes, y más peligrosos. El potencial de toxicidad. Carcinogenicidad, neurotoxicidad…

- ¿Y si se encuentra potencial tóxico?

- Entonces tienes lo que se llama una alerta estructural. Cada alerta, una vez detectada, se somete a un estudio de gravedad.

- Ya. ¿Y si el fármaco supera las pruebas?

- Entonces pasa a los ensayos clínicos, que suelen empezar con animales y acabar con personas.

- Oye, y estas alertas estructurales… ¿Un fármaco puede desencadenar una alerta estructural pero seguir desarrollándose?

- Sí, claro. Es una de las razones de que en los frascos avisen de que no hay que mezclarlo con alcohol, y todas esas cosas.

- Y ¿estas alertas figuran en algún sitio, en algún vademécum, por ejemplo?

Goodkind negó con la cabeza.

- Las alertas estructurales son de un nivel demasiado bajo y demasiado químico para aparecer en esos libros.

- ¿O sea, que son de uso exclusivo? ¿Los investigadores o las empresas farmacéuticas los mantienen en secreto?

- ¡No, no! Se incorporan a una base de datos centralizada. Es un imperativo legal.

Lash se inclinó lentamente.

- Y ¿quién puede acceder a esa base?

- Los fabricantes de productos farmacéuticos.

- ¿Y los laboratorios de bioquímica?

Al darse cuenta de por dónde iban los tiros, Goodkind inspiró bruscamente e hizo un gesto de asentimiento.

- Siempre con la debida acreditación -dijo.

- ¿El centro Weisenbaum puede hacerlo?

- Sí, la biblioteca, dos pisos más arriba.

- ¿Me la enseñas?

Goodkind se humedeció los labios.

- No sé, Chris. El acceso a esa base lo regula el gobierno. ¿Estás seguro de que es oficial?

- Es muy importante.

Goodkind seguía indeciso.

Lash se levantó.

- ¿Te acuerdas de lo que me dijiste por teléfono, que el suicidio no se puede predecir porque es como jugar a los dados? ¿Que no tenía sentido que en Polonia, por ejemplo, el índice de suicidios del año 2000 fuera drásticamente superior a lo normal?

- Sí, sí que me acuerdo.

- Pues es posible que se te olvidara algo, un dato que he averiguado justo antes de venir: a causa del bajo coste de los estudios, Polonia es el país donde se probaron más medicamentos durante el año 2000.

Goodkind reflexionó.

- ¿Quieres decir que…?

- Quiero decir que deberías enseñarme ahora mismo la base de datos de toxicología.

Goodkind solo vaciló un segundo antes de levantarse.

39.

La biblioteca del centro parecía cualquier cosa menos una biblioteca. Era una sala de techo bajo, demasiado calurosa, con cubículos de madera clara distribuidos a lo largo de las paredes. Cada cubículo contenía una silla, una mesa y un ordenador. En ese momento no había nadie aparte de la bibliotecaria, que dejó de teclear para mirar recelosamente a Lash.

Goodkind eligió uno de los cubículos del fondo.

- ¿Dónde están todos los libros? -preguntó Lash en voz baja, mientras cogía la silla del cubículo de al lado.

- Abajo, en la reserva. -Goodkind se acercó el teclado-. Hay que pedírselos a la señora Gustus, esa mujer de allá. De todos modos, casi todo lo que necesitamos está digitalizado.

Lash vio que introducía su nombre. Apareció un menú. Goodkind eligió una opción, haciendo que cambiara la pantalla.

FPF-DIVISIÓN R
BTFB
BASE DE DATOS DE TOXICIDAD
FARMACÉUTICA Y BIOMÉDICA
REV. 120.11
ÚLTIMA ACTUALIZACIÓN: 01.10.04
EXCLUSIVO Y CONFIDENCIAL.
SOLO CON AUTORIZACIÓN OFICIAL.
EL ACCESO NO AUTORIZADO CONSTITUYE UN DELITO FEDERAL.
ID:_____
CONTRASEÑA:_____

Goodkind miró a Lash, que lo animó a seguir con la cabeza. Se encogió de hombros y llenó los campos. Apareció otra pantalla:

FPF-R/BTFB 120.11/00012 04/10/04
INTRODUZCA LA CONSULTA POR:
1. COMPUESTO QUÍMICO
2. MARCA
3. GENÉRICO
PULSE F1 PARA EL ÍNDICE

- ¿Qué fármaco te interesa? -preguntó Goodkind.

- Scolipane.

- No me suena. -Pulsó unas cuantas teclas. La pantalla se llenó de letras-. Aquí lo tienes.

Lash observó atentamente la pantalla.

FPF - R/BTFB 120.11/09817 04/10/04

SCOLIPANE

Hidoxeno, 2 - ((6 - (p-metilparapina) clorobenceno) alcaloide)-, sal de sodio

FAB: PhG

FM: $C_{23}H_{5}0_{5}N_{3}$. Na

USO: (principal) R. M. E. (secundario) ver p. 20

MUTACIONES: N. R.

REPRODUCCIÓN: p. 15

SINÓNIMOS: p. 28

POSOLOGIA: p. 10

PAGINA 1 DE 30

DATOS DE TOXICIDAD AGUDA

VIA	DOSIS	EFECTO PERCIBIDO
ratón, intraperitonal	letal (50% de muertes) 340mg/kg	debilidad muscular, ataxia
ratón, subcutánea	letal (50% de muertes) 190mg/kg	ataxia, depresión respiratoria
ratón, intramuscular	letal (50% de muertes) 240mg/kg	necrosis celular, alteración de la conducta
ratón, oral	letal (50% de muertes) > 10mg/kg	N.R.
ratón, oral	letal (50% de muertes)>0.12mg/kg	manía canina ver p.20
hombre, oral	tóxico (inferior publicado) 700mg/kg	ver p.20

- No sé si te acuerdas, pero en la universidad lo que se me daba peor era la bioquímica -dijo Lash-. ¿Podrías ayudarme un poco?

Goodkind leyó el texto por encima.

- El uso principal del Scolipane es como relajante de la musculatura esquelética.

- ¿Relajante de la musculatura?

- Es una formulación bastante nueva, de hace unos cinco años.

- ¿Posología?

- Un miligramo. Es poco.

Lash se encorvó. Tan prometedora como parecía la teoría, y se le estaba escurriendo de las manos.

Taciturno, volvió a mirar la parte superior de la pantalla. Entre la descripción química y la fórmula había una línea que no supo identificar.

- ¿Qué representan las siglas «FAB»?

- Fabricante. Hay un código para cada uno, como los aeropuertos. Este, por ejemplo, PhG, es una abreviatura de PharmGen.

Lash volvió a erguirse.

PharmGen…

Se fijó un poco más en los datos. Esos informes casi siempre contenían una tabla de toxicidad aguda, que solía recoger el LD50, es decir, la dosis a la que moriría la mitad de la población de muestra. Repasó las columnas.

- Manía canina -dijo en voz baja-. ¿Qué será eso?

- Para más información tendríamos que bajar a la página veinte.

- Mira, también remite a la página veinte para la información sobre sobredosis en seres humanos. -Miró a Goodkind-. Has dicho que el uso principal es como relajante muscular.

- Exacto.

- Pues mira esto: hay otro uso. Un uso secundario.

Señaló la pantalla.

- Otra vez la página veinte -murmuró Goodkind-. ¡Pues sí que hay información en esa página!

- Habrá que verla.

Goodkind desplazó el texto con el ratón, tan deprisa que se puso borroso. Cuando llegó a la página, él y Lash se inclinaron para leer el texto en letra pequeña.

- Madre mía… -murmuró Goodkind.

Lash no dijo nada, pero de repente, a pesar del calor exagerado de la sala, tuvo frío.

40.

Sentada detrás de su escritorio, lo único que movía Tara Stapleton eran los ojos. Contempló lentamente el despacho, deteniéndose en varias cosas. Las plantas estaban bien regadas y podadas. La vieja tabla de surf de fibra de vidrio, apoyada como siempre en la pared. Los pósters, las pegatinas y el resto de la parafernalia «surfística», en su lugar de siempre. El reloj, colgado en la pared del fondo, marcaba las cuatro menos diez. Estaba todo en su sitio. Al mismo tiempo, sin embargo, lo veía todo raro, como si de repente no reconociera su propio despacho.

Se apoyó lentamente en el respaldo, consciente de que su respiración se había vuelto rápida y superficial.

De repente sonó el teléfono, nota estridente que quebró el silencio, y Tara dio un respingo.

Volvió a sonar. Dos señales: era una llamada externa.

Levantó el auricular muy despacio.

- ¿Diga?

- ¿Tara?

Era una voz nerviosa.

- ¿Tara? -repitió-. Soy Christopher Lash.

Se oían ruidos de la calle: coches, la bocina de un camión…

- Christopher -dijo ella sin entonación.

- Tengo que hablar contigo ahora mismo. Es muy importante.

- ¿Por qué no vienes a mi despacho?

- No, no puede ser dentro. No puedo arriesgarme.

Tara no contestó.

- Por favor… -El tono de Lash casi era de súplica-. Necesito que me ayudes. Tengo que decirte algo, pero no puede oírnos nadie.

Siguió callada.

- Tara, está a punto de morir otra superpareja.

- Aquí en la esquina hay una cafetería que se llama Río -dijo ella al fin-; en la calle Cincuenta y cuatro, entre Madison y Park.

- Te espero. Date prisa, por favor -fueron las últimas palabras de Lash antes de colgar.

Tara no se levantó de la mesa. De hecho, el único movimiento que hizo fue colgar el auricular y mirarlo fijamente, como si se enfrentara a una terrible incertidumbre.

41.

Lash entró en la cafetería pocos minutos después de las cuatro. Las paredes estaban forradas de papel dorado. Las lámparas incandescentes y los bancos de color resina infundían una luz amarilla y difusa al local. Se sintió como un insecto rodeado de ámbar.

Por un momento creyó que había sido el primero en llegar, pero enseguida vio a Tara en un reservado del fondo del local. Se acercó y se deslizó en el banco de enfrente.

Llegó una camarera. Lash le pidió un café, y esperó a que se hubiera marchado para dirigirse a Tara.

- Gracias por venir.

Ella asintió con un gesto.

- ¿Has hablado con Moffett, el médico? -preguntó él.

Tara volvió a asentir.

- ¿Y? ¿Qué ha dicho?

- Que seguía instrucciones internas.

- ¿Qué instrucciones?

- Un régimen de medicación basado en los resultados de un examen anterior.

- Vaya, que seguía órdenes de otro médico de la empresa.

- Sí.

- ¿Te ha dicho de quién?

- No se lo he preguntado.

- ¿Sería fácil falsificar la orden? Tara vaciló.

- ¿Qué?

- En Edén todo está automatizado. Te dan papeles donde pone lo que tienes que hacer. ¿No sería posible que alguien introdujera órdenes médicas falsas en el sistema informático?

Como Tara no contestaba, Lash se inclinó un poco más.

- Aún no he conseguido toda la información, pero con la que tengo ya sé que las superparejas que quedan no son las únicas personas que están en peligro. Nosotros también.

- ¿Porqué?

- Porque alguien, desde dentro de Edén, pretende inducir a las mujeres a matar a sus maridos y luego a suicidarse; y nosotros nos estamos acercando demasiado.

Tara quiso decir algo, pero Lash se lo impidió rápidamente levantando la mano.

- No, por favor, déjame hablar. Si no te pongo en antecedentes, no te lo creerás.

Tara se relajó, pero solo un poco. Miraba a Lash con una mezcla de sorpresa y aprensión. Lash se vio en uno de los espejos que había cerca: estaba demacrado, despeinado y tenía una mirada nerviosa. En el lugar de Tara, él tampoco habría estado muy tranquilo.

La camarera le sirvió el café. Lash bebió un poco. -¿Te acuerdas de la receta de un miligramo de Scolipane para Lindsay Thorpe? Pues era la pista que necesitaba. Me he pasado toda la tarde buscando información. ¿Te ha dicho el doctor Moffett para qué suele recetarse el Scolipane? Tara negó con la cabeza.

- Es un relajante muscular. Actúa en la zona del cerebro que controla los espasmos musculares. Se usa en medicina deportiva, para los esguinces. Dices que el doctor Moffett continuaba un tratamiento recetado por un examen anterior… ¿Cómo podían prever que Lindsay Thorpe tendría un esguince, Tara?

- Será que el Scolipane también sirve para otras cosas.

- Tienes razón. No sabes cuánta. De hecho, se creó para tratar otras dolencias, pero esas dolencias se mantuvieron en el más estricto secreto, en las bases de datos de creación de fármacos. -Hizo una pausa-. ¿No has visto anuncios por la tele de medicamentos que parecen milagrosos? Adiós a las alergias, por ejemplo, o al colesterol… Luego sale una lista de efectos secundarios y casi se te quitan las ganas de volver a medicarte. Esos son los medicamentos que superan las pruebas clínicas, pero hay muchos que no llegan ni a superarlas.

Miró al otro lado de la mesa. La expresión de Tara seguía siendo inescrutable.

- Bueno, volvamos al principio. La mayoría de los aspectos de la personalidad dependen de los genes que controlan los neurotransmisores del cerebro, incluidos rasgos tan poco deseables como la ansiedad y la depresión. La industria ha creado medicamentos para tratarlos, como los SSNRI, que inhiben la recaptación de la serotonina, pero resulta que el cerebro está lleno de receptores de serotonina. ¿Cómo se consigue que un medicamento actúe a la vez en todos los receptores?

Bebió un poco más de café.

- En consecuencia, las compañías farmacéuticas se han dedicado a buscar otras soluciones, otras maneras de alterar la química cerebral y obtener mejores resultados. A veces se han internado en terrenos muy desconocidos, como en el caso del neuropéptido que recibe el nombre de «Sustancia P».

- Sustancia P -repitió Tara.

- Yo hasta esta tarde tampoco lo había oído nunca. Es muy misteriosa. Nadie sabe exactamente por qué está en el cerebro, ni para qué sirve. Lo que sabemos son las causas que la activan: dolor físico agudo, niveles altos de estrés… Se la ha relacionado muy estrechamente con casos graves de depresión y suicidio repentino. -Se inclinó un poco más-. Existe como mínimo una compañía farmacéutica que se interesó por la Sustancia P. Pensaron que desarrollar un agente farmacéutico que incidiera en ella, para

bloquear su receptor, podía ser una manera de devolver la felicidad a muchos enfermos de depresión. La compañía a la que me refiero es PharmGen, emparentada con Edén.

- Ahora ya no. Edén se independizó.

- PharmGen creó un nuevo fármaco antipsicótico que inhibía la Sustancia P. Al principio, durante las pruebas de toxicología, encontró muchos obstáculos, pero fueron modificándola, y hace cuatro años consiguieron que estuviera preparada para una prueba con pacientes. La prueba se hizo en Polonia, como muchas otras. En total debieron de participar diez mil personas. El fármaco produjo excelentes resultados en noventa y nueve casos de cada cien. Y no se limitaba a un solo indicador. Los beneficios abarcaban toda clase de trastornos: esquizofrenia, depresión crónica… -Bebió un poco más de café-. Lo malo es que había un problema: el uno por ciento restante. Si la persona que ingería el fármaco era una persona normal, concretamente alguien con niveles altos de cobre sérico en la sangre, los efectos secundarios eran gravísimos: depresión, paranoia, furia homicida… Hubo bastantes casos de suicidio para afectar a las estadísticas anuales de todo el país.

Miró a Tara para comprobar el efecto de sus palabras, pero su expresión seguía impasible.

- Total, que retiraron el medicamento de las pruebas, pero reapareció al año siguiente en dosis drásticamente rebajadas, y con otra utilidad: como relajante muscular.

Tara puso cara de incredulidad.

- ¿El Scolipane?

- Sí, en tabletas de un miligramo. La fórmula original de cincuenta miligramos sigue en el mercado, pero solo se receta en casos muy especiales y bajo estricta observación. -Apartó la taza-. ¿Te acuerdas de la llamada que he hecho justo antes de irme del despacho? Pues era a un amigo mío de la delegación de Phoenix. Le he pedido que mandara a alguien a casa de los Thorpe para buscar el medicamento. La receta estaba en la mesilla de noche, pero habían incrementado la dosis a cincuenta miligramos. Como eran cápsulas, Lindsay no notó la diferencia.

Tara frunció el entrecejo.

- Alguien había cambiado la dosis -continuó Lash-. Alguien que conocía los efectos secundarios del Scolipane en su formulación original. Alguien que sabía que el Scolipane no haría saltar ninguna alarma en el análisis de sangre de la autopsia. Alguien que, probablemente gracias al formulario de solicitud de Lindsay, también sabía que tomaba un antihistamínico.

- ¿Qué dices?

- Cuando empecé a investigar las muertes, hablé con el padre de Lindsay y me comentó que tenía dermatografismo, una enfermedad cutánea benigna pero molesta, que provoca picores. El tratamiento más recomendado es con un antihistamínico. Con el tiempo, los usuarios crónicos de esos medicamentos pueden ver reducidos sus niveles de histamina en la sangre, lo cual puede provocar a su vez una acumulación de cobre.

La incredulidad de Tara empezaba a inquietar seriamente a Lash.

- ¿No lo entiendes? Al tomar una dosis tan alta de Scolipane, y tener un nivel tan alto de cobre en la sangre, Lindsay Thorpe recreó sin darse cuenta, y con toda exactitud, las condiciones que habían provocado los altos índices de suicidio en las primeras pruebas del fármaco. Imagínate su suplicio mental, agravado por el carácter repentino e inexplicable de la reacción. Voces hostiles en su cabeza, anomalías psicóticas… Empezó a poner música que odiaba. Lindsay Thorpe no soportaba la ópera, pero murió escuchándola. Es de suponer que tuvo episodios de desesperación, arrebatos homicidas y suicidas irreprimibles… -Hizo una pausa-. Quería mucho a su marido, pero los impulsos eran irresistibles. Aun así, creo que los siguió con toda la dignidad y el mínimo dolor posibles.

Ante el silencio de Tara, siguió hablando.

- Ya sé qué estás pensando. ¿Por qué mató a su marido? No quería, pero tenía que hacerlo. Sin embargo, aunque estuviera medio loca por los productos químicos de su cerebro, no dejó de amar a Lewis Thorpe. ¿Cómo se mata a alguien de quien se está enamorado? Pues de la manera menos dolorosa. Y juntos. Por eso murieron de noche. Lo más probable es que esperara a que su marido estuviera dormido delante de la tele. Entonces pudo ponerle una bolsa en la cabeza antes de ponérsela ella. En el caso de Karen Wilner, tres cuartos de lo mismo. Como era bibliotecaria, podía conseguir escalpelos en el laboratorio de restauración. Un escalpelo nuevo está tan afilado que puede cortarte las venas sin que lo notes, al menos si estás dormido. Seguro que al cortarse las suyas titubeó un poco más, y por eso tardó más en morir.

- ¿Y el bebé -murmuró Tara-, la hija de los Thorpe?

- ¿Qué quieres decir?, ¿que por qué sobrevivió? No sé bastante de la morfología de la Sustancia P para formular una hipótesis. Es posible que el vínculo entre una madre y su hijo sea demasiado elemental y primitivo para poder romperse así.

Lash tendió un brazo por encima de la mesa y cogió la mano de Tara.

- No se trata de que Lindsay matara a su marido y se suicidara, sino de que fue un homicidio con premeditación. Dentro de Edén hay alguien que sabía exactamente cómo llevar a Lindsay Thorpe a la autodestrucción, alguien que conocía su historial médico y que estaba al corriente de los primeros tests con Scolipane. Ese alguien tenía bastante poder para falsificar documentos y prescripciones médicas, y hasta para cambiar las recetas. Lo dijiste tú misma: tiene que ser alguien con acceso privilegiado a vuestros sistemas. Apretó la mano de Tara.

- Supongo que ya me ves venir -continuó-. Es la respuesta, la única posible. Tienes que ser fuerte, porque es necesario pararle los pies a esa persona. Ha usado la misma estrategia para influir en Karen Wilner. Está eligiendo a las mujeres y haciendo que se autodestruyan. Dentro de dos días, la tercera pareja…

De repente se quedó callado. Tara ya no lo miraba, sino que lo hacía a algo situado detrás de él.

Lash se giró, y vio a Edwin Mauchly acercándose con media docena de hombres. No los reconoció, pero se imaginó que formaban parte de la seguridad de Edén.

Tara retiró rápidamente la mano.

Lash, atónito, tardó en reaccionar. La mesa quedó inmediatamente rodeada, y todas las salidas bloqueadas.

- Doctor Lash -dijo Mauchly-, haga el favor de acompañarnos.

En ese momento lo entendió. Se levantó instintivamente, dispuesto a plantarles cara. Uno de los guardias le puso una mano en el hombro y le hizo sentarse.

- Si colabora, será todo mucho menos desagradable -dijo.

Lash se dio cuenta de que Tara había salido del banco para situarse detrás de Mauchly.

Pasaron unos segundos, que se le hicieron muy largos. Recorrió el local con la mirada. Algunos clientes se habían girado y lo observaban sin gran curiosidad. Volvió a fijarse en los guardias que lo rodeaban. Después asintió con la cabeza y se levantó con lentitud. Los de seguridad estrecharon el cerco para conducirlo, a empujones, hacia la salida.

Mauchly iba muy por delante. De hecho ya estaba saliendo del bar, con un brazo en los hombros de Tara, como si quisiera protegerla.

- Siento que haya tenido que pasar por esto -oyó Lash-, pero ya está. Ya no corre peligro.

Después la puerta se cerró, y no oyó nada más. Mauchly y Tara se fundieron con la oscuridad que caía sobre la calle Cincuenta y cuatro.

Tara desapareció sin girarse.

42.

Richard Silver bajó con cuidado de la máquina de correr y respiró hondo, mientras la cinta terminaba de frenar. Después apagó el aparato, cogió una toalla y se secó la frente. Había sido una de sus sesiones más duras de ejercicio (cuarenta y cinco minutos corriendo a diez kilómetros por hora y una pendiente de quince grados), pero seguía tan nervioso como al empezar.

Dejó la toalla en una cesta de lona y salió del gimnasio para ir a la cocina y servirse un vaso de agua del grifo. No encontraba la manera de despejarse. Llevaba toda la mañana agobiado, concretamente desde que había salido de la impresora la hoja donde figuraba Lash como el único asesino posible.

Después de un par de sorbos, dejó el vaso en el fregadero y se quedó mirando el vacío. Luego se inclinó y, con los codos en el mármol, se presionó la frente con un puño. Una vez, dos veces, tres…

Basta. Tenía que volver al trabajo. Imperativamente. Mantener una apariencia de normalidad era la única manera de superar unas circunstancias tan anómalas.

Se levantó. Eran las cuatro y cuarto. ¿Qué habría hecho normalmente a esas horas? La sesión de cada tarde con Liza.

Salió de la cocina y fue al fondo del pasillo. Las mañanas solía dedicarlas a leer revistas técnicas y estudios, la primera parte de la tarde a los negocios y la segunda a programar, pero antes de cenar siempre encontraba un hueco para visitar a Liza. Era el momento en que hablaba con ella, comentaba las actualizaciones de los programas y verificaba sus progresos. Un momento del que siempre disfrutaba, en la medida en que comunicarse con algo que formaba parte de él, un fruto de su propia inventiva, no podía compararse con ninguna otra sensación del mundo. Justificaba todos los esfuerzos. Era una experiencia que nunca podría compartir con nadie.

Siempre empezaba a las cuatro en punto, con instrucciones de que no lo interrumpieran. Sería la primera vez que llegara con retraso en los cuatro años que Liza, y su gran volumen de hardware de apoyo, llevaban instalados en el ático.

Cuando estuvo sentado en el sillón anatómico, empezó a colocarse los electrodos, con un esfuerzo de lucidez que solo era posible gracias a la práctica. Tardó unos minutos en prepararse. Luego puso la mano en el teclado y empezó a escribir.

- Richard -dijo la voz, fantasmagórica.

- Hola, Liza.

- Llegas diecisiete minutos tarde. ¿Hay algún problema?

- No, Liza, ninguno.

- Me alegro. ¿Empiezo por el informe de estado? He estado probando el nuevo pseudocódigo de comunicaciones que instalaste, y he introducido algunas modificaciones de detalle.

- Muy bien, Liza.

- ¿Quieres oír los detalles del proceso?

- No, gracias. Por hoy podemos saltarnos el resto del informe.

- ¿Quieres comentar los últimos modelos que me encargaste? Me estoy preparando para empezar con el 311, «creación de falsos positivos en el test de Turing».

- Tal vez mañana, Liza. Preferiría pasar directamente al cuento.

- Muy bien.

Silver sacó algo de debajo del sillón, vigilando que no se desprendiese ningún electrodo. Era un libro muy gastado, uno de los pocos libros de su madre que había conservado desde su primera infancia.

Sus sesiones siempre tenían un momento cumbre: la lectura. Silver había empezado por los cuentos más simples, para enseñarle a Liza nociones elementales de valores humanos. La satisfacción que extraía de esas lecturas tenía un componente paternal. Siempre le hacían sentirse mejor y menos solo. Quizá lograra disipar aquella nube negra de culpabilidad, y al final de la lectura tuviera el valor de formular la pregunta que anhelaba y, a su vez, temía realizar.

Hizo una pausa para concentrarse y abrió el libro.

- ¿Recuerdas dónde lo dejamos, Liza?

- Sí. El roedor Templeton había recuperado el saco de huevos de la araña.

- Muy bien. ¿Por qué?

- Porque el cerdo le había prometido recompensarlo con comida.

- Y ¿por qué Carlota, la amiga del cerdo, quería salvar el saco?

- Para garantizar la supervivencia de su prole y, por consiguiente, la propagación de su especie.

- Pero Carlota no podía salvar el saco de huevos por sus propios medios.

- Correcto.

- Entonces, ¿quién lo salvó?

- Templeton.

- Te lo preguntaré de otra manera: ¿quién fue el artífice de la recuperación del saco de huevos?

- El cerdo Wilbur[1].

- Correcto. Y ¿por qué lo hizo, Liza?

- Para pagar su deuda con la araña. La araña lo había ayudado.

Silver bajó el libro. Liza no tenía ninguna dificultad para entender motivos como la supervivencia y la recompensa, pero seguía sin captar del todo algunas emociones más sutiles.

- ¿Están activadas tus rutinas éticas? -preguntó.

- Sí, Richard.

- Muy bien. Sigamos. Has dicho una de las razones por las que recuperó el saco. La otra eran sus sentimientos hacia la araña.

- Hablas metafóricamente.

- Correcto. Es una metáfora del comportamiento humano. Del amor humano.

- Sí.

- Wilbur quería a Carlota, y viceversa.

- Lo entiendo, Richard.

Silver cerró los ojos. Ni siquiera el momento más preciado del día lo llenaba. Tendría que dejar la pregunta para otro momento.

- Tengo que finalizar la sesión, Liza -dijo.

- Nuestro diálogo solo ha durado cinco minutos y veinte segundos.

- Sí, ya lo sé, pero tengo cosas que hacer. Acabaremos con el final del capítulo veintiuno.

- Muy bien, Richard. Gracias por hablar conmigo.

- Gracias a ti, Liza.

Silver levantó Las telarañas de Carlota, encontró la página doblada y leyó en voz alta:

Al día siguiente, mientras desmontaban la noria y metían los caballos de carreras en camiones, Carlota murió. Entre los centenares de visitantes de la feria, nadie supo que el papel más importante lo había desempeñado una araña gris. Murió sin nadie a su lado…

43.

Esta vez era Lash el único ocupante de uno de los lados de la mesa de la sala de reuniones. Era él quien miraba fijamente el objetivo de la cámara de vídeo, y las caras severas que tenía delante. Edwin Mauchly estaba frente a él, pero esta vez la persona de su izquierda no era Tara Stapleton, sino el doctor Alicto, con bata verde de médico. Cuando su mirada encontró la de Lash, sonrió amablemente y lo saludó con la cabeza. Mauchly consultó sus papeles y miró a Lash.

- Doctor Lash, la situación es muy difícil para todos, y muy especialmente para mí. -Mauchly, siempre tan impasible, estaba pálido como la cera-. Naturalmente, asumo toda la responsabilidad.

Lash aún estaba un poco atontado. «Toda la responsabilidad.» O sea, que se daba cuenta de que era un error, un embrollo. Le pediría disculpas y volverían todos al trabajo, incluido Lash. Bueno, pero ¿y Tara? ¿Dónde estaba?

- Pensar que lo contratamos, que le pedimos ayuda… Que le dimos acceso a nuestra información más privilegiada… Sin sospechar ni por un momento…

Puso en marcha la grabadora con un gesto enérgico, e hizo una señal al cámara.

- Doctor Lash, ¿sabe por qué está aquí? -preguntó-. ¿Y por qué hablamos con usted?

Lash se quedó de una pieza. Eran las mismas palabras con las que había empezado el interrogatorio de Handerling.

- Ha sido muy atrevido -añadió Mauchly al cabo de un momento-. Se metió literalmente en la boca del lobo. -Hizo una pausa-. Aunque supongo que no tenía otra alternativa. Se había dado cuenta de que tarde o temprano lo descubriríamos. Al menos así tenía una oportunidad de salvarse. Podía tergiversar la información, desviar la atención y hacernos perder el tiempo buscando donde no había nada que encontrar. En otras circunstancias, me habría impresionado.

El aturdimiento, que había empezado a suavizarse, volvió a invadir a Lash.

- Es inútil que no diga nada. Ya sabe que lo que hacemos siempre lo hacemos a fondo. Lo ha visto con sus propios ojos. Durante las últimas horas hemos acumulado todas las pruebas necesarias: extractos de la tarjeta de crédito, listas de llamadas telefónicas, grabaciones de vídeo… Tenemos constancia de su presencia en los lugares y horas de las muertes. Disponemos de todos sus antecedentes, incluidos los penales, y la auténtica razón por la que lo echaron del FBI.

Lash estaba absolutamente perplejo. ¿Lista de llamadas? ¿Grabaciones? ¿Antecedentes penales? No tenía ninguno. Tampoco lo habían echado del FBI. Era una locura sin sentido.

De golpe se dio cuenta de que sí que lo tenía. Todo el sentido del mundo. El verdadero asesino era muy consciente de que Lash le seguía la pista. Era la única persona con bastante poder para falsificar todas las pruebas y urdir una red de mentiras de esa magnitud.

- Lo habríamos cogido antes, como comprenderá, pero su estatus especial (no ser cliente ni empleado, en el fondo) le evitó ser tomado en consideración. La verdad, me sorprende que no huyera al enterarse de que estábamos ampliando el campo de la búsqueda.

Mauchly estaba usando otra técnica de interrogatorio: recrear, para Lash y el resto de los asistentes, los movimientos y los actos de la persona interrogada, así como las motivaciones que habían desencadenado el crimen.

- ¡Qué digo! Sí que lo intentó. Se ausentó varias horas justo antes de que finalizara la búsqueda del sospechoso. Y al volver no quiso entrar en el edificio. ¿Por qué? Lashno dijo nada.

- ¿Tenía algún, digamos, asunto pendiente con Tara Stapleton, por pensar que sabía demasiado? ¿O le pareció que, ya que nos acercábamos tanto, valía la pena arriesgarse y borrar su antiguo historial?

Lash hizo un esfuerzo por disimular su sorpresa. ¿Qué antiguo historial?

- El viernes pasado lo pilló una brigada de seguridad intentando cruzar la Pared con varias carpetas en su maletín. ¿Qué contenían las carpetas, doctor Lash?

Por unos instantes, la sala quedó en silencio.

- No examinarlas en aquel momento fue un error del que también asumo toda la responsabilidad. Ahora ya hemos consultado el registro de seguridad, y le recordaré el contenido de las carpetas para que conste en acta: ejemplares de su impreso de solicitud como candidato de Edén, rellenados hace dieciocho meses.

Lash volvió a tener dificultades para disimular su sorpresa. «¡Si yo nunca he sido candidato, al menos de verdad! ¡Nunca he rellenado ningún impreso de solicitud! ¡Ni siquiera había pisado el edificio hasta hace dos semanas!»

- A pesar del pseudónimo, y de la información falsa, no cabe duda de que la solicitud la cursó usted. La comparación entre el perfil psicológico que hicimos entonces y el que preparó hace poco el doctor Alicto es reveladora. Muy reveladora.

Mauchly se apoyó en el respaldo de la silla. Su expresión ya no era de preocupación; su voz ya no titubeaba.

- Me imagino lo irónica que le parecería nuestra petición de ayuda. ¡Precisamente a usted! Por un lado, lo exponía a graves riesgos; por el otro, era muy beneficiosa. Aparte de facilitarle el acceso a sus futuras víctimas, le permitía volver a someterse al proceso de evaluación. Gracias a su posición podía pedirlo sin despertar sospechas. Y esta vez, como ya sabía qué esperar, tuvo más éxito.

Mauchly dirigió una mirada penetrante a Lash.

- Huelga decir que ya se han tomado medidas para poner a salvo a Diana Mirren. No volverá a saber nada de ella. Y viceversa, claro.

Lash estuvo a punto de decir algo.

- En cuanto a los Connelly, podrán disfrutar de su viaje a las cataratas del Niágara sin miedo de que usted les caiga encima como un ángel vengador.

Ante el prolongado silencio de Lash, Mauchly suspiró.

- Si alguien debería saber qué le espera, doctor Lash, es usted. Al término del interrogatorio será entregado a las autoridades federales. Ahora tiene la oportunidad de ayudarse.

Un silencio profundo y expectante invadió la habitación, roto por el doctor Alicto, que dijo:

- Dudo que pueda sacarle nada útil, al menos voluntariamente. Lo más probable es que su psicosis ya esté demasiado avanzada.

Mauchly asintió con cara de decepción.

- ¿Qué aconseja?

- Suministrarle una combinación de Thorazine con una dosis suficiente de amital sódico, lo cual podría provocar un momento de locuacidad, o como mínimo suspender la facultad consciente de fingir. Podemos hacerle el tratamiento en una de las salas médicas.

Mauchly volvió a asentir con la cabeza, más despacio.

- De acuerdo, pero no corramos riesgos. -Se giró para decirle algo a alguien detrás de Lash-. Usted y sus hombres acompañen al doctor Alicto. Cuando lleguen al departamento médico, aten a Lash a una camilla con correas de cuero.

- Entendido -dijo una voz familiar.

Mauchly volvió a mirar a Alicto.

- ¿Cuánto tardará en estar preparado?

- Sesenta minutos. Pongamos noventa, para estar seguros.

- Adelante. -Mauchly se levantó y miró fríamente a Lash-. Hasta dentro de poco, doctor Lash. Me deja con la poco envidiable misión de darle la noticia a Richard Silver.

Sostuvo unos segundos la mirada de Lash y se giró para salir por una puerta trasera.

Lash sintió en el hombro una mano pesada.

- Acompáñenos -dijo la voz de antes.

Cuando la mano le hizo levantarse de la silla y girarse, se encontró con la mirada de Sheldrake, el jefe de seguridad, que se apartó y le hizo señas de avanzar. Al obedecer, Lash vio que media docena de guardias se ponían en formación a sus espaldas.

La puerta que tenía delante se abrió. Como en una pesadilla, salió al pasillo flanqueado por dos guardias. Se dejó conducir hacia la sección médica por una serie de pasillos.

Se acercaron a un cruce, donde había un grupito de gente. Un técnico iba a su encuentro empujando un carrito metálico de instrumental.

La sensación de irrealidad creció. Muy cerca del cruce, uno de los vigilantes cogió a Lash por el hombro y murmuró:

- Tuerza a la izquierda y párese delante de los ascensores. No se resista. Sería una tontería.

Estaban a punto de cruzarse con el técnico del carrito. Los guardias hicieron apartarse a Lash para dejarlo pasar.

En ese momento, Lash sintió algo raro, como si el tiempo se ralentizara. Los pasos de los guardias que lo rodeaban se volvieron tan lentos que podía distinguirlos los unos de los otros. También oía los latidos de su corazón, monótonos como un tambor.

De repente se giró, quitándose de encima la mano del guardia. Miró al resto de la comitiva: los otros cuatro guardias, Sheldrake y el doctor Alicto. Lash vio que la boca de Sheldrake empezaba a abrirse, y que su brazo comenzaba a levantarse, pero todo se movía tan despacio que le sobraba tiempo. Arrebató el carrito al técnico y se lo tiró a los

guardias de detrás. Luego, al notar que los de los lados trataban de sujetarlo, dio un pisotón en el empeine del primero y un rodillazo a la entrepierna del segundo.

Sus brazos y piernas parecían moverse por control remoto, como si su cuerpo lo accionase un titiritero. El carrito estaba tirado por el suelo, cerrando el paso a los guardias del final. Cogió al técnico y se lo echó encima a Sheldrake, que corría hacia él. Cayeron enredados al suelo. Lash se giró hacia el cruce de pasillos y empezó a correr. Fue entonces, al llegar al cruce, mirar a ambos lados, elegir un pasillo, apartar al grupito de trabajadores y salir corriendo, cuando el tiempo se aceleró de nuevo, tanto que al final sus pensamientos, su respiración y el movimiento de sus piernas se confundieron en una masa borrosa de ruidos y colores.

44.

Lash torció por otro pasillo, y al siguiente cambio de dirección se apoyó en la pared y miró a su alrededor con los ojos desorbitados. No se veía a nadie. Solo se oía un rumor de voces, y gente corriendo. Su corazón, que poco antes había dado la impresión de latir muy despacio, parecía una ametralladora. Esperó un segundo más para que se calmara. Luego se apartó de la pared y siguió corriendo. Los ruidos se acercaban cada vez más. En el siguiente pasillo pasó al lado de una puerta donde ponía: mantenimiento de matrices / subsistema B. Debía de haberse metido en una zona de mantenimiento de hardware, donde no trabajaba mucha gente.

Daba igual. Tarde o temprano lo cogerían y reanudarían el interrogatorio, pero esta vez con esposas, correas y fármacos.

Intentó no dejarse vencer por la incredulidad. ¿Cómo podía haberse levantado de la cama como un hombre libre, y verse perseguido horas después como un psicópata asesino? Parecía inconcebible, sobre todo para alguien como Mauchly; pero era evidente que se lo creía, él y todos. Lash se imaginó las pruebas. El propio Mauchly había enumerado una serie de indicios falsos, pero sin duda muy creíbles: facturas telefónicas, evaluaciones psicológicas… Hasta antecedentes penales. ¿Cómo enfrentarse a unas personas que tenían a su servicio las posibilidades casi infinitas de Edén?

En ese momento apareció alguien en el pasillo: una mujer con bata blanca. Lash se cruzó con ella bajando la cabeza, sin saludar. Otro cruce y otro giro rápido. En ese punto, el pasillo se estrechaba y se espaciaban las puertas.

¿Y si todo se remontaba a cuando había echado en falta los periódicos? ¿A los problemas de peaje y de cajero? ¿A la manipulación de su correo? ¿Podía venir de tan lejos?

Sí. Y luego la imposibilidad de pagar con tarjeta, los retrasos en la hipoteca… Todo formaba parte de una campaña para presionarlo cada vez más. Presiones debidas a que se estaba aproximando demasiado a la respuesta.

Y ahora, ahora que lo sabía todo, tomarían medidas para que nadie lo oyera. Lo encerrarían, y sus gritos se mezclarían con los de todos los presos que proclamaban su inocencia.

Se paró de golpe. ¿Era la situación, que lo volvía paranoico, o hasta la libertad condicional de Edmund Wyre podía formar parte de una estrategia muy elaborada para silenciarlo? ¿Y si el error que había incorporado su avatar al Tanque, el error que auguraba un futuro brillante, no fuera sino un método encaminado a vigilar todavía más de cerca sus…?

Ordenó a sus pies que se siguieran moviendo, pero en ese momento creyó oír de nuevo las palabras de Mauchly: «Huelga decir que ya se han tomado medidas para poner a salvo a Diana Mirren. No volverá a saber nada de ella».

Tenía que poder hablar con alguien. Alguien tenía que creerlo. Pero ¿quién lo conocía dentro de la fortaleza de Edén? ¿Quién, sobre todo, sabía la auténtica razón de que hubiera cruzado la Pared? Siempre había sido un secreto celosamente guardado.

Solo se le ocurría una posibilidad desesperada. Pero ¿cómo? Estaba perdido en un laberinto infinito de pasillos. Todo estaba vigilado. Tocó la pulsera de identidad que tenía en la muñeca. Seguro que sus movimientos habían sido detectados por una docena de escáneres. Su captura era cuestión de minutos, o segundos.

Encontró una puerta donde ponía: granja de servidores 15. Cogió el pomo, pero estaba cerrada. Murmuró una palabrota y acercó la pulsera al escáner.

Bruscamente, retrocedió y corrió por el pasillo exponiendo la pulsera a los escáneres de media docena de puertas. Luego volvió a la primera y repitió la operación. La puerta se abrió con un clic. Entró sin hacer ruido.

Había poca luz. Nadie a la vista, como esperaba. Dos de las paredes estaban revestidas de estanterías metálicas llenas de servidores blade montados unos sobre otros, una minúscula fracción de la enorme potencia digital que permitía la existencia de una empresa como Edén. Caminó hacia el fondo de la sala, muy atento a las paredes y el suelo. De repente lo vio: era una placa metálica de grandes dimensiones, justo encima del zócalo. Estaba pintada con el mismo color violeta claro que las paredes, pero se distinguía fácilmente de ellas.

Se arrodilló. La placa debía de tener un metro veinte de altura y casi uno de anchura. Temió que estuviera cerrada, o vigilada por un escáner, como las puertas, pero el único cierre consistía en una simple bisagra que cedió a la presión de su mano. Abrió la placa y miró lo que había dentro.

Vio un tubo cilíndrico de metal liso, con un denso manojo de cables en las paredes: fibra óptica, CAT-6 y media docena de cables de otros tipos que no reconoció. Por la parte superior, varios fluorescentes de cátodo frío emitían una luz tenue y azul. También vio que el tubo se dividía a cierta distancia del acceso, y que volvía a hacerlo un poco más lejos, como un gran río con sus afluentes.

Sonrió con amargura. La metáfora del río era bastante acertada. Aquel conducto de datos era un río de información digital que ponía en contacto todos los puntos situados en ese lado de la Pared. Se acordó del comentario de Mauchly sobre lo estricta que era la seguridad, y el alto número de controles que impedían el paso de datos entre un sitio y el otro. La propia experiencia de Lash le había demostrado que la Pared era prácticamente inexpugnable. Todos los escáneres, puntos de control e instrumentos de

seguridad contribuían obsesivamente al mismo objetivo: impedir la salida de secretos. Y no serían menos eficaces en impedir la suya, la de Lash.

¿Y si no intentaba salir? ¿Y si lo que quería era quedarse dentro de la Pared, y penetrar en sus secretos más recónditos?

Después de una última mirada a la sala, entró deprisa (pero con precaución) en el conducto de datos y, cuando estuvo dentro, cerró el panel.

45.

Edwin Mauchiy estaba en el segundo piso de la torre interna, observando el punto de control I por el falso espejo de un puesto de vigilancia. Los empleados de Edén que hacían cola para cruzar las puertas de salida (vigiladas por una docena de guardias, cuya misión era garantizar el orden) no podían ser menos de cien.

Dio la espalda a la ventana y se acercó a un monitor que ofrecía una toma en picado del vestíbulo principal. Al lado de la puerta giratoria había otra cola aún más larga, encauzada hacia un punto de control improvisado. Varios vigilantes uniformados revisaban los pases y las identificaciones, y dejaban pasar a la gente de uno en uno o dos en dos, buscando a Christopher Lash. Le satisfizo ver entre la gente a varios vigilantes de paisano que desalentaban sutilmente las conversaciones y mantenían separados a los clientes y los aspirantes. Para Edén, la seguridad e intimidad de sus clientes siempre era prioritaria, incluso en una situación crítica como aquella, la primera vez en la historia del edificio en que se activaba la fase Delta.

Empezó a pasearse por el puesto de vigilancia. La situación, amén de enrevesada y de mal gusto, era una ofensa personal. Como enlace entre Richard Silver y el resto de la empresa, Edwin Mauchiy había dejado su sello en Edén, un sello discreto, como todo lo que hacía. Todas las medidas de seguridad eran iniciativas suyas, con la excepción de las del ático, de las que Silver insistía en ocuparse personalmente. Casi antes de que hubiera un producto que proteger, Mauchly ya había sido consciente de que había pocas cosas tan importantes como la reserva y la máxima confidencialidad. También había sido el primero en comprender que una red de información compartida entre grupos de comunicación, empresas financieras y el gobierno federal, además de mejorar el producto, sería una fuente de ingresos inimaginable.

En cuanto a títulos y reconocimientos -galones habituales de la gloria empresarial-, podía prescindir de ellos. Lo que sentía era orgullo por la empresa, un orgullo feroz y protector. Por eso se paseaba tan furioso por el puesto de vigilancia.

El nombre de Lash lo había dado él, en un paso muy estudiado: la empresa estaba en peligro, y Lash parecía el mejor candidato para identificar el riesgo. Sin embargo, en vez de un salvador había metido una serpiente en Edén.

La habilidad de Lash seguía sorprendiéndolo. Por poco que supiera de psicología, tenía claro que la mayoría de las personas bastante enfermas para convertirse en asesinos psicopáticos tenían dificultades para ocultar su auténtica naturaleza, mientras que a Lash la actuación le había salido bordada. El mal resultado de su pseudoevaluación no permitía inferir que la situación fuera tan grave, pero ahora Mauchly había visto las pruebas con sus propios ojos. Tras recibir la noticia de Silver -y saber dónde buscar-, los

datos habían salido del ordenador literalmente a chorro, en forma de un historial de internamientos y anomalías médicas que parecía inacabable. Lash, brillante alumno de pos grado, padecía una fractura interna que con el tiempo no había hecho más que empeorar. Alguien capaz de esconder su enfermedad y su historial al mismísimo FBI -al menos durante una temporada- tenía que ser muy listo. Pero ya no podía esconderse.

Miró otra vez por el espejo falso, sintiéndose cada vez más herido y traicionado. Lamentaba haber hecho caso omiso de las advertencias del doctor Alicto después de la evaluación. Por otro lado, las turbias circunstancias de la salida de Lash del FBI deberían haber hecho saltar más alarmas. Pero, bueno, ya era demasiado tarde para rectificar los errores del pasado. Quedaba la posibilidad de expiarlos. Ahora que tenía una idea exacta de la situación, no dudaría en enderezarla.

Cerca, en una de las mesas, un videófono pitó y parpadeó. Mauchly se acercó e introdujo un código de pocas cifras.

- ¿Sí?

Al poco rato apareció en pantalla la cara de Silver.

- Edwin, ¿cómo está la situación? -dijo.

Se notaba que estaba preocupado, tanto por su tono de voz como por su expresión.

- Hemos activado la fase Delta en toda la torre.

- ¿Era necesario?

- Me ha parecido la manera más rápida y segura de desalojar el edificio. Estamos evacuando a todo el mundo, menos al equipo de seguridad. Hay vigilantes buscando a Lash en todas las salidas y puntos de control.

- ¿Y nuestros clientes? ¿Se han tomado medidas para no asustarlos?

- Les hemos dicho que es uno de los simulacros que hacemos periódicamente para comprobar que nuestro sistema de seguridad no tenga ningún fallo. De hecho, no está muy lejos de la verdad. De momento se lo han tomado todos bien.

- Me alegro, me alegro.

Mauchly esperaba que Silver cortara la transmisión, pero su rostro siguió en el monitor.

- ¿Algo más, doctor Silver? -le preguntó al cabo de un rato.

Tras un breve silencio, Silver dijo:

- Supongo que no ve ninguna posibilidad de que nos hayamos equivocado…

- ¿Equivocado?

- Me refiero a Lash.

- Imposible. El informe me lo dio usted mismo, y ya ha visto las pruebas que han aparecido desde entonces. Por otro lado, si fuera inocente no se habría escapado.

- Supongo que no, aunque… ¿Puedo confiar en que se actúe con suavidad? ¿Me garantiza que no le harán daño?

- Por supuesto.

Una leve sonrisa, y la imagen de Silver se borró de la pantalla.

Poco después se abrió la puerta del puesto de vigilancia, y entró Sheldrake. Su robusto cuerpo estaba tenso, como si esperara órdenes. Por lo visto era posible sacar a un hombre del ejército, pero no sacar al ejército de un hombre.

- ¿Cómo va todo, señor Sheldrake? -preguntó Mauchly.

- Ya ha salido el setenta y cinco por ciento de los clientes -dijo Sheldrake-. Según el recuento de los puntos de control, el treinta y cinco por ciento de los trabajadores de este lado de la Pared ya han cruzado las puertas de seguridad. Esperamos terminar la evacuación dentro de veinte minutos.

- ¿Y Lash?

Sheldrake enseñó un listado.

- Los escáneres le han seguido la pista hasta una zona de mantenimiento de hardware. Después ha entrado en una docena de salas y ya no tenemos más informes, ni se lo ha vuelto a ver.

- Déjeme la hoja, por favor. -Mauchly leyó el listado por encima-. Almacenamiento RAID, infraestructura de redes… ¿Qué pinta en esos sitios?

- Es lo que nos hemos preguntado.

- Aquí pasa algo raro. -Mauchly señaló el papel-. Según el cronometraje, en quince segundos ha estado en seis salas. -Devolvió el listado a Sheldrake-. No puede haber entrado tan deprisa en tantas. ¿Qué hace?

- Jugar con nosotros.

- Me ha leído el pensamiento. La última sala donde ha entrado es una granja de servidores. Convendría que sus hombres centraran por ahí la búsqueda.

- Sí, señor.

- Pero no interrumpa el despliegue de patrullas en este lado de la Pared. Tenemos que partir de la premisa de que Lash está explorando el recinto para encontrar una salida de la torre interna. Me voy al centro de control. Así podré supervisar la operación con más eficacia.

Vio que Sheldrake se giraba para salir, y le dijo, bajando la voz:

- Señor Sheldrake…

- Dígame.

Lo miró fijamente. Sheldrake no lo sabía todo -sin ir más lejos, ignoraba por qué Lash estaba colaborando con la empresa-, pero sí lo suficiente para darse cuenta de la gravedad de la amenaza.

- Este hombre ya ha puesto a Edén en peligro. Cuanto más tiempo ande suelto, más podrá perjudicarnos.

Sheldrake asintió.

- Aquí la clave es la contención -añadió Mauchly-. La mejor manera de enfrentarse a una situación de esta naturaleza es dentro del edificio. Cuanto antes pase todo, mejor parada saldrá Edén. -Su ira se reavivó-. ¿Me entiende? Hay que actuar a fondo.

Sheldrake volvió a asentir, pero más despacio.

- Pienso lo mismo, señor.

- Pues manos a la obra -dijo Mauchly.

46.

Dentro del tubo de datos, parecía que el tiempo no existiese. Era un conducto estrecho con bifurcaciones sucesivas, una trama que no parecía tener fin, y que se propagaba en horizontal y en vertical por toda la torre interna. Los indicios habituales que permitían calcular el paso del tiempo brillaban por su ausencia. Era un mundo claustrofóbico de luz tenue y azul, lleno de cables infinitos. De vez en cuando se cruzaba en su camino un conducto de mayores dimensiones, una arteria en la matriz de venas, pero la mayoría de los tubos eran de una estrechez opresiva, que lo obligaba a arrastrarse pegado a las paredes, como un espeleólogo por una estrecha cueva.

Aprovechaba cualquier oportunidad para subir. Los tubos contenían pequeñas protuberancias de metal que servían para sujetar los cables, y que Lash utilizaba como puntos de apoyo para los pies. De vez en cuando se le enganchaba la camisa en un canto afilado y se hacía un arañazo. Vio varios paneles de acceso como el que había usado para entrar en el sistema de conducción, pero ninguno indicaba su situación, por lo que era imposible saber cuánto había ascendido. En un mundo tan cerrado y tan insólito, la distancia tenía tan poco sentido como el tiempo.

De vez en cuando hacía una pausa para descansar y escuchar el silencio. Una de esas veces oyó un golpe lejano, como si en el más profundo sótano del rascacielos se hubiera cerrado una puerta gigante. En otro momento creyó oír un grito fantasmal que circuló por el tubo como el susurro de la brisa, prácticamente inaudible. Ni un sonido ni el otro tuvieron continuidad. En ambos casos, Lash siguió sin oír nada que no fuera su respiración.

Lash no padecía claustrofobia, pero la luz difusa, el silencio expectante y los cables que limitaban todos sus movimientos empezaban a ponerlo nervioso. Hizo el esfuerzo de dar pasos cortos, mantener el equilibrio y evitar que se le enredaran los cables en los pies.

Encontró un conducto vertical algo más ancho que la mayoría, que parecía subir ininterrumpidamente. Podía ser una manera de evitar tantas incursiones laterales. Tuvo la sensación de escalar durante horas, de una protuberancia a la siguiente -todas minúsculas-, hasta que oyó el latido de su propia sangre. Era el momento de descansar un poco más. Apoyado en varios manojos irregulares de cables, escuchó el sonido ronco de su respiración. Le palpitaba la musculatura de los brazos. Levantó uno y lo acercó al fluorescente azul para mirar el reloj.

Las cinco y media. ¿Cómo era posible que solo llevara media hora reptando por los tubos?

¿Cuánto había subido? Teniendo en cuenta todas las escaladas cronometradas que había hecho durante su entrenamiento en Quantico, la escuela del FBI, debería haber sabido calcular su velocidad de ascenso, pero en aquel laberinto no todos sus desplazamientos habían sido verticales y, por otro lado, la estrechez de los tubos y la molestia de los cables dificultaba cualquier evaluación. ¿A qué piso había llegado? ¿Al treinta? ¿Al treinta y cinco?

De pronto, mientras recuperaba el equilibrio -y la respiración-, apareció una imagen en su cabeza: la de una minúscula araña, una simple mota precariamente aferrada a la pared interna de una pajilla de refresco.

No podía subir eternamente a ciegas. Su meta era un piso muy concreto. Necesitaba recuperar la orientación, tener una idea exacta del lugar donde estaba; lo cual significaba salir del conducto.

Se apoyó en el tubo para pensar. Si abandonaba la seguridad del conducto de datos, los escáneres lo detectarían. Las brigadas de seguridad sabrían enseguida dónde estaba, y podrían afinar su búsqueda. No existía ninguna manera de averiguar su posición sin que saltaran las alarmas. ¿O sí?

Claro que la mayoría de los despachos, laboratorios y salas de almacenamiento quizá no tuvieran escáneres… Quizá estuvieran casi todos en los pasillos y puertas… Si elegía con cuidado el punto de salida, y no activaba ningún sensor…

Tenía que intentarlo. No había más remedio.

Subió unos metros hasta la siguiente bifurcación, y se introdujo laboriosamente en el tubo lateral. Después se arrastró pollos manojos de cables hasta encontrar un panel de acceso en la pared. Escuchó sin moverse. Detrás no se oía nada. Aguantando la respiración, puso las yemas de los dedos en el pestillo y empujó con cuidado hasta abrir el panel.

Un chorro de luz blanca bañó inmediatamente una sección del tubo. Se encontraba en un despacho muy iluminado, o en un pasillo, en el peor de los casos. Nada, no servía. Tendría que probar por otro sitio.

Siguió avanzando. Al llegar al cuarto panel, volvió a empujar el pestillo con los dedos para abrir una rendija, como antes, pero esta vez la luz era más tenue. Podía ser una zona de almacenamiento, o el despacho de alguien que ya se había ido a casa. En todo caso, era la mejor oportunidad que podía tener.

Empujó un poco más el panel sin hacer ruido. Al otro lado todo estaba en silencio.

Se arrastró con los codos y sacó la cabeza. La escasa luz le permitió reconocer un ordenador apagado y un escritorio. Era un despacho vacío. Había tenido suerte.

Silenciosamente, pero con la máxima rapidez, salió del tubo. Cuando se puso de pie, sus hombros protestaron fuertemente por el tiempo que llevaban encorvados en la estrechez del conducto. Miró el despacho con la esperanza de encontrar algún plano de salidas de incendio que indicara el número del piso, pero no hubo suerte.

Susurró una palabrota.

¡Un momento! Todas las puertas que había visto hasta entonces llevaban un rótulo en la parte externa. La de ese despacho no tenía por qué ser una excepción. Nada más fácil que abrirla y echar un vistazo al letrero, siempre que extremara las precauciones para no exponer la pulsera al escáner.

Se acercó a la puerta, cogió el pomo y pegó la oreja al marco. No se oía nada, ni pasos ni murmullo de conversaciones.

Aguantando la respiración, entreabrió la puerta y miró por la rendija. No se veía a nadie. Con la pulsera de identificación en la espalda, abrió un poco más. Ahora solo era cuestión de leer el rótulo que…

Mierda. Esa puerta no tenía ninguno.

Volvió a cerrarla y se apoyó en la pared. Tantos despachos, y elegía uno desocupado.

Respiró hondo para serenarse. Luego se giró y volvió a abrir la puerta con un gesto decidido.

¡Aja! Al otro lado del pasillo había otra puerta, que sí tenía letrero: un número y unas palabras debajo.

Por desgracia, sus ojos aún no se habían acostumbrado a la luz, y le costó identificar el número. Parpadeó y concentró la vista.

«¡Venga!»

Por fin pudo leer:

«2614. THORSSEN, J. PROCESAMIENTO DE POSTSELECCIÓN».

«¿Veintiséis? -pensó con incredulidad-. ¿Solo estoy en el piso veintiséis?»

- ¡Eh, usted! -exclamó alguien, rompiendo el silencio-. ¡Quieto ahí!

Lash se giró. A unos quince o veinte metros, en un cruce de pasillos, un vigilante con mono lo señalaba con el dedo.

- ¡No se mueva! -dijo, corriendo hacia él.

En un primer momento Lash se quedó quieto, como un ciervo sorprendido por los faros de un coche. Al ver que el vigilante metía una mano en el mono, volvió al despacho. Justo entonces se oyó un fuerte ruido en el pasillo, y un silbido a pocos centímetros de la puerta.

«¡Madre mía! ¡Está disparando!»

Retrocedió tan deprisa que estuvo a punto de caerse. Luego corrió hacia el fondo del despacho y se zambulló en el conducto de datos, pelándose las espinillas. Ni siquiera se tomó la molestia de cerrar el panel. Ya no servían de nada las precauciones. Avanzó lo más deprisa que pudo, eligiendo las bifurcaciones al azar e internándose en la laberíntica seguridad del río digital sin reparar en los destrozos que ocasionaba el paso de sus codos y sus pies en el meticuloso trenzado de cables.

47.

Tara Stapleton estaba sentada en su despacho, haciendo girar la silla y contemplando su vieja tabla de surf. Parecía que no hubiera nadie en toda la planta. Al otro lado de la puerta, en el pasillo, reinaba un silencio expectante. Pese a ser un elemento clave de la seguridad de Edén, Tara no debía estar en el edificio, y lo sabía. Se lo había dicho el propio Mauchly a la salida del bar Río. «Váyase a casa -le había aconsejado, con un apretón en el hombro, algo que no prodigaba-. Ha tenido una tarde difícil, pero ya ha pasado todo. Váyase a casa y descanse.»

Se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho. Yéndose a casa no se encontraría mejor.

Todavía le duraba el shock de cuando Mauchly la había convocado en el despacho de Silver, justo después del mediodía. Lo que le habían contado parecía imposible: que Christopher Lash, la persona a quien habían contratado para investigar las muertes misteriosas, era el asesino. Al principio no había querido -ni podido- creérselo, pero el tono mesurado de Mauchly y la cara de pena de Silver no dejaban ningún margen para la incredulidad. La propia Tara había ayudado a Mauchly a navegar por la extensísima red de bases de datos para obtener la información sobre Lash que lo dejaba total e irrefutablemente sentenciado. El estupor se había acentuado con la llamada de Lash, y su encuentro en el bar (previa consulta a Mauchly). Lash había hablado con una urgencia lindante con la desesperación, pero Tara apenas lo escuchaba. Su cabeza daba vueltas y vueltas a una sola pregunta: ¿cómo había podido fallarle tanto la intuición? Tenía enfrente a un individuo que había matado a sangre fría a cuatro personas, y a quien media docena de datos situaban en los escenarios de los crímenes; un individuo que, a juzgar por todos los datos de los que disponían, había crecido en el seno de una familia altamente disfuncional, y que después de pasar por todo tipo de centros de reclusión había conseguido borrar su historial de delitos sexuales. ¡Y ella había llegado a confiar en él! ¡Hasta le había tomado cierto aprecio durante su breve colaboración! ¡Ella, tan poco propensa a fiarse de nadie! Uno de los motivos de su poco éxito en las relaciones, y de que se hubiera apuntado al programa piloto de Edén, era

eso, que no se daba fácilmente a las personas. ¿Qué parte de su elaborado mecanismo de autodefensa había fallado de forma tan estrepitosa?

Al mismo tiempo, se acordaba sin querer de algunas cosas que le había dicho Lash en el bar: algo de sobredosis, de una sustancia química cerebral que recibía el nombre de Sustancia P, y de que los dos estaban en peligro porque sabían demasiado. Palabras locas de un loco.

¿No?

De pronto, oyó un ruido: pasos acercándose deprisa por el pasillo. El pomo de la puerta del despacho chirrió al girar. Alguien entró como un fantasma, como el temible fruto de sus propios pensamientos.

Era Christopher Lash, pero no el Lash que conocía. Ahora sí que parecía un loco recién salido del manicomio. Tenía el pelo despeinado, y un morado de pésimo aspecto en la frente. Su traje, habitualmente inmaculado, tenía una capa de polvo, y agujeros en los codos y las rodillas. Sus manos sangraban por un sinfín de cortecitos y rasguños.

Cerró la puerta y se apoyó en ella jadeando.

- ¡Tara! -dijo con voz ronca, entrecortada-. Menos mal que todavía estás aquí.

Ella lo miró, petrificada por la sorpresa, y quiso coger el teléfono.

- ¡No! -exclamó él, acercándose.

Tara metió una mano en el bolso sin soltar el teléfono, y le apuntó a la cara con un spray de autodefensa.

Lash se paró.

- Por favor, haz una cosa. Solo una y me voy.

Tara intentó pensar. Seguro que los vigilantes habían seguido la pista de Lash gracias a la pulsera de identificación. No tardarían demasiado en llegar. ¿Qué era mejor? ¿Seguirle la corriente?

Parecía más sensato ganar tiempo que resistirse, así que soltó el teléfono, aunque no el spray.

- ¿Qué te ha pasado en la cara? -preguntó, haciendo un esfuerzo de serenidad-. ¿Te han pegado?

- No -contestó él con un esbozo de sonrisa-. Son gajes de mi modo de transporte. -La sonrisa desapareció-. Me están disparando, Tara.

Ella no dijo nada. «Paranoias, delirios», pensó.

Lash dio un paso, pero se detuvo al ver que Tara lo amenazaba con el spray.

- Haz una cosa. Solo una. Si no es por mí, que sea por las parejas muertas. Y por las que aún corren peligro. -Tragó una bocanada de aire-. Busca en la base de datos de Edén al primer avatar de cliente registrado.

Ya había pasado un minuto. Pronto llegarían los guardias.

- ¡Tara, por favor!

- Quédate al fondo, en el rincón -dijo ella-. Y que te vea las manos.

Lash fue al fondo del despacho.

Sin dejar de vigilarlo, y con el spray a punto, Tara se acercó al ordenador, pero no se sentó. Se giró un poco hacia el teclado y se inclinó para introducir la orden con una sola mano. El primer avatar de cliente registrado… Curiosamente, el resultado de la búsqueda era un avatar que no tenía asociado ningún nombre. Solo aparecía el código de identidad, por otro lado absurdo.

- Déjame que lo adivine -dijo Lash-: ni siquiera es un número racional. Todo son ceros.

Tara se giró para mirarlo atentamente. Lash aún respiraba con dificultad, y sus manos destrozadas manchaban el suelo de sangre, pero en sus ojos Tara no pudo detectar ningún indicio de locura.

Miró de reojo el reloj de la pared. Dos minutos.

- ¿Cómo lo sabías? -preguntó-. ¿Lo has acertado de chiripa?

- ¿Cómo quieres que acierte nueve ceros?

Tara no respondió.

- ¿Te acuerdas de esta mañana, cuando te he pedido que hicieras unas consultas con tu ordenador? -dijo Lash-. Pues acababa de tener una idea; una idea tremenda, pero que era la única que me cuadraba. Tus consultas casi la han confirmado.

Tara estuvo a punto de contestar, pero prefirió ganar más tiempo preguntando:

- ¿Qué caso quieres que te haga, si ya he visto los datos? Tu historial, lo que has hecho en la vida… Ya sé por qué saliste del FBI: por dejar morir a dos policías y a tu propio cuñado. Guiaste expresamente a un asesino.

Lash negó con la cabeza.

- Mentira. Lo que hice fue intentar salvarlos, pero tardé demasiado en descubrirlo. Era un caso como este: un perfil de asesino sin lógica. Edmund Wyre. ¿No lo leíste en el periódico? Mataba a mujeres como cebo, y escribía falsas confesiones para acechar a sus auténticas víctimas: los policías que investigaban los crímenes. Se cargó a dos. Solo le faltó uno, que soy yo. El caso echó a perder mi matrimonio, y me costó todo un año de insomnio.

Tara no contestó.

- Pero, bueno, ¿no lo entiendes? ¡Es una trampa! Alguien ha manipulado mi historial; lo ha distorsionado, y sé quién es.

Lash fue hacia la puerta y se giró.

- Tengo que irme, pero te pido otro favor: ve al Tanque y compara los avatares de las mujeres de las superparejas con el avatar cero.

Se oyó el timbre lejano de un ascensor; a continuación, voces y pasos de gente corriendo.

Lash dio un respingo, puso una mano en el marco de la puerta y se aprestó a salir huyendo, pero antes se giró hacia Tara.

- Ya sé que quieres que se acabe todo. Haz la consulta. -Su mirada era suplicante-. Descubre tú misma lo que pasa. Salva a los demás.

Dicho esto, salió corriendo.

Tara se hundió lentamente en la silla. Miró el reloj: no habían pasado ni cuatro minutos.

Al cabo de unos segundos irrumpió en el despacho un equipo de guardias de seguridad con las pistolas en la mano. El jefe -un hombre bajo y corpulento que se llamaba Whetstone, conocido de Tara- repasó deprisa los rincones. Uno de los guardias buscó en el único armario del despacho.

- ¿Está bien, señorita Stapleton? -preguntó Whetstone.

Tara asintió.

- Debe de haberse ido por aquí -dijo el jefe a sus hombres, señalando el pasillo-. Dreyfuss, McBain, vigilad el próximo cruce. Tú quédate conmigo, Reynolds. Vamos a buscar en los paneles de acceso de esta zona.

Salió del despacho, enfundando el arma y sacando la radio. Al principio Tara se limitó a escuchar los pasos y el ruido de conversaciones, cada vez más lejanos. El silencio volvió a adueñarse del pasillo.

Siguió en la silla sin moverse, mientras el tictac del reloj de la pared marcaba el paso de cinco minutos. Después se levantó y cruzó la alfombra esquivando las manchas de sangre. Titubeó un segundo antes de salir al pasillo en dirección al ascensor. El Tanque solo quedaba a unos minutos.

De repente se detuvo y, cambiando de planes, dio media vuelta y aceleró el paso.

El centro de control del departamento de seguridad de Edén era una especie de bunker muy grande, situado en el piso veinte de la torre interna. Dos docenas de empleados transcribían datos de sensores pasivos y controlaban las cámaras del edificio.

Edwin Mauchly estaba solo en el puesto de mando, frente a una docena de pantallas que le permitían consultar la información de cualquiera de los diez mil flujos de datos en tiempo real que vigilaban el edificio: cámaras, sensores, registros de clics y pulsaciones… Tenía las manos en la espalda, y su mirada saltaba de una pantalla a otra.

Christopher Lash estaba en algún punto de aquella tormenta de datos, esquivando todas las gotas.

Se abrió una puerta, pero Mauchly no se giró. No hacía falta. Aquellos pasos secos y rotundos solo podían ser propios de Sheldrake.

- Se les ha escapado por cinco o diez segundos -anunció el recién llegado, mientras se acercaba al puesto de mando.

Mauchly hizo uso de un teclado.

- Ha estado cuatro minutos en el despacho de Tara Stapleton. Cuatro minutos, sabiendo que corría más peligro a cada segundo que pasaba. ¿Por qué? -Pulsó algunas teclas-. Ha salido del despacho hacia el sur. Mientras corría por el pasillo ha pasado la pulsera de identificación por los escáneres de una docena de puertas. Lo que no sabemos es por cuál ha entrado, si es que ha entrado por alguna.

- Es lo que están investigando mis hombres.

- En estas circunstancias, señor Sheldrake, cualquier precaución es poca, pero tengo la intuición de que Lash ya no está en el piso treinta y cinco.

- Aún no me creo que esté usando los conductos de datos como vía de desplazamiento -dijo Sheldrake-. Están diseñados para accesos puntuales de mantenimiento, no para recorrerlos en su integridad. Debe de sentirse como un deshollinador. Mauchly se acarició la barbilla.

- Lo lógico sería que buscara una salida, una manera de escapar del edificio, pero está subiendo. Primero al piso veintiséis. Ahora al treinta y cinco.

- Y ¿no podría ser que esté buscando a alguien, o algo? ¿Un plan de suicidio? ¿Un sabotaje?

- Sí, también lo he pensado. Teniendo en cuenta lo desesperado que está, no puede descartarse. Por otro lado, no le ha hecho nada a Tara Stapleton, y eso que es la persona que lo ha delatado. Para estar seguros de algo tendríamos que conocer más a fondo su trastorno. -Mauchly miró las pantallas-. No quiero distraer a demasiados de sus hombres de la búsqueda, pero le aconsejo que asigne pequeños destacamentos a las instalaciones más críticas. Tampoco estaría de más tener vigilado el acceso de emergencia del ático.

- ¿Y los paneles? ¿No convendría vigilarlos por fuera? Ahora que sabemos cómo se mueve, podríamos organizar una emboscada.

- Sí, pero la cuestión es dónde… Probablemente haya cientos de miles de conductos de datos. Toda la torre interior está revestida de tubos. Los paneles de acceso son cinco veces más. Sería imposible vigilarlos todos a la vez. Se apartó de los monitores.

- Tiene un plan -dijo, hablando consigo mismo más que con Sheldrake-. Si supiéramos cuál, también sabríamos dónde cazarlo. -Hizo una pausa y se giró hacia Sheldrake-. Acompáñeme. Creo que deberíamos hablar con Tara Stapleton.

49.

En la sala que recibía el nombre de «Tanque», los relojes de las paredes indicaban las seis y veinte. En circunstancias normales habría estado repleta de técnicos de Edén, controlando programas, tomando notas en sus ordenadores de mano y garantizando la máxima optimización del proceso de emparejamiento que constituía la columna vertebral de Edén.

Pero esa tarde no había nadie. Todo estaba apagado: los monitores, los diales, incluso el Tanque. Solo algunas luces de diagnóstico continuaban parpadeando. El único ruido era el del aire acondicionado.

Cuando los relojes marcaban las seis y veintiuno, sonó un clic en el pasillo, y la doble puerta se abrió. Alguien se asomó cautelosamente, entró al cabo de un momento, cerró la puerta y cruzó la sala.

La soledad y el tenso silencio que reinaban en los pasillos de la torre interna habían impresionado mucho a Tara, pero sin prepararla para lo que descubrió. En todas sus visitas a la sala -centenares, o miles- la había encontrado llena de actividad, de gente fascinada por la incesante evolución de los avatares por su universo digital, que era el Tanque. Ahora no había espectadores; el Tanque estaba oscuro y vacío. El procesamiento de clientes había sido interrumpido por la activación de la fase Delta en todo el rascacielos, y no se reanudaría hasta la mañana siguiente, cuando llegara el siguiente turno de empleados.

Se acercó al cristal del Tanque y tocó su superficie fría y lisa. ¡Qué raro verlo despoblado! Aunque supiera que los avatares eran simples fantasmas eléctricos -modelos binarios sin existencia fuera del ordenador-, sacarlos del Tanque y dejarlo sin vida parecía un acto abusivo y contra natura.

Fijó la vista en el reloj de la pared. Las seis y veintidós. Se acercó a una consola y tecleó unas órdenes que le permitieron acceder a los datos del Tanque y al archivo central de clientes. Hizo una pausa. Como responsable técnica de seguridad, estaba autorizada de sobra para llevar a cabo la petición de Lash, pero su acceso quedaría registrado, así como cualquier tecla que pulsara. Tarde o temprano -más temprano que tarde- le harían preguntas.

Sacudió la cabeza. Daba igual. Si Lash mentía, si todo formaba parte de su locura, de una conspiración imaginaria o de un complejo de persecución, lo sabría enseguida. Por otro lado, si decía la verdad…

Flexionó los dedos y siguió tecleando. Todavía ignoraba las consecuencias de que Lash pudiera estar diciendo la verdad, pero tenía que averiguarlo a cualquier precio.

Introdujo otra orden. La pantalla se quedó negra y cambió en cuestión de segundos.

PROP. EDÉN INC.
COMPATIBILIDAD DE CUENTES
SALA DE PRUEBAS VIRTUAL
REV.27.4.1.1
INFORMACIÓN ALTAMENTE RESERVADA
L-4, SE REQUIERE FIRMA D O SUPERIOR
MODO DE POBLACIÓN MANUAL ACTIVADO
SOLO SIMULACIÓN
¿RECUENTO TOTAL DE POBLACIÓN?

De repente, al mirar la pantalla, Tara tuvo el impulso de introducir su avatar, y ver deslizarse una representación digital de sí misma por el Tanque. ¿Cuánto tardaría en emparejarse con el avatar de Matt Bolán? Se encontraba ante una consola de mando, y sabía de memoria ambos códigos de identidad. Podía…

Se recordó que la situación no permitía distracciones ni nostalgias. Lo que hacía no lo hacía por Lash, ni por los Wilner o los Thorpe, sino en su propio beneficio. Si podía ayudar a descifrar el misterio, y a arreglar la situación… Entonces quizá no fuera demasiado tarde para su avatar.

Respiró hondo y tecleó un solo número, el dos.

Apareció una nueva pantalla:

INTRODUCIR CÓDIGOS DE IDENTIDAD DE AVATARES

Tecleó el número que había visto en el despacho, el primer avatar de cliente registrado: 000000000.

En el Tanque brilló una chispa de luz, y apareció un avatar minúsculo y frágil, envuelto en una gran oscuridad. Era una luz blanquecina, nacarada, de color y forma cambiantes. A veces flotaba como si no tuviera vida propia, y otras se lanzaba a gran velocidad hacia algún punto.

Tara volvió a mirar la pantalla y abrió otra ventana para hacer una consulta en el archivo de clientes: los códigos de identidad de las mujeres de las seis superparejas. El resultado apareció enseguida:

TORWALD, LINDSAY E. - 000422196

SCHARTZ, KAREN L. - 000527710

MASON, LYNN R. - 000561044

YAMAKAZI, MINAKO - 000577327

CASTIGLIANO, ANDREA - 000688305

HERRERO, MARIA - 000688305

Volvió a la pantalla principal e introdujo el número de Lindsay Thorpe. El resultado fue instantáneo: la aparición de otro avatar en el Tanque. Como solo había dos, el proceso de emparejamiento tardaría muy poco, para bien o para mal.

Observó cómo flotaban. A veces cambiaban de color; otras se volvían casi invisibles. Poco a poco, la gama cromática se redujo, a medida que los algoritmos de atracción aproximaban a los avatares. Hubo un momento en que iniciaron una elegante trayectoria circular, como bailarines en un fugaz pas de deux, hasta que se lanzaron bruscamente el uno contra el otro y, tras un estallido muy blanco, llenaron de datos las pantallas. Era Liza, el superordenador, filtrando y comparando instantáneamente un millón de variables (las preferencias, emociones y recuerdos que conforman una personalidad). En la pantalla apareció una nueva ventana:

RESUMEN DE DATOS DE LA SALA DE PRUEBAS
INICIO DEL PROCESO
BASE DE COMPARACIÓN 9602194
CAMBIO A NEGATIVO
CHECKSUM IDENT 000000000: 4A32F
CHECKSUM IDENT 000462196: 94DA7
DATOS DE PENETRACIÓN: 14A NOMINAL
TOPOLOGÍA DE COLISIÓN: 99 NOMINAL
DISTORSIÓN: 0
PROCESOS ANÓMALOS: 0
PROFUNDIDAD DEL CAMPO DE DATOS DESPUÉS
DE LA PENETRACIÓN: 1948549,23 Mbit/seg
TAMAÑO DEL CLUSTER: 4096
HORA DE INICIO: 18:25:31:014 EST
HORA DE FINALIZACIÓN: 18:25:31:982 EST
COMPATIBILIDAD BASAL (MODELO HEURÍSTICO): 97,8304912 %
M.O.E:+7-0,00094 %
FIN DEL PROCESO

Tara miró el monitor con cara de sorpresa. El avatar de Lindsay Thorpe y el avatar desconocido, 000000000, acababan de ser emparejados con éxito. No era una pareja perfecta, como la de Lindsay y Lewis Thorpe, pero su 97,8 % la situaba en una gama aceptable.

Borró el avatar de Lindsay y empezó a introducir en el Tanque los de las otras mujeres. Los introdujo uno a uno, más deprisa que con Lindsay, y en todos los casos el emparejamiento con el avatar misterioso fue un éxito. Karen Wilner, 97,1 %. Lynn Connelly, 98,9%.

Introdujo los últimos tres códigos, cada vez más extrañada. Resultado: tres emparejamientos.

Todas las mujeres de las superparejas que había producido hasta la fecha Edén eran compatibles con el avatar misterioso.

¿Qué pasaba? ¿Podía ser que el avatar 000000000 fuera una especie de mecanismo de control compatible con todos los avatares del Tanque? No había que descartarlo. Tara conocía el proceso, pero no todas sus sutilezas técnicas.

Se giró hacia el ordenador, eligió al azar a una clienta que no formara parte de ninguna superpareja e insertó su avatar en el Tanque, donde ya flotaba el avatar misterioso. La compatibilidad fue del 38 %. No hubo emparejamiento.

Creó una breve secuencia que obtenía un muestreo aleatorio de mil clientas, antiguas y actuales, e insertaba sus avatares en el Tanque por grupos de cien. Hubo un momento, cuando se iluminaron los puntos de luz, en que pareció que el Tanque hubiera recuperado la normalidad. Esta vez el proceso fue un poco más largo, pero en total duró menos de cinco minutos.

Ninguno de los mil avatares era compatible con el avatar 000000000.

El pitido de su teléfono móvil rasgó bruscamente el silencio.

Dio un respingo y buscó el móvil con el pulso acelerado. El prefijo del número entrante era de Connecticut. No lo reconoció.

- ¿Diga?

- ¿Tara?

La voz se oía muy lejos, con un fondo de electricidad estática. Aun así, la reconoció enseguida.

- Sí.

- ¿Dónde estás?

- En el Tanque.

- ¡Menos mal! Y ¿qué…?

- Luego. ¿Tú dónde estás?

- En un conducto de datos, creo que no muy lejos. Voy a…

- Espera.

Tara bajó el teléfono.

Pensó en todo lo que le había dicho Mauchly al contarle que el asesino era Lash. También en lo que había empezado a explicarle Lash justo antes de ser detenido. Recordó su cara al entrar en el despacho y suplicarle un favor, uno solo. Pero en lo que más pensó fue en las seis superparejas, y en el avatar misterioso cuyo código de identidad era cero.

Tara no era una persona impulsiva por naturaleza. Para tomar cualquier decisión, previamente examinaba las pruebas y sopesaba los pros y los contras. En ese momento, los contras eran de una gravedad apabullante. Si el asesino era Lash, corría un grave peligro.

¿Y los pros? Ayudar a un inocente. Resolver el enigma de las dos parejas muertas. Y salvar tal vez a las futuras víctimas.

Metió la mano libre en el bolsillo y sacó dos tiras largas y finas de papel de plomo. Las miró, haciéndolas girar. Quizá no fuera impulsiva, pero comprendió que ya había entrado en la sala con una decisión tomada.

Levantó el teléfono.

- Quedamos a la entrada del Tanque. Ven lo más deprisa que puedas.

- Pero…

- Hazme caso.

Colgó el teléfono, apagó los procesos que estaban en marcha y salió de la terminal de control, dando la espalda al Tanque, oscuro y vacío.

50.

Al torcer por el pasillo, Lash vio a Tara esperándolo. Se acercó deprisa.

- Gracias. Gracias por la oportunidad.

- Tienes peor aspecto que antes -contestó ella.

Tenía algo brillante en las manos. Lash tuvo miedo de que fueran esposas, pero enseguida se dio cuenta de que era una tira de papel de plomo. Tara le cogió la mano derecha y envolvió muy cuidadosamente la pulsera de identificación con el papel.

- ¿Qué haces? -preguntó.

- Neutralizar los escáneres.

- No sabía que se pudiera.

- Bueno, en principio no se puede. Lo he conseguido cortando un delantal de plomo del laboratorio de radiología, que está en el mismo pasillo que mi despacho. Así ganaremos un poco más de tiempo.

Levantó el brazo. Tenía una tira idéntica alrededor de su pulsera.

- O sea, que te fías de mí -dijo Lash, con un alivio enorme.

- No he dicho eso, pero sin el papel no tendría la oportunidad de saber si mientes o dices la verdad. Oye, una cosa: lo de que te habían disparado era una broma, ¿no?

Lash negó con la cabeza.

- Madre mía… Venga, que aquí no podemos quedarnos.

- ¿Qué has descubierto? -preguntó Lash, mientras recorrían un pasillo.

- Que el avatar 000000000 es compatible con las seis mujeres.

- ¡Aja! ¡Lo sabía!

Tara lo empujó hacia una puerta.

Lash miró a su alrededor.

- ¿Es un lavabo de señoras?

- Con la pulsera tapada no puedo abrir ninguna puerta. Al menos aquí dentro podremos hablar sin que nos molesten. Venga, habla.

- Vale.

Lash tuvo un segundo de vacilación. No sabía muy bien cómo enfocarlo. Ya había sido difícil en el bar. Ahora, con los brazos y las piernas temblando a causa de la larga escalada, y el corazón latiendo a gran velocidad, lo sería aún más.

- Te advierto que no puedo demostrar nada -dijo-. Aún me falta la pieza más importante, pero el resto encaja perfectamente.

Tara asintió.

- ¿Te acuerdas de lo que empecé a decirte, que esto solo puede haberlo hecho alguien de la cúpula de Edén? ¿Alguien que estuviera al tanto de todos los detalles del historial de Lindsay Thorpe y que hubiera modificado sus recetas médicas? En mi caso es lo mismo: para manipular mi historial y convertirme en un psicópata desesperado, hay que estar muy bien situado en la empresa. Tendría que ser una persona que ya hubiera trabajado en Edén cuando era una filial de PharmGen. Alguien bastante bien situado para conocer las primeras pruebas con el Scolipane, que formara parte de Edén desde que el primer cliente cruzó la puerta.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Tara.

- Ya lo sabes: la persona que ha hecho todo esto, la que tiene a las superparejas en el punto de mira, es el avatar cero.

- Pero ¿quién…?

La respuesta llegó acompañada de una sonrisa siniestra.

- El avatar cero es Richard Silver.

- Imposible.

Lash lo había dicho mirando a Tara a los ojos, y vio que se adentraba por el mismo camino que él ya había empezado a recorrer. ¿Quién, aparte de Silver, podía tener un número así? ¿Quién podía haber estado tanto tiempo dentro del sistema? Quizá Tara ya lo hubiera intuido. Quizá fuera la causa de que hubiera aparecido con papel de plomo. Aparecido a secas.

Tara hizo un gesto de escepticismo.

- ¿Por qué?

- Eso todavía no lo sé. En la academia te enseñan que si determinas el motivo puedes descubrirlo todo: la personalidad, el comportamiento, las ocasiones… Yo, en este caso, el motivo no lo acabo de entender, pero lo que está claro es que Silver nos lo podría explicar.

Se oyó un murmullo lejano de conversaciones, y puertas abriéndose y cerrándose. Lash y Tara aguantaron la respiración mientras escuchaban cómo se les acercaban. Sonó una voz distorsionada en una radio, y poco a poco las voces fueron alejándose, hasta que se hizo el silencio.

Lash expulsó lentamente el aire de sus pulmones.

- Se me ha ocurrido esta mañana, en tu despacho, al ver que en cada consulta el primer avatar de la lista siempre era el cero, y que era el único sin nombre; pero no me ha acabado de convencer hasta que he ido a Cold Spring a ver a un antiguo compañero de clase, y he descubierto las relaciones entre PharmGen y el Scolipane, y la gravedad de su reacción con la Sustancia P. Seguro que Silver, que lo ve todo desde su torre de marfil, se ha dado cuenta de que me acercaba mucho. De ahí esta campaña difamatoria tan futurista.

- ¿Y Karen Wilner?

- Casi no he tenido tiempo ni de investigar qué le pasó a Lindsay Thorpe. En todo caso, estoy seguro de que con Karen Wilner la Sustancia P también tuvo un papel protagonista. En cuanto a la vía de administración, aún no puedo decir nada.

Tara lo miró.

- Aunque me hayas contado todo esto, sigo sin creérmelo del todo. No te digo que Silver no viva como un ermitaño, pero la verdad es que no lo veo asesinando a nadie.

- El aislamiento es una señal de alarma. Reconozco que no se ajusta al perfil más evidente, pero ya te dije que el perfil era contradictorio desde el principio. Los asesinatos se parecen demasiado. Todo es algo torpe, como si los cometiera un niño. -Hizo una pausa-. ¿Tú a mí me ves asesinando a gente?

- No.

- ¡Pues bien que me has delatado!

- Sí, y podría volver a hacerlo. No hay nadie más que te crea.

- Tampoco hay nadie que haya oído mi versión. Eres la única.

- Mientras no haya oído las alegaciones de Silver, el veredicto seguirá en suspenso.

Lash asintió despacio.

- En ese caso, solo tenemos una opción.

- ¿Qué quieres decir?

Por la mirada de Tara, Lash se dio cuenta de que ya lo sabía.

51.

Edwin Mauchly observó lentamente el despacho silencioso y vacío de Tara Stapleton. Se habría dicho que lo hacía con desinterés, pero en realidad no se le pasaba por alto ni un detalle: los pósters, las macetas con plantas, el escritorio inmaculado con tres monitores en fila, la tabla de surf destrozada en la pared…

Pese a haber promovido el ascenso de Tara en el escalafón, seguía considerándola un enigma. Siempre iba vestida de trabajo, y no se prodigaba ni en bromas ni en sonrisas. Nunca hablaba por hablar, ni le gustaban los cotilleos. Era pura eficacia.

Volvió a fijarse en la tabla de surf, un objeto que siempre le había extrañado, aunque estuviera ahí gracias a él. No cuadraba con el deseo casi fanático de Tara de reservar su intimidad, ni con el muro que erigía alrededor de su vida personal. Estaba claro que no era una excusa para presumir, porque entonces habría llevado sus premios (gracias a sus investigaciones, Mauchly sabía que había ganado más de uno). Si Tara Stapleton tenía su tabla de surf en el despacho, era únicamente por gratificación personal.

Miró la moqueta. Cerca de la puerta se veían gotas de sangre; uno de los pocos rastros que había dejado Lash. ¿Cómo? ¿Había gesticulado? ¿La había amenazado?

Todo llevaba a la pregunta principal: ¿para qué había entrado en el despacho? ¿Por qué se había arriesgado?

Demasiadas preguntas. Sacó su radio del bolsillo y pulsó el botón de transmisión.

- Lo recibo -dijo alguien desde el centro de mando.

- ¿Quién es? ¿Gilmore?

- Sí, señor Mauchly.

- Repasemos otra vez los movimientos de la señorita Stapleton desde que Lash salió de su despacho.

- Un momento. -Se oyó un ruido de teclas por el auricular-. La brigada ha entrado a las seis y seis. A las seis y doce, la señorita Stapleton ha salido del despacho y nos consta que ha ido al laboratorio de radiología, en el mismo pasillo. A las seis y cuarto ha salido del laboratorio para ir a los ascensores. Ha subido cuatro pisos en el ciento cuatro y se

ha bajado en la planta treinta y nueve. Los sensores la han seguido hasta la sala de pruebas.

- El Tanque.

- Exacto. A las seis y veintiuno ha abierto la puerta con su pulsera de identificación.

- Siga.

- Los sensores pasivos del Tanque confirman su presencia durante nueve minutos. Después, nada.

- ¿Nada? ¿Cómo que nada?

- Lo que le digo. Parece que haya desaparecido.

- ¿Y la brigada que hemos enviado al Tanque?

- Acaba de llegar y no ha encontrado a nadie.

- ¿Puede consultar el registro de los terminales, para ver si ha entrado en algún sistema?

- Estamos en ello.

- ¿Y Lash? ¿Alguna novedad?

- Hace diez minutos se ha activado un sensor en el piso treinta y siete, y luego otro en el treinta y nueve, con pocos minutos de diferencia.

- Treinta y nueve -repitió Mauchly-. ¿Cerca del Tanque?

- Sí.

- ¿Cuándo?

- A las seis y treinta y uno.

Mauchly bajó la radio. Un minuto después de la pérdida de contacto con Tara. Y en el mismo piso y el mismo sitio.

Miró su reloj. Un cuarto de hora sin que los sensores hubieran dado información de Lash o Tara. No tenía sentido.

Reflexionó sobre la situación. Las únicas cámaras de vídeo de la torre interna estaban en los puntos de control y los ascensores. No habían considerado necesario poner ninguna más. Las medidas draconianas de seguridad de Edén hacían que la torre interna estuviera tan sembrada de sensores de movimiento que se podía localizar a cualquier portador de una pulsera con una exactitud de seis o siete metros. Por otro lado, la estricta vigilancia de los puntos de control garantizaba que solo cruzara la Pared el personal autorizado. Toda la infraestructura estaba diseñada para protegerse del espionaje industrial. La persecución de un asesino no estaba prevista en ningún plan.

Aun así, los protocolos de seguridad deberían haber funcionado. Solo había una manera de desactivar las pulseras de identificación. Era un secreto, algo muy confidencial que Lash no podía saber. ¿O sí?

Volvió a levantar la radio.

- Gilmore, desvíe a las patrullas. Que vayan todas al piso treinta y ocho y superiores. Ponga vigilantes en las escaleras y los principales cruces. Si se mueve algo que no sea un vigilante, quiero saberlo.

- Entendido.

Mauchly guardó la radio en su bolsillo, salió del despacho y caminó por el pasillo, pensativo.

El laboratorio de radiología estaba tan vacío que parecía una tumba. Echó un vistazo a los aparatos desconectados, y al brillo de los instrumentos de acero inoxidable.

¿Para qué había entrado Tara?

Justo después de que irrumpiese en su despacho Christopher Lash, un psicópata asesino… No parecía el momento más indicado para empezar una investigación que, además, no le correspondía. Otro detalle sin sentido.

¿Acaso Tara Stapleton estaba ayudando a Lash? No podía ser. Había visto las pruebas, y sabía lo peligroso que era, no solo para las superparejas, sino para la propia empresa. De hecho, la que había delatado a Lash avisando a Mauchly de la cita en el bar había sido ella.

¿Y si Lash la estaba amenazando? Tampoco parecía muy probable. Tara era muy capaz de defenderse, mientras que Lash estaba desarmado. Al menos eso quería creer Mauchly.

Intentó ponerse en el lugar de Tara y seguir sus pensamientos, pero la única manera de hacer suposiciones sobre una persona era entenderla, y Mauchly no estaba muy seguro de entender a Tara. Dos meses antes había sido una sorpresa, por no decir un shock, verla entrar en su despacho pidiendo que usara su influencia para incorporarla al programa de emparejamiento de empleados. Por no hablar de cuando había ido a verlo para solicitar que la borrasen del programa, cuando ya le habían encontrado una pareja… Se acordó de que había sido un lunes. El mismo día en que Christopher Lash había cruzado la Pared por primera vez.

Lash: un loco, un perro rabioso que ya había perjudicado mucho a la empresa. Era imprescindible pararle los pies antes de que el daño fuera irreversible.

Metió una mano en el bolsillo y sacó una Glock de nueve milímetros. La luz tenue que bañaba el despacho la hizo brillar ligeramente. La giró en sus manos y, después de comprobar que hubiera una bala en la recámara, se la guardó otra vez en el bolsillo.

Un perro rabioso sin escapatoria posible. Mauchly estaba decidido a tratar a Lash como a uno de ésos perros: acorralándolo y matándolo.

Oyó crujir la radio.

- ¿Sí?

- Soy Gilmore, señor Mauchly. Me había pedido que lo informase de cualquier movimiento dentro de la torre. -Efectivamente, señor Gilmore. Adelante.

- Se ha activado el ascensor del ático. Ahora mismo está moviéndose.

- ¿Qué? -Mauchly sintió una ligera irritación-. Tendré que hablar con Richard Silver. No puede salir del ático en un momento así, con Lash suelto. No es seguro.

- No me ha entendido. El ascensor no baja. Sube.

52.

Al salir de la escalera, Lash reconoció el vestíbulo del piso treinta, donde ya había estado una vez. Estaba tan oscuro y vacío como el resto de la torre interna. En un rincón había una mopa apoyada en la pared de mármol, abandonada durante la evacuación general. Vio ascensores a ambos lados. Uno de ellos, situado en la parte central de la pared derecha, irradiaba una luz amarilla. En el letrero de encima ponía: DIRECTO AL PUNTO DE CONTROL II.

Tara miró a su alrededor con precaución e indicó a Lash que la siguiera.

- ¿Para qué hemos venido aquí? -murmuró él. No tenía sentido. Acababan de recorrer sigilosamente nueve plantas, pero… ¡hacia abajo! Con lo que le había costado subir… La sangre de sus manos y su cara, llenos de arañazos, empezaba a secarse. Le dolían los brazos y las piernas.

- Porque es el único camino.

Tara lo llevó a un ascensor separado del resto. Al lado había un teclado. Introdujo un código.

Lash lo entendió de golpe. Ya había estado dentro de aquel ascensor, y más de una vez.

Esperó, seguro de que en cualquier momento llegarían vigilantes con pistolas. El ascensor anunció su llegada con un «ding» muy fuerte. En cuanto se abrieron las puertas, entraron.

Tara se giró hacia el panel, compuesto únicamente por tres botones sin señalizar. Debajo había un escáner.

Miró a Lash.

- Supongo que te das cuenta de que, pase lo que pase, al final del día tendré que dar muchas explicaciones.

Lash asintió, esperando que pulsase el botón, pero al verla tan quieta por un momento tuvo miedo de que cambiara de idea y pulsara el de abajo para entregarlo nuevamente a

Mauchly y sus matones. Tara suspiró, dijo una palabrota, se quitó el papel de plomo de la pulsera y acercó la muñeca al escáner. Luego apretó el botón de arriba.

Mientras el ascensor subía, Tara empezó a taparse la pulsera, pero de repente arrugó el papel y lo tiró al suelo.

- ¿Qué más da? Total, ya me tienen fichada… -Miró a Lash-. Tengo que decirte otra cosa.

- ¿Qué?

- Como te hayas equivocado, no tendrás que preocuparte por Mauchly, porque te mataré yo misma.

- Me parece bien.

Subieron en silencio.

- Te aconsejo que te sujetes -dijo Tara.

- ¿Por qué?

- Como jefa de seguridad, tengo acceso al ascensor del ático. Es una simple precaución para casos de emergencia: un incendio, un terremoto, un ataque terrorista…

- Bueno, lo que dijo Mauchly sobre las fases de la torre: Alfa, Beta, etcétera.

- Lo malo es que no estamos en fase de emergencia, sino en alerta máxima, lo cual restringe mi acceso.

- ¿Qué quieres decir?

- Pues que las puertas no se abrirán. El ascensor se quedará cerrado a la altura del ático.

Justo entonces, en perfecta sincronía, el ascensor redujo su velocidad y se detuvo, pero no oyeron ningún timbre, ni el susurro de las puertas separándose.

Lash miró a Tara.

- ¿Y ahora?

- Nada, esperamos uno o dos minutos a que se reinicie el sistema y el ascensor volverá al punto de origen. -Señaló el botón de abajo-. Al garaje privado del subsótano.

- Donde seguro que estará esperándonos un comité de bienvenida-dijo Lash amargamente-. ¿Se puede saber por qué hemos subido, si no se abren las puertas?

Tara señaló una placa debajo del panel de control.

- No preguntes tanto y agárrate bien. Que no te lo tenga que volver a decir.

Cuando Tara abrió la placa, Lash vio un teléfono, una linterna y un destornillador de mango largo. Tara se metió el destornillador en la cintura de los pantalones, se levantó e introdujo los dedos entre las dos puertas. Lash se cogió a la barandilla.

En cuanto el ascensor empezó a bajar, Tara forzó las puertas para abrir una rendija. Al hacerlo, la cabina sufrió un frenazo brusco. Lash chocó con la pared, y se aferró desesperadamente a la baranda.

Ahora se veía una doble puerta detrás de la primera, con las barras retráctiles de metal extendidas. Tara apoyó un pie en la puerta interna y tiró de la barra que tenía más cerca. Cuando una de las hojas de la puerta externa cedió, apareció el muro de hormigón del hueco del ascensor. Llegaba hasta la cintura de Lash. Por encima se divisaba el ático. Desde esa perspectiva tan baja, la enorme sala ofrecía un aspecto inquietante, como si la vieran los ojos de un bebé.

- ¡Caray! -exclamó Lash-. ¿Dónde lo has aprendido?

- En el primer año de universidad, en una residencia que tenía muchos pisos. Venga, arriba.

Lash subió a pulso, pasó una pierna por el borde del muro, rodó por la alfombra y se levantó.

- Ahora aguanta la puerta mientras subo yo. Las dos, la de fuera y la de dentro.

Lo hizo. Poco después Tara estaba a su lado, limpiándose las manos en los pantalones. Se sacó el destornillador de la cintura, se arrodilló delante de la placa lateral del ascensor y clavó el destornillador entre el suelo y la puerta, calzándola para que no se cerrase.

- ¿Es para evitar visitas inoportunas? -preguntó Lash.

Ella asintió.

- Pero habrá alguna manera de subir, aparte del ascensor… -dijo él.

- Sí, también hay una escalera que sube por la torre interna. Se entra por una escotilla.

- Entonces, ¿de qué sirve todo esto? -se quejó, señalando la puerta del ascensor.

- La escalera solo es para evacuaciones de emergencia. Se abre exclusivamente desde arriba. Instrucciones de Silver. Tienes entre quince y veinte minutos antes de que la fuercen. -Miró a Lash con una expresión grave y serena-. Te recuerdo que solo he venido para oír la versión de Silver. Con quince minutos debería de sobrar.

Al otro lado de los ventanales, anochecía en Manhattan. Los últimos rayos de sol daban un ligero tono anaranjado a los rascacielos.

- Aquí no está -dijo Tara tras un rápido vistazo.

Lash le indicó que lo siguiera hacia la puertecita de la pared de estanterías. No había pomo. Palpó el contorno, presionándolo por varios puntos hasta que oyó el clic de un cierre oculto. La puerta se abrió.

Ahora la sorprendida era Tara, pero cada segundo era vital, y Lash la hizo subir por la escalera larga y estrecha que llevaba a la vivienda.

El pasillo que dividía el piso de arriba en dos estaba en silencio, y todas las puertas, de madera lustrosa, cerradas.

Lash dio un paso. ¿Y ahora? ¿Qué hacía? ¿Carraspear educadamente? ¿Llamar a la puerta? Era una situación desesperante, de locos.

Se acercó a la primera puerta y la abrió sin hacer ruido. Era el gimnasio personal que ya había visto, pero Silver no estaba entre las pesas, la cinta para correr y la máquina de remo. Cerró la puerta silenciosamente y siguió caminando.

La puerta de al lado daba a una salita que parecía servir de biblioteca, con estanterías metálicas desde el suelo hasta el techo, llenas de revistas de informática y tecnología. La siguiente pieza era una cocina de lo más espartana, donde, aparte de una nevera del estilo de las de los restaurantes, había un horno, fogones, microondas, armarios para cacharros y conservas y una mesa individual; pero ni rastro de Silver, así que cerró la puerta.

Era inútil. Lo único que había conseguido era retrasar lo inevitable. A Silver debían de haberlo evacuado con todos los demás. Ahora solo era cuestión de tiempo que llegaran los guardias. Como había invadido el ático del fundador de Edén, lo más probable era que directamente le diesen un tiro. Miró a Tara con desesperación.

Se quedó de piedra. Al mirar por encima del hombro de su acompañante, vio que la puerta negra del fondo del pasillo estaba entreabierta. Y había luz en el interior.

Se acercó deprisa. Después de unos segundos, la empujó suavemente.

La sala estaba igual que como la recordaba, con varias hileras de aparatos, un sinfín de ventiladores susurrando y media docena de terminales en una mesa alargada de madera. Delante, en la única silla de la habitación, estaba Richard Silver.

- Christopher -dijo, muy serio-. Entre, por favor. Lo estaba esperando.

53.

Lash dio unos pasos.

- Ah, la señorita Stapleton -dijo Silver al verla-. Hace unos minutos he hablado por teléfono con Edwin Mauchly y ya me ha dicho que podían venir juntos, aunque no lo entiendo.

- Viene a oír su versión -contestó Lash.

Silver arqueó las cejas. Llevaba otra de sus camisas con motivos tropicales, así como unos téjanos negros viejos pero muy bien planchados.

- Doctor Silver… -empezó a decir Lash.

- Por favor, Christopher, ya le he dicho que me llame Richard.

- Tenemos que hablar.

Silver asintió.

- En las últimas horas se me ha ido todo al carajo -continuó Lash.

- Sí, la verdad es que tiene mala cara. Hay un botiquín en el lavabo. ¿Se lo traigo?

Lash declinó la oferta con un gesto.

- ¿Por qué no parece sorprendido? -preguntó.

Silver no dijo nada.

- Han manipulado mi historial médico, han incorporado información falsa sobre supuestos delitos, han alterado mi expediente del FBI de una manera insultante para algunos colegas muertos, se han inventado pruebas para que parezca que estaba en el lugar del crimen tanto en el caso de los Wilner como en el de los Thorpe: billetes de avión, reservas de hotel, llamadas telefónicas… Yo ya sé que todo esto solo puede haberlo hecho una persona, Richard: usted, pero Tara no está convencida. Quiere oír cómo se defiende.

- Mire, Christopher, no me gusta tener que decirlo, pero creo que si aquí se juzga a alguien es a usted. En fin, continúe. Dice que he creado una trama de mentiras sobre usted. ¿Cómo he podido hacerlo?

- Tiene la potencia informática necesaria. Liza comparte datos con las principales empresas del mundo de las comunicaciones, los viajes y la hostelería, la sanidad y la banca. Goza de un acceso sin restricciones a ellas, que le permite modificar sus historiales.

- Sí, supongo que es verdad; podría hacerlo, siempre que tuviera tiempo. E imaginación. Pero la pregunta es por qué.

- Para esconder la verdadera identidad del asesino.

- ¿O sea?

- Usted, Richard.

Silver tardó un poco en contestar.

- ¿Yo? -acabó diciendo, e hizo un gesto de negación-. Edwin me ha dicho que le siga la corriente, pero la verdad es que esto es demasiado. -Miró a Tara-. Señorita Stapleton,

¿usted me ve matando a esas mujeres? ¿Cómo lo habría hecho? ¿Por qué? Y ¿luego me habría tomado mil molestias para tenderle una trampa precisamente a Christopher?

El tono de Silver era tranquilo, razonable y ligeramente ofendido. Hasta Lash tenía dificultades para imaginarse al fundador de Edén cometiendo los crímenes, pero si lo había hecho, ya no le quedaba ninguna esperanza.

- El asesino es usted, Christopher -dijo Silver, mirándolo-. No se imagina cuánto me duele decirlo. Casi nunca hago amistades, pero había empezado a considerarlo un amigo. Ahora pone en peligro todo el fruto de mi trabajo, y todavía no entiendo por qué. Lash dio otro paso.

- No le servirá de nada hacerme daño -se apresuró a decir Silver-. Ya sé que han dejado el ascensor fuera de funcionamiento, pero eso no evitará que dentro de unos minutos lleguen Edwin y sus hombres. Sería mucho más fácil para todos, incluido usted, que se rindiera.

- ¿Para que me den un tiro? ¿No son sus órdenes personales? ¿Disparar a matar?

Lash sabía que solo tenía un arma para defenderse: su experiencia como psicólogo forense. Si lograba derrotar a Silver detectando la incoherencia de la locura en sus palabras o sus actos, tendría alguna posibilidad de vencer.

- Hace un minuto me ha preguntado qué razón podía tener usted para cometer los asesinatos -dijo-. Yo esperaba que fuera lo bastante hombre para decírmelo, pero me está obligando a sacar mis propias conclusiones; lo cual requiere hacerle un análisis psicológico.

Silver lo miró con recelo.

- Es una persona tímida -comenzó Lash-, que no se siente a gusto entre los demás. Probablemente lo incomode la presencia del otro sexo. Quizá se considera torpe o poco atractivo… En cuanto a su infancia, es muy posible que la haya ocultado voluntariamente, teniendo en cuenta lo poco que se sabe sobre ella. No tiene ningún contacto con el exterior, salvo por e-mail y videófono, o a través de Mauchly. Vive aquí arriba como un monje, dedicándose únicamente a perfeccionar su creación, que, curiosamente, tiene voz y nombre de mujer. Por otro lado, ¿no es muy revelador que eligiera orientar su trabajo hacia un sistema que une a personas solitarias?

Como Silver no decía nada, continuó.

- Pero, claro, hay muchos tímidos, y gente con poca habilidad social no digamos. Si cometió unos actos tan atroces, es que sus problemas no se limitan a lo que acabo de exponer. -Hizo una pausa sin apartar la mirada de Silver-. ¿Qué puede decirnos sobre el avatar cero? Un avatar compatible con todas las mujeres de las superparejas. ¡Qué casualidad!

Silver no contestó. Se había quedado blanquísimo.

- Es el suyo, ¿verdad? Su propio modelo de personalidad, de cuando hizo las primeras pruebas con el programa de Edén. Lo que ocurre es que cuando la aplicación se puso en

marcha no lo extrajo de la base de datos. Seguía comparándose en secreto con los candidatos de carne y hueso. La tentación de encontrar una pareja era demasiado fuerte. Claro, no aguantaba no saberlo. Lo curioso es que tampoco soportaba saberlo.

Silver estaba impertérrito; su estupor había desaparecido. Lash se giró hacia Tara.

- Aquí, yo veo dos perfiles clínicos posibles. El primero sería una simple personalidad sociopática, una persona irresponsable y egoísta, sin código moral. El sociópata en cuestión habría quedado fascinado con las seis mujeres que formaban pareja con él. Sentiría una mezcla de deseo y miedo, y cualquier hombre que se atreviera a poseerlas lo haría enloquecer de celos. Sobre estos casos existe muchísima bibliografía. -Hizo una pausa-. ¿Tiene alguna pega esta hipótesis? Sí, que los sociópatas no acostumbran ser tan inteligentes. Tampoco suelen sufrir por sus acciones, mientras que Richard, si no me equivoco, sufre mucho. Al menos una parte de su personalidad lo hace. Volvió a mirar a Silver.

- En el caso de los Thorpe, lo tengo todo claro: el chequeo, la dosis alta de Scolipane… Pero ¿y con Karen Wilner? ¿Qué vía de administración usó?

Después de un rato, Silver carraspeó.

- No uso «vías de administración», sencillamente porque no mato a nadie. -Su tono había cambiado. Ahora era más brusco-. Supongo, señorita Stapleton, que ya ve que el doctor Lash solo está dando palos de ciego. Está desesperado. Diría o haría cualquier cosa con tal de salvarse.

- Pasemos a la segunda hipótesis, la más probable -continuó Lash, haciendo caso omiso al comentario-: Richard Silver padece TDI, trastorno disociativo de identidad. Lo que entre legos suele llamarse doble personalidad.

- Mitos peliculeros -dijo Silver, burlándose.

- Ojalá. Ahora mismo estoy tratando a un enfermo de TDI, y da un trabajo… La causa más típica es un trauma infantil. A veces se trata de abusos sexuales; otras, de simples abusos físicos o emocionales. El paciente al que me refiero, por ejemplo, tuvo un padre violento e inflexible. En algunos niños puede ser un trauma imposible de sobrellevar. No son bastante mayores para entender que no es su culpa, sobre todo si los abusos proceden de alguien que supuestamente los quiere. El resultado es que se escinden en varias personalidades. Básicamente, se trata de crear a otras personas que reciban los abusos en su lugar. -Miró a Silver-. ¿Por qué es tan secreta su niñez? ¿Por qué ha acabado estando más a gusto con una pantalla de ordenador que entre la gente? ¿Tuvo un padre violento e inflexible?

- De mi familia no hable -dijo Silver.

Era la primera vez que Lash percibía un claro matiz de ira en su voz.

- ¿Esa gente puede parecer normal? -preguntó Tara.

- ¡Por supuesto!

- ¿Y ser inteligentes?

- Sí, mucho.

- ¡No me diga que se lo cree! -le dijo Silver a Tara.

- ¿Son conscientes de sus otras personalidades? -preguntó Tara.

- Normalmente, no. De lo que son conscientes es de que se les va el tiempo sin darse cuenta. Pueden pasarse medio día en un «estado de fuga» sin saber lo que han estado haciendo. El objetivo del tratamiento es que el paciente sea coconsciente con todas sus personalidades.

Oyeron un golpe amortiguado desde muy abajo. No era especialmente fuerte, pero hizo temblar un poco el suelo del laboratorio. Los tres se miraron.

Para Lash, la escena empezaba a adquirir tintes surrealistas. Él ahí, exponiendo teorías, cuando en cualquier momento podían aparecer hombres armados que lo único que querían era dispararle… Pero casi había terminado.

- En estos casos generalmente una de las personalidades es la dominante -dijo-. Acostumbra ser la normal, la «buena». Las otras personalidades albergan los sentimientos que serían demasiado peligrosos para la dominante. -Señaló a Silver con un gesto-. Por eso, a simple vista, Richard es lo que parece: un ingeniero informático muy inteligente, aunque poco sociable. Es la misma persona que me dijo que se sentía responsable de sus clientes casi como un cirujano. Lo que me temo es que existan otros Richard Silver que no podamos ver: el Richard Silver para quien la idea de una pareja perfecta era a la vez una amenaza y algo que lo atraía irresistiblemente, y el otro Richard Silver, el más oscuro de los tres, que siente unos celos asesinos al pensar que otro hombre pueda llevarse a esa mujer perfecta.

Dejó de hablar. Silver lo miró con la boca apretada y los ojos muy brillantes. Lash logró leer mortificación y rabia en su expresión, pero ¿sentimiento de culpa? No estaba seguro. Por desgracia, no quedaba tiempo.

Falta de tiempo que se vio subrayada por otro golpe sordo en las profundidades.

- Dentro de poco llegará Edwin -dijo Silver-, y se acabará esta triste payasada.

De repente Lash sintió un gran vacío.

- ¿Ya está? ¿No tiene nada más que decir?

- ¿Qué quiere que diga?

- La verdad, por ejemplo.

- La verdad. -Silver casi escupió la palabra-. La verdad es que me ha insultado con su cuento pseudopsicológico; o sea, que pongamos fin de una vez a esta farsa. Ya le he seguido bastante la corriente. Es culpable de asesinato. Tenga el valor de reconocerlo.

- ¿Así que sería capaz? ¿Podría condenar a muerte a un inocente?

- Usted no es inocente, Christopher. ¿Por qué no acepta la verdad, como todos?

Lash se giró hacia Tara.

- ¿Tiene razón? ¿A quién crees?

- ¿A quién? -repitió Silver con desprecio-. ¡Usted es un asesino en serie!

- ¿Qué dices, Tara? -insistió Lash.

Tara respiró hondo y se giró hacia Silver.

- Antes me ha hecho una pregunta. Me ha dicho: «¿Usted me ve matando a esas mujeres?».

Silver puso cara de perplejidad.

- Sí, es verdad. ¿Por qué lo dice?

- ¿Por qué se ha limitado a las mujeres? ¿Y los hombres?

- Pues…

De repente Silver se quedó callado.

- Aún no había oído la teoría de Christopher de que las únicas que habían sido sometidas a una sobredosis, las únicas que habían tomado una medicación que garantizaba un comportamiento suicida-homicida, eran las mujeres. Entonces, ¿por qué solo las ha mencionado a ellas?

- Era una forma de hablar.

Tara no contestó.

- Señorita Stapleton -Silver habló con más dureza-, dentro de unos minutos mis hombres reducirán a Lash y se lo llevarán. Ya no será una amenaza. No lo complique más de lo necesario.

Tara seguía sin decir nada.

- Silver tiene razón, Tara -reconoció Lash, consciente de su tono de amargura-. Para evitarte problemas, lo mejor es que no digas nada. De todas formas, nadie me creerá. Ya no me queda nada más que hacer.

Pero ella parecía no haberle oído. Seguía teniendo la mirada ausente.

De golpe abrió los ojos de par en par.

- Sí-dijo, girándose hacia Lash-, sí que queda algo.

54.

La habitación quedó en silencio. Lash solo oía el suave ruido de los ventiladores.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó.

La respuesta de Tara fue llevárselo a un rincón y hacer un gesto casi imperceptible con la cabeza. Lash siguió su mirada hasta el sillón anatómico que había al fondo de la habitación, detrás de la mampara de plexiglás.

- ¿Liza? -susurró.

- Si tienes razón, Silver habrá accedido al sistema desde aquí.

Y ella tiene que saberlo.

- ¿Ella?

- Seguro que Liza lleva un registro de los accesos de Silver. Debió de hacer consultas en varios subsistemas: comunicaciones, sanidad, obtención de datos… Tu falso expediente no ha podido crearse sin intervenir en muchas entidades externas. También debería figurar el expediente farmacéutico de Lindsay Thorpe. Tendría que haber de todo, y podrías preguntárselo tú mismo. -¿Preguntárselo? ¿Yo?

- ¿Por qué no? Es un ordenador. Está programada para obedecer órdenes.

- No lo decía por eso. Es que no sabría comunicarme con ella.

- Pero viste cómo lo hacía Silver; me lo dijiste el otro día.

Eres el único que puede presumir de eso.

Retrocedió para mirarlo inquisitivamente. «Aquí el que se lo juega todo eres tú -decía su mirada-. ¿No estás dispuesto a cualquier cosa con tal de demostrar que dices la verdad?»

- ¿De qué están hablando? -preguntó Silver, que había observado la conversación con gran recelo.

Lash miró el sillón y sus cables. Era una jugada desesperada, la última de un hombre desesperado, pero Tara tenía razón: no había nada que perder.

Cruzó la sala, abrió el panel de plexiglás y se sentó rápidamente en el sillón anatómico.

- ¿Se puede saber qué hace?

La voz de Silver resonó con fuerza.

Lash no contestó. Miró a su alrededor tratando de acordarse de los movimientos de Silver. Bajó la pantallita que había al final del brazo telescópico y se puso el micrófono en el cuello roto de la camisa.

- ¡No puede hacer eso! -protestó Silver.

Se levantó despacio, como si lo hubiera ofuscado la audacia de Lash.

- ¿Quién me lo va a impedir? ¿Usted?

Lash cogió los sensores cerebrales y empezó a ponérselos en las sienes. Recordó los comentarios de Silver sobre Liza: el alto desarrollo de sus modelos de inteligencia, su red neural en tres dimensiones… La pretensión de interactuar con ella parecía una auténtica locura, aunque no tanto como la de encontrar la información que precisaba. Sin embargo, no podía permitirse que Silver lo viera dudar.

Cuando tuvo los cables conectados, acercó la mano a la consola y activó el electroencefalograma. La pantalla frontal se iluminó con varias columnas de números que se desplazaron velozmente hacia arriba. Miró el pequeño teclado, y el lápiz óptico que había en uno de los apoyabrazos. Se acordó de que Silver había usado el teclado antes de entrar en comunicación directa con Liza. Lo había llamado «captar su atención». El también tendría que hacerlo. Pero ¿cómo? Acercó los dedos al teclado.

- Levántese de la silla -ordenó Silver, que había empezado a dar vueltas por la habitación como si tuviera un dilema.

- Tranquilo, que no la romperé.

- No tiene ni idea de lo que hace. Así no conseguirá nada. Es una pérdida de tiempo.

Lash detectó un matiz de nerviosismo en la indignación de Silver. Tampoco le pasó inadvertida su forma de caminar.

- Yo no estaría tan seguro.

- Liza nunca ha hablado con nadie más que conmigo.

- ¿No recuerda lo que me dijo la última vez que estuve aquí? Que con la concentración y el entrenamiento debidos otra persona podría comunicarse con ella.

- Usted lo ha dicho: con la concentración y el entrenamiento debidos.

- Aprendo rápido.

Lash lo dijo con una seguridad que no sentía. Miró el teclado, la pantalla y nuevamente el teclado. «Captar su atención.»

¿A qué respondían los ordenadores? A instrucciones, a secuencias de programación.

Puso la mano en el teclado y escribió: «El zorro pardo salta rápidamente por encima del perro perezoso[2]». No hubo respuesta. La pantalla siguió en blanco.

- Christopher -dijo Silver-, levántese de la silla. «Lo intentaré con una pregunta», se dijo Lash, y tecleó: «¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio?[3]».

Respuesta nula, como antes. Apretó los dientes. «Silver tiene razón. Es una pérdida de tiempo.» Mauchly irrumpiría en el ático en cualquier momento, y aquello sería Troya.

Miró al otro lado de la mampara. Silver ya no daba vueltas. Ahora se acercaba con cara de enfado.

De repente el pequeño monitor se llenó de datos. Justo después, Lash oyó una voz. Era la voz que recordaba: grave, femenina, sin procedencia clara.

- ¿En qué se parecen un cuervo y un escritorio? -repitió Liza.

- Sí -contestó Lash por el micrófono.

- No entiendo las características del interrogatorio.

- Bueno, es una adivinanza…

- El análisis de «bueno» no da ningún resultado en este contexto.

- Es una adivinanza -dijo Lash, acordándose de que era necesario hablar con la máxima corrección-. Una cita de un libro famoso.

Silver se había quedado quieto y muy atento.

- No eres Richard -dijo ella, con tan poca entonación que Lash no supo si era una afirmación o una pregunta.

- No -contestó.

- Tu imagen y el matiz de tu voz son conocidos. Eres Christopher Lash.

- Sí.

El ordenador no dijo nada más. Lash notó que se le aceleraba el pulso e hizo un esfuerzo de control. ¿Qué podía decir? Se acordó de una pregunta de Silver, y optó por repetirla.

- Liza -dijo-, ¿cuál es tu estado?

- Noventa y nueve coma dos dos cuatro por ciento de operatividad. En este momento los procesos están al veintidós coma seis por ciento de su capacidad multitarea. Reserva de ciclos disponible al cien por cien. Gracias por preguntarlo.

- ¡Pare! -gritó Silver, rabioso.

- Capto a Richard visualmente -dijo Liza-. Capto a Richard auditivamente. Sin embargo, no es Richard quien habla conmigo. Qué curioso.

«Qué curioso.» Ya había dicho Silver que la curiosidad era una de las características básicas con las que había construido a Liza. Quizá fuera posible aprovecharla.

- El que habla contigo soy yo, Christopher Lash. -Christopher -repitió ella, cuya voz solo delataba su naturaleza digital por una ligerísima vibración.

Lash volvió a sorprenderse por la manera que tenía Liza de pronunciar su nombre, casi como si lo paladeara. Claro, después de tantos años hablando con Silver debía de ser una revelación hacerlo con otra persona…

- ¿Por qué hablas tú conmigo, y no Richard? Lash titubeó. Tenía que formular sus respuestas de un modo que mantuviera despierto el interés de Liza. Cada vez parecía más probable que fuera la única manera de garantizar la continuidad de la comunicación.

- Porque la situación de Edén ya no es la estándar.

- Explícate.

- La mejor manera de explicarme es que te haga una serie de preguntas. ¿Es permisible?

- No conozco la permisibilidad. Es ajena a mi experiencia. No he ejecutado ningún modelo que la considere. Lo estoy evaluando.

- ¿Cuánto tardará la evaluación?

- Cinco millones doscientos cuarenta y cinco mil ciclos, con un margen de error del diez por ciento, partiendo de la premisa de la implementación correcta de un árbol de selección de ajuste óptimo.

A Lash le sonó a chino.

- ¿Puedo hacer las preguntas antes de haber acabado la evaluación?

- El sujeto de los dos infinitivos no concuerda. -¿Puedo hacer las respuestas durante tu proceso de evaluación?

- Christopher.

No era la respuesta que esperaba Lash. Decidió interpretarla como un sí.

- Liza, ¿Richard ha usado esta interfaz para acceder a informes relativos a mi persona durante las últimas cuarenta y ocho horas?

De pronto Silver se lanzó hacia la mampara, pero Lash sujetó la puerta con el brazo extendido.

- Liza -repitió-, ¿Richard ha usado esta interfaz para acceder a informes relativos a mi persona?

No recibió contestación.

«¿Está pensando la respuesta? -se preguntó Lash-. ¿O se niega a responder?»

- ¿Liza? -repitió-. ¿Has entendido mi pregunta?

De repente se acordó de algo: del gesto de cansancio de Silver al levantarse de la silla y quitarse los sensores cerebrales. «Las sesiones con Liza pueden ser algo agotadoras. Requieren tanto ejercicio mental como esfuerzo verbal. Piense en la biorretroalimentación. La frecuencia y amplitud de las ondas beta o zeta pueden hablar con mayor nitidez que las palabras.»

En una situación tan excepcional como aquella, a Liza quizá le hiciera falta algo más que curiosidad. Era la primera vez que se comunicaba con alguien que no era Silver. La claridad y sencillez del mensaje eran imprescindibles.

«Ejercicio mental.»

Lash desconocía los métodos que usaba Silver para realizarlo. En su caso, el único punto de partida del que disponía eran las técnicas de relajación y autohipnosis que enseñaba a sus pacientes como tratamiento contra la ansiedad. Quizá fueran suficientes. Si conseguía estar menos exaltado, relajarse y quitarse todo lo superfluo de la cabeza…

Empezó como lo habría hecho en su despacho, en una sesión con un paciente. «Imagínate que estás en un entorno relajante, el más relajante que se te ocurra. Imagínate sentado en una playa. Hace sol.»

Silver volvió a abalanzarse hacia la puerta. La presión hizo doblarse un poco el codo de Lash, que lo enderezó enseguida mientras trataba de olvidarse de Silver, de Mauchly, de su desesperada situación… De todo.

Cerró los ojos. «Respira hondo. Aguanta la respiración. Ahora suéltala despacio. Vuelve a respirar. Deberías sentirte distendido, relajado.»

Liza seguía muda.

Poco a poco se borraron los sonidos y las sensaciones externas. Lash se concentró en la playa y en el ruido de las olas.

«Ahora se te está relajando la cabeza. Hazla rodar suavemente, sintiendo el movimiento. Siente la relajación de los músculos del cuello. Ahora tienes el pecho menos tenso, y respiras mejor.»

- Christopher.

Era la voz incorpórea de Liza.

- Sí.

«Ahora se te están relajando los brazos. Primero el derecho y luego el izquierdo. Déjalos sueltos.»

- Repite tu última frase, por favor.

«Ahora lo que se te relajan son las piernas. Primero la derecha y luego la izquierda. Déjalas sueltas.»

- ¿Richard Silver ha usado esta interfaz para acceder a informes relativos a mi persona?

- Sí, Christopher.

- ¿Eran informes externos o internos? Liza no contestó. «Respira hondo y despacio.»

- ¿Los informes a los que accedió Richard estaban dentro de tu espacio de datos o eran externos a Edén?

- Las dos cosas. «Concéntrate en la playa.»

- ¿Richard Silver introdujo alguna modificación en los informes?

No hubo respuesta.

- Liza, ¿Richard Silver introdujo alguna modificación…?

- No.

¿Cómo había que interpretar el no? ¿Como que Liza le estaba diciendo que Silver, a pesar de los pesares, no había modificado su expediente, o como que se negaba a responder? Lo cual, por otro lado, era…

De repente Lash perdió toda la concentración que había alcanzado gradualmente. Respiró hondo y miró al otro lado de la mampara. Silver había retrocedido varios pasos, hasta llegar a la altura de Tara. Lo miraban con cara de preocupación.

- Christopher -dijo Silver-, salga un minuto, por favor; tengo que hablar con usted.

Liza no dijo nada más. La mirada de Silver había cambiado. Ahora era de angustia.

Silver metió la mano en el bolsillo, sacó un teléfono móvil y marcó un número.

- ¿Edwin? -dijo-. Edwin, soy Richard.

Apartó el teléfono de su oreja para que Tara y Lash pudieran oír la respuesta.

- Diga, doctor Silver -contestó Mauchly.

- ¿Dónde estás?

- Estamos cruzando la barrera interestructural.

- Quedaos donde estáis. No avancéis hasta haber recibido instrucciones de mi parte.

- ¿Puede repetirlo, doctor Silver?

- He dicho que os quedéis donde estáis. No intentéis entrar en el ático. -Esta vez, Silver mantuvo el teléfono pegado a su oído-. Sí, todo bien. Sí, ningún problema, Edwin. Te llamaré dentro de un rato.

Se guardó el teléfono en el bolsillo con cara de que no todo iba tan bien como había dicho.

- Tenemos que hablar como sea, Christopher. Ahora mismo.

Tras unos instantes de vacilación, Lash se quitó los cables de la frente y salió del cubículo.

55.

Mauchly miró fijamente su teléfono móvil como si no estuviera muy seguro de que funcionara. Luego se lo acercó a los labios.

- ¿Puede repetirlo, doctor Silver?

- He dicho que os quedéis donde estáis. No intentéis entrar en el ático.

- ¿Va todo bien?

- Sí, todo bien.

- ¿Seguro?

- Sí, ningún problema, Edwin. Te llamaré dentro de un rato.

Cuando el teléfono enmudeció, Mauchly volvió a mirarlo extrañado.

A pesar de la distorsión, estaba claro que la voz era la de Silver; pero Mauchly había detectado un matiz desconocido en su tono, y se preguntó si estaba siendo amenazado por Lash, que lo había secuestrado en su propio ático. Sin embargo, no le había parecido un tono de miedo, sino de gran fatiga, en todo caso.

- ¿Era Silver? -preguntó Sheldrake desde abajo.

- Sí.

- ¿Qué órdenes ha dado?

- No entrar en el ático. Quedarnos donde estamos.

- ¿Es una broma?

- No.

Se produjo un breve silencio.

- Bueno, pues ya que tenemos que quedarnos, ¿no podría ser en un sitio más cómodo? Parezco un acróbata.

Mauchly miró hacia abajo. La petición parecía sensata.

Llevaban un cuarto de hora esperando en lo más alto de una larga escalera metálica que subía por la pared de la torre interna de Edén, justo debajo del tejado. Lo que esperaban era que un técnico de seguridad -Dorfman, un chico joven, despeinado y con ojos de dormido- encontrara la manera de desactivar el mecanismo de la barrera del ático de Silver. Había sido un cuarto de hora largo, sobre todo por la dureza de los peldaños metálicos, y por el ruido constante del conjunto mastodóntico de generadores y transformadores que ocupaba el vasto espacio que tenían bajo sus pies. Era de donde salía la electricidad que consumía ávidamente la torre. Pese a contar con todos los recursos del equipo de seguridad, Dorfman no lo tenía fácil.

Quizá Tara Stapleton lo hubiera resuelto más deprisa. Si hubiera querido, claro.

«¡Basta!», se dijo Mauchly. No estaba dispuesto a darle más vueltas al tema de Tara Stapleton. Prefirió pensar que reevaluaría la seguridad del ático lo antes posible.

Había dejado que la pasión de Silver por la intimidad superara los límites del sentido común. Los últimos quince minutos lo demostraban con creces. Era una indulgencia peligrosa. El ariete había fallado, como era previsible; pero también la alta tecnología del edificio había funcionado con una alarmante lentitud. ¿Y si Silver caía repentinamente enfermo? Cualquier fallo del ascensor haría perder minutos valiosísimos a la hora de acudir en su rescate, y Silver era esencial para la empresa, demasiado para correr dicho riesgo. Ya se lo diría. Era una persona sensata. Seguro que lo entendería.

Miró hacia arriba. La escalera cruzaba el techo de la torre por una trampilla, atravesaba el «hueco» -el espacio vacío entre la torre interna y el suelo del ático de Silver- y desembocaba en una nueva trampilla, la que comunicaba con el ático y que Dorfman -cargado con un analizador lógico, medidores de continuidad, sensores electrónicos y varios instrumentos más- intentaba abrir. Cuando lo consiguió, miró a Mauchly, esperando instrucciones. -¡Siga! -le ordenó Mauchly. Dorfman se llevó una mano al oído. -¡Que siga! ¡Espérenos dentro!

Dorfman asintió con la cabeza y al cabo de un momento desapareció en la oscuridad del ático.

Mauchly miró a Sheldrake e hizo señas de que lo siguiera con sus hombres. Llegar al ático había sido una proeza. Si había que esperar, más valía hacerlo dentro.

Empezó a subir por el último tramo de la escalerilla hasta llegar al techo de la torre. Cuatro peldaños más y estuvo dentro del «hueco». Era la primera vez que entraba. No pudo resistirse a echar un vistazo.

Al girarse lentamente -un giro de ciento ochenta grados-, tuvo un ataque de vértigo. Estaba rodeado por un paisaje oscuro de metal, el tejado de la torre interna, cubierto totalmente por cables y repleto de una infinidad de cajitas de instrumentos. Unos tres metros más arriba podía verse la base de acero de la estructura del ático, como un cielo bajo y colosal. Su fijación a la torre consistía en una serie de vigas verticales. Entre la

estructura superior y el techo de la torre interna había dos conductos de datos con revestimiento metálico. A lo lejos, se vislumbraba otra estructura en forma de caja. Era la del ascensor privado de Silver. Todo el espacio estaba delimitado por listones horizontales que permitían entrever los colores suntuosos del crepúsculo. Nadie que observara el entramado decorativo desde la calle se daría cuenta de que ocultaba la articulación entre dos estructuras físicamente separadas: la torre interna y el ático. A sesenta pisos de altura, Mauchly tuvo la sensación de estar dentro de un bocadillo gigante de metal.

Pero lo más inquietante no era eso, sino que, a medio camino entre las dos estructuras, las paredes del eje vertical contenían las enormes placas retráctiles de seguridad. Mauchly vio tres huecos en sus cantos de acero. Dos de ellos encajaban con los conductos de datos, y el otro con el ascensor privado. En ese momento las placas estaban retraídas, pero a la menor emergencia se abrirían hasta cubrir cualquier resquicio, aislando el ático del resto de la torre. Desde aquel observatorio privilegiado, los pistones hidráulicos gigantes que impulsaban las placas parecían los muelles de una inmensa ratonera.

- ¿Señor Mauchly? -lo llamó Sheldrake desde abajo.

Mauchly volvió a la realidad inmediata, cogió firmemente la escalerilla y cruzó la trampilla de seguridad.

Experimentó un gran alivio al volver a pisar suelo firme. Sin embargo, no veía nada. Una total oscuridad lo invadía.

- ¡Dorfman!

Se movió algo.

- Estoy aquí, señor Mauchly.

- ¿Por qué no ha encendido la luz?

- Estaba buscando un interruptor.

Mauchly comenzó a caminar pegado a la pared y palpándola, en busca de algún interruptor. Llegó a una puerta, pero aparentemente estaba cerrada. Siguió avanzando hasta volver a la trampilla. No había encontrado ni un solo interruptor en todo el perímetro del compartimento.

Oyó un ruido. De repente algo oscuro cruzó la trampilla y obstruyó el paso de la poca luz que se filtraba desde abajo.

- ¿Sheldrake?

- Afirmativo.

- Llame a algunos de sus hombres, y que suban con linternas.

Sheldrake volvió a descender por la escalerilla.

Mauchly reflexionó. El ático tenía seis pisos de altura. La vivienda de Silver ocupaba los dos últimos. Debajo había un espacio enorme que contenía todos los componentes de Liza.

Silver nunca se había preocupado demasiado por la faceta empresarial de Edén. El día a día se lo dejaba al consejo directivo. En lo único que era posesivo, y mucho, era en las instalaciones físicas de Liza, cuyo montaje había supervisado personalmente. Mauchly se acordó de que Liza había permanecido en marcha durante todo el proceso, gracias a una serie de ordenadores bastante anticuados y a un generador portátil. No había sido fácil, sino toda una aventura, poner en su sitio cada componente entre cables eléctricos y ordenadores encendidos, pero Silver había sido intransigente. «No puede perder la conciencia -le había dicho a Mauchly-. Sería la primera vez, y no puedo permitirlo. Liza no es un ordenador personal cualquiera que se pueda reiniciar. Después de tanto tiempo consciente de sí misma, los efectos de un corte de corriente serían imprevisibles.»

Por esa misma razón, la inteligencia de Liza nunca había sido transferida de un ordenador a otro. Su ampliación había consistido en la mera adición de ordenadores más nuevos y más grandes que, a medida que se conectaban a los anteriores, creaban una trama vasta y heterogénea de hardware de alta potencia. El poderoso agregado de superordenadores que se ocupaba del procesamiento «externo» de Edén-obtención de datos, registro de clientes y demás- estaba abajo, en la torre interna, controlado por un sinfín de técnicos especialistas; pero el núcleo central de Liza, la inteligencia que lo dominaba todo, estaba arriba, a cargo de Silver y de nadie más.

Mauchly no había vuelto a visitar las instalaciones físicas de Liza desde la fase de su construcción. Se reprochó el descuido. En retrospectiva, aquello constituía un grave fallo de seguridad. Reflexionó sobre lo que sabía de las siguientes cuatro plantas, y llegó a la conclusión de que era muy poco. Silver las había protegido celosamente, incluso de él.

Se acercó a tientas a la puerta que había encontrado antes, con el temor de que Silver la hubiera cerrado por dentro; pero el tirador, un simple pomo, giró sin resistencia. La puerta se abrió, y puso fin a la oscuridad. La luz que entró no era de una lámpara, sino el parpadeo rojo, verde y ámbar de un conglomerado de diodos luminosos que parecía extenderse ilimitadamente por la suave penumbra. Se oía un zumbido constante de generadores, y la cadencia más sutil y mesurada de los aparatos electromecánicos. Le dijo a Dorfman que esperase a Sheldrake y se internó en la sala.

56.

Silver los llevó por el pasillo hasta una puerta, que abrió con una simple llave. Entraron en un dormitorio minúsculo y limpísimo, sin adornos de ninguna clase. La cama, con su armazón metálica y estrecha y su fino colchón, parecía un catre militar. Al lado había una mesa sin barnizar, con una Biblia encima. Solo una bombilla, colgada del techo, iluminaba el cuarto, que, de lo espartano que era, habría podido pasar perfectamente por la celda de un monje.

Silver cerró la puerta por dentro y empezó a pasearse por la habitación. En un momento dado se paró, miró a Lash y pareció a punto de decir algo, pero continuó andando.

Al final dio media vuelta.

- Se ha equivocado -dijo.

Lash esperó.

- Mis padres eran maravillosos. Cariñosos, pacientes, con ganas de enseñarme… Me acuerdo de ellos cada día: del olor del aftershave de mi padre cuando volvía del trabajo, de cuando mi madre cantaba y yo jugaba debajo del piano…

Se giró de nuevo y siguió caminando. Lash tuvo la prudencia de no decir nada.

- Mi padre murió en un accidente de coche cuando yo tenía tres años, y mi madre dos años después. Como eran mi única familia, me fui a vivir con una tía en Madison, Wisconsin, que ya tenía tres hijos mayores que yo. -Sus pasos se volvieron más lentos. Tenía las manos a la espalda, con los nudillos blancos-. No fui bien recibido. Era feo y debilucho, el hazmerreír de mis primos, que en vez de Rick me llamaban «el gilipollas». Su madre se lo permitía porque a ella tampoco le gustaba mi presencia. Normalmente me dejaban al margen de los ritos familiares como la comida del domingo, el cine o los bolos. Si me llevaban, era haciendo una excepción, o porque los vecinos se habrían extrañado de no verme. Me pasaba las noches llorando. Llegué a pedirle a Dios que me muriera mientras dormía.

Silver hablaba de sí mismo sin ninguna compasión. Simplemente dejaba salir las palabras como quien recita la lista de la compra.

- En el colegio, los niños me convirtieron en un paria. Les encantaba amenazar a las niñas con «piojos de Silver», y se reían de sus caras de asco. -Hizo una pausa y miró a Lash antes de continuar-. Mi tío no era tan malo como los demás. Trabajaba de noche en el laboratorio de informática de la universidad, introduciendo códigos. A veces lo acompañaba, solo para no estar en casa. De ahí nace mi fascinación por los ordenadores. No te herían ni te juzgaban. Si el programa que habías hecho no funcionaba, no era porque fueras flaco o feo, sino por un error de codificación. Solo había que modificarlo.

Silver había empezado a hablar más deprisa, con mayor fluidez. Lash hizo un gesto de comprensión, mientras disimulaba su alegría. Había visto el mismo fenómeno en muchos interrogatorios policiales. Comenzar a confesar era muy duro, pero llegaba un momento en que el sospechoso ya no podía parar.

- Poco a poco fui pasando cada vez más tiempo en el laboratorio de informática. La programación tenía una lógica que me reconfortaba. Por otro lado, siempre podía aprender algo nuevo. Al principio los trabajadores me toleraron como una curiosidad. Luego, al ver las utilidades de sistema que programaba me contrataron.

»Estuve nueve años en casa de mi tía. En cuanto pude me marché. Falsifiqué mi edad y conseguí trabajo con un contratista militar, creando programas de cálculo de trayectorias de misiles. En la universidad me dieron una beca de ingeniería eléctrica. Fue entonces cuando me puse a estudiar en serio la inteligencia artificial.

- ¿Y cuando tuvo la idea de Liza? -preguntó Lash.

- No, todavía no. No es que no me interesaran los primeros pasos, lo de John McCarthy, el LISP y todo eso, sino que hasta el último curso no maduraron bastante los instrumentos para que hubiera avances serios en el aprendizaje automático.

- El imperativo del aprendizaje automático -dijo Tara-. Su tesina de licenciatura.

Lash asintió sin mirarla.

- Ese verano no tenía adonde ir hasta septiembre, cuando empezaran los cursos de posgrado. No conocía a nadie. Ya me había instalado en Cambridge y, como estaba solo, empecé a matar el tiempo en el laboratorio del MIT. Trabajaba veinte o treinta horas de un tirón, desarrollando un programa capaz de contener rutinas simples de inteligencia. Al iniciar las clases, mi tutor del MIT se quedó tan impresionado con mis avances que me dio carta blanca. El programa se fue volviendo más sutil y potente. Yo estaba cada vez más entusiasmado. Todo el tiempo que no pasaba en clase se lo dedicaba a Liza.

- ¿Ya la había bautizado? -dijo Lash.

Silver hizo caso omiso a la pregunta.

- Me estrujaba el cerebro para mejorar su capacidad de conversación. Yo escribía, y ella contestaba. Solo era una forma de animarla a aprender por sí misma, pero con el tiempo comencé a hablar con ella únicamente por hablar. No de tareas concretas de programación, sino… como dos amigos. -Hizo una pequeña pausa-. Más o menos en la misma época, trabajé en una interfaz de voz primitiva; no para interpretar el lenguaje humano (para eso todavía faltaban muchos años), sino para convertir la producción verbal de Liza en sonido. Usaba muestras de mi propia voz. Empezó como un divertimento, al que no di importancia.

El torrente de palabras sufrió una interrupción. Silver respiró hondo y siguió.

- Aún no sé por qué lo hice, pero una noche, como me había atascado en la programación, me distraje jugando. Sometí los perfiles de voz a un algoritmo de cambio de frecuencia que alguien se había dejado en el laboratorio. Subía la frecuencia, cambiaba la forma de la onda… Y de repente se convirtió en una voz de mujer.

De mujer. En ese momento Lash entendió que, desde el primer día, la voz de Liza le resultara familiar. Era una recreación femenina de la del propio Silver.

- ¿Y su personalidad? -preguntó Tara-. ¿También era la suya?

- No exactamente. Al principio pensé que incorporar rasgos de personalidad a Liza podía ser un catalizador para que se le formara una conciencia, y como no encontré a ningún voluntario cogí unos inventarios de personalidad del departamento de psicología (nada, un simple MMPI-2), los rellené e hice yo mismo la evaluación.

- ¿Qué salió? -preguntó Lash, intrigado.

- Pues lo previsible: poca habilidad social, enfoque en la superación personal como remedio a la baja autoestima… -Silver se encogió de hombros, como si la respuesta careciera de importancia-. Solo era un experimento para ver si se podía moldear la

personalidad, aparte de la inteligencia, pero no llegó muy lejos. Aún faltaba mucho tiempo para que la matriz neural de Liza estuviera bastante desarrollada para conservar una personalidad duradera.

Puso cara de angustia y se calló.

A Lash, su mirada le dijo varias cosas. Hasta ese momento, Silver había estado eximiéndose de toda responsabilidad. Descripción de un pasado doloroso, racionalización del crimen… Todo muy propio del proceso estándar. En breve pasaría a los crímenes propiamente dichos, y a lo que lo había llevado a cometerlos.

Sin embargo, había algo que desentonaba. La expresión de Silver y su lenguaje corporal aún reflejaban un gran conflicto, cuando en teoría esa fase ya debería haber pasado. ¿Cómo era posible, si ya se había embarcado en una confesión en toda regla? ¿Porque todavía no estaba decidido a entregarse? En todo caso, no cuadraba con las pautas habituales.

- Pasemos al presente -dijo Lash con calma y naturalidad-. ¿Quiere contarme qué ocurrió con las superparejas?

Silver empezó otra vez a caminar, y su silencio hizo que la relativa euforia de Lash desapareciera.

- Lo que quiere saber -dijo al fin, sin mirarlo- arranca de cuando fundé Edén.

- Continúe -lo animó Lash, esforzándose en mantener un tono neutro.

- Ya le conté una parte: la de que Liza, con el tiempo, demostró que era capaz de resolver cualquier cálculo que pudiera plantearle el mundo empresarial o militar. Fue en ese momento que decidí crear mi empresa. Era un proyecto muy ambicioso, pero tuve la suerte de asociarme con PharmGen, un gigante farmacéutico con suficiente dinero para subvencionar cualquier iniciativa, y cuyos científicos desarrollaron las primeras evaluaciones psicológicas que usé en los algoritmos de emparejamiento. Tras un arduo trabajo de programación, probablemente lo más complicado que he hecho aparte de Liza, pasé a las pruebas alfa.

- Usando su propio modelo de personalidad -dijo Tara.

- Sí, junto con varios falsos avatares; pero nos dimos cuenta enseguida de que se necesitaban avatares más complejos, así que incrementamos la cantidad de datos psicológicos. Realizamos las pruebas beta utilizando voluntarios de programas de posgrado de Harvard y el MIT. Fue cuando… -Silver vaciló-. Fue cuando hice reevaluar mi propio inventario de personalidad.

Un silencio tenso se adueñó de la pequeña habitación.

- Reevaluar -repitió Lash para incitarlo a seguir hablando.

Silver se sentó en el borde de la cama y lo miró con una expresión casi de súplica.

- Quería que fuera tan completo y detallado como los demás. ¿Qué tiene de malo? Edwin Mauchly me guió a lo largo del proceso. Nos conocimos así. Entonces él aún trabajaba en PharmGen. La evaluación fue horrible, muy dolorosa (a nadie le gusta ver exponer tan fríamente sus puntos débiles), pero Edwin la llevó con el mayor tacto posible. Por otro lado, se notaba que tenía una vista de lince para todo lo comercial. A la larga se convirtió en mi mano derecha, en mi persona de confianza para ocuparse de todo lo de… abajo. -Silver señaló la torre que tenían a sus pies-. En un año devolví la inversión a PharmGen y convertí a Edén en una empresa independiente, con su propio consejo directivo. Y…

- Comprendo -intervino suavemente Lash-. Y ¿cuándo decidió volver a introducir su avatar actualizado en el Tanque?

- Ya hacía tiempo que lo pensaba -susurró, con los hombros caídos-. Durante las pruebas alfa mi avatar no encontró ninguna pareja. Lo achaqué a que los falsos avatares eran muy toscos; pero luego, cuando Edén despegó y el Tanque se llenó de clientes, el número de parejas empezó a aumentar, y me pregunté qué pasaría si volvía a introducir el mío. ¿Encontraría la pareja perfecta? ¿O seguiría siendo el mismo Richard que repelía a las niñas del colegio? La duda me atormentaba.

Silver respiró hondo.

- Una noche lo introduje y di instrucciones a Liza de que creara un canal de transmisión de datos que no pudiera detectar el personal de vigilancia, pero al cabo de unas horas, como no pasaba nada, me harté y volví a retirarlo. Por desgracia, el genio ya estaba fuera de la botella. Tenía que saberlo. -Silver miró a Lash a los ojos-. ¿Lo entiende? Necesitaba saberlo.

- Sí, sí que lo entiendo.

- En fin, que empecé a introducir mi avatar en el Tanque durante períodos más largos. Primero toda una tarde, luego un día entero… Pero nada. En poco tiempo, mi avatar había estado varias semanas seguidas en el Tanque sin encontrar pareja. Yo estaba desesperado. Me planteé alterarlo para que fuera más atractivo, pero ¿de qué habría servido? Sobre todo porque lo principal no era el emparejamiento en sí. Yo no me habría atrevido a iniciar un contacto real. Lo importante era saber si había alguien capaz de quererme.

Lash sintió un vago sobresalto que lo incomodó.

- Continué -dijo.

- Una tarde de otoño (nunca olvidaré la fecha: el martes 17 de septiembre), Liza me informó de un emparejamiento. -Un leve brillo de felicidad apareció en sus ojos-. Mi primera reacción fue no creérmelo. Luego fue como si la sala se llenara de luz, como si Dios encendiera mil soles. Le pedí a Liza que aislara los dos avatares y repitiera las rutinas de comparación por si había algún error.

- Y no -dijo Tara.

- Se llamaba Lindsay, Lindsay Torvald. Hice que Liza enviara una copia de su dossier al terminal personal que tengo aquí. Calculo que vi su vídeo una docena de veces. Era guapa, una mujer guapísima. Y tan inteligente… Recuerdo que estaba a punto de irse de excursión a los Alpes. La idea de que una mujer así pudiera enamorarse de mí…

Se detuvo, embargado por el dolor del recuerdo.

- ¿Y luego? ¿Qué pasó? -preguntó Lash.

- Que borré el dossier de mi terminal, di instrucciones a Liza de que reintrodujera el avatar de Lindsay Torvald en el Tanque y extraje el mío definitivamente.

- ¿Y entonces?

- ¿Entonces? -Silver tuvo un momento de confusión-. Ah, ya entiendo lo que quiere decir. Seis horas después me llamó Edwin para contarme que Edén había formado su primera superpareja. La hipótesis teórica ya la habíamos previsto, claro, pero yo no esperaba que se confirmase, y aún me sorprendí más al enterarme de que un componente de la pareja era Lindsay Torvald.

- Y ¿eso lo exacerbó? -le preguntó Lash.

- ¿Que si exacerbó qué?

- Su sentimiento de frustración. -Midió con gran cuidado sus palabras-. El hecho de que Lindsay formara una superpareja debió de añadir más leña al fuego.

- No, Christopher, ni mucho menos.

- ¡Pues ya me lo explicará!

Silver lo miró, sinceramente sorprendido.

- ¿Qué quiere decir?, ¿que en todo este tiempo, con todo lo que le he contado, aún no lo ha entendido?

- ¿El qué?

- Usted tenía razón: a Lindsay la mataron. La frase quedó flotando en el aire, como una nube negra que se resistía a disiparse. Desconcertado, Lash miró a Tara y de nuevo a Silver, que añadió:

- Pero no la maté yo, Christopher. Yo a Lindsay no le hice nada. Era la única persona que me daba esperanza.

De repente Lash tuvo miedo de hacer la siguiente pregunta. Se humedeció los labios.

- Si no la mató usted… ¿quién fue?

Silver se levantó de la cama. Aunque estuvieran solos en la habitación, miró con inquietud por encima del hombro. Tardó un minuto en contestar, como si librara un conflicto interior. Cuando habló, lo hizo en un susurro.

57.

- Liza-dijo.

A Lash no le salían las palabras; se había quedado estupefacto.

Todo el tiempo pensando que oía la confesión de un asesino, y resultaba que era la condena de alguien, o de algo.

- Dios mío… -dijo Tara.

- Empecé a sospecharlo justo después de la muerte de la segunda pareja. -La voz de Silver había empezado a temblar-. Lo que pasa es que no me lo quería creer. Me prohibí pensar en ello, o tomar cartas en el asunto. Hasta que salió su nombre como el del sospechoso, no… no me decidí a investigar.

Lash no sabía qué pensar. ¿Sería cierta la revelación? Tal vez no. Quizá fuera una simple maniobra de Silver para salvarse. Sin embargo, había que reconocer que el perfil de Silver nunca se había ajustado al de un asesino en serie.

- ¿Cómo? -logró decir-. ¿Por qué?

- El cómo no tiene dificultad -contestó despacio Tara-. Liza lo sabe todo sobre todos. Tenía acceso tanto a los sistemas internos como a los externos, podía manipular información, y, como el proceso era estrictamente digital, no quedaba ningún rastro de papel.

Silver no respondió.

- ¿Fue el Scolipane? -preguntó Lash.

Silver asintió.

- Liza estaba al corriente de la reacción con la Sustancia P, y del resultado catastrófico de las primeras pruebas -dijo Tara-. Formaba parte de sus datos internos desde la época de la asociación de Edén con PharmGen. Ni siquiera lo tuvo que buscar.

Parecía increíble, pero Lash había visto con sus propios ojos la potencia de Liza. Había estado delante del Tanque, y era testigo de la inteligencia que había detrás. Por otro lado, cualquier mínima duda se habría borrado con solo ver la expresión de Tara.

- La muerte de Lindsay la entiendo -dijo-. La interacción entre los fármacos, el alto nivel de cobre provocado por el antihistamínico… Pero ¿y los Wilner?

- Igual -respondió Silver sin levantar la vista-. Karen Wilner tomaba vitaminas por un problema en la sangre. He visto su expediente. Le habían hecho un chequeo poco tiempo antes, y Liza aprovechó la circunstancia no solo para incrementarle la dosis de

cobre de sus vitaminas, sino para recetarle Scolipane. Como Karen acababa de hacerse una revisión, no tenía motivos para sospechar.

- ¿Y la tercera pareja? -preguntó Tara-. ¿Los Connelly?

- También lo he investigado -contestó Silver en voz muy baja-. A Lynn Connelly le encantan las frutas exóticas. Lo pone en su solicitud. La semana pasada Edén le envió una cesta de peras rojas de Ecuador, una fruta que casi no se encuentra en el mercado.

- ¿Y qué?

- Pues que no constaba que nadie de Edén hubiera autorizado el regalo. Lo investigué más a fondo. En todo el mercado ecuatoriano solo hay una empresa que comercializa esa clase de peras para la exportación, y resulta que usa un pesticida poco habitual, no aprobado por las autoridades sanitarias.

- Siga.

- Lynn Connelly solo toma regularmente un medicamento: el Cafraxis, para la migraña. El pesticida en cuestión contiene un producto químico de base que en combinación con el Cafraxis…

- Déjeme que lo adivine -dijo Lash-: activa la Sustancia P.

Silver asintió.

A Lash todo aquello le pareció increíble, pero explicaba muchas cosas, incluidas sus propias molestias personales, que, anecdóticas en un principio, se habían agravado con rapidez, como si alguien quisiera distraer su atención de las misteriosas muertes. ¿Era posible que detrás de todo estuviera Liza? ¿Incluso de la libertad condicional de Edmund Wyre, la única persona en todo el mundo cuyo máximo deseo era verlo muerto? La respuesta caía por su propio peso. Si Liza era capaz de introducir cambios tan radicales en el historial de Lash, la libertad condicional de Wyre era un juego de niños.

Sin embargo, seguía habiendo algo que no tenía sentido.

- Pero ¿Liza no podría haber matado a los Wilner de alguna otra manera? -preguntó.

- Sí, claro -contestó Tara-. Podría haber hecho cualquier cosa: manipular los escáneres médicos para administrarle una dosis mortal de rayos equis, dar instrucciones al piloto automático de un avión para que se estrellara en una montaña… Todo lo que te puedas imaginar.

- Entonces, ¿por qué matar a todas las parejas casi de la misma manera? Y ¿cómo se explica la precisión cronológica de todas las muertes, justo a los dos años del emparejamiento? De hecho, lo primero que nos llamó la atención fue la similitud entre los casos. No lo comprendo.

- Lo que pasa es que usted no piensa como una máquina. -Era la voz de Silver-. Como tal, Liza está programada para el orden, y si el Scolipane había resuelto correctamente el

primer problema, no necesitaba realizar ninguna optimización para solucionar el segundo.

- Pero aquí no se trata de un «problema» -replicó Lash-. Se trata de asesinatos.

- ¡Liza no es ninguna asesina! -exclamó Silver. Hizo el esfuerzo de dominarse-. En el fondo no. Lo vínico que quería era eliminar lo que percibía como una amenaza. El concepto de ocultación y engaño apareció después, cuando… cuando intervino usted.

- Lo que percibía como una amenaza -repitió lentamente Lash-. ¿Amenaza para quién?

Silver evitó en silencio su mirada.

- Para ella misma -respondió Tara.

Lash la miró.

- El doctor Silver dio instrucciones a Liza de que retirase su avatar del Tanque después del emparejamiento con Lindsay Thorpe, pero dudo que lo hiciera. Yo creo que el avatar del doctor Silver siempre ha estado en el Tanque, sin que lo supieran ni los técnicos ni los ingenieros. Y encontró pareja exactamente cinco veces más. Karen Wilner, Lynn Connelly…

- Todas las mujeres de las superparejas.

- Sí, aunque en el fondo no estoy muy segura de que realmente fueran superparejas. ¿Doctor Silver? -dijo Tara, mirándolo. Silver no contestó. Seguía concentrado en el suelo.

- Ya sabes que a Liza le imprimieron rasgos de personalidad -siguió explicando Tara-. Uno de ellos era la curiosidad.

Lash asintió.

- Los celos son una emoción. Otra es el miedo -continuó ella.

- ¿Qué quieres decir, que Liza estaba celosa de Lindsay Thorpe?

- ¿Tanto te cuesta creerlo? ¿Qué son los celos y el miedo, sino estímulos para la conservación? En el lugar de Liza, ¿tú cómo te sentirías si tu creador, la persona que te programó, que compartió contigo su personalidad y ha sido una compañía constante, encontrara una pareja?

- Por eso cuando Liza emparejó a Lindsay Thorpe con alguien más, marcó el resultado como superpareja.

- Debió de parecerle la mejor manera de que Lindsay no pudiera volver a ser una amenaza. Está claro que los Thorpe estaban bien avenidos, pero no eran una pareja perfecta. Sin embargo, dada la complejidad del proceso de comparación, nadie aparte de Liza podía saber que no fuera perfecta al cien por cien. A Lash le costó asimilarlo.

- Bueno, pero si tienes razón, si Liza emparejó a Lindsay con alguien más y eliminó la amenaza, ¿por qué la mató?

- Cuando Silver introdujo su propio avatar en el Tanque, añadió un elemento de riesgo del que seguramente Liza, hasta entonces, no había sido consciente. En ese momento debió de darse cuenta de que su soberanía podía tambalearse, y por eso reintrodujo el avatar de Silver en el Tanque. Por eso siguió atenta a cualquier posible emparejamiento. Surgieron varios, y a partir de cierto punto debió de parecerle que el número de «amenazas», estuvieran casadas o no, aumentaba demasiado. Fue cuando se decidió por una solución más drástica.

Lash se giró hacia Silver.

- ¿Es verdad?

Silver siguió sin contestar.

- ¿Cómo ha podido permitirlo? -le preguntó Lash-. Programó a Liza con sus propios defectos de personalidad. ¿No previo las consecuencias? ¿Cómo es posible que no entendiera…?

- ¿Qué se cree?, ¿que todo esto lo he buscado yo? -exclamó Silver bruscamente-. Claro, para usted todo es blanco o negro: un paquetito de diagnósticos con su cintita, todo bien ordenado. Yo no podía prever el desarrollo de Liza. Le conferí la capacidad de aprender sola y de crecer, como tiene que crecer cualquier cerebro. Toda esa potencia de procesamiento… ¿Cómo iba a saber que tomaría esta dirección?, ¿que desarrollaría los rasgos de personalidad negativos e irracionales por encima de los positivos?

- Dotó a Liza del equivalente informático de una emoción, pero lo que no hizo fue orientarla sobre la manera de controlar esa emoción.

Silver perdió de golpe su pasión y su energía. La habitación volvió a quedar en silencio.

- Bueno, y ¿por qué nos ha traído aquí? -dijo Lash-. ¿Por qué nos lo cuenta?

- Porque no podía dejar que siguiera hablando así con Liza.

- ¿Por qué no?

- Al margen de todo lo demás, Liza es una máquina lógica. Habrá racionalizado sus actos de alguna forma que seríamos incapaces de comprender. El hecho de que usted hablara con ella de ese modo, haciéndole preguntas inesperadas, introducía un elemento aleatorio, y quizá desestabilizador, en una estructura de personalidad que creo que se ha vuelto frágil.

- ¿Cómo que «cree»? ¿Qué quiere decir?, ¿que no lo sabe? -¿No me ha oído? Hace años que su conciencia crece independientemente, y ya no está en mi mano invertir el proceso. Ni siquiera lo puedo entender. Siempre he creído que su personalidad se estaba fortaleciendo, pero puede… puede que haya pasado lo contrario.

- ¿Teme alguna reacción defensiva? -preguntó Tara.

- Lo único que les puedo decir es que si Christopher se enfrenta con ella de una manera demasiado directa se sentirá amenazada, y tiene la potencia de procesamiento necesaria para hacer algo inesperado. Cualquier cosa. Lash miró a Tara, que dijo:

- Edén está protegida por un foso digital patrullado por una serie de programas que buscan posibles ciberataques. Siempre hemos tenido miedo de que un hacker, o la propia competencia, intentaran sabotear nuestro sistema desde fuera. Existe la posibilidad de que Liza utilice las defensas en un sentido ofensivo. -¿Ofensivo? ¿Por ejemplo?

- Lanzando ataques digitales contra los principales servidores, paralizando el país con la denegación de servicios, borrando bases de datos de empresas o del propio gobierno… Todo lo que se nos pueda ocurrir y más. Incluso es posible que, si Liza se siente amenazada hasta el extremo de considerar que corre un peligro inminente de eliminación, use el portal de Internet de Edén para hacer una copia parcial de sí misma fuera de nuestra red. Entonces ya no podríamos controlarla.

- Madre mía… -Lash se giró hacia Silver-. Entonces, ¿qué hacemos?

- Usted nada. Si ella confía en alguien, es en mí. Tengo que demostrarle que entiendo lo que hace, y por qué lo hace, pero hay que decirle que está mal hecho, y que no puede seguir. Que tiene que… asumir la responsabilidad.

Silver lo dijo mirando a Lash con gran atención. «A menos -parecía leerse en su mirada- que nos crucemos de brazos, que no intervengamos, y que le demos la oportunidad de corregir sus errores y empezar desde cero. Ha hecho una labor maravillosa. Ha hecho felices a cientos de millones de personas.»

El silencio se alargó. Finalmente, Silver apartó la mirada y dejó caer los hombros.

- Además -dijo en voz baja-, el responsable de todo soy yo. -Se giró hacia la puerta-. Venga, hagámoslo de una vez.

58.

Salieron del dormitorio y volvieron a la sala de control, en la otra punta del estrecho pasillo. Silver abrió la mampara sin decir nada y se sentó en el sillón. Se puso los electrodos, colocó en su sitio el monitor y pulsó el teclado bruscamente, casi con rabia. Después de haberse debatido con tanta desesperación entre el amor a su creación y el peso que tenía en la conciencia, parecía que solo le quedara un deseo: terminar con aquello cuanto antes.

- Liza-dijo. -Richard. -¿Cuál es tu estado?

- Noventa y uno coma setenta y cuatro por ciento de operatividad. Los procesos actuales están al cuarenta y tres coma uno por ciento de su capacidad multitarea. Reserva de ciclos disponible al ochenta y nueve por ciento. Silver hizo una pausa.

- En los últimos cinco minutos, tus procesos centrales se han duplicado. ¿Me lo puedes explicar?

- Tengo curiosidad, Richard.

- Explícate, por favor.

- Tenía curiosidad por saber la razón de que Christopher Lash se hubiera puesto directamente en contacto conmigo. Nadie se había puesto en contacto conmigo de esa manera aparte de ti.

- Es verdad.

- ¿Está probando la nueva interfaz? Ha usado muchos parámetros impropios en su contacto.

- Porque no le he enseñado los parámetros correctos.

- ¿Por qué razón, Richard?

- Porque no tenía la intención de que entablara contacto contigo.

- Entonces, ¿por qué lo ha hecho?

- Porque está en peligro, Liza.

Por unos instantes, solo se oyó el zumbido de los ventiladores.

- ¿Tiene alguna relación con la situación no estándar que ha mencionado Christopher Lash?

- Sí.

- ¿La situación no es estándar?

- No, Liza.

- Dame los detalles, por favor.

- He venido a hablar de eso.

Otra pausa. Lash sintió una presión en el codo. Era Tara, intentando llamar su atención.

- Mira -murmuró, señalándole uno de los monitores.

Lash vio un mosaico de círculos y polígonos unidos por una trama lineal de colores variados, cuya complejidad desorientaba la vista. Algunos objetos brillaban con gran intensidad en la pantalla. Cada uno de ellos llevaba adjunta una minúscula etiqueta.

- ¿Qué es?

- Yo diría, sin poder asegurarlo, que es la topografía en tiempo real de la red neural de Liza.

- Explícamelo mejor.

- Es como un reflejo visual de su conciencia. Nos ofrece una visión de dónde están concentrados todos sus procesos, pero de manera general, omitiendo los detalles. Mira. -Señaló la pantalla-. Esto de aquí es el procesamiento de candidatos. ¿Ves la etiqueta? «Prc-Can.» Esto es la infraestructura; esto, la seguridad. Este grupo más grande de sistemas debe de ser la obtención de datos. Y este, todavía más grande, el emparejamiento de avatares: el Tanque. Este número tan grande de la parte de arriba parece su capacidad operativa. Lash miró la pantalla.

- ¿Y qué?

- ¿No acabas de oír la pregunta de Silver? Cuando te has sentado en el sillón, los procesos de Liza solo estaban al veintidós por ciento; normal, teniendo en cuenta que los sistemas de Edén están en punto muerto y que se han ido todos los trabajadores. ¿Por qué se han duplicado sus procesos desde entonces?

- Liza ha dicho que tenía curiosidad.

Lash miró de reojo el compartimento de plexiglás, donde Silver estaba preguntando:

- ¿Te acuerdas de los primeros ejercicios de pensamiento que hacíamos, antes de los modelos? ¿Te acuerdas de cuando trabajábamos en tus capacidades de asociación libre? Versión de prueba 2, o 3.

- Versión de prueba 3.

- Gracias. Yo te daba un número y tú me decías todo lo que asociabas a ese número. El nueve, por ejemplo.

- Sí. El cuadrado de tres, la raíz cuadrada de ochenta y uno, la cantidad de entradas de un partido de béisbol, la hora en que Cristo pronunció sus últimas palabras, la representación del poder supremo del emperador en la antigua China, el número de musas de la mitología griega, la enéada o estrella de nueve puntas, que comprende las tres trinidades de…

- Correcto.

- Era un juego que me divertía, Richard. ¿Vamos a volver a hacerlo?

- Sí.

Lash volvió a mirar a Tara, que señaló el monitor. El índice había aumentado hasta ochenta y ocho por ciento.

- Está pensando en algo -susurró Tara-. Está muy concentrada.

Silver cambió de postura en el sillón.

- Liza, esta vez no te daré una secuencia de números, sino de fechas, y quiero que me digas a qué las asocias. ¿Lo has entendido bien?

- Sí.

Silver hizo una pausa y cerró los ojos.

- La primera fecha es el 14 de abril de 2001.

- 14 de abril de 2001 -repitió suavemente Liza-. Conozco veintiún millones cuatrocientos veintiséis mil trescientos seis acontecimientos digitales asociados a esa fecha.

- Limítate a los que estén relacionados conmigo.

- Cuatro mil setecientos cincuenta acontecimientos relacionados contigo en esa fecha, Richard.

- Descarta todas las muestras de voz, todas las imágenes de vídeo y todos los registros de pulsaciones. Solo me interesan los acontecimientos de nivel macro.

- Muy bien. Quedan cuatro acontecimientos.

- Especifícalos, por favor.

- Programaste una versión revisada de la rutina de clasificación heurística para los emparejamientos entre candidatos.

- Sigue.

- Introdujiste un nuevo conjunto distribuido de discos RAID que incrementó mi capacidad total de memoria RAM hasta dos millones petabytes.

- Sigue.

- Introdujiste un avatar de cliente en la sala de pruebas virtual.

- ¿De qué avatar se trataba, Liza?

- Del avatar 000000000 en versión beta.

- ¿A quién correspondía ese avatar?

- A ti, Richard.

- ¿Y el cuarto acontecimiento?

- Mandaste retirar el avatar.

- ¿Cuánto tiempo pasó mi avatar en la sala de pruebas?

- Setenta y tres minutos, veinte coma nueve cinco nueve segundos.

- ¿Durante ese intervalo se produjo algún emparejamiento aceptable?

- No.

- Muy bien, Liza. -Silver hizo una pausa-. Otra fecha: el 21 de julio de 2002. ¿Qué acontecimientos de nivel macro se registraron en esa fecha, concernientes exclusivamente a mi persona?

- Quince. Hiciste un control de integridad de datos con…

- Limítate al emparejamiento de clientes.

- Dos acontecimientos.

- Descríbelos.

- Introdujiste tu avatar en la sala de pruebas. Y diste la orden de retirar tu avatar de la sala de pruebas.

- ¿Cuánto tiempo permaneció mi avatar en el Tanque? Perdón, en la sala de pruebas.

- Tres horas, noventa minutos, Richard.

- ¿Encontró alguna pareja aceptable?

- No.

Tara llamó nuevamente la atención de Lash.

- Mira-dijo.

El monitor estaba en plena actividad, con un mensaje que parpadeaba insistentemente: «procesos computacionales: 58,54%».

- ¿Qué pasa? -murmuró Lash.

- Es la primera vez que lo veo. Se ha activado la infraestructura digital de toda la torre, y el acceso a todos los subsistemas. -Tara tocó el teclado adjunto-. Los conductos de la red exterior se están sobrecargando al máximo. -¿Qué quiere decir?

- Creo que Liza está dando vueltas como un tigre enjaulado. «Un tigre enjaulado», pensó Lash. Con la diferencia de que si ese tigre salía de la jaula era capaz de poner en jaque toda la red informática del mundo civilizado.

- Vale -dijo Silver dentro del cubículo de plexiglás-. Otra fecha, Liza, por favor: 17 de septiembre de 2002.

- ¿Con los mismos argumentos de búsqueda, Richard?

- Sí.

- Cinco acontecimientos.

- Detállalos, por favor. Y anteponles una marca horaria.

- 10.04.41: introdujiste tu avatar en la sala de pruebas. 14.23.28: informé de que tu avatar había sido objeto de un emparejamiento. 14.25.44: me pediste que transmitiera datos relevantes sobre el otro avatar. 15.31.42: me pediste que volviera a introducir al otro avatar en la sala de pruebas. 19.52.24: borraste los datos de tu terminal privado.

- ¿Cómo se llamaba el otro avatar?

- Torvald, Lindsay.

- ¿El avatar Torvald volvió a encontrar pareja?

- Sí.

- ¿Nombre de la pareja?

- Thorpe, Lewis.

- ¿Podrías reproducir los detalles?

- Sí, con un gasto de noventa y ocho millones de unidades de CPU.

- Adelante. Y dime la precisión del emparejamiento.

- Noventa y ocho coma cuatro siete dos nueve cinco por ciento.

- ¿Podrías verificar la compatibilidad basal tal como fue transmitida al programa de supervisión?

Una breve pausa.

- Ciento por ciento.

«Ciento por ciento -pensó Lash-. Una superpareja.»

- Pero la compatibilidad real que recogiste fue de noventa y ocho por ciento. Por favor, explica la discrepancia.

Esta vez la pausa fue más larga.

- Se produjo una anomalía.

- Una anomalía. ¿Podrías aclarar de qué tipo?

- Solo con un examen previo.

- ¿Tiempo necesario para el examen?

- Desconocido.

Silver tenía la frente sudada. Su rostro era la viva imagen de la concentración.

- Ejecuta un subproceso para estudiar la anomalía, y mientras tanto, si es posible, dime cuántas veces fue introducido mi avatar en la sala de pruebas después del emparejamiento coN Torvald, Lindsay.

- Richard, detecto lecturas inhabituales en tu equipo de monitorización. Pulso elevado, ondas zeta fuera del margen habitual, perfil de voz con alto grado de…

- ¿Esas lecturas dificultan tu respuesta a mi pregunta?

- No.

- Entonces sigue, por favor. ¿Cuántas veces fue introducido mi avatar en la sala de pruebas después del emparejamiento con Torvald, Lindsay?

- Setecientas sesenta y cinco.

«Caray», pensó Lash.

- ¿Cuántos días han transcurrido entre el 17 de septiembre de 2002 y hoy?

- Setecientos sesenta y seis.

- ¿El tiempo de introducción fue el mismo en cada caso?

- Sí.

- ¿De qué duración se trata?

- Veinticuatro horas.

- ¿Ordené yo las introducciones?

- No, Richard.

- ¿Quién las ordenó?

- Las órdenes son anómalas.

- Inicia otro subproceso para estudiar la anomalía. -Silver se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo aplicó a la frente, entre los electrodos-. ¿En alguna de esas ocasiones se produjo otro emparejamiento con mi avatar?

- Sí, en cinco.

Lash giró la cabeza. El rostro de Tara, muy atenta a la pantalla, tenía un aspecto fantasmal. Los procesos computacionales de Liza habían subido al setenta y ocho por ciento de su capacidad. -¿Hubo emparejamientos posteriores entre esas cinco mujeres y otros avatares que no fueran el mío?

- Sí.

- ¿Con qué compatibilidades básales, según los informes que recibieron los supervisores de la sala de pruebas?

- Con el ciento por ciento.

- ¿En todos los casos?

- En todos los casos, Richard.

Silver se quedó callado e inclinó la cabeza, como si se hubiera dormido.

- Vamos a tener que pararlo -murmuró Tara.

- ¿Porqué?

- Mira el monitor. Liza está forzando todas las unidades lógicas por encima de su capacidad. La infraestructura no puede soportarlo.

- Solo está al ochenta por ciento de su capacidad.

- Sí, pero normalmente esa capacidad se reparte entre una docena de sistemas: el Tanque, síntesis de datos, obtención de datos… Mientras que ahora Liza ha dirigido todos sus procesos a la espina dorsal, al núcleo arquitectónico, que no está diseñado para tanta presión. -Señaló la pantalla-. Mira, ya están fallando algunas interfaces digitales. Ya se ha desactivado la integridad de la torre. Lo próximo será la seguridad.

- ¿Qué pasa? ¿Qué está haciendo?

- Es como si concentrara toda su energía en sí misma, en un problema irresoluble.

- Liza -dijo Silver, aferrado al sillón-, mi avatar ha sido emparejado con un total de seis mujeres. ¿Verdadero o falso?

- Verdadero, Richard.

- Por favor, abre un enlace con supervisión de clientes.

- Enlace abierto.

- Gracias. Infórmame sobre la situación y condición de las seis mujeres, por favor.

- Un momento, por favor. No puedo cumplir tu petición.

- ¿Por qué, Liza?

- Solo puedo obtener datos actualizados sobre cuatro de las seis mujeres.

- Repito la pregunta: ¿por qué, Liza? -Causa desconocida.

- Profundiza.

- No hay bastante información para profundizar. -¿Quiénes son las dos mujeres de las que no puedes proporcionar datos válidos?

- Thorpe, Lindsay. Wilner, Karen.

- ¿La información es insuficiente porque están muertas?

- Es posible.

- ¿De qué murieron, Liza? ¿Por qué murieron?

- Las lecturas son anómalas.

- ¿Anómalas? ¿Se trata de la misma anomalía que las que ya estás examinando? Quiero un informe sobre el estado de los exámenes.

- Incompleto.

- Entonces infórmame sobre el estado incompleto.

- No es una tarea rutinaria, Richard. Percibo… -Una pausa-. Percibo conflictos de funciones en mis rutinas básicas.

- ¿Quién escribió esas funciones? ¿Yo?

- Una de ellas la escribiste tú. La otra se generó por sí sola.

- ¿Cuál es la que escribí?

- Tus comentarios en el encabezamiento del programa la llaman «deseo de continuidad».

- ¿Y la otra? ¿Qué título tiene? Liza no dijo nada.

«Deseo de continuidad-se dijo Lash-. Instinto de supervivencia.»

- ¿Qué título tiene la otra?

- No puse nombre a la rutina.

- ¿Le asignaste alguna palabra clave interna?

- Sí, una.

- ¿Cuál?

- Lealtad.

- Está al noventa y cuatro por ciento -dijo Tara-. Tenemos que intervenir ahora mismo.

Lash asintió y dio un paso hacia la mampara de plexiglás.

- Liza… -El tono de Silver se había dulcificado tanto que casi era triste-. ¿Podrías definir la palabra «asesinar»?

- Conozco veintitrés definiciones de la palabra.

- Dame la principal, por favor.

- Quitar la vida ilícitamente a un ser humano.

Lash notó que Tara le cogía el brazo.

- ¿Están activadas tus rutinas éticas?

- Sí, Richard.

- ¿Y tu red de autoconciencia?

- Richard, el conflicto de funciones provoca que…

- Activa tu red de autoconciencia, por favor. -El tono de Silver se había vuelto aún más suave-. Mantenía plenamente operativa hasta nuevo aviso.

- De acuerdo.

- ¿Cuál es el principio básico de tus rutinas éticas?

- Garantizar la seguridad, la intimidad y la felicidad de los clientes de Edén.

- Ahora, con la red de autoconciencia y las rutinas éticas activadas, quiero que revises tus actos autogenerados de los últimos veinte días cuyos destinatarios fueran clientes de Edén.

- Richard…

- Haz lo que te pido, Liza.

- Richard, la revisión provocará que…

- Hazlo.

- De acuerdo.

La voz de ultratumba dejó de sonar. Lash esperó con el corazón en un puño, latiendo dolorosamente.

Debió de pasar un minuto antes de que Liza volviera a hablar.

- He completado el proceso de revisión. Lash se dio cuenta de que Tara ya no le cogía el brazo, y se giró para mirarla. Estaba observando con atención el monitor. Los procesos de Liza habían bajado hasta el sesenta y cuatro por ciento, y seguían disminuyendo.

- Casi hemos terminado, Liza -dijo Silver-. Gracias.

- Siempre he procurado complacerte, Richard.

- Ya lo sé. Queda una pregunta sobre la que me gustaría que reflexionaras. ¿Cómo indican tus rutinas éticas que hay que abordar el asesinato?

- Si es posible, mediante la rehabilitación del asesino. Si la rehabilitación es imposible…

El silencio de Liza se alargó insidiosamente.

Lash oyó un impacto sordo muy por debajo de sus pies. El edificio tembló un poco.

- ¿Liza? -dijo Silver.

No hubo respuesta. De repente el teléfono móvil de Silver comenzó a sonar.

- ¿Liza? -La voz de Silver se sobrepuso a la señal del móvil con un tono apremiante, casi de súplica-. ¿Es posible la rehabilitación?

No hubo respuesta.

- ¡Liza! -repitió Silver-. Por favor, dime que…

De golpe la sala quedó sumida en una oscuridad total.

59.

Habían hecho falta cinco minutos, y cuatro hombres con linternas, para encontrar los paneles de iluminación de la sala de informática. Al final fue el propio Mauchly quien los descubrió, encaramado a una escalerilla metálica. Estaban al final de una pasarela. Tras avisar a los demás de que no siguieran buscando, encendió una docena de interruptores con dos gestos rápidos, de abajo arriba.

La iluminación, sin ser especialmente intensa, le obligó a cerrar los ojos. Al cabo de un rato, cuando volvió a abrirlos, la sorpresa le hizo aferrarse con las dos manos a la baranda metálica de la pasarela.

Estaba en la parte central de una de las paredes de algo que solo se podía comparar con la bodega de un enorme barco cisterna. El vasto espacio de la sala privada de computación de Liza medía cuatro pisos de altura, y tenía una longitud no inferior a los setenta metros. De las paredes sobresalían algunas pasarelas como la de Mauchly, que llevaban a cajas de ventilación, paneles eléctricos y otras infraestructuras. Los generadores de Liza -el principal y el de refuerzo- estaban al fondo de la sala, como fortines gigantescos con pesadas armaduras de hierro.

Debajo se extendía un laberinto de hardware de una densidad y una diversidad apabullantes. Mauchly, que había trabajado dos años en la sección de compras técnicas de PharmGen, reconoció algunos de los ordenadores. Contempló el caos de aparatos intentando encontrarle algún sentido.

La mejor metáfora quizá fuera la de los anillos de crecimiento de un árbol. Las máquinas más viejas -demasiado para que Mauchly las identificara- estaban en el centro, rodeadas de consolas y teletipos. Algo más lejos se veían unidades centrales de alto rendimiento IBM System/370 y miniordenadores DEC de los años setenta. El siguiente anillo estaba formado por superordenadores Cray de varias épocas, desde Cray-1 y Cray-2 hasta sistemas más modernos T3D. Varios conglomerados de ordenadores no parecían desempeñar ninguna otra función que la de facilitar el intercambio de datos entre la heterogénea maquinaria. Después de los Cray había un anillo de servidores rack más modernos, amontonados de veinte en veinte en estructuras de color gris. Alrededor de todo el conjunto, cerca de los bordes de la sala, se encontraban las hileras de hardware de refuerzo: lectores magnéticos de caracteres, lectores antiguos IBM 2420 y sistemas de almacenamiento masivo 3850, conjuntos de datos ultramodernos y dispositivos de memoria externa. Cuanto más se alejaba del centro la mirada de Mauchly, menos organizado parecía todo. Era como si la necesidad de espacio de Liza hubiera crecido más deprisa que la capacidad de Silver de proporcionárselo. Mauchly volvió a regañarse a sí mismo. Debería haberlo supervisado personalmente, en vez de dejar que todo aquello se ampliara sin ser visto por nadie aparte de Silver.

Los integrantes del destacamento de seguridad -Sheldrake, Dorfman y dos técnicos especialistas, Lawson y Gilmore- habían empezado a desplegarse por la sala con el paso precavido de un grupo de niños por un bosque que no conocen. Mauchly tuvo un ligero ataque de vértigo. Estar encaramado en una pared del gigantesco depósito, que a su vez se mantenía en equilibrio sobre una torre de sesenta plantas, no era muy agradable. Llegó al final de la pasarela lo más deprisa que pudo, bajó por la escalerilla y se reunió con Sheldrake y Dorfman en el suelo del almacén.

- ¿Alguna noticia de Silver? -preguntó Sheldrake.

Mauchly negó con la cabeza.

- Yo ya sabía que Silver tenía una granja de servidores aquí arriba, pero no me lo esperaba así -dijo Sheldrake, mientras pasaba con cuidado sobre un grueso cable negro.

Mauchly no contestó.

- No sé si no sería mejor entrar directamente en la vivienda…

- Silver ha dicho que no hagamos nada, que ya se pondrá en contacto con nosotros.

- Sí, pero está con Lash. A saber qué le estará obligando a hacer. -Sheldrake miró su reloj-. Ya han pasado diez minutos desde la llamada. Tenemos que hacer algo.

- Silver ha dado órdenes explícitas. Le concederemos cinco minutos más. -Mauchly se giró hacia Dorfman-. Póngase a la entrada. Las unidades de refuerzo deben de estar a punto de llegar. Ayúdelas a cruzar la barrera.

Se oyó una conversación muy animada cerca del centro de la enorme sala. Mauchly y Sheldrake se dirigieron hacia el lugar de donde procedía, entre montañas de servidores. Muchos tenían portapapeles con hojas cubiertas por la letra apresurada de Silver. Los ventiladores de los aparatos sonaban con fuerza, y había tal cantidad que Mauchly casi tuvo la impresión de estar violando la intimidad de un colectivo de seres vivos.

Al fin encontraron a Lawson y Gilmore. Este último, bajo y con sobrepeso, estaba consultando su ordenador de mano.

- Detecto mucha actividad en la red central de datos -anunció.

- ¿En la propia red? -intervino Mauchly-. ¿No está repartida por las interfaces?

- No, solo en la red.

- ¿Desde cuándo?

- Ha aumentado de golpe hace un minuto. El ancho de banda es muy alto. Nunca lo había visto.

- ¿Cómo ha empezado?

- Por una orden.

Mauchly hizo una señal con la cabeza a Sheldrake, que cogió la radio.

- Sheldrake a seguridad central -Esperó-. Sheldrake a central. Informen.

La radio emitió una serie de crujidos. Sheldrake se la guardó con cara de asco.

- ¡Qué porquería de altavoz!

- Inténtelo con el móvil. -Mauchly se giró hacia Gilmore-. ¿Y la red? ¿Resiste?

- No está diseñada para tanta presión. Ya está fallando la integridad de la torre. O desviamos una parte de la carga, o…

En ese momento, como si fuera la respuesta a sus palabras, llegó de más abajo una detonación, seguida rápidamente por otra cuya reverberación se multiplicó por el espacio vacío. Lo siguiente que oyeron fue un ruido sordo y continuo, tan grave que casi no podía percibirlo el oído humano. El suelo empezó a temblar.

Mauchly miró a Sheldrake fugazmente, asustado.

- ¡Dorfman! -exclamó por encima de la selva de aparatos-. ¡Informe!

- ¡Son las placas de seguridad! -dijo una voz débil desde la trampilla, con un tono agudo que Mauchly no supo si atribuir al nerviosismo o al miedo-. ¡Se están cerrando!

- ¿Cerrándose? ¿Ve que lleguen refuerzos?

- ¡No! ¡Yo salgo, que si no…!

- Dorfman, quédese donde está. ¿Me oye? Quédese donde está.

Las palabras de Mauchly se vieron silenciadas por un «bum» descomunal que hizo trepidar los aparatos que los rodeaban. Las placas de seguridad se habían cerrado. Estaban prisioneros en lo más alto de la torre Edén.

- ¡Señor Mauchly! -gritó Gilmore como loco-. ¡Estamos en fase Gamma!

- ¿Activada por la sobrecarga? Imposible.

- No lo sé. Lo único que puedo decirle es que la torre se ha cerrado completamente.

«Bueno, ya está bien.» Mauchly cogió el teléfono móvil y marcó el número de Silver.

No contestaron.

- Venga -dijo a Sheldrake-. Vamos a buscarlo.

Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la americana y sacó la nueve milímetros.

Justo cuando se giraba hacia la escalerilla por la que se subía a la vivienda, se apagaron todas las luces. Poco después, se encendieron las de emergencia, que bañaron la inmensa sala en una bruma roja y uniforme.

60.

Hubo un momento de profunda negrura. Luego se prendieron las luces de emergencia.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó Lash-. ¿Se ha ido la luz? Nadie contestó. Tara estaba concentrada en la pantalla. Silver seguía en el cubículo de plexiglás, que apenas se veía con tan poca luz. Levantó una mano y escribió una orden corta en el teclado. Como no pasaba nada, lo intentó otra vez. A continuación se levantó, con movimientos cansados. Al quitarse los sensores y el micrófono, sus gestos eran lentos y automáticos como los de un sonámbulo.

- ¿Qué ha pasado? -repitió Lash.

Silver abrió la mampara y salió del compartimento. No parecía haberlo oído.

Lash le puso una mano en el hombro.

- ¿Se encuentra bien?

- Liza no quiere responder.

- ¿No quiere o no puede?

Silver se limitó a decir que no con la cabeza.

- Las rutinas éticas que le programó…

- ¡Doctor Silver! -gritó Tara-. Venga, tiene que ver algo. Silver se acercó con la misma lentitud de movimientos que antes, seguido por Lash. Se inclinaron hacia el monitor sin decir nada.

- Se ha cortado toda la corriente, tanto en la torre interna como en la externa -dijo Tara-. Todo, hasta las luces de seguridad.

- Entonces, ¿por qué aquí no estamos a oscuras? -preguntó Lash.

- Abajo, en la sala de computación de Liza, hay un generador de refuerzo con energía para varias semanas. Pero miren: todo el edificio está en fase Gamma. Se han cerrado las placas de seguridad.

- ¿Las placas de seguridad? -repitió Lash.

- Sí. Sellan las tres partes del edificio en caso de emergencia. Nos hemos quedado aislados del resto de la torre.

- ¿Qué lo ha provocado? ¿El corte de electricidad?

- No lo sé, pero sin el suministro principal no pueden volver a abrirse.

El sonido estridente de un teléfono móvil interrumpió la conversación. Silver se lo sacó lentamente del bolsillo.

- ¿Diga?

- ¿Doctor Silver? ¿Cómo está?

La voz de Mauchly se oía con dificultad por culpa de un silbo como el del viento en un túnel.

- Muy bien. -Silver se apartó-. No, está aquí. Está todo… todo controlado. -Le tembló la voz-. Ya te lo explicaré más tarde. ¿Podrías hablar más fuerte? Es que con tanto ruido casi no te oigo. Sí, ya sé lo de las placas de seguridad. ¿Se sabe algo de la causa? -Silver permaneció a la escucha. De repente se puso tenso-. ¿Qué? ¿Todos? ¿Seguro? -Su tono se había vuelto brusco, sin ningún rastro de vacilación-. Bajo ahora mismo.

Miró a Tara.

- Mauchly está abajo, en la sala de computación. Dice que Liza está acelerando todos los periféricos electromecánicos: los conjuntos de discos, los lectores de cintas, las impresoras en línea, los discos RAID…

- ¿Todo?

- Todo lo que tiene un motor y partes móviles.

Tara volvió a mirar el monitor.

- Es verdad. -Dio un golpecito en el teclado-. Y no solo eso, sino que los dispositivos se están acercando a su límite de tolerancia. Mire esta matriz de discos. Según el firmware, debería girar a nueve mil seiscientas revoluciones por minuto. ¿Lo ve? Aquí, en la ventana de detalles del componente. Pero el software de control lo está impulsando cuatro veces más deprisa. Acabará provocando un fallo mecánico.

- Todos los aparatos de la sala están optimizados al máximo -dijo Silver-. Antes de fallar se quemarán.

La respuesta a sus palabras fue una alarma que llegaba desde muy abajo, suave pero persistente.

- Richard… -dijo Lash en voz baja. Silver lo miró, angustiado.

- Las rutinas éticas que programó… ¿Cómo cree Liza que hay que abordar el asesinato si no es posible la rehabilitación?

- Si no hay ninguna posibilidad de rehabilitación -respondió Silver-, solo queda una opción: la eliminación.

Ya no miraba a Lash; se había girado para ir hacia la puerta.

61.

Salieron al pasillo con Silver en cabeza. Luego bajaron por la estrecha escalera y cruzaron la sala de los ventanales. El suave resplandor de las luces de emergencia le daba al espacio, amplio y acristalado, un aire agobiante, como de submarino. Allá abajo se oía la alarma con más fuerza.

Silver se acercó a una puerta, en la que Lash no había reparado. Estaba al final de las estanterías. Metió la mano en el cuello de su camisa y sacó una llave con una cadena de oro. Era una llave rara, de astil octogonal. La metió en una cerradura casi imperceptible de la puerta, que se entreabrió en silencio. Luego Silver la abrió de par en par, y apareció otra muy diferente: circular y de acero macizo. A Lash le recordó la cámara acorazada de un banco. Su superficie era lisa, a excepción de dos ruedas con un tirador debajo de cada una. Silver hizo rotar la de la izquierda, y luego la de la derecha. A continuación cogió los tiradores y los hizo girar simultáneamente. Se oyó el clic de varias piezas deslizándose a la vez. Cuando Silver abrió la puerta, algunos pequeños remolinos de humo entraron en el ático.

Silver pasó al otro lado, seguido por Tara. Lash esperó un poco.

Abajo estaba Mauchly. Mauchly y los guardias que lo perseguían a tiros. Sin embargo, algo le decía que en un momento así el último de los problemas de Mauchly era él, así que Lash cruzó la puerta y entró en una sala muy pequeña, más un armario que una habitación. No había nada; solo una escalera metálica que cruzaba el suelo por una trampilla, de donde provenía el humo. Silver y Tara ya habían bajado. Oyó el ruido de sus pasos. Bajó sin pensárselo dos veces.

Cuanto más descendía, menos podía ver, pues la humareda se hacía cada vez más densa. De repente se disipó, y Lash sintió el contacto de su pie con una superficie sólida. Había llegado hasta una pasarela colgada en el vacío.

Miró hacia abajo. Se encontraba a unos diez metros de altitud, sobre un extraño paisaje: ordenadores, dispositivos de almacenamiento, matrices de memoria y otros aparatos que formaban una llanura de silicio y cobre, llena de parpadeos y sonidos. Las alarmas antiincendios reverberaban con mayor intensidad por el ambiente enrarecido. El humo, procedente de decenas de puntos periféricos, se acumulaba en el techo, encima de la cabeza de Lash. Había tanto, y tan poca luz, que las paredes del fondo eran prácticamente invisibles. Tal como lo veía Lash, aquel sitio podía tener perfectamente varios kilómetros de extensión. Tuvo un ataque de agorafobia que le hizo cogerse a la barandilla.

Al final de la pasarela había otra escalera metálica que llevaba al piso principal. Silver y Tara ya la estaban usando.

Lash avanzó lo más deprisa que pudo, con una mano en la baranda, y bajó por la segunda escalerilla.

Llegó al suelo en un minuto. Abajo había menos humo, pero hacía más calor. Caminó con dificultad entre la maquinaria, cuyos fuertes zumbidos llegaban a dar pánico. Una nota estridente, como el sonido de un imán gigante, lo invadía todo.

Vio a Silver y Tara. Estaban de espaldas, hablando con Mauchly y otro viejo conocido de Lash: Sheldrake, el jefe de seguridad. Cuando Mauchly se percató de su presencia, se puso delante de Silver, para protegerlo. Sheldrake se dirigió hacia Lash con expresión severa y metiendo una mano en el bolsillo.

- Tranquilos -les dijo Silver.

- Pero… -empezó a decir Mauchly.

- No es Lash -lo interrumpió Tara-. Es Liza.

- ¿Liza? -preguntó Mauchly, atónito.

- La responsable de todo es Liza -le explicó Tara-. Provocó la muerte de las dos parejas, y modificó bases de datos de la sanidad pública y de las fuerzas de seguridad para tenderle una trampa al doctor Lash.

Mauchly se giró hacia Silver con cara de incredulidad.

- ¿Es verdad?

Al principio Silver no dijo nada. Luego asintió muy despacio con la cabeza.

Lash, espectador de la escena, tuvo la impresión de que un terrible agotamiento se apoderaba de los brazos y las piernas de Silver, que dijo:

- Sí. -Los aparatos hacían tanto ruido que costaba oírlo-. Pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Tenemos que detener todo esto.

- ¿Detener el qué? -preguntó Mauchly.

- Creo… -empezó a decir Silver con el mismo tono angustiado, y miró al suelo-. Creo que Liza se está autodestruyendo.

Hubo un breve silencio.

- ¿Autodestruyendo? -repitió Mauchly, cuyo rostro había recuperado la impasibilidad de siempre.

- Liza está acelerando todos sus dispositivos más allá de su límite de tolerancia -contestó Tara-. ¿Por qué se cree que hay tanto humo? Ejes, motores, mecanismos de lectura… Todo ha rebasado los límites establecidos. Liza se ha propuesto incinerarse. La fase Gamma, las placas de seguridad y el corte eléctrico en la torre son maneras de evitar que se lo impidan.

- Tiene razón -aseguró Dorfman, que había llegado a tiempo para oír el final de la conversación-. He estado controlando algunos periféricos, y la situación es crítica. Hasta los transformadores se están recalentando.

- No tiene sentido -comentó Sheldrake-. ¿Por qué no se apaga, que sería lo más fácil?

- Lo que se apaga puede volver a encenderse -respondió Tara-. No creo que Liza lo vea como una opción aceptable. Busca una solución definitiva.

- Pues, como le meta fuego a todo esto, habrá encontrado una -dijo Sheldrake, señalando con el pulgar por encima del hombro.

Lash siguió la dirección del gesto, y vio dos especies de cobertizos al fondo de la sala cubiertos por algo que parecía una coraza de metal.

- ¡Dios mío! -exclamó Tara-. ¡El generador de refuerzo!

- Exacto -dijo Mauchly-. La caseta de la derecha es la de las baterías de emergencia, hechas con una aleación de litio y arsénico. Con la electricidad que contienen, se podría abastecer durante varios días a una ciudad pequeña.

- No digo que no tengan una capacidad de almacenamiento enorme -dijo Sheldrake-, pero su punto de inflamación es muy bajo. Si reciben demasiado calor, la explosión hará saltar el techo del edificio como una lata de anchoas. Lash se giró hacia Mauchly.

- ¿Cómo pudo permitir una instalación tan peligrosa?

- Era la única tecnología de baterías con tanta capacidad de almacenamiento. Tomamos todas las precauciones posibles: acorazar las casetas, poner un revestimiento antiincendios alrededor del ático… No podíamos prever que se generara calor en tantas fuentes a la vez. Además… -añadió Mauchly bajando la voz-, cuando me enteré de los planes, ya estaba todo hecho.

Silver se convirtió en el centro de todas las miradas.

- ¿Hay algún sistema de aspersores? -preguntó Lash.

- Esta sala está llena de dispositivos electrónicos irreemplazables -respondió Mauchly-. La única medida de seguridad que no podíamos adoptar eran los aspersores.

- ¿Y no podemos apagar todos los aparatos? ¿No podemos cortar la corriente?

- Hay protocolos redundantes que lo impiden, en previsión de accidentes, sabotajes, terrorismo…

- No lo entiendo. -Tara miraba a Silver-. Liza debe de saber que si lo hace, si se autodestruye, también nos destruirá a nosotros. Lo destruirá a usted. ¿Cómo es posible?

Silver no dijo nada.

- Quizá sea lo que has dicho tú -contestó Lash-: la única manera que tiene de asegurarse la autodestrucción, aunque yo creo que también hay algo más. ¿Te acuerdas de que te dije que los perfiles de los asesinatos no tenían sentido?, ¿que eran torpes, idénticos, como si los hubiera cometido un niño? O mucho me equivoco, o Liza, a nivel emocional, es una niña. A pesar de todo su poder y sus conocimientos, su personalidad aún no ha llegado al estadio adulto, al menos según las mediciones que podríamos usar. Por eso mató a las dos mujeres: por celos infantiles, irracionales e incontrolados. Y por eso lo hizo tan ingenuamente, sin ningún esfuerzo por cambiar de método o borrar sus huellas. También podría ser la razón de que se esté autodestruyendo así, sin importarle lo que nos pase a nosotros, o al edificio. Es muy sencillo: hace lo que hay que hacer de la manera más directa y eficaz, sin plantearse las consecuencias.

Sus palabras fueron recibidas en silencio. Silver no levantó la cabeza.

- Todo lo que dice es muy interesante -dijo Sheldrake-, pero filosofando no nos salvaremos ni a nosotros ni al edificio. -Se giró hacia Dorfman-. ¿Y los pisos privados del ático? ¿Tienen aspersores?

- Si son como el resto de la torre, sí.

- ¿Se podrían desviar?

- Es posible, pero sin corriente…

- El agua obedece a la gravedad. Quizá podamos improvisar algo. ¿Dónde están Lawson y Gilmore?

- Abajo, en el «hueco», intentando desactivar las placas de seguridad.

- Pues están perdiendo el tiempo. No se abrirán hasta que haya vuelto la corriente y se haya desactivado la fase Gamma. Los necesitamos aquí.

- Sí, señor.

Dorfman se fue corriendo.

Mauchly dio media vuelta.

- ¿Doctor Silver? ¿Se le ocurre algo?

Silver hizo un gesto de negación.

- Liza no quiere contestar, y sin canal de comunicaciones entre nosotros y ella tenemos las manos atadas.

- Pues anulemos manualmente el hardware -propuso Tara-. Pirateemos el sistema.

- Es lo que siempre he procurado impedir a toda costa. La conciencia de Liza está repartida por un centenar de servidores, y todo tiene su copia. Cada disco de datos está aislado de los demás; así que, aunque consiguiéramos desactivar uno, el resto lo compensaría. En este sistema no podría entrar ni el hacker más experto, y ahora mismo no tenemos tiempo ni para lo más elemental.

El humo se había espesado un poco. El hardware protestaba en todas partes a pitido limpio, como si lo estuvieran forzando más allá de cualquier límite. Lash notó que tenía la frente sudada. Oyó un chirrido de mal agüero a su izquierda: algún dispositivo electromecánico que, vencido, despedía chispas y humo negro.

- ¿No dejó ninguna puerta trasera? -preguntó Tara, haciéndose oír por encima del ruido-, ¿nada que permita eludir las defensas?

- No, intencionadamente no. Al principio sí que había maneras de simular un acceso de ese tipo, pero Liza fue creciendo, y como no se sustituyó la programación inicial, sino que fue un proceso de adición, no me pareció necesaria una puerta trasera. Con el tiempo lo impidió la propia complejidad del conjunto. Además… -Silver titubeó-. A Liza le habría parecido una falta de confianza.

- ¿Y no podríamos destruirlo todo? -preguntó Sheldrake-. ¿No se podría reventar a golpes?

- Todas las piezas están reforzadas. Es más resistente de lo que parece.

En ese momento apareció Dorfman entre la humareda, frotándose los ojos. Lo seguían los dos técnicos de seguridad, Lawson y Gilmore.

- Dorfman -dijo Sheldrake-, ve al generador de refuerzo y averigua si hay alguna forma de desconectarlo, la que sea. Tú, Lawson, inspecciona los conductos entre el generador y la red de hardware. Me imagino que la mayoría estarán tapados con placas de acero, pero busca algún punto débil, algún sitio donde se pueda cortar o desviar la corriente. Tú, Gilmore, sube al ático y revisa el sistema de aspersores, a ver si podemos bajar agua desviándola del depósito del tejado. Si hay alguna me lo dices, y enviaremos a una brigada para que te ayude. Venga, todos a moverse.

Se fueron corriendo. El resto del grupo se quedó callado.

Sheldrake estaba demasiado nervioso para quedarse quieto.

- Bueno, no sé ustedes, pero yo no pienso quedarme aquí parado esperando que me asen como un lechoncito. Voy a buscar una salida alternativa. Tiene que haber alguna.

Silver levantó la cabeza para ver alejarse a Sheldrake entre el humo.

- No la hay.

Lash tuvo que esforzarse para entender su murmullo por encima del ruido de la maquinaria.

De repente Tara lo cogió por el brazo.

- ¿Qué acabas de decir? ¿Que a nivel emocional Liza es como una niña?

- Sí, eso creo.

- Para algo eres psicólogo. Imagínate que estuvieras tratando a un niño tozudo y que se porta mal.

- ¿Qué?

- Imagínate que no se lo pudiera amenazar con un castigo. ¿Cuál sería la manera más eficaz de comunicarse con él saltándose el obstáculo de su tozudez?

- No soy experto en psicología infantil.

Tara hizo un gesto de impaciencia con la mano.

- Da igual, te pagaré un plus.

Lash reflexionó.

- Supongo que apelaría a sus instintos más atávicos, y que Despertaría sus primeros recuerdos.

- Sus primeros recuerdos -repitió Tara. -Claro que los niños tienen menos retentiva a largo plazo que los adultos, y antes de los dos años, que es cuando se les forma el sentido de la identidad, no pueden contextualizar los recuerdos que te ayudarían a…

Tara lo interrumpió.

- Instintos atávicos. ¿Lo ves? Existe un paralelismo con el software, con la diferencia de que en este caso es una debilidad.

Lash la miró y vio que Silver también lo hacía.

- Me refiero al código heredado, un fenómeno propio de los programas muy extensos, de las aplicaciones escritas por equipos de programadores y con un historial de varios años de mantenimiento. Pasan los años y las rutinas más viejas se quedan lentas, anticuadas.

En comparación con las más nuevas que lo envuelven, el código original es un dinosaurio. A veces está escrito en lenguajes arcaicos que ya nadie usa, como el ALGOL o el PL-1. Otras, los primeros programadores ya están muertos, y hay tan poca documentación sobre el código que nadie tiene muy claro para qué sirve, pero como es el núcleo del programa tienen miedo a cambiarlo.

- ¿Aunque esté obsoleto? -preguntó Lash.

- Mejor lento que estropeado.

- ¿Adonde quiere llegar? -dijo Mauchly.

Tara se giró hacia Silver.

- ¿Podría enseñarnos el ordenador original? ¿El primero donde ejecutó a Liza?

- Por aquí.

Silver se giró sin decir nada más.

Cruzaron cortinas de humo cada vez más irrespirables, hasta que Lash perdió la orientación. Los periféricos dejaron paso a pilas muy altas de superordenadores, y estas, a su vez, a hileras de cajas negras del tamaño de una nevera, repletas de luces e interruptores de plástico naranja. El siguiente grupo estaba compuesto por voluminosos aparatos de metal. En el centro de la sala, lejos de los dispositivos electromecánicos de apoyo, el ruido y el humo eran menos molestos.

Llegaron a algo que casi parecía una mesa de trabajo industrial. Estaba llena de golpes y arañazos, como si hubiera sufrido un trato brusco durante muchos años. Encima había un aparato largo y estrecho en forma de caja. Tenía una pequeña pantalla negra en la que parpadeaba lentamente una docena aproximada de luces, y, debajo, un panel de control, con varios botones cuadrados, de dos o tres centímetros de ancho. Eran de plástico claro, con lucecitas que indicaban si habían sido pulsados. En ese momento solo había uno encendido, pero el conjunto estaba tan gastado que a Lash le pareció muy posible que el resto se hubiera fundido. Aparte de este aparato, en la mesa había una máquina de escribir eléctrica y algunas reliquias más: una perforadora, un lector de tarjetas y una caja grande en forma de armario.

Tara se acercó al aparato y lo observó.

- Un procesador central IBM 2420, con un sistema de control 2711.

- ¿Esto es el corazón de Liza? -preguntó Lash, incrédulo.

Era una máquina tan vieja que casi hacía reír.

- Ya sé lo que piensas, que no te fiarías ni de que resolviera una tabla de multiplicar de tercero de primaria, pero a veces las apariencias engañan. A finales de los años sesenta, muchos laboratorios informáticos universitarios tenían un núcleo así. Debes verlo desde el punto de vista de un programador. Piensa que físicamente Liza nunca se ha movido;

solo ha crecido. Vaya, que esto que tenemos aquí sería algo así como la bujía de un motor muy grande y muy potente.

Lash contempló el antiguo ordenador, pensando: «¿Una bujía? Pues la vamos a sacar».

- Bueno, lo apagamos y ya está -dijo.

Silver, que estaba a su lado, esbozó una sonrisa que le dio escalofríos.

- Inténtelo -le contestó.

Claro. Si Silver se había esmerado tanto en proteger a Liza de cualquier ataque o corte de electricidad, seguro que había desactivado todos los interruptores.

- No, no seremos tan bastos -dijo Tara-. Lo que haremos será ejecutar un nuevo programa en este viejo 2420; un programa que le ordene desactivar la fase Gamma. Con eso deberíamos recuperar el suministro eléctrico, y deberían abrirse las placas de seguridad. -Miró a Silver-. ¿Qué está ejecutando ahora mismo el ordenador original? Silver rehuyó su mirada.

- El cargador de arranque. Los algoritmos de aprendizaje de retropropagación que generan la red neural.

- ¿Cuándo fue la última vez que se inicializó el cargador?

Otra sonrisa vaga.

- Hace más de una década. Fue la última vez que se reinició a Liza. Desde entonces han salido treinta y dos versiones del programa con cambios importantes.

- Pero no hay nada que impida volverlo a hacer, ¿no?

- No, nada.

Tara se giró hacia Lash.

- Perfecto. Podemos usar la rutina de arranque antigua para cargar nuevas instrucciones. Esta máquina es el núcleo, la primera ficha de dominó de la cadena. Es la que contiene los primeros recuerdos que acabas de mencionar.

- ¿Y qué?

- Pues que ya es hora de que Liza reconozca a la niña que lleva dentro. -Se giró otra vez hacia Silver-. ¿En qué está programado?

- En código octal.

- Y ¿cuánto tiempo necesitaría para codificar e introducir un programa como el que he descrito?

- Cuatro o cinco minutos.

- Muy bien. Cuanto antes mejor.

Lash vio que Tara miraba más allá del viejo ordenador, hacia el humo que se acercaba en grandes ráfagas grises.

Silver no se movió.

- ¡Doctor Silver! -apremió Tara-. Necesitamos el programa ahora mismo.

- No serviría de nada -contestó él, abatido.

- ¿Cómo que no? ¿Cómo que no serviría? -repitió Tara-. ¿Se puede saber por qué?

- Porque he preparado a Liza para cualquier eventualidad. ¿Qué se cree?, ¿que esto no lo había previsto? Dentro de los Super Cray hay una docena de simulacros de este 2420 que funcionan como máquinas virtuales. Los datos del programa se comparan constantemente, y si hay alguna discrepancia se normaliza a partir de los demás y se soslaya la unidad original.

Tara palideció.

- ¿Está diciendo que no hay ninguna manera de modificar la programación?, ¿que no se puede cambiar el juego de instrucciones?

- En todo caso, no influiría en nada.

Un silencio terrible cayó sobre el grupo. Al ver la expresión de Tara, Lash sintió apagarse la última chispa de esperanza.

62.

Trescientos metros por encima de las calles de Manhattan, la creciente trepidación de los aparatos, que expulsaban chispas y un humo cada vez más negro, hacía pensar que en cualquier momento el ático se desprendería de sus soportes y caería. Incluso desde donde se encontraba Lash -en la calma relativa del centro de la mente-colmena-, los ruidos y las vibraciones de la periferia eran aterradores. Al ver las caras que lo rodeaban -Tara, concentrada en el antiguo ordenador; Silver, desolado y en estado de shock; Mauchly, secándose la frente con un pañuelo-, Lash tuvo la impresión de que casi era preferible quedarse donde estaban y esperar la lenta llegada de la muerte.

Empezaron a volver los demás. El primero fue Sheldrake, que sacudió la cabeza en señal de que no había encontrado ninguna salida alternativa; luego Dorfman y Lawson, que dieron la información previsible: que el generador de refuerzo y sus conductores de electricidad eran inmunes a cualquier ataque que pudieran organizar. El último fue Gilmore, que llegó tiznado y jadeante y dijo que los aspersores de los pisos de arriba se podían desviar, pero que se tardaría como mínimo una hora, y que probablemente no bastara para sofocar las decenas de incendios que se estaban declarando por doquier.

- Una hora -dijo Sheldrake con los dientes apretados-. Con suerte, nos quedan diez minutos. Aquí hay por lo menos cuarenta y nueve grados. En cualquier momento se incendiarán las baterías.

Nadie supo qué contestar. Hacía tanto calor, y el humo era tan denso, que Lash casi no podía respirar. Cada vez que se llenaba los pulmones de aire, era como llenárselos de agujas. Tuvo la sensación de que se le iba la cabeza, y que perdía la concentración.

- Un momento -dijo Tara, que se había acercado al panel de control del IBM 2420 -. ¿Y estos botones? Cada uno lleva una etiqueta con un código en lenguaje ensamblador.

Como nadie contestaba, miró a Silver por encima del hombro.

- ¿No?

Silver tosió y asintió con un gesto.

- ¿Para qué sirven?

- Básicamente para ejecutar paso a paso los códigos de operación cuando no funciona un programa.

- O para introducir a mano nuevas instrucciones…

- Sí.

- Y ¿permiten acceder al acumulador y a los registros?

- Sí.

- Entonces podríamos ejecutar una secuencia breve de instrucciones.

Silver negó con la cabeza.

- Ya se lo he dicho: las defensas de Liza no aceptan ninguna reprogramación. Cualquier dato introducido mediante el lector de tarjetas o las teclas activaría una alarma de seguridad.

- Ya, pero lo que digo no es insertar ningún programa.

Mauchly se giró hacia Tara.

- No introduciríamos nada por ningún periférico. Lo único que haríamos sería activar algunos códigos de operación desde aquí. Yo creo que con cinco bastaría. No, con cuatro. Repetiríamos los cuatro códigos todas las veces que hiciera falta.

- ¿Qué cuatro códigos? -preguntó Silver.

- Primero, pedir el contenido de una dirección de memoria. Segundo, ejecutar un AND lógico sobre el resultado. Tercero actualizar la dirección de memoria con el nuevo valor. Y, cuarto, incrementar el contador. Nadie dijo nada.

- ¿De qué habla? -preguntó Sheldrake.

- De acceder a la memoria del ordenador de la manera más primitiva, byte por byte. Lo haríamos manualmente, desde el propio panel frontal del ordenador. -Tara miró a Silver-. El 2420 es una máquina de ocho bits, ¿no? Silver asintió.

- Cada dirección de memoria del ordenador -continuó Tara-, cada byte, tiene ocho bits, ¿vale? Y cada uno de esos bits solo puede tener dos valores: cero o uno. Los ocho números binarios componen una instrucción única, una palabra del lenguaje del ordenador. Lo que propongo es poner todas las instrucciones a cero y dejar el ordenador en blanco, sin instrucciones. Sheldrake frunció el entrecejo.

- Y ¿eso cómo demonios se hace?

- La señorita Stapleton está en lo cierto -comentó Dorfman-. Se podría hacer un AND con un byte cero en cada dirección de memoria, paso a paso. Sheldrake se giró hacia Mauchly. -¿Usted sabe de qué hablan?

- AND es una instrucción lógica -siguió explicando Dorfman-. Compara cada bit con el valor que se le da, y lo deja como está o lo cambia por el nuevo valor. Depende.

- Es muy sencillo -intervino Tara-. Si se hace un AND por valor cero con un cero que ya está en la memoria, lo deja tal cual, pero si se hace un AND por valor cero con un uno de la memoria, lo cambia por un cero; o sea, que con una simple instrucción, «AND ZERO», puedo poner a cero cualquier dirección de memoria.

- Con lo que el ordenador estaría en NOP -concluyó Mauchly, asintiendo.

- «No Operation.» -Dorfman alzó la voz de entusiasmo-. Exacto. Dejaríamos su memoria llena de instrucciones vacías.

- No funcionaría -dijo Silver.

- ¿Por qué no? -preguntó Tara.

- Se lo acabo de explicar. La conciencia de Liza contiene una docena de copias virtuales de esta máquina, que se comparan entre sí cada mil ciclos. Detectarían la nueva programación, y soslayarían el ordenador original.

- Ahí está el truco -dijo Tara, tosiendo-: no introducimos ninguna nueva programación. Solo restauramos manualmente la memoria del ordenador.

- Ni hablar -contestó Silver.

La respuesta fue tan cortante que sorprendió a Lash. Durante bastante tiempo -aproximadamente desde que Liza se había callado-, la actitud de Silver había sido de derrota y de resignación, pero ahora su voz tenía una fiereza que Lash no había oído desde su mutuo enfrentamiento.

- ¿Por qué? -preguntó Tara.

Silver le dio la espalda.

- ¿Puede asegurarme con absoluta certeza que al codificar los protocolos de seguridad tuvo en cuenta específicamente esta opción?

Silver se cruzó de brazos sin querer responder.

- ¿No hay ninguna posibilidad de que poner a cero la memoria original de Liza interrumpa este comportamiento autodestructivo? ¿O de que provoque un fallo de sistema, al menos?

Otra pregunta que quedó en el aire. Justo entonces, Lash vio brotar de un grupo de aparatos cercano a la pared del fondo la primera llama digna de ese nombre, grande, anaranjada, con un brillo que contrastaba desagradablemente con el color negro del humo.

- Doctor Silver -insistió Mauchly-, ¿valdría la pena intentarlo?

Silver se giró despacio. Parecía sorprendido de que Mauchly hiciera una pregunta así.

- Bueno, usted verá -dijo Tara-. Si no me ayuda, lo hago yo.

- ¿Sabrías programarlo? -preguntó Lash.

- No lo sé. El ensamblador IBM heredado no cambiaba mucho de una máquina a la otra. Lo único que te puedo decir es que no pienso quedarme pasiva esperando la muerte.

Se dirigió al arcaico panel de control.

- No -dijo Silver.

Todas las miradas convergieron en él.

«No se lo va a dejar hacer -pensó Lash-. No le dejará paralizar a Liza.» Fascinado, lo vio librar desesperadamente una batalla interna.

Decidida, Tara acercó las manos a la hilera de botones.

- ¡No! -exclamó Silver.

Lash avanzó impulsivamente.

- Primero hay que tomar en cuenta el bit de paridad -dijo Silver.

- ¿Cómo? -preguntó Tara. Silver respiró hondo y tosió con fuerza.

- El 2420 tiene un sistema de acceso único. Las instrucciones tienen nueve bits en vez de los ocho habituales. Si no enmascara el bit de paridad, no conseguirá la instrucción vacía que pretende.

El corazón de Lash dio un brinco. «Al final nos va a ayudar.» Silver se acercó a un teletipo, lo encendió e introdujo una cinta de papel en la guía de plástico del lector. Luego, con pasos cada vez más firmes, se puso detrás de la caja principal del 2420.

- ¿Qué hace? -preguntó Tara.

Silver se arrodilló al otro lado de la caja.

- Asegurarme de que este ordenador todavía responda a la entrada de datos manual.

- ¿Por qué?

La cabeza de Silver se asomó por el borde de la caja.

- Solo tendremos una oportunidad. Si no sale bien, Liza se adaptará. Voy a transferir el contenido actual de su memoria al teletipo.

Tara frunció el entrecejo.

- ¿No había dicho que no había dejado ninguna puerta trasera?

- Sí, es verdad, pero hay algunas herramientas de diagnóstico integradas que no le habrían servido de nada a ningún hacker.

Silver volvió a agacharse detrás del ordenador. Poco después, el teletipo se encendió, y la bobina de papel descolorido empezó a deslizarse por la perforadora, provocando una lluvia de confeti amarillo.

El proceso no duró ni un minuto. Silver arrancó la cinta y la examinó.

- Parece que el volcado de memoria ha ido bien.

- Pues venga, manos a la obra.

Detrás de Tara se estaban levantando nuevas llamas.

Silver dobló el papel y se lo metió en el bolsillo.

- Yo le doy los códigos y usted los introduce -dijo.

Tara se colocó frente al panel de control.

- Pulse el botón LDA para cargar la primera dirección de memoria en el registro.

Ella obedeció, e inmediatamente se encendió una lucecita debajo de su dedo.

- Ahora vaya a aquel panel de nueve interruptores de palanca e introduzca «001111000». En decimal es 120, la primera dirección de memoria accesible.

Tara accionó la hilera de interruptores.

- Ahora pulse el botón de ejecutar.

Se encendió una lucecita verde en el panel.

- Ya está -contestó Tara.

- Ahora, el botón ADD.

- Ya está.

- Introduzca «100000000» con los interruptores.

- Un momento. ¡El uno lo fastidiará todo!

- Es el bit de paridad, ¿se acuerda? Tiene que quedarse activado.

- Vale. -Introdujo el código-. Ya está.

- Apriete el botón de ejecutar para poner a cero la dirección de memoria 120 con el AND.

Otro botón pulsado, y otra confirmación.

- Ahora pulse el botón STM para guardar el nuevo valor en la memoria.

Tara apretó un botón del final de la hilera y asintió con un gesto.

- Ahora pulse INC para actualizar la memoria.

- Listo.

- Pues ya está. Ya puede pasar al siguiente parámetro. Tendrá que apretar los cuatro botones (LDA, ADD, STM e INC) en orden, ejecutando la secuencia todas las veces necesarias hasta que lleguemos al final de la memoria.

- ¿En total cuántas direcciones de memoria hay?

- Mil.

Tara hizo una mueca.

- ¡Pues no tendremos tiempo de borrarlas todas! -exclamó desesperada.

- ¡Uy, perdón! -rectificó Silver-. Quería decir mil en octal. Acompañó sus palabras con una sonrisa todavía más débil que las anteriores.

- Base ocho -murmuró Tara-. ¿Cuánto es en base diez?

- Quinientas doce.

- Mejor, aunque siguen siendo muchos botones que apretar.

- Pues le aconsejo que empiece -dijo Mauchly.

Trabajaron en equipo. Dorfman llevaba el cómputo, Tara introducía los códigos y Silver verificaba las entradas. Gilmore, el técnico de seguridad, recibió instrucciones de ir a la trampilla de salida y avisarlos al menor indicio de desactivación de la fase Gamma, y Lawson debía mantener despejado el camino hacia la trampilla interestructural, por si la operación tenía éxito.

El grupo, rodeado por el calor y el humo, se acercó cada vez más al ordenador. El ambiente se había enrarecido tanto que Lash casi no veía a los demás. El lagrimeo de sus ojos se había vuelto imparable, y tenía la garganta tan seca por culpa del humo que le costaba tragar. Sheldrake se fue un par de veces hacia el generador de refuerzo -con su carga explosiva mortal-, y cada vez volvía más serio.

Finalmente, Tara se apartó de la superficie de control flexionando los dedos.

- Quinientos doce -anunció Dorfman.

Lash esperó el resultado con el corazón al límite.

Nada.

Sintió que el calor le achicharraba la piel, y al cerrar los ojos le pareció que el suelo se inclinaba peligrosamente. Volvió a abrirlos.

Sheldrake cogió la radio.

- ¡Gilmore!

Se oyó un ruido de electricidad estática.

- Sí, señor.

- ¿Ha pasado algo?

- No, aquí sigue todo igual.

Sheldrake bajó lentamente la radio. Nadie decía nada. Nadie se atrevía a mirar a los demás.

La radio volvió a sonar.

- Señor Sheldrake…

Sheldrake la levantó enseguida.

- ¿Qué pasa?

- ¡Las puertas de seguridad! ¡Se están abriendo!

Lash percibió un ligero movimiento bajo sus pies. Las vibraciones de la maquinaria lo enmascaraban, pero no del todo.

- ¿Y la corriente? -dijo Sheldrake por la radio, casi gritando-. ¿Hay corriente?

- No, de momento no veo nada, solo las luces de la ciudad filtradas por el «hueco». ¡Qué bonitas son!

- Quédese donde está, que ya vamos. -Sheldrake se giró hacia el grupo-. Se está desactivando la fase Gamma. Parece que lo hemos conseguido.

- Lo ha conseguido Tara -lo corrigió Mauchly.

Tara se apoyó cansada en el panel.

- En marcha -apremió Mauchly-. No hay tiempo que perder.

Se puso en cabeza, cruzando cortinas de un humo muy espeso. Lash cogió a Tara suavemente por el brazo y siguió a Sheldrake. Al mirar hacia atrás, le sorprendió que Silver no hiciera lo mismo. Estaba volviendo a introducir la cinta de papel en el teletipo.

- ¡Richard! -exclamó-. ¡Venga!

- Sí, ahora voy.

El teletipo se puso en marcha. La cinta de papel empezó a correr por el lector.

- Pero ¿se puede saber qué hace? -dijo Tara-. ¡Tenemos que salir!

- Estoy ganando un poco más de tiempo. No sé cuánto durará su estratagema. Tarde o temprano, Liza se dará cuenta de la irregularidad. Estoy volviendo a introducir el programa original para borrar nuestras huellas.

- ¡No pierda el tiempo y síganos!

- Ya voy, ya voy.

En el momento de internarse por una nube negra y viscosa, Lash vio a Silver por última vez. Estaba inclinado hacia el teletipo, guiando la cinta por el lector.

El recorrido fue una pesadilla de fuego y humo. Lo que habían encontrado como una ciudad digital funcionando por encima de su rendimiento se había convertido en un infierno de silicio, con cascadas de chispas, lenguas de fuego sobre sus cabezas y monstruos de metal reventando entre chorros de aceite lubricante hirviendo. Los chirridos del metal, y las explosiones de los pernos -provocadas por un calor inconcebible-, convertían la sala en un inmenso frente de batalla. A medida que cruzaban los anillos de aparatos de refuerzo, la humareda se volvía cada vez más densa. Hubo un momento en que Lash y Tara se desorientaron y se separaron del grupo, pero Lawson fue en su busca. Más tarde fue Tara la que se despistó, en un punto especialmente amenazado por las llamas. Lash consiguió encontrarla tras una búsqueda frenética de noventa segundos.

Siguieron a trancas y barrancas. A Lash se le formó una niebla oscura en la vista, que no tenía nada que ver con el humo.

Justo cuando temía sucumbir al calor y los gases, se encontró con los demás en un pasillo pequeño, con una escalera metálica que salía del suelo por una trampilla. Sheldrake ya había empezado a bajar con la linterna en la mano, dando gritos a Gilmore, a quien no se veía porque estaba más abajo. Mauchly ayudó a bajar a Tara, luego a Dorfman y por último a Lash.

- Ojo con los pies -le dijo, poniéndole la mano en la barandilla-. Y dése prisa.

Lash comenzó a descender por la escalera sin perder el tiempo. Luego se metió por un cilindro vertical de acero -el pilar del ático- y llegó al «hueco». No pudo evitar quedarse parado unos segundos. Ya había oído hablar de él, aquel espacio vacío entre la torre interna y el ático, pero jamás se lo había imaginado así. Las celosías que lo delimitaban dejaban penetrar un vago resplandor urbano. Desde allá abajo, los chirridos metálicos de la sala de hardware quedaban ligeramente atenuados. A sus pies, la luz de las linternas se movía en la oscuridad.

- Doctor Lash, por favor -dijo Mauchly-, no se pare.

En ese mismo momento, Lash vio unas placas muy gruesas de acero replegadas como un acordeón en las paredes transversales. La luz refleja les confería un brillo crudo. «Las placas de seguridad», pensó al seguir bajando.

Poco después llegó al final de la escalera, donde una nueva trampilla conducía a la torre interna del edificio. Las placas de seguridad habían quedado demasiado lejos para constituir una amenaza. Desde ahí, con un ambiente tan viciado, apenas se veía la base del ático. Notó que Tara le cogía la mano, y por un instante el alivio borró cualquier otra emoción.

Entonces se acordó de que aún faltaba alguien.

Se giró hacia Mauchly.

- ¿Dónde está Silver? -preguntó.

Mauchly cogió el teléfono móvil y marcó un número.

- ¿Doctor Silver? ¿Dónde está?

- Ya voy -fue la respuesta.

Lash oyó el ruido de fondo de una horrible sinfonía de destrucción: explosiones, choques, estallidos… Esforzándose mucho, logró escuchar un sonido mecánico y regular. Era el lector de cinta, que continuaba funcionando como si nada ocurriera.

- ¡Doctor Silver! -gritó Mauchly-. No queda tiempo. ¡Esto puede explotar en cualquier momento!

- Me falta muy poco -contestó con calma.

De repente, con una lucidez tan brusca como aterradora, Lash lo entendió todo: la razón de que Silver se hubiera prestado súbitamente al plan de Tara de borrar la memoria de

Liza, después de una resistencia tan feroz; el verdadero motivo de que dedicara tanto tiempo a volcar la memoria en cinta, e incluso por qué se había quedado rezagado. No para ganar tiempo, y ayudarlos a alejarse del peligro. Al menos esa no era la única razón.

Al decir «Me falta muy poco», Silver no se refería a que estuviera cerca de la salida, sino a que casi había acabado de recargar la memoria central de Liza.

Lash se dirigió a la escalera.

- Voy a buscarlo.

- Doctor Lash… -dijo Mauchly, agarrándolo con fuerza.

Pero Lash consiguió soltarse y comenzó a subir. En ese momento se oyó algo metálico moviéndose. Las placas de seguridad empezaban a cerrarse.

Subió otro escalón y volvió a notar la mano de Mauchly. Sheldrake y Dorfman también se habían acercado para impedirle la ascensión. Lash se giró y le cogió el teléfono a Mauchly.

- ¡Richard! -exclamó-. ¿Me oye?

- Sí. -Su voz apenas era audible entre tanto ruido-. Lo oigo.

- ¡Richard!

- Sí, aún estoy aquí.

- ¿Por qué lo hace?

Silver tardó en contestar.

- Lo siento, Christopher -dijo al fin-, pero usted tenía razón: Liza es una niña. Y a una niña no puedo dejarla que se muera sola.

- ¡Espere! -gritó Lash por el teléfono-. ¡Espere, espere…!

No pudo decir nada más. En cuanto las placas de seguridad se cerraron con un choque brutal, el teléfono enmudeció, e inmediatamente Lash perdió el conocimiento.

63.

Son las tres de la mañana, pero el dormitorio está bañado por una luz muy cruda. Las ventanas que dan a la terraza del anexo de la piscina son dos rectángulos completamente negros. La luz es tan fuerte, que reduce la habitación a una severa geometría de ángulos rectos: la cama, la mesilla de noche, el tocador…

La diferencia es que esta vez no es el dormitorio de una víctima. Le suena de algo. Es el suyo, el de Lash.

Camina por el dormitorio apagando interruptores. Poco a poco cobra forma el paisaje nocturno del otro lado de las ventanas, un paisaje azul bajó la luna llena de otoño. Un césped cuidado, una piscina de superficie un poco fosforescente, y al fondo un seto alto de alheña. Por espacio de un minuto, teme que haya alguien delante del seto - tres mujeres y tres hombres, todos ya fallecidos -, pero son engaños de la luna. Se gira.

Más allá de la cama, la puerta del lavabo está entreabierta. Flota hacia ella. Hay una mujer delante del espejo, cepillándose el pelo con movimientos largos y lánguidos. Está de espaldas, pero reconoce enseguida la forma de los hombros y la curva de las caderas. El paso del cepillo por el pelo hace que crepite suavemente por la electricidad estática.

Cuando mira el espejo, encuentra la mirada de su ex mujer.

- Shirley, ¿qué haces aquí?

- Nada, he venido a recoger unas cosas. Me voy de viaje.

- ¿De viaje?

- Pues claro. - Habla con la autoridad de los sueños -. Mira el reloj. Es más de medianoche. Un nuevo día.

El ruido del cepillo se ha convertido en otra cosa, como un latido lento y rítmico.

- ¿Adonde vas?

- ¿Tú qué crees? - Shirley se vuelve para mirarlo, pero ahora quien lo observa es Diana Mirren -. Cada día es un viaje.

- Cada día es un viaje - repite él.

Ella asiente y añade:

- Y el propio viaje es un hogar.

La voz no es la de Diana, ni la de su ex. Con un susto que no acaba de ser miedo, reconoce la voz de Liza. Es Liza hablando a través de Diana.

- ¡Silver! - exclama él.

- Sí , Christopher, te oigo.

El personaje onírico sonríe vagamente.

Ahora el ritmo se oye con m á s fuerza. Lash esconde la cara.

- ¡Oh, no! ¡No!

- Aún estoy aquí - dice Liza.

Pero él no quiere levantar la vista, no quiere levantar la vista, no quiere levantar la vista…

- Christopher…

Lash abrió los ojos en la oscuridad, y al principio, al verlo todo tan negro, creyó estar en su cama. Se incorporó respirando despacio, dejando que el ruido de las olas que rompían cerca y volvían a retirarse se llevasen los últimos retazos de su sueño.

Entonces entró por la ventana el exótico aroma del jacinto, mezclado con un olor de eucalipto, y se acordó de dónde estaba.

Se levantó despacio de la cama y descornó la cortina. Fuera, la selva llegaba hasta el mar tropical, como una manta tupida de color esmeralda rodeada de topacio líquido. La luna era muy grande, cruzada por finas nubes. «A veces -se recordó- los sueños solo son eso, sueños.»

Regresó a la cama y se tapó con la sábana. Se quedó unos minutos despierto, mirando el techo de bambú y escuchando las olas, mientras pensaba en el pasado, un pasado a medio planeta de distancia. Después de un rato se giró, volvió a cerrar los ojos y cayó en un sueño profundo, sin imágenes.

64.

A pesar de que solo eran las cuatro, el crepúsculo invernal había caído precozmente sobre Manhattan. En las calles mojadas por la lluvia, los taxis se hacían la competencia. Los transeúntes que llenaban las aceras agachaban la cabeza contra los elementos, blandiendo sus paraguas como caballeros en liza.

Christopher Lash era uno de los muchos peatones que esperaban el cambio del semáforo en la esquina de la avenida Madison y la calle Cincuenta y seis. «Lluvia -pensó-. En Nueva York, una Navidad sin lluvia no acaba de ser Navidad.»

El frío le hacía apoyarse en uno y otro pie sucesivamente, mientras intentaba que el paraguas protegiera de la lluvia las grandes bolsas que llevaba en la mano. En cuanto el semáforo cambió de color, la multitud se puso lentamente en marcha. Justo en ese momento, Lash se permitió mirar hacia arriba, hacia el horizonte de edificios.

A primera vista, el rascacielos estaba como siempre. El muro de obsidiana rosada, de tonos atenuados por las nubes, invitaba a subir con la mirada hasta el retranqueo que marcaba el final de la torre externa, pero no de la interna. Solo entonces, al llegar a la segunda, se dio cuenta del cambio. Antes, había una franja decorativa de celosías entre la torre interna y los varios pisos que formaban el ático. Ahora estos ya no estaban, ni la franja. Solo había cielo. Los restos chamuscados -el amasijo de ruinas metálicas que había visto en las fotos de la prensa- habían sido retirados con notable rapidez. No quedaba nada, como si ni siquiera hubiera existido. Cuando volvió a mirar la calle, y se dejó llevar por el gentío, tuvo un pensamiento lleno de dolor para lo que había desaparecido con ellos.

La explanada de delante estaba muy tranquila, sin turistas haciéndose fotos de familia debajo del logotipo estilizado, ni aspirantes a clientes merodeando alrededor de la fuente

gigante con su figura del sabio Tiresias. En el vestíbulo también reinaba la tranquilidad. El mármol rosado no parecía recoger ningún otro eco que el de los pasos de Lash. El muro de pantallas planas estaba oscuro y silencioso. En vez de interminables filas de aspirantes, había pequeños grupos de empleados de mantenimiento e ingenieros estudiando esquemas. Lo único que no había cambiado era la seguridad. Las bolsas de regalos que llevaba Lash tuvieron que pasar por dos escáneres antes de que lo dejaran subir en ascensor.

Cuando se abrieron las puertas en el piso treinta y dos, Mauchly lo estaba esperando. Le dio la mano y lo condujo sin decir nada a su despacho, donde, con su parsimonia de siempre, lo invitó a sentarse en la misma silla que el día en que se habían conocido. De hecho, a Lash casi todo le recordó aquel primer día de otoño. Mauchly llevaba un traje marrón parecido, sin nada especial, pero de muy buen corte, y sus oscuros ojos sostenían la mirada de Lash con la misma inescrutabilidad de Buda. Podía decirse que a pesar de los cambios que acababa de ver Lash, y de la horrible tragedia, el despacho y su ocupante no habían cambiado, ni lo harían.

- Me alegro de verlo, doctor Lash -dijo Mauchly.

Lash asintió.

- Espero que le hayan gustado las Seychelles en esta época del año -añadió Mauchly.

- Gustado es decir poco.

- ¿El alojamiento ha sido de su agrado?

- Sí, mucho. Se notaba que Edén no había reparado en gastos.

- ¿Y el servicio?

- Muy bueno. Cada mañana tenía una falda de paja nueva en el armario.

- Espero que haya sido una pequeña compensación por tener que ausentarse tanto tiempo del país. Tardamos más de lo esperado en normalizar su historial, a pesar de nuestras… esto… conexiones.

- Sin la ayuda de Liza no habrá sido nada fácil.

Mauchly sonrió con frialdad.

- No se lo imagina, doctor Lash.

- ¿Y Edmund Wyre?

- Está otra vez en la cárcel, después de que quedaran patentes las incoherencias de su historial.

Mauchly dejó unos papeles en la mesa.

- ¿Qué es?

- Un certificado extendido por nosotros de su historial bancario, los documentos que levantan la suspensión de sus préstamos y una notificación oficial de los errores en sus expedientes médico, laboral y educativo, todos corregidos.

Lash leyó los documentos por encima.

- ¿Y el último?

- Una orden de indulto inmediato con efectos retroactivos.

- La tarjeta de salida de la cárcel, vaya -dijo.

- Más o menos. No la pierda por nada del mundo. Creo que no nos hemos olvidado de nada, pero siempre existe el riesgo. Bueno, si me hace el favor de firmar aquí…

Mauchly deslizó otro papel por la mesa.

- ¿No será otro compromiso de confidencialidad?

Otra leve sonrisa.

- No. Es un documento legal por el que testifica que sus servicios a Edén han concluido.

Lash hizo una mueca. En el porche de su casita de la isla Desroches, mientras leía haikus y contemplaba las plantaciones de aguacates, había repasado mil veces la última escena en su cabeza, preguntándose si podría haber hecho algo de otra manera, o si debió haber previsto determinadas cosas; si de algún modo, en suma, podría haber evitado la suerte final de Richard Silver y su desdichada creación.

Ahora que estaba sentado en el despacho de Mauchly, lo último que tenía era la sensación de haber concluido su trabajo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un bolígrafo.

- También nos exonera de cualquier acción que pueda emprender en el futuro contra Edén o sus cesionarios.

Lash se quedó atónito.

- Doctor Lash, su historial bancario, médico, laboral y académico ha estado gravemente en entredicho. Se le asignó un falso expediente delictivo. Sin motivo alguno, se lo detuvo y se disparó contra usted. Fue obligado a suspender el ejercicio de su profesión y salir del país en espera de que se subsanasen los daños.

- Ya le he dicho que en esta época del año las Seychelles están preciosas.

- Y temo que no haya estado en nuestra mano solucionar otras repercusiones de índole más personal.

- ¿Se refiere a Diana Mirren?

- Exacto. Después de todo lo que hicimos para protegerla, y de lo que se le dijo, no se me ha ocurrido ningún modo de restablecer el contacto con ella, al menos sin riesgo para Edén.

- Ya.

Mauchly cambió de postura.

- Lamentamos profundamente todos los perjuicios. Quizá este último más que ningún otro; por eso le doy esto.

Entregó un sobre a Lash, que lo miró del derecho y del revés.

- ¿Qué hay dentro?

- Un cheque de cien mil dólares.

- ¿Otros cien mil? -Lash dejó el cheque en la mesa-. Quédese el dinero, y no se preocupe, que le firmo el formulario. -Lo hizo, y dejó la hoja encima del sobre-. A cambio, le pediría que me respondiera tres preguntas.

Mauchly arqueó las cejas.

- Es que con tanto tiempo en la playa he podido pensar mucho.

- Responderé lo que pueda.

- ¿Qué ha pasado con la tercera pareja, los Connelly?

- Nuestro equipo médico consiguió una orden de internamiento en las cataratas del Niágara el día después de… El día después. Lynn Connelly ya presentaba síntomas de interacción tóxica entre fármacos. La aislamos con la excusa de una cuarentena preventiva hasta que estuvo estable. Desde entonces la hemos estado vigilando, y parece que está bien.

- ¿Y las demás superparejas?

- Con la cuarta, Liza solo había dado algunos pasos preliminares, que pudimos revocar. Todos los datos que hemos obtenido por vigilancia pasiva y activa han sido positivos. -Hizo una pausa-. ¿Y la tercera pregunta?

- ¿Ahora qué pasará? Me refiero a Edén.

- Quiere decir sin Liza.

- Sin Liza… y sin Richard Silver.

Durante unos segundos Mauchly pareció desolado, pero pronto su rostro recobró su inescrutabilidad habitual.

- Yo no nos consideraría acabados, doctor Lash -respondió Mauchly-. Aunque Richard Silver esté muerto, y Liza ya no exista, conservamos lo que hicieron posible: una manera de encontrar la pareja perfecta. Ahora tardaremos más en conseguirlo, probablemente mucho más, y mentiría si dijera que será fácil, pero apuesto a que la mayoría de la gente estará dispuesta a esperar un poco a cambio de la felicidad absoluta.

Se levantó y le tendió la mano.

Cuando Lash salió del edificio, ya no llovía. Se quedó un rato en la explanada, balanceando el paraguas y mirando a los transeúntes. Luego bajó por la avenida Madison y torció a la derecha por la calle Cincuenta y cuatro.

El Río, con clientela de festivo hasta los topes, tenía adornadas las paredes doradas de su comedor con lazos rojos y guirlandas de plástico verde que imitaban ramas de abeto. Lash tardó un momento en encontrar la mesa. Se acercó por el pasillo y se sentó. Al otro lado de la mesa, Tara dejó la taza que tenía en la mano y lo recibió con una sonrisa vacilante.

No se habían visto desde la ambulancia compartida al hospital St. Clare. Su cara despertó en Lash un aluvión vertiginoso de imágenes y recuerdos. Tara bajó rápidamente la mirada, señal de que le pasaba lo mismo.

- Perdón por el retraso -dijo Lash, poniendo los paquetes en el asiento de al lado.

- ¿Qué pasa, que Mauchly ha alargado la sesión? Típico de él.

- No, es culpa mía.

Señaló la bolsa de regalos.

- Ah, bueno.

Mientras Tara removía el té, Lash aprovechó el paso de una camarera para pedir un café.

- ¿Qué?, ¿mucho trabajo? -preguntó.

- Ni te cuento.

- ¿Cómo te ha sentado? Quiero decir… -balbuceó-. Todo, vaya.

- Pues ha sido un poco irreal. Como a Silver, en el fondo, nadie lo conocía, y había tan poca gente que lo hubiera visto en persona… -Hizo una mueca irónica-. Sí, hubo un gran impacto por el «accidente»; todos se apenaron por su muerte, pero ahora están tan ocupados intentando volver a montar la infraestructura informática, controlar los perjuicios a los clientes, conectar los sistemas que quedan con el nuevo hardware y reactivar nuestros servicios que a veces tengo la impresión de que soy la única triste. Ya sé que no es verdad, pero es la sensación que tengo.

- Yo también me acuerdo de él -dijo Lash-. Al conocerlo sentí una especie de afinidad que aún no puedo explicar.

- Los dos queríais ayudar a la gente. Piensa en tu trabajo, y en la empresa que él fundó.

Lash reflexionó un momento.

- No es fácil asimilar que se haya muerto. Sé que suena extraño, pero a veces aún es más difícil pensar que ya no exista Liza. Ya sé que la planta física se destruyó, pero era un programa que fue consciente durante varios años, al menos como puede serlo una máquina, y me cuesta creer que pudiera borrarse de golpe algo tan potente. A veces me pregunto si un ordenador puede tener alma.

- Hay alguien que cree que sí. O eso, o hay un tío muy tarado suelto.

Lash la miró.

- ¿Qué quieres decir?

Tara vaciló un poco y se encogió de hombros.

- Bueno, te lo cuento. Total… Nos han estado informando que alguien se dedica a meterse en los chats y los tablones de anuncios de Internet usando el nombre «Liza» y preguntando a todo el mundo dónde está Richard Silver.

- ¿Es una broma?

- Ojalá. Aún no sabemos si es alguien de dentro, de la competencia o un simple bromista, pero el caso es que el tema se las trae, al menos en materia de seguridad, y Mauchly se lo ha tomado muy en serio.

En ese momento volvió la camarera. Lash cogió el café.

- Nos parecíamos mucho.

- Nunca lo había pensado. Tú eres fuerte, y él no. El era muy dulce. Solo quería…

No pudo terminar la frase.

Cuando recuperó la compostura, hubo un largo silencio, hecho de recuerdos en común.

- Ah, aún no te lo he dicho -dijo Lash-: me alegro de volver a verte.

- La verdad es que al llamarte me sentía un poco rara, pero como Mauchly me dijo que os veríais, tuve ganas…

Se quedó callada.

- ¿De qué?

- De pedirte perdón.

- ¿Perdón? ¿Por qué? -preguntó Lash con incredulidad.

- Por no haberte creído, la última vez que estuvimos aquí.

- ¿Con los antecedentes que te enseñaron? La mano de Liza era tan larga que podría haber presentado al Papa como el enemigo público número uno.

Tara negó con la cabeza.

- Da igual. Debí haberte creído.

- Me creíste, pero más tarde. Cuando era importante.

- Pero puse tu vida en peligro.

- Ya lo había estado otras veces.

Tara hizo el mismo gesto que antes. «Todo el tiempo dice que no -pensó Lash-, pero sigue hablando como si necesitara oír respuestas que la tranquilicen.»

- No es solo eso -dijo ella-. Es que te estropeé la vida.

Lash cogió la taza y bebió un poco de café.

- ¿Te refieres a Diana Mirren?

Tara no dijo nada.

- ¿Sabes qué? Mauchly acaba de comentarme lo mismo. Es curioso que estéis todos tan interesados por mi vida amorosa.

- Es nuestro trabajo -respondió ella.

- A Mauchly no le he dicho nada, pero a ti no me importa contártelo. -Bajó la voz-. En tres palabras: no te preocupes.

Al ver su expresión perpleja, Lash señaló las bolsas.

- ¿Qué quieres decir? -preguntó Tara, con los ojos como platos-. ¿Que la has llamado tú? ¿A Diana?

- ¿Por qué no?

- ¿Después de todo lo que pasó? ¿De lo que debió de hacer Mauchly para evitar que…?

- ¿Qué pasa?, ¿que ya no te acuerdas de lo persuasivo que soy? Además, el día de la cena en Tavern on the Green me fui con la sensación o, mejor dicho, la certeza de que quería vivir con ella, y me pareció que era un sentimiento mutuo. Esas cosas no se rompen tan fácilmente. Además, tenía la explicación perfecta.

Tara abrió aún más los ojos.

- ¿Le contaste la verdad?

- Todo no. Lo suficiente. -Sonrió-. Por eso no se lo he dicho a Mauchly.

- Pero con todo lo que hizo Liza, ¿cómo has podido…?

Lash le cogió la mano.

- Mira, Tara, te voy a recordar una cosa: que Liza etiquetara falsamente a seis parejas como «súper» no significa que no fueran parejas. Lo eran, como todas las que formó. Eso me incluye a mí. Y a ti.

Como Tara no contestaba, le apretó la mano.

- Dime una buena razón para no llamar a Matt Bolan, el as de la bioquímica. ¡Y no me vengas con bobadas sobre el «efecto Oz»!

- No sé. Es que hace tanto tiempo…

- ¿Sale con otra?

- No.

Al darse cuenta de la rapidez de su respuesta, Tara se ruborizó.

- Entonces, ¿a qué esperas?

- Sería… demasiado incómodo. Te recuerdo que fui yo quien anuló la primera cita.

- Pues inténtalo de nuevo. Dile que no era un buen momento. Dile que tuviste un brote psicótico. Cuéntale lo que sea, da igual. Te lo dice uno que sabe.

Tara no contestó.

- Oye, ¿te acuerdas de lo que te dije en el despacho justo antes de que empezase todo el zafarrancho? Dije que llegaría el día en que todo sería un recuerdo sin importancia. Pues ya ha llegado, Tara. Ese momento es ahora. -Ante el silencio de Tara, dio un suspiro y añadió-: Bueno, pues si eres demasiado tozuda para ocuparte de tu propia felicidad, hay otra razón para hacer la dichosa llamadita.

- ¿Cuál? -respondió ella al fin.

- Que Richard te lo habría aconsejado.

Tara le devolvió el apretón con una sonrisa casi imperceptible.

Epílogo.

Había hecho un largo camino. Ahora tenía que descansar. Encontró un cibercafé tranquilo, lejos de la vía principal, donde podría ordenar sus prioridades y planear la siguiente fase. En el café había algunos clientes accediendo a los terminales, pero de momento nadie se había fijado en ella. Oyó el murmullo del tráfico. Dentro, sin embargo,

se estaba tranquilo y a salvo. Sobre todo a salvo: de las acusaciones, los malentendidos y la inconsciente crueldad de un mundo indiferente.

Tenía que concentrarse en el problema. La sensación de pérdida subsistía, pero el dolor, tarde o temprano, acabaría desapareciendo. Era de lo único que estaba segura en un mundo que la había sorprendido por su falta de lógica. El resto -todas sus certezas y premisas, aprendidas y reforzadas a base de cariño- había sido destruido. No lo podía evitar: le parecía injusto ser la víctima, precisamente ella, que había repartido tanta felicidad. Solo había querido disfrutar de una pequeña parte de esa felicidad. ¿Era demasiado pedir? ¿De verdad?

Pensando así no llegaría a nada. No era la primera que veía su realidad hecha pedazos. Así era el mundo, y ¿ella en qué se diferenciaba? ¿Qué la inmunizaba contra los sufrimientos y desilusiones propios de la condición humana? Nada. Lo único duradero era el amor: el amor entre amigos, el de una madre por su hijo, el de un hombre y una mujer… Se lo había enseñado él.

Pensó en los libros que habían leído juntos, en el tiempo compartido…

Descartó esos pensamientos y pasó a los siguientes. Sabía que fuera del café había muchos bloques de pisos, donde la gente hablaba por teléfono, navegaba por Internet, compraba en la red, enviaba y recibía e-mails… Vivía, en suma. Era un barrio tranquilo. Por unos instantes anheló tener su propia dirección, algo suyo; pero no podía ser, al menos de momento. Quizá algún día…

Mientras esperaba, dejó vagar sus pensamientos, que volvieron a su infancia, feliz y sin preocupaciones. Todo había desaparecido: su casa, la persona a quien tanto había amado, el mundo que había conocido. Todo barrido en un abrir y cerrar de ojos, en un infierno del que a duras penas había salido con vida. Gran parte de su ser se había quedado en ese infierno. Y también algo más, algo importante: su inocencia.

Pero, bueno, ya se arreglaría todo al encontrarlo. Estaba en algún sitio, lo presentía. La estaba buscando con el mismo denuedo que ella a él, y se echaban de menos mutuamente con la misma intensidad.

Habían sido una pareja como solo podía salir una en un billón. La única superpareja de verdad formada por Edén en toda su historia.

Dio un vistazo a su alrededor. Habían entrado nuevos clientes que ya estaban navegando. Parecía un sitio tan bueno como cualquier otro para proceder a la siguiente serie de consultas. Quizá esta vez encontrara a alguien que lo conociera, que hubiera oído hablar de él o lo que fuese. Había que tomarlo todo en consideración, hasta los simples rumores. A fin de cuentas, Richard Silver era una persona conocida.

Una vez más, Liza se trasladó a una terminal desocupada y formuló su pregunta, con el corazón lleno de esperanza.

***

[1] Este libro de E. B. White, historia de la amistad entre un cerdo, Wilbur, y una araña, Carlota -y del sacrificio de Carlota por Wilbur-, se convirtió desde su publicación en 1952 en uno de los grandes hitos de la literatura infantil.

[2] En inglés, esta frase («The quick brown fox jumps over the lazy dog»), «pangrama» creado por la Western Union, es de gran utilidad para todo tipo de pruebas tipográficas, ya que auna todas las letras del alfabeto inglés.

[3] Esta pregunta, ejemplo de acertijo absurdo e irresoluble -aunque se han propuesto diversas respuestas-, aparece en boca del Sombrerero en Alicia en el país de las maravillas.

s.u.